

*Selecta*



*El capitán Hayden  
y la tramposa*



SANDRA BREE

# El capitán Hayden y la tramposa

*Sandra Bree*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*A mi hijo Cristian que, aunque a veces me vuelva loca y lleve mi paciencia al límite,  
siempre se preocupa por mí, por las historias que escribo, por saber cómo me encuentro  
y por darme ideas y consejos.*

*A Sara, mi pequeña escritora fanática del misterio, el terror y el suspense.*

*Y por último a Álex, mi adolescente grandote, que tiene un corazón de oro.  
Os quiero con locura.*

## Capítulo 1

Baltimore, 1865 (octubre)

Desde un rincón del salón de baile, Drew Hayden dirigió la vista más allá de los bailarines, al ostentoso umbral. Sus ojos se quedaron prendidos en la preciosa beldad que escoltaba uno de sus oficiales. Daba la casualidad de que la había visto nada más acceder en la estancia y, desde ese momento, había ansiado saber quién era, sin embargo, por su rango de capitán, no iba a cometer la torpeza de aproximarse a una jovencita que, con toda seguridad, se había puesto aquella noche los tacones por primera vez.

Desde que la Guerra de Secesión había finalizado hacía unos seis meses, los progenitores con hijas casaderas empleaban la mínima ocasión para buscarles cónyuge. Y en cierto modo hacían bien. Después de las penurias que todos estaban atravesando, no quedaban muchos hombres bien acomodados dispuestos a comenzar una familia. Más bien, como era su caso, debían sus obligaciones a levantar, piedra por piedra, todo lo que antaño les había pertenecido. O, dicho de otro modo, a enderezar el negocio familiar que tan poco le complacía.

Se irguió, dejando la copa que estaba tomando sobre la larga mesa de las bebidas, cuando vio que el joven soldado que había estado bajo sus órdenes se dirigía hacia él, acompañado de la hermosa dama. Ella llevaba un bonito y sofisticado vestido de satén dorado con un pequeño volante de gasa en el cuello alto y en los puños. El género se ajustaba a su cuerpo hasta la cintura donde se abría por detrás en una sobrefalda que arrastraba por el suelo al caminar. Una ropa tan espléndida solo podía indicar que, o su dueña era una acaudalada heredera, o por el contrario, había tenido ese vestido salvaguardado en algún lugar como oro en paño, en espera de que la guerra finalizase.

Le llamó la atención su forma de andar. Sus pasos eran enérgicos y firmes, al contrario de las demás señoras que parecían deslizarse con delicadeza bajo sus anchas faldas. Por otro lado, llevaba su cabello rubio, de un tono champán, recogido en un intrincado trenzado bajo la nuca. No obstante, no vio que luciese ninguna joya de valor. Se preguntó qué edad tendría. Era apenas una muchachita de... ¿Cuánto? ¿Dieciséis o diecisiete años?

—Capitán Hayden. —David Rives, el oficial que vestía el uniforme azul de la Unión, llegó hasta él y le tendió la mano amistosamente—. Es un placer volver a verle de nuevo.

Drew se la estrechó al tiempo que juntaba los talones e inclinaba la cabeza en un saludo militar.

—El placer es mutuo. ¿Cómo está, señor Rives?

—Mucho mejor ahora que todo ha terminado, aunque solo sea por poder dormir sobre una cama mullida.

Drew curvó las comisuras de los labios hacia arriba en una sonrisa afable.

—Tiene razón.—Clavó los ojos en su pareja—. No puedo dejar de advertir que, sin duda, va muy bien acompañado esta noche. —Inclinó con brevedad la cabeza hacia la dama y se encontró con una límpida mirada gris clara enmarcada por unas elegantes cejas y unas largas y rizadas pestañas. Su cara era deliciosa, de mejillas tersas, mentón ovalado, labios sensuales y una expresión tan risueña y pícara que quitaba el aliento. Era mirarla y recordar los días de primavera con las praderas inundadas de flores, las aguas cristalinas de los arroyos o las mariposas volando con placidez sobre los rosales. Sin embargo, había algo en el fondo de sus ojos que le transmitían angustia y dolor.

David Rives se apresuró a presentarlos.

—Ella es mi prometida, Ana Peterson. ¿Se acuerda de que le hablé de ella en el campamento?

Drew no lo recordaba en absoluto. Muchas veces en campaña, cuando sus hombres, descansando, se había reunido a departir de sus vidas personales en los pabellones, él se había evadido perdiéndose en sus propios pensamientos. Mientras estuvo al frente, quizá por su sentido de la responsabilidad, nunca tuvo ningún momento libre para hacer amistades o intercambiar expresiones de carácter privado con nadie.

—Lo siento, es posible que en alguna ocasión lo haya comentado. —Volvió su cara a ella y le agradó el modo en que lo observaba—. Señorita Peterson. —Con educación, tomó la mano enguantada que ella le entregaba. Olía a flores silvestres y aire fresco—. Es un placer conocerla.

—El placer es mío, capitán Hayden. —La voz femenina salió estrangulada. Carraspeó y continuó diciendo—: David me ha hablado mucho de usted. Le admira profundamente.

Drew se sintió halagado, y terriblemente hechizado. La muchacha tenía un tono de pronunciación tan dulce y sedoso, que irrumpió en su mente de forma brusca, despertando en él sensaciones desconocidas.

«¡Virgen santísima! ¿Por qué me es tan irresistible?»

—Estaba deseando que Ana lo conociese capitán. —David brindó una sonrisa a su prometida y, por primera vez en su vida, Drew sintió celos. Siempre había supuesto que algún día se enamoraría de una mujer que le impresionase de esa manera. Había pretendido hacerlo de Andrea Ranstrom, hija de uno de sus asociados. Pero la joven era demasiado frívola y materialista para él—. Hemos decidido que nos instalaremos en Minnesota, en Minneapolis, después de contraer nupcias. Como usted es de allí, nos agradecería mucho pasar a saludarle, si no tiene inconveniente.

«¿Vivir cerca de él?» Su corazón palpó con fuerza. No entendía qué demonios le ocurría. Sin duda había bebido más de la cuenta esa noche. Una espesa bruma se había emplazado en su mente desde que la pareja se presentase y no le dejaba pensar con racionalidad. ¿O acaso lo habían envenenado? Miró por unos segundos, con recelo, la copa que descansaba en la mesa.

—¿Se encuentra bien, capitán? —le preguntó la joven.

Él asintió.

—Sí, claro. Inconveniente, ninguno —se obligó a decir. Por un breve espacio de tiempo, ideó a la dama en su residencia, tocando la pulida barandilla de la escalera principal de Headworth, observando los cuadros de sus antepasados...—. En realidad, resido a hora y media de la ciudad. —Con un fuerte impulso tomó el vaso de encima de la mesa para templar sus nervios y, al hacerlo, se vertió un poco sobre la manga de David. Se sintió mortificado—. ¡Discúlpeme, por favor! —Nunca había sufrido ataque alguno de torpeza, hasta ese momento. Él, que siempre se había mostrado arrogante, orgulloso, seguro de lo que hacía y lo que decía, llevaba varios minutos con la sensación de estar poseído por algún espíritu maligno.

—No es nada —respondió el otro con franqueza, sacudiéndose la manga. Miró a su alrededor averiguando si alguien se había percatado de lo sucedido. Drew le imitó. La fiesta ahora estaba más animada, pero nadie les prestaba atención. El oficial volvió la vista a él esbozando una sonrisa—: Le encargo a mi prometida y regreso en un minuto. Si lo aclaro rápido, no quedará señal.

La dama dio un paso hacia David, con el ceño fruncido.

—¿Necesitas que te acompañe, tesoro?

¿David Rives se tensó, o se lo pareció a Drew?

—No, deseo que permanezcas aquí y emplees el tiempo en pasarlo bien, querida Ana —respondió el oficial. Se medió giró a Drew—. ¿Le incomoda?

—En absoluto. Vaya usted tranquilo. Le doy mi palabra de que custodiaré a la señorita Peterson con mi vida. —La muchacha lo miró con ojos brillantes—. Si hiciese falta, por supuesto.

David no se hizo esperar y atravesó el salón con paso ligero, desapareciendo por las puertas del vestíbulo. La joven entonces levantó la vista hacia él con una resplandeciente sonrisa que llenó su cara.

—David me ha dicho que va a dejar el ejército, capitán Hayden. ¿Es cierto eso?

—Así es —contestó.

—¿Entonces ya no es capitán? —insistió ella con interés.

—Lo soy, aunque tardaré todavía bastante tiempo en estar legalmente retirado.

—¿Cuánto puede demorar eso?

—Entre uno y dos años. Con suerte, en unos meses.

La joven lo miró arqueando las cejas con curiosidad, insatisfecha con su respuesta.

—¿Eso quiere decir que deberá seguir ejerciendo de capitán?

—No lo sé. Según lo que me informen cuando me presente en Forth Snelling.

—¿Por qué se alistó?

Drew se encogió de hombros, paseando la vista por el salón, después fijó sus ojos en ella con intensidad.

—En realidad me vi forzado a alistarme, como la gran mayoría, supongo. —Eso no era del todo

exacto. Puede que con el tiempo hubiese terminado en el ejército a la fuerza, pero en su caso no aguardó y él mismo se presentó a filas antes de verse en esa tesitura—. Pero ahora que todo ha finalizado, debo regresar a mi hogar, retomar mis negocios... En definitiva, volver a mi vida de antes. —Aunque las cosas ya no iban a ser iguales. Había perdido a mucha gente en el camino, entre ellas a su padre—. ¿Por qué pretenden instalarse en Minnesota? — requirió él a su vez, con incertidumbre, cambiando de conversación. No le gustaba hablar sobre sí mismo.

La damita se encogió de hombros con una mirada cándida, evitando sus ojos.

—No lo sé. Lo que tenemos muy cierto es que aspiramos a marcharnos de aquí. Baltimore no es ahora el mejor sitio para comenzar de cero.

—En este momento no creo que haya un «mejor sitio» para nada —dijo él, con un tono levemente mordaz, nacido del fondo de sus entrañas. De repente ella oscureció la mirada y Drew volvió a percibir, esta vez con más fuerza, la profunda angustia pintada en sus ojos claros—. ¿He dicho algo que le ha incomodado? —preguntó turbado. Era célebre por ser demasiado insensible a la hora de hablar. Al menos su familia solía decir eso.

«¡Qué demonios! Llevo mucho tiempo en la línea de fuego y todavía no acostumbro a medir mis palabras».

Ella agitó la cabeza y sonrió, inquieta.

—¡No, claro que no ha dicho nada malo! Ha sido todo tan complejo y peliagudo desde que comenzó la guerra... —Como ella había bajado el tono de su voz, él inclinó la cabeza para poder escucharla mejor. Al hacerlo, olió su perfume avainillado y fresco. Era como estar en una pastelería llena de dulces y no poder coger ninguno. Involuntariamente entrelazó las manos tras la espalda—. Vivía con mis abuelos y mi hermana en uno de los ranchos fronterizos al sur. —Ella aspiró aire con fuerza y la vibración de su voz la traicionó—. Fallecieron hace unos meses. Ahora la única persona que me queda es David, hemos sido vecinos desde siempre. No puedo dejar de pensar en cómo ha cambiado la vida en cuestión de tan poco espacio de tiempo.

Él notó que temblaba, aunque la muchacha lo disimulaba muy bien. Sospechó que estaba habituada a ocultar sus emociones, y eso era muy extraño en alguien tan joven como ella.

—Lamento mucho lo de su familia —respondió, levantando la vista hacia el camarero que atendía las bebidas. Solicitó una copa que le sirvió en el acto. Requería un trago como el que precisaba respirar. Desde que había ingresado en el ejército, no hacía más que escuchar una y otra vez las tristes y dramáticas historias que todo el mundo se empeñaba en relatarle. La de esta joven no era tan diferente a la de los demás—. ¿Le apetece degustar algo, señorita Peterson? ¿Un refresco tal vez?

—¿Qué está tomando usted? —le preguntó con una mirada penetrante.

Otra vez Drew se sintió nervioso. Ella hacía que se le secase la boca, y él era un hombre íntegro y correcto que siempre se había comportado como tal.

—Es brandi. No creo que le guste.

—¿Me deja probar?

Él se quedó mirándola sin aliento, mientras ella le cogía de la mano y bajaba la copa a la altura de su boca. Dio un trago y se mojó los labios, después los saboreó pasándose la lengua sobre ellos. Drew quiso hacer lo mismo, de hecho, se pasó la lengua por el labio inferior, imaginando que eran los de ella. Comenzó a sudar sintiéndose terriblemente excitado.

—Está sabroso —dijo la muchacha, haciendo un extrañó aleteo de pestañas—. Pero, lleva razón, prefiero un refresco. No estaría bien que yo bebiese brandi delante de tanta gente ¿verdad?

Drew arqueó las cejas divertido, tanto por sus palabras como por el gesto que había hecho al pestañear. Llamó al camero de nuevo. A pesar de que en ese momento las reglas de etiqueta estaban algo reñidas por las encarnizadas batallas que habían vivido esos años, no estaba bien que ella bebiese brandi, entre otras cosas porque apenas era una mocosa elegantemente vestida para el gran día. Apostaba a que era una niña consentida que siempre hacía lo que le venía en gana. Aunque, por otro lado, no pudo dejar de advertir que, para ser la primera vez que bebía, no tosía, ni le había molestado en la garganta, lo que le hacía llegar a la conclusión de que no era la primera vez que lo probaba.

Enseguida le sirvieron una limonada, y ella cogió el vaso con un gesto firme. Por unos minutos se quedaron en silencio observando la pista de baile. Alguien había abierto las dobles puertas que accedían a un hermoso jardín cuidado y el aroma de la jara y el brezo flotaba en la sala. Los músicos tocaban una melodía bastante alegre que los danzarines acompañaban con palmadas. La sala de baile había conocido tiempos mejores, a pesar de haber sido limpiada y decorada a conciencia. Los marcos de los espejos y los cuadros brillaban como el oro, así como las pequeñas mesas de mármol que había diseminadas por la habitación para poder apoyar las bebidas o los platos de los canapés. Las lámparas habían sido cambiadas por otras nuevas, aunque, obviamente, no tan recargadas y lujosas como las que colgaron originalmente. Todavía quedaban marcas de la guerra en los descoloridos suelos de mármol y en algunas de las columnas que lucían con la pintura descascarillada, pero no parecía que nadie advirtiese eso.

—¿Usted cuando se marcha a Minneapolis, capitán?—preguntó ella, rompiendo el silencio.

Drew sintió en cada recodo de su piel la mirada admirativa que ella le dirigió. Levantó una ceja y sonrió irónico. ¿Sería ella consciente de todo lo que le hacía sentir? «No, imposible. Su aspecto es demasiado inocente y candoroso».

—Tengo pensado hacerlo la semana que viene si no sucede ningún contratiempo.

—Estará deseando regresar a su hogar ¿verdad?

Drew asintió con una sonrisa sesgada. Quería regresar, pero aborrecía la idea de tener que encerrarse entre cuatro paredes y que lo volvieran a señalar como insulso y aburrido. Para su familia siempre había sido así. El hombre juicioso que no sabía divertirse si lo apartaban de su libro de contabilidad. Él mismo había llegado a creérselo y, si no había hecho nada para cambiar, era solo porque deseaba que su padre se sintiese orgulloso de él.

Había planeado volver a Headworth justo después de que el general Robert E. Lee, héroe de las fuerzas de la Confederación, rindiera sus tropas ante el general de la Unión, Ulysses S. Grant,

reconociendo la victoria sobre los confederados del Sur. Sin embargo, luego se sucedió el asesinato de Lincoln, y no había podido deponer las armas hasta hacía unos días. Muchos muertos que enterrar, muchas familias a las que informar, hacer que todas las pagas llegasen correctamente a sus hombres...

—Es mucho tiempo ya el que llevo sin ir a mi hogar —respondió, escueto.

—¿Le espera alguna esposa o prometida? —Quiso saber ella con curiosidad.

Se le pasó por la cabeza la imagen de Andrea. Pero la apartó en el acto. Era posible que, con el tiempo, no tuviese más remedio que proponerle matrimonio, no obstante, de momento no quería, ni necesitaba pensarlo. Y tampoco podía decir que Estela Michaels le estuviese esperando. Ella, sin duda, seguiría aferrada a su decrepito esposo en espera de que este falleciese. Y aun cuando el hombre muriese, ella le había confesado que no tenía ninguna intención de volverse a casar. Por supuesto, eso no significaba que no pudiesen continuar viéndose de manera esporádica.

—De momento, nada serio. —Se bebió el brandy y, con cuidado, puso la copa sobre la mesa junto a la limonada. Sacudió la cabeza—. Estos años he estado demasiado ocupado para eso, señorita —contestó, con más brusquedad de lo que hubiera querido.

—Supongo que eso será una de sus prioridades cuando regrese. ¿Me equivoco?

Suponer algo sobre él estaba fuera de lugar. Aun así, deseó conocer las razones por las que ella preconcebía que necesitaba desposarse.

Ana se encogió de hombros mirándolo fijamente. Por un momento, Drew pensó que podía ver a través de su cuerpo y de su alma. Algo en esos ojos le hizo fruncir el ceño.

—Sospecho que desea perpetuar el apellido para futuras generaciones. Mi abuelo hablaba mucho sobre esa cuestión y decía que era una de las cosas más importantes en un varón.

—Lamento mucho decirle que su abuelo se confundía. Ahora hay numerosas cosas que hacer antes de dar ese paso —replicó.

—Siento haberlo incomodado, capitán —se disculpó, perturbada.

Drew agitó la cabeza y la miró con atención. Ella no tenía la culpa de expresar en voz alta lo que su padre debió decirle antes de morir. ¿Por qué Ana Peterson de repente le parecía jovencísima y, al minuto siguiente, una de las mujeres más madura y astuta que había conocido? ¿Qué tenía esa joven que lo intrigaba tanto?

—No lo ha hecho, señorita Peterson. No se alarme. Lo que sucede es que a mí me preocupan otros factores, mientras que, a las mujeres, les atañe más saber si alguna vez encontrarán el amor, o poseerán un hogar con hijos y esas cosas. Desde luego no es su circunstancia, puesto que usted ya está prometida.

A Drew le pareció ver que ella se tensaba indignada, sin embargo, su rostro no expresó nada y pensó que tal vez la luz de las arañas lo había confundido.

—Es desconsolador pensar que uno pueda pasarse la vida solo. Es cierto que puede que ahora no necesite nada, pero nadie sabe si lo pueda precisar en un futuro —refutó Ana con lentitud.

—Soy inmune a esos pensamientos, señorita Peterson. A pesar de tener una familia bastante

considerable, me he sentido aislado en tantos momentos que he descubierto que la soledad a veces es gratificante.

—Es una verdadera lástima que piense así, pero yo no soy quién para hacerle cambiar de opinión. Solo espero que tenga suerte en sus propósitos. ¿Quiere bailar, capitán Hayden? —preguntó, cambiando tan radicalmente de conversación, que Drew se olvidó hasta de respirar.

Ella se había medio girado hacia la pista de baile. Parecía animada y, bajo las faldas, movía un pie casi de forma imperceptible, al ritmo de la música. Si él no hubiese estado tan cerca, ni siquiera lo habría advertido.

—¿Usted quiere, señorita Peterson? —inquirió, mirándola con atención.

Ella asintió.

—A David no le gusta bailar, pero a mí me encanta. Hace mucho tiempo que no lo hago. Supongo que todavía recordaré los pasos.

Drew le tendió una mano con una galante genuflexión.

—Entonces, si me permite... —Atrajo a la joven hacia él encerrando los dedos en su palma. Lo envolvió su fragancia de vainilla y cerró los ojos un instante, luchando contra la excitación que le provocaba—. Solo le voy a pedir algo a cambio. —Ella alzó la cabeza y lo miró con gesto interrogante—. Prefiero que me llame Hayden, o simplemente Drew. ¿De acuerdo?

—Eso no puedo prometérselo —repuso con burla—. Estaría faltando a la buena enseñanza que, con tanta contundencia, mis abuelos se obstinaron en proporcionarme. —Drew levantó las cejas con sorpresa—. ¿Usted me llamaría Ana? —prosiguió ella.

—¡Claro que no! De momento, al menos, no.

La joven le regaló una sonrisa que mostró una dentadura perfecta de piezas blancas y pequeñas. Sus labios brillaban como las cerezas maceradas en licor.

—¿Lo ve?

—Presiento que le gusta llevar siempre la razón, señorita Peterson.

—Exacto. Es un defecto catastrófico que me acompaña desde siempre. —Hizo un suave ademán con la cabeza—. ¿Bailamos entonces?

—Bailemos —aseveró él, haciéndola girar hacia la pista.

En pocos segundos se sumergieron en un barullo de pasos animados, risas y palmas, olvidando por un rato todo lo demás.

Esa velada había mucha gente en la fiesta, y la mayoría de ellos, bailando. Apenas había suficiente espacio para que no se rozasen unos invitados con otros.

Drew y Ana hacían una bonita pareja. Ambos guapos, esbeltos, elegantes. Ella rubia, con cara de ángel. Él, castaño de un tono entre dorado y cobrizo. Llevaba un traje negro cortado con un gusto impecable y una camisa blanca que contrastaba de manera distinguida. Muchas de las damas, que no habían reparado en él todavía, se volvieron a observarlo con descaro.

Ella danzaba con mucha soltura y garbo, aunque no se podía decir que fuese una experta. En bastantes ocasiones lo pisó sin ninguna delicadeza. Y aunque Drew no era un excelente bailarín,

supo llevarla tan bien, que un grupillo los elogió tras el baile. Entre ellos David, que desde que había regresado al salón de nuevo, los había estado observando sin interrumpirlos.

El baile acabó y Drew guio a la muchacha hasta su prometido.

—Me ha encantado conocerle, capitán Hayden. Si no nos volvemos a ver antes de que se marche a Minnesota, le deseo muy buen viaje —le dijo ella, con las mejillas sonrosadas por la agitación, y esforzándose por controlar los jadeos provocados por la danza. Sus ojos brillaban alegres.

—Supongo que nos veremos por allí —respondió, besando sus nudillos cuando ella le tendió la mano. Estrechó la de David—. Cuídense mucho.

—También usted, capitán.

Al ver que el oficial y Ana se marchaban, cogidos del brazo, con las cabezas bastantes juntas, Drew sintió cómo su corazón se encogía y se volvía diminuto y pequeño. Esa despedida le hizo sentir la realidad y, desdichadamente, un pobre desgraciado. Realmente nunca había tenido una profunda confianza con ese joven. Hasta esa noche no había sido más que alguien que conoció durante la guerra, pero estaba seguro de que, a partir de ese momento, iba a serle difícil olvidarse de él y de lo afortunado que era.

Con la sensación de que aquella velada había sido una de las mejores de su vida, se marchó a la casa que le habían asignado durante su milicia. La misma que dejaría en apenas una semana.

## Capítulo 2

Ana estaba acomodada en el interior del coche esperando con impaciencia que David tomase asiento. Sonreía, agradecida, de que algo en su vida marchase bien. Había pasado una reunión estupenda, sin embargo, no podía quitarse de la cabeza la sensación de estar concibiendo algo maléfico.

Cuando David le había hablado del capitán Hayden, jamás le habría relacionado con el hombre que había tratado esa noche. Le había supuesto hosco, agrio, añoso y soberbio. Puede que sí fuese algo soberbio, admitió, y en algunas poses incluso arrogante.

«Se ha merecido los pisotones del baile por eso». Pero el capitán no era tan mayor y, por supuesto, era muy, pero que muy apuesto. Sus ojos verdes brillantes y su forma de mirarla le habían subyugado en más de una ocasión, haciéndola sentir torpe, por no decir que había tenido momentos en los que sus huesos habían amenazado con derretirse como la mantequilla al sol, sobre todo cuando él, con su voz aterciopelada y varonil, se había dirigido a ella en tono campechano y festivo. Saltaba a la vista que era un hombre muy apasionado y cautivador, o quizá el término exacto era experimentado. Alto, gallardo y tan atractivo, se volvió a decir que, cualquier otro individuo de los que habían acudido a la fiesta y en los que ella se podía haber fijado, que no la habría hecho, desaparecieron en el momento en que David les presentó. Ana apostaba a que había multitud de mujeres persiguiéndolo siempre.

—¿Ana? ¿Me has oído?

Con un pequeño sobresalto miró a David, que se acababa de sentar enfrente.

—No, perdona. ¿Qué has dicho?

—Quería conocer tu opinión sobre el capitán —dijo él.

Ana se encogió de hombros. No podía dejar de pensar en ese hombre. Le resultaba fascinante.

—Tengo que reconocer que no le esperaba así —admitió—. Cuando me contabas de él, lo describías como si fuese un ogro dispuesto a engullir a cualquiera. Sin embargo, dista mucho de eso.

—Te puedo garantizar que en el frente es diferente a como ha sido esta noche. Incluso a mí me ha sorprendido, pero te aseguro que he visto a hombres temblando ante una mirada suya.

—Hay que tener en cuenta que esta noche era un baile y no un campo de batalla.

David asintió.

—Supongo que es cierto. Se ha dejado llevar por la ocasión, como casi todo el mundo.

No era de extrañar. Cualquier entretenimiento que nada tuviese que ver con la guerra era bienvenido.

—El capitán me ha parecido un tipo encantador —continuó diciendo Ana—, y sabes que, para decir yo algo así, debe ser porque tengo fiebre o porque es verdad. —El coche comenzó a deslizarse por las oscuras calles de la ciudad, en dirección a la posada donde ambos se alojaban, ahogando el suspiro soñador que había escapado con sus palabras—. No me parece un hombre peligroso. Es más, me ha recordado mucho a mi abuelo. Me transmite mucha confianza, la verdad.

Se ganó una mirada afectada de David. Unos meses antes sus ojos eran alegres, risueños e instigaban a los demás a alegrarse con ellos. Pero ahora ya habían cambiado y eran tan tristes y oscuros como el cuarzo de pedernal.

Ana lo había perdido todo. Su familia había sido asesinada por un grupo de rebeldes confederados que habían entrado a la fuerza en el rancho. Antes de irse se aseguraron de que no quedaba nada y redujeron el sitio a cenizas. La finca de David había corrido mejor suerte, y aunque también había sido saqueada, todavía podía reconstruirse, si bien iba a llevar bastante tiempo. No así su... vida.

Era cierto que David y los Peterson habían dialogado sobre matrimonio. Pero no era con Ana con quien el abuelo prometió a David, si no con Patricia, la hija mayor de los Peterson. Sin embargo, esa noche, ante el capitán, habían tenido que mentirle con un único propósito. Estaban desesperados por su ayuda y tenían que conseguirla de la manera que fuese. Sabían que él iba a viajar próximamente a Minnesota y ella necesitaba llegar allí, porque era el único lugar donde aún le quedaba un pariente.

El por qué necesitaba la ayuda del capitán Hayden era simplemente porque David no iba a acompañarla. Él ni siquiera estaba a favor de que ella hiciese aquel viaje, pero Ana estaba sola, no tenía a nadie que pudiera hacerse cargo de ella, y se había empeñado en alejarse lo máximo posible de allí.

David no podía impedirle que cometiera aquella locura. Y realmente lo que Ana se proponía era una descabellada locura. Nadie en su sano juicio dejaría de advertir a una mujer joven, bonita y sola, cruzando el país durante la posguerra. Mucho menos cuando esa muchacha aparentaba ser más joven de lo que en realidad era. Pero como no podía pedirle abiertamente al capitán Hayden que la llevara hasta su destino, habían estado valorando una manera de hacerlo sin que él notase que iba a ser utilizado.

—Ana, vas a pasar mucho tiempo a solas con el capitán. Sé que si algo detiene a un hombre es el hecho de que la mujer a la que acompañe esté prometida o casada, sobre todo si eres su amigo.

Le buscó intrigada con la mirada

—Tampoco sois tan amigos, David. Tú mismo lo has dicho.

—Confío en él —apuntó tras un embarazoso silencio.

—¿Por qué?

—Por su educación, Ana. He averiguado que estudió en un sitio para caballeros y al parecer, en su tierra, su padre es un hombre de los más influyentes. —Frunció el ceño, mirándola fijamente a los ojos—. Aun así, no deja de ser un hombre, y tú, una mujer.

No le pasó desapercibida aquella última frase. ¡Como si ella no supiese distinguir!

—Me dices que confías en él, pero a un tiempo me adviertes. No te estoy entendiendo muy bien, David —le dijo preocupada.

—Hay una cosa que se llama honor, y sé que el capitán es un hombre de palabra. No se atreverá a deshonorarte, y estoy seguro de que, hasta que no encuentres a tu prima, no te va a dejar sola en esas tierras abandonadas de la mano de Dios. Y también, porque creo que es el único que va a poder llevarte íntegra y segura a tu destino.

—¿Y si le manifestamos la verdad? Puede que acceda a que lo contratemos, en vez de tener que montar esta farsa. Ese hombre no es ningún tonto, David.

—¡Pero es que no querrá llevarte! ¡Ya te lo he dicho otras veces! —replicó él.

—¿Cómo puedes saberlo si no se lo has preguntado? —insistió, ofuscada.

—Porque él no necesita dinero y nadie, en su sano juicio, haría un viaje tan largo cargando con... En fin, que no se complicaría haciendo de niñera contigo.

Ana, frunciendo los labios con enojo, le propinó una patada en las espinillas.

—¡Dejé de ser una mocosa hace tiempo!

David se pasó la mano por la pantorrilla. Ella sabía que no le había hecho daño. No le había dado con fuerza.

—¿Qué es lo que te preocupa, Ana? Ya teníamos todo esto planeado.

—Lo sé, pero tengo pavor de que descubra que le estamos engañando. Puede que yo tenga muchos defectos, pero uno de ellos no es el de ir mintiendo y manipulando a la gente.

David se enfureció también y sus ojos destellaron.

—¿Prefieres que se quiera aprovechar de ti a cambio de llevarte? Las cosas ahora son así.

Ella agitó la cabeza con fuerza.

—¡No soy tan tonta para permitir eso! Se perfectamente defender mi virtud y mi vida. Jamás he necesitado la ayuda de nadie. Pero también soy consciente de que ese hombre no es más que un peón en nuestro propósito, y odio no ser sincera con él. No me gusta mentir.

—Patricia tampoco era una tonta y, aun así, fue salvajemente violada antes de que la asesinasen. Perdona si no puedo fiarme de nadie en este momento.

Ana apartó la mirada de David. No soportaba ver el dolor y la angustia reflejada en su rostro. Se sintió mareada y llevó la mano a su garganta tratando de calmarse. Después, dijo con voz temblorosa:

—No hace falta que me lo recuerdes. ¿Olvidas que yo estaba allí?

Él pareció avergonzado.

—Llevas razón, no he debido decir...

—No pasa nada. Sé por qué lo has dicho —le interrumpió sin hacer caso de su disculpa—.

David, ¿qué pasa si mi prima no está en Minneapolis? —preguntó.

Él suspiró.

—Tú dijiste que estaba allí. ¡Ana, mírame! —Cogió con fuerza su mentón y la obligó a que lo mirase. Ana no era ninguna ingenua. Su carácter a veces dejaba mucho que desear. Podía ser empalagosa como un pastel de manzana, o tan ácida como la lima. Pero de tonta no tenía nada—. ¿Sigue estando ella allí?

—Sí —musitó.

—¿Qué ocurre entonces? ¿Te estás arrepintiendo? Eres tú la que quieres marcharte.

—¡Claro que quiero hacerlo! Pero... era mejor mi idea. Puedo viajar sola. —En un último intento volvió a insistirle—. Tendría mucho cuidado.

Él negó con la cabeza, tajante.

—¿Crees que disfrazarte de varón y cabalgar hasta Minneapolis es lo más sensato?

Ana asintió, obstinada. El plan no era tan absurdo.

David volvió a negar, esta vez con más determinación. Echándose hacia adelante, cogió con fuerza las manos de la joven, olvidado ya de su enfado.

—Escúchame, diableja, yo no puedo hacerme cargo de ti. Te he ofrecido mi casa para vivir si lo deseas, pero ya has visto cómo está. —Apretó con fuerza sus manos y las soltó casi con rabia—. No sé si voy a poder mantenerme a mí mismo, o si en unos meses haré como tú y me iré a buscar la vida en otro lugar. —Con un solo movimiento, se cambió de sitio y se sentó a su lado—. Sabes que... —comenzó a decir, soltando un ruidoso suspiro. Rodeó sus estrechos hombros con el brazo y ella lo miró, recelosa—. Me casaría contigo, Ana, si supiese que algún día... que en un futuro... podría llegar amarte. —Agitó la cabeza y añadió con voz quebrada—: Pero... tu presencia me recuerda tanto a Patricia que nunca te vería a ti, siempre la vería a ella y yo...

Ana le cubrió la boca con una mano y lo miró con labios temblorosos, asustada por lo que él estaba diciendo.

—¡Yo tampoco quiero casarme contigo! —exclamó. Se le vino a la mente cuando Drew le había dicho que eso era en lo único que podían pensar las mujeres, y sus ojos brillaron con enojo. Ella se había mordido la lengua por no replicarle. Algunas, como ella, lo que querían más que nada en el mundo era poder seguir adelante y sobrevivir. No le hacía falta ningún hombre para eso, aunque, obviamente, sí lo necesitaba para atravesar el país—. David, solo de pensar en nosotros juntos se me revuelve el estómago y me dan ganas de vomitar. —Y para confirmar sus palabras, se apartó un poco de él, pegándose más a la ventanilla del coche y quitando, de paso, el brazo de sus hombros.

Él soltó una risilla.

—Como siempre tan sincera.

—¡No lo digo para ofenderte! Supongo que eres un hombre atractivo...

—¿Lo supones? —Él arqueó las cejas.

Ana se encogió de hombros y soltó una suave carcajada. No era un hombre feo, pero tampoco

tenía nada atrayente que le pudiese gustar. David era alto, de complexión delgada, pelo castaño y ojos color del caramelo fundido.

—Ya sabes lo que quiero decir. No me atraes porque sentiría que estoy robándole el enamorado a Patricia. —Tenía que admitir que nunca le había interesado nadie. Se encogió de hombros y quiso cambiar de tema para que él no se sintiese más incómodo o culpable de lo que ya estaba—. ¿Cuándo irás hablar con el capitán? Me ha dicho que se marcha la semana que viene.

—Debo averiguar cómo va a viajar y, en un par de días, damos el siguiente paso. —Con una mano cogió la barbilla de Ana y clavó sus ojos en ella. La joven hizo un esfuerzo por no apartarse otra vez. No era de su agrado que la tocasen y él lo sabía de sobra—. Tu misión es hacerle creer que yo me reuniré contigo una vez estés allí. Si encuentras a tu familia, él jamás se enterará de que lo hemos utilizado.

—Eso espero —contestó—, y por favor, no vuelvas a decir la palabra utilizar —le amonestó, tragando con dificultad—. No quiero pensar que soy yo la que me estoy aprovechando de su bondad, además, puede que nos estemos adelantando y no quiera llevarme.

—Lo dudo mucho. —David dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos—. He visto cómo te miraba, diableja. ¿No te has dado cuenta cuando se le ha caído la bebida? Le has puesto nervioso.

Ana se sonrojó, sorprendida.

—¿Crees que he sido yo?

—Claro que sí. El capitán Hayden estará más que dispuesto a llevarte. Presumo que no es tan insensible para negarse a hacerlo.

Ella no estaba tan convencida.

—¿Y si lo hace? ¿Si se niega?

—Trazaremos otro plan, tranquila, confía en mí.

Ana se mordió el labio inferior. Habría preferido no prometerle que partiría acompañada. Pero, de no haberlo hecho, jamás le habría dejado marchar sola.

—Me alegro de poder llevarme las joyas y el dinero que pude sacar de la casa antes de que las robasen. Si las cosas se ponen feas, no tendré que depender del capitán, y en cualquier momento podré continuar yo sola con el viaje —dijo, mirando la calle a través de la ventana.

Las sombras bañaban las casas que estaban a un lado y al otro del camino. Apenas había farolas en la dirección en la que iban.

David se espigó y la observó inquieto.

—Me has jurado que no te vas a separar de él hasta que llegues. No me habrás mentido, ¿verdad?

Ella se volvió a él con un suspiro fuerte y exagerado, poco adecuado para una dama.

—¡Claro que no! ¡He dicho si las cosas se ponen feas! Tú más que nadie sabes que no soporto que se me imponga nada. Puede que él haya sido tu superior, pero, ciertamente, no es el mío.

—Tendrás que respetarle.

—¡Ja! —Volvió a llevar la vista a la ventana. David debía de estar loco si pensaba que iba a acceder a todo lo que el capitán pidiese.

—¿Ana?

La joven se cruzó los brazos sobre el pecho.

—¡Me estas cansando, David! —Lo enfrentó con la mirada—. ¿Crees que no sé cómo tengo que comportarme? No hace falta que nadie me lo diga.

—Sé que lo sabes —admitió él—. La cuestión es si lo harás. El capitán esperaría de ti que fueses una dama bien educada.

—¿Eso es lo que quieres oírme decir? —le preguntó, enfadada.

—Sí.

—De acuerdo, me comportaré como una tonta remilgada y cursi, amable hasta la médula. Me limpiaré los labios con una servilleta en vez de utilizar mi manga, me quejaré por todo y me haré la remolona de vez en cuando. Ah, y pestañearé de esa forma tan absurda que me enseñó Patricia. ¿Te parece bien? ¡Ah, me olvidaba! Y no me hurgaré la nariz.

—¿Te la hurgas? —preguntó pasmado.

—¡No, hombre! ¿Cómo voy a hacer eso? —Apartó la vista de él, ruborizada. Era consciente que David estaba dándole vueltas a su respuesta—. ¿Te parece bien? ¡No me has contestado!

—Más que bien.

Ana suspiró hondo. Él no iba a estar presente para verla, y ella, al final, haría lo que le diese la gana. No se iba a hurgar la nariz, ¡qué demonios! Pero le había parecido divertido decírselo. Se estremeció con un fuerte encogimiento de hombros.

—Este viaje me provoca miedo. Ojalá pudiese trasportarme con solo un chasquido de dedos sin necesitar nada de nadie.

David resopló por lo bajo.

—Ahora lo importante es que te relajes y que comiences a empacar tus cosas cuanto antes.

—Lo poco que me queda —susurró, pasándose la mano enguantada por la falda del precioso vestido. Era una lástima que esa belleza tuviese que devolverla al día siguiente a la casa donde lo había alquilado. Nunca había sido muy materialista ni se había preocupado por la tendencia de las modas, sin embargo, hacía mucho tiempo que no se vestía tan elegante.

—Estas preciosa esta noche —dijo David. Parecía sincero.

—Te voy a extrañar mucho.

—Mentirosa —rio él—, antes ni siquiera me aguantabas.

—Eso era porque antes eras un chiquillo malcriado e impertinente que quería robarme a mi hermana, además, sigo sin aguantarte, pero me he acostumbrado a tenerte cerca.

—Pues eso, que eres una mentirosa. Por cierto, ¿antes, con el capitán, me has llamado tesoro?

Ella asintió.

—Lo he hecho genial. Parecíamos una pareja de verdad. ¿A que sí?

—No. Le puedes llamar tesoro a un niño o a alguna de tus mascotas, pero no a tu prometido.

Suena...demasiado... almidonado.

Ana se mordió el labio inferior.

—A mí me gustaba. ¿Patricia no te llamaba así?

—No.

—¿Y cómo te llamaba?

—Da igual Ana. Olvida lo que te he dicho.

\*\*\*

Aquella madrugada Ana se despertó de golpe al escuchar los ruidos del corredor. Hacía tan solo un par de años que había dormido como un lirón y nada la despertaba. Una vez se había caído la pared del granero que estaba justo enfrente de la ventana de su dormitorio, y se enteraron todos en la casa menos ella. Ahora, sin embargo, se despertaba con cualquier sonido, a veces hasta con el tic tac del reloj de la sala, que estaba en la planta inferior de la hospedería en la que se alojaba.

Con el corazón latiendo a mil por hora en su garganta, se colocó la bata con rapidez y caminó hacia la puerta poniendo la oreja sobre la madera. Con toda seguridad, era alguien que se albergaba también en la posada, pero justo después del fin de la contienda y de que asesinasen a Lincoln, los casos de hurtos y vandalismo se habían multiplicado y nadie se sentía a gusto.

Los pasos se detuvieron ante su puerta y ella dejó de respirar. Con el ceño fruncido corrió hasta la mesilla y cogió el colt 45 con manos temblorosas. Disparaba muy bien, siempre a dianas fijas, normalmente latas o botellas de vidrio, que era con lo que su abuelo le había enseñado. Pero no pensaba siquiera pestañear en el caso de que alguien quisiera entrar en su habitación. En esos meses había aprendido que no podía detenerse a pensar antes de pasar a la acción. Su vida dependía de lo rápidos que fuesen sus instintos.

Los pasos se reanudaron poco después y se perdieron en el pasillo. Con un suspiro tembloroso, dejó el revólver de nuevo sobre la mesilla y se sentó en la cama frotándose la cara con las manos. Estaba totalmente despejada y se sentía incapaz de volver a pegar ojo otra vez.

Era mediado del mes de octubre y el frío se hacía sentir en las calles en forma de vientos fríos. Pronto comenzaría el invierno y, si allí en Baltimore era horrible, en Minnesota debía de ser aterrador. Al pensar en Minnesota cruzó por su mente el brillo de unos hermosos ojos verdes y un escalofrío la recorrió de pies a cabeza. Reconocía que temía de la reacción del capitán Hayden si llegaba a enterarse de que le estaban engañando.

Se dejó caer sobre la cama con los ojos puestos en las sombras que conformaban el techo. Solo un débil haz de luna que desaparecía y aparecía con el raudo paso de las nubes, dejaba entrever los muebles de la habitación y su estructura.

Dejándose llevar por sus pensamientos y sin saber cómo, Ana evocó la noche pasada y, sobre todo, la última conversación con David. Parecía mentira que él no la conociese todavía. Ella no era una ninguna ingenua ni inocente jovencita que se creía todo lo que veía. Su abuela le había

advertido muchas veces sobre ese tema. Decía que los hombres podían ponerse muy pesados e inventar el modo de que las mujeres creyesen a pies juntillas sus mentiras, y una vez que conseguían de ellas lo que querían, se marchaban como si allí no hubiese pasado nada. Hasta hacía poco, Ana no había tenido muy claro el concepto de qué era lo querían de una mujer. ¿Un beso? ¿Verlas desnudas? ¿Dinero?... Ahora, cuando recordaba aquellos pensamientos, se reía de sí misma.

## Capítulo 3

Con el periódico en la mano, leyendo las últimas hipótesis del estado emocional del actor que asesinó al presidente Abraham Lincoln, acomodado en una profunda butaca de piel con las piernas cruzadas y en mangas de camisa, Drew aprovechaba los últimos días de descanso antes de regresar a su ciudad natal.

En Baltimore ya había concluido todos sus asuntos y, muy metódico, como siempre, había elaborado su viaje de partida, el cual iba a llevar a cabo en barco y coche de caballos. Sin duda, la nota predominante sería el frío, no obstante, había hecho acopio de mantas y provisiones, así como de útiles de primera necesidad, sin olvidarse del armamento. En los tiempos que corrían, era de locos salir sin ninguna clase de protección. Calculaba que llegaría a tiempo de pasar la Navidad en Headworth, aunque no esperaba que ese año su madre festejase nada. Desde luego, él no tenía nada que celebrar.

Cuando estalló la guerra, cuatro años antes, se había visto liberado de sus obligaciones. Otros se habían sentido enfadados, o incluso asustados; en cambio, para Drew fue todo lo contrario. Aquello había sido su oportunidad para dar un giro de ciento ochenta grados a su vida y apartarse de la contabilidad de la empresa. El fructífero negocio familiar consagrado a la madera.

Se presentó voluntario a filas. Pero nadie de su hogar lo entendió. Precisamente él, que se podía haber quedado en Fort Snelling, defendiendo y protegiendo al país al lado de casa, prefirió acercarse lo máximo posible al fulgor de la batalla.

Drew había descubierto un mundo nuevo más allá de sus cuatro paredes forradas de madera de nogal. No era bonito. Pero era grande. Se podía respirar y caminar. Sobre todo, se podía escuchar.

Llamaron a la puerta de su apartamento, interrumpiendo su lectura. Se incorporó al tiempo que doblaba el diario y lo dejaba caer sobre la butaca. No esperaba a nadie. La señora Ford, que se encargaba de la limpieza en las viviendas de los oficiales, hacía un par de horas le había dejado un pastel de carne preparado para la cena y se había marchado a su casa.

Echó un vistazo a la sala cerciorándose de que todo estuviese en su sitio y luego fue abrir la puerta. Le pareció extraño encontrarse cara a cara con el oficial David River y vio en su rostro un gesto de profunda preocupación que lo puso nervioso. No pudo evitar pensar que le hubiera pasado algo a la hermosa Ana, a quien no había podido sacar de sus pensamientos durante esos días.

—Buenas tardes, señor Rives. Pase, por favor —le dijo, educado, apartándose de la puerta—. ¿A qué se debe su visita? —le preguntó sin andarse por las ramas y sin esperar siquiera que terminase de entrar.

—Lamento haber venido a molestarle, capitán Hayden, pero tengo un problema y no sabía a quién acudir. Lo recordé a usted.

Drew se extrañó bastante, pues el oficial siempre había tenido su residencia en Baltimore, y estaba seguro de que allí conocía a cuantiosas personas que podían ayudarle mucho mejor que él.

Sobre la repisa, el reloj marcó las siete de la tarde.

—Usted dirá qué se le ofrece. —Le convidó a que se sentase, y él recuperó su lugar en la butaca, frente a la chimenea. Trató de disimular su ansiedad por saber y señaló una bandeja con bebidas colocada bajo una de las ventanas—. ¿Quiere tomar algo?

David tomó asiento con la espalda erguida, al tiempo que rechazaba su oferta. Vestía de civil, en tonos claros.

—Me gustaría poder hablarle con franqueza, capitán. ¿Tendría tiempo?

—Adelante, por favor.

—Se trata de Ana Peterson ¿La recuerda?

Drew se frotó la barbilla, disimulando su repentino nerviosismo.

—Su prometida, por supuesto, una mujer encantadora. Espero que no haya sucedido nada —dijo, eligiendo con sumo cuidado sus palabras.

—No, por el momento no —respondió David, con tono taciturno.

Drew se inclinó ligeramente hacia adelante, sin entenderle. Se le había acelerado el corazón.

—¿Cómo dice?

—No sé si sabrá que la propiedad en la que vivía Ana sufrió un ataque por una banda de asaltantes.

—Algo me comentó ella durante el baile —afirmó.

—Esos hombres asesinaron a sus abuelos y a su hermana. Ella pudo salvar las joyas y algunas piezas de valor, pero tuvo que abandonar la casa porque quedó reducida a cenizas.

—En los últimos meses, se han sucedido muchos ataques de ese tipo —le dijo Drew—, todos estamos muy preocupados con ellos

—Sí, es cierto, lo que ocurre es que estos asesinos descubrieron dónde se escondía Ana durante el asalto, aunque ella logró escapar refugiándose en el bosque. Ahora han vuelto a buscarla porque saben que es la única que les puede identificar. Es por eso por lo que habíamos pensado marcharnos a cualquier lugar. Elegimos Minnesota porque Ana tiene allí una prima.

—Hacen bien en irse y, desde luego, es un motivo bastante importante como para querer salir de aquí. Entiendo que quiera protegerla. Supongo que ya ha advertido a alguien sobre los bandidos, ¿no? Si me da descripciones, puedo lograr que apresen a esos hombres. Todavía poseo influencias en el ejército.

—Las autoridades están advertidas y desde hace tiempo los están buscando, sin embargo, ellos

mismos nos han aconsejado poner tierra de por medio. El problema es que yo no puedo viajar en este momento y ella corre peligro si se queda.

Drew parpadeó al tiempo que se tensaba. Una expresión de incredulidad asomó a sus facciones.

—¿Qué piensa hacer entonces?

—Por eso quería hablar con usted.

Drew entrecerró los ojos hasta convertirlos en dos pequeñas rendijas. Comprendió de golpe y porrazo lo que David quería de él.

—¿Me está pidiendo que lleve a su prometida a...? —Antes de acabar la frase, David ya estaba asintiendo. Drew se negó en redondo. ¡No podía llevarse a Ana!— ¡Eso es una locura!

—¿Por qué? ¡Usted viajará dentro de poco!

—¡Yo no puedo hacerme responsable de... ella, y usted no puede pedirme algo así! —replicó enojado.

—No lo haría si no fuera tan importante para mí. Usted la ha visto. Ana, a veces, es muy... inocente y vulnerable.

«Y hermosa, joven... y tampoco tengo muy claro que sea muy inocente». Nervioso, Drew se puso en pie y paseó frente a la ventana con las manos cruzadas tras la espalda. No podía creer que le estuviesen pidiendo que acompañara a la beldad rubia. ¿Lo estaba deseando? Posiblemente. ¿Era seguro? Para nada.

—No puedo hacerlo, David. Es un viaje muy largo y pesado, además, no son las mejores condiciones. Había pensado hacer la mayor parte del trayecto en coche.

—Si es por dinero, yo mismo correré con los gastos.

Para demostrar que hablaba en serio, David sacó un fajo de billetes del bolsillo y se lo tendió. Drew apenas les echó una breve mirada y volvió a agitar la cabeza.

—No se trata de eso. —Se detuvo a observarle con fijeza—. ¿No puede delegar lo que tiene que hacer en otra persona y acompañarla usted mismo?

—Si pudiese, no se lo estaría pidiendo. Antes de pensar en usted, admito que estuve investigando la posibilidad de contratar a alguien. Y sí, encuentro muchos hombres dispuestos, pero ninguno del que me pueda fiar realmente. —Eso Drew no lo dudó. Era una locura intentar contratar a alguien para escoltarla. David se puso en pie también—. Pensé que podría ayudarnos, pero veo que me confundí. —Se guardó el dinero con desgana—. Gracias por haberme escuchado al menos. —Se cuadró ante Drew con un saludo militar y se encaminó hacia la puerta.

Drew le detuvo con un gesto y centró la mirada en él.

—¿Qué va a hacer?

—Seguiré buscando a alguien que pueda ayudarme.

¡Estaba loco! ¡No podía enviar a la joven con nadie!

—¿Usted sabe lo que me está pidiendo? —le preguntó Drew, esperando que se retractase o cambiase de idea.

David asintió, rogándole con los ojos.

—Le estoy pidiendo a alguien que considero de mi confianza, que me ayude a salvar a mi futura esposa de unos asesinos despiadados. ¿No haría usted lo mismo de estar en mi lugar?

Drew conocía su respuesta. Él sería capaz de remover cielo tierra por proteger lo suyo, pero jamás, nunca, ni en sus sueños más recónditos, permitiría que fuese otro hombre quien acompañara a su prometida. ¿No era David consciente de lo bonita que era Ana?

«¿Acaso piensa que yo soy un maldito eunuco como para ponerme semejante tentación delante de mis narices? ¡Por Dios Santo, no soy un cura!»

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Obviando el hecho de que ella le interesaba, no podía permitir que nadie se sintiese amenazado por un grupo de rebeldes que habían desoído que la guerra había finalizado. David tenía razón. Ana no podía quedarse en Baltimore. Pero ir con él...

Se frotó la frente, pensando.

—Sé que le estoy poniendo en un grave aprieto —admitió David.

Drew afirmó con la cabeza, seguidamente soltó un ronco suspiro. David no parecía saberlo bien, en caso contrario no lo haría.

—Esto es mucho más que un aprieto, sin embargo, voy a asumir ser su protector —respondió, aceptando el desafío.

—¿No sabe cuánto se lo agradezco! —exclamó David con una abierta sonrisa—. Amo a esa mujer, capitán. Lo único que deseo es protegerla.

Drew tragó con dificultad. David era poco menos que un loco inconsciente. Sin duda, Drew iba a hacer lo más difícil que había hecho nunca. Era un viaje largo y agotador. Una de dos: o acababan siendo grandes amigos él y la señorita Peterson, o terminaban odiándose a muerte.

\*\*\*

Ana estaba asomada a la ventana del segundo piso, con la nariz pegada al cristal, cuando vio llegar a David. Él no miró hacia arriba, por lo que no pudo ver su expresión. Estaba nerviosa e impaciente por saber que había ocurrido en su visita al capitán.

Mientras David subía hasta la habitación, la espera se le antojó larguísima, y antes de que él llamase a la puerta, ella ya había abierto.

—¿Y bien?

—Está todo arreglado, Ana. Te marchas con él —dijo, entrando en el cuarto y cerrando la puerta tras él.

Ella se puso a dar saltitos pequeños a su alrededor. Vestía una blusa entallada remetida en una larga falda azul oscura y unos botines de piel, con tacón grueso y duro.

—¿Sí? ¿Qué ha pasado? Cuéntame lo que ha dicho.

David levantó los ojos al techo con una pose burlona y engreída.

—¿Pensabas que no lo iba a conseguir? —preguntó.

Ana se encogió de hombros y asintió. De pronto sentía un montón de cosquillas en el estómago. Asumir que iba a hacer el trayecto con el guapísimo capitán la asustaba tanto como le emocionaba.

—No sé por qué había supuesto que iba a ser más dificultoso. ¿Ha aceptado sin más?

—Lo he persuadido. El capitán insistía en que denunciara a los bandidos.

—¡Pero ya lo hicimos! ¿Se cree que somos estúpidos?

—Sí, ya se lo he dicho. Es más, él se ofrecía a ayudarnos con su apoyo, pero le he indicado que hasta que no fueran apresados, tú no estarías a salvo aquí. Así es que, no te inquietes, ha terminado por aceptar. El único inconveniente, posiblemente, sea la forma de viajar y ha insistido en que quizá sea una marcha agotadora para ti.

Ana agitó la mano despectivamente y sonrió con alegría.

—¡Bah! Iba a hacerlo de una forma u otra. Eso es lo que menos me importa. —Hablaba en serio. No había hecho viajes largos estando con su abuelo, sin embargo, sí que los había hecho cortos, y en las peores condiciones, azuzando reses y durmiendo bajo el techo estrellado de la noche junto al fuego, cubierta con mantas—. Estoy segura de que tendré que contenerme por no meterle prisa yo a él.

—Te conozco, Ana. Procura estar tranquila y relajada. Piensa antes de hablar. Recuerda que tus abuelos se empeñaron en darte una buena educación para que te condujeses como una dama y no como un muchachote. No creo que el capitán Hayden permita ninguna clase de insolencia por tu parte.

—¡Tú no mandas en mí! ¡Hablas como si no hubiese cambiado mucho en todo este tiempo! —se enfadó ella.

—¡Cambiar! —David rompió a reír—. Desde que estás conmigo solo finges ser alguien que no eres.

—¡Pero es lo que los demás querían de mí! Y, además, creo que lo estoy haciendo bastante bien. —De refilón se observó en el espejo ovalado que colgaba junto a la mesilla. Llevaba una cola de caballo alta y un pronunciado tirabuzón caía sobre uno de sus hombros. Unos meses atrás había peinado trenzas que ocultaba bajo un sombrero de hombre.

—Te aseguro que estarían muy orgullosos de ti. Patricia la que más. Pero yo soy capaz de ver en tu mirada mucho más que ese candor y dulzura que demuestras. Sigues siendo la misma niña temeraria, atrevida y revoltosa de siempre.

—¡Puedes verlo porque estoy muy nerviosa, y tú me estás poniendo peor con todo lo que me dices! —estalló con enojo. Siempre había sido muy complicado para ella mantener una actitud controlada y sumisa. Ahora también se sumaba el odio por los que habían destrozado su hogar, el dolor de perder a su familia, la angustia y la ansiedad por saber dónde la llevaría y qué le depararía su viaje... Estaba cansada de escuchar las advertencias de David y sus consejos... Últimamente sentía los nervios a flor de piel y era consciente de que acabaría explotando como la dinamita.

—¿Tienes miedo? —inquirió él.

—No —negó, rotunda.

—¿Eres sincera? —David la miraba incrédulo.

¿Cómo no iba a tener miedo? ¡Hubiera sido un ser venido de otro planeta si no sintiese pavor, como poco!

—Estoy mintiendo. Me encuentro aterrada, sí —respondió con franqueza—. Comenzar una vida de cero, dejando atrás todo, es como para estar espantado, ¿no crees?

—El capitán cuidará de ti. Además, también puedes hacer como tu abuela y, cuando te sientas mal, habla con Dios.

—A ella no le hizo mucho caso.

—Inténtalo. Quizá a ti te escuche.

Ana frunció los labios y agitó la cabeza con suavidad.

—No es solo eso. Me preocupa saber qué pasará cuando llegue allí. ¿Por dónde comienzo a buscar a Mela?

—Ya hemos hablado de eso antes. Cuando llegues, te despides del capitán y te alojas en el hotel Hadmmond Center. El detective Barney Rohad se pondrá en contacto contigo en cuanto sepa que estás allí y te dirá todo lo que necesitas saber. Tienes la reserva a tu nombre. Cuando consiga vender tus tierras te pondré el dinero en una cuenta y te mandaré tus pertenencias. Por lo demás, ya que viajas con las joyas, te aconsejaría que las escondieses bien. La mujer del posadero podría coserlas en la bolsa de viaje que vas a llevar siempre encima, de ese modo nadie las descubrirá, y en el hipotético caso de ser asaltados por el camino, tampoco las sustraerían. Procura no sacarlas de allí hasta no llegar al hotel.

«Eso si termino el viaje junto al capitán Hayden» pensó Ana, sin atreverse a decirlo en voz alta. Apartando esos pensamientos de sí, abrazó a David con cariño. Nunca había dudado de que fuera a ser un buen cuñado. Los abuelos le habían adorado y Patricia lo había amado con locura. Miles de veces le había contado cómo iba a ser su boda cuando la guerra acabase.

—Eres un buen hombre, David. No sabes lo mucho que me arrepiento de todas las veces que te he tratado mal y me he reído de ti.

No era del todo cierto, sin embargo, sentía la necesidad de quedar bien.

Él frunció el ceño. No la creía y no podía culparla. David la conocía demasiado bien.

—No seas tonta, diableja. Admito que, en el fondo, ambos disfrutábamos de nuestras peleas.

Ella torció la boca en una mueca divertida. Desde luego que habían tenido buenas broncas los dos.

—No sé si me gustaba más provocarte o hacer rabiar a mi hermana. La pobre estaba desesperada con nosotros. ¿Recuerdas cómo le brillaban los ojos de furia y le latía la vena del cuello?

—Sí —rio él—. Era preciosa cuando se enfadaba.

«Precisamente preciosa, no —pensó ella—. Pero sí muy graciosa».

Estaba claro que ambos tenían una diferente percepción de la belleza.

Durante un buen rato guardaron silencio recordando su ausencia. Después, bajaron a comer y a terminar de arreglar asuntos que quedaban pendientes.

Lo que David le había contado a Drew era, en parte, cierto. El día del asalto, Ana había conseguido escapar al bosque junto con dos doncellas, que sin tener a nadie que les protegiese, se habían ofrecido a ayudar en el hospital militar. Ella, en cambio, había estado con unos y otros vecinos esperando el regreso de David. Verdad era que había visto a los bandidos cuando llegaron al rancho dándose aires de grandeza. Había visto cómo maltrataban a sus abuelos, les escupían y se reían de ellos. Con horror tuvo que clavarse las uñas en las palmas de las manos y morderse la boca para no gritar cuando Patricia fue violada por aquellos bastardos, por unos tipos sucios, malvados e indeseables que vestían viejos uniformes grises. Lo que no quería decir que fuesen sureños. Tal vez desertores de, a saber, qué bando.

Ana lo había presenciado todo desde el hueco de la chimenea donde Dolly la sujetaba con fuerza, impidiéndole que se descubriese. Desde allí habían escuchado los lamentos de Patricia, los gritos del resto de la servidumbre. Ana no podía perdonarse el no haber salido a ayudarla.

La parte de la historia que David se había inventado era en la que decía que ella podía identificar a los bandidos, o que ellos estaban de nuevo en Baltimore. No era verdad. Ni siquiera estaba segura de haber visto sus rostros, y si lo había hecho, no lo recordaba. Había estado demasiado aterrada para eso. Por supuesto, ellos tampoco habían ido a buscarla, pero David había pensado que, diciendo eso, el capitán se decidiría más rápidamente a ayudarla. Y así había sido.

La noche antes de la marcha, Ana no durmió nada. Había intentado calmarse recostada en la cama pero, al final, acabó acercando una silla a la ventana y pasando el resto de las horas mirando a través del cristal el cielo oscuro tachonado de brillantes estrellas. Aquella vez iba a ser la última que vería el firmamento desde Baltimore.

No estaba segura de lo que iba hacer cuando llegase a Minnesota. Su prima ya tenía su vida hecha allí y estaba casada con un tipo que poseía un periódico. Ana solo necesitaba estar cerca de alguien conocido, pero tampoco iba a molestarles. Ya tendría tiempo de pensarlo durante el viaje, aunque lo único que conocía era la vida de granja, rodeada de animales.

Terminó llorando... y hablando con Dios.

## Capítulo 4

Una fina neblina se deslizaba por las calles de la ciudad, uniéndose a los humos oscuros y grises que escupían las chimeneas de las casas. Ana vio al capitán Drew Hayden en el mismo momento en el que ella y David entraron en la avenida principal. Era difícil no reparar en su robusta figura. Se movía de manera elegante, empero, daba la sensación de que podía entrar en cualquier momento en combate y derrumbar los planes de aquel que osara amenazarle. Además, por más que deseara no mirarlo, sus ojos no querían apartarse de su cuerpo, ni de su atractivo rostro. Él parecía tan seguro de sí mismo, mientras ayudaba al cochero con su equipaje, que Ana sintió pánico.

David aceleró el paso y ella, con el corazón desbocado galopando en su pecho, lo siguió con agilidad. Iba cubierta de la cabeza a los pies, con una gruesa capa oscura.

Nada más llegar a la altura del vehículo, el chófer, que se presentó con el nombre de Mark, vestido con una chaqueta de piel marrón, tomó las valijas de manos de David y se apresuró a buscarles un hueco entre las pertenencias del capitán.

—Cuidate mucho, Ana —dijo David volviéndose a ella—. No olvides escribirme.

—No lo olvidaré.

Con los nervios al límite y el corazón atronando en su pecho como una carga de baterías, abrazó con fuerza a David por última vez, respiró hondo varias veces seguidas y caminó hacia el capitán Hayden mirándole con disimulo. Él vestía una costosísima cazadora de piel tostada hecha a medida, pantalones negros introducidos en unas botas de cuero robustas, y llevaba el pelo peinado hacia atrás, aunque en la frente se le levantaba un poco de un modo muy atractivo. Pero fueron sus ojos los que volvieron a cautivarla como la primera vez. A la luz del día se veían de un insondable verde esplendoroso que la dejó totalmente sin aliento.

—Buen día, señorita Peterson. Es un placer volver a verla de nuevo. ¿Cómo se encuentra? —preguntó él con gentileza.

Ana se sonrojó y le echó una mirada rápida al torso y los hombros antes de alzar los ojos hasta los suyos, donde se quedaron atrapados.

—Bien, capitán Hayden —respondió nerviosa—. ¿Y usted?

Su amplia sonrisa, un tanto arrogante, hizo que Ana se estremeciese por entera.

—Deseando partir. ¿Está lista?

—Todo lo lista que una puede estar —confirmó, soltando el aire que había retenido. Miró otra vez a David con expresión apenada y entró en el vehículo, acomodándose junto a una de las ventanas.

El día se había levantado gris y húmedo y el calor de interior del coche negro con tapicería celeste y cortinillas oscuras era de agradecer. Sobre los asientos había mantas apiladas junto con libros y revistas.

Ana no había esperado que fuese todo tan acogedor y le gustó tanto como la sorprendió. Con las mejillas encendidas observó entrar a Hayden. Él era tan grande que su presencia parecía dominar todo el vehículo.

—¿Está intranquila? —preguntó él, tomando asiento enfrente, donde podían sostenerse las miradas.

Ana asintió y, cuando el coche se puso en marcha, se inclinó sobre la ventana despidiéndose de David una última vez. No sabía si algún día volverían a verse de nuevo y notó de repente cómo subía hasta su garganta el nudo que tenía en la boca del estómago. Para ella, aquello era el inicio de una nueva vida. Luchó con valentía contra las angustiosas lágrimas que amenazaban con escapar de sus cuencas y, haciendo un doloroso esfuerzo, volvió su atención al capitán.

—Más que intranquila, me encuentro frenética. Me tiembla el cuerpo entero como la misma gelatina —admitió con voz áspera—. Pero no sé si de miedo, emoción o frío.

Lo sabía perfectamente. Sentía tristeza y dolor de dejar atrás su hogar, sus amigos y su infancia. Abandonaba toda la vida que había conocido hasta ese momento.

—No hace falta que lo jure, señorita, está tiritando. —Él encogió sus anchos hombros y se echó a reír divertido—. Con esto entrará en calor. —Tomó una de las mantas, la sacudió ligeramente y se la echó a ella sobre el regazo. Ana se la arrebató con disimulo, evitando que se la acomodase él, como parecía ser su intención—. Las temperaturas han descendido mucho estas semanas y, por lo menos, hemos tenido suerte de que la niebla no sea tan espesa como otros días.

Mientras el vehículo circulaba por el interior de Baltimore hacia las afueras, Ana escuchaba con angustia cómo las ruedas crujían sobre el pavimento.

—Es usted muy amable por dejar que le acompañe —declaró con sinceridad.

Drew respondió con una atrevida sonrisa.

—No es amabilidad, es solo que no podía permitir que se quedase aquí exponiendo su vida. Me sentía en la obligación de hacer algo.

Ana se ruborizó. En otro hombre esas palabras habrían sonado pomposas y artificiales. Pero él, a pesar de su expresión risueña, parecía muy sincero.

—Se lo agradezco igualmente. Le prometo que no voy a darle ninguna excusa para que se queje de mí.

—¿Ha salido alguna vez de su ciudad, señorita Peterson?

Ella sabía que, envuelta en la capa que cubría su cabellera, Drew solo podía verle de los ojos a la barbilla. Afirmó con la cabeza.

—Fui a Charleston cuando mi hermana Patricia anunció su compromiso con...con... un joven muy agradable de la zona. —Un escalofrío recorrió su columna. Había estado a punto de descubrirse—. El abuelo nos llevó de compras para renovar nuestro vestuario, aunque a él no le gustó demasiado y ni siquiera entró en las tiendas.

—Supongo que a usted sí le encantaría. No sé por qué las mujeres encuentran tan... fascinante salir de compras.

Ella alzó las cejas, extrañada. Lo que le había gustado a Ana de ese día había sido la visita al museo local, repleto con una maravillosa exposición de armas, y más tarde, la comida que le siguió, en uno de los mejores restaurantes.

Haciendo oídos sordos a lo que él acababa de suponer, ella le dijo, tratando de que su voz sonase suave y serena, y no ofendida, cómo en verdad se sentía:

—Fue un día maravilloso. Mi abuelo se pasó el día entero haciéndome reír. ¡Era tan bueno y bromista! —Le vibró la voz un poco. No terminaba de hacerse a la idea de que el viejo se había marchado para siempre—. Es verdad aquello que dicen de que nunca echas tanto de menos a alguien hasta que lo pierdes. Es una sensación horrible.

Drew Hayden tomó su mano. La del capitán era tan grande y la de Ana tan pequeña, que apenas se veía su piel cremosa entre la bronceada de él.

—Sí, todos hemos perdido muchas cosas en esta guerra.

El corazón de Ana se agitó. Ningún hombre, excepto David, la había tratado nunca de manera tan caballerosa ni consoladora. Hacía años hubiera sido impensable que se atreviese alguien a rozarle la punta del cabello siquiera. Ella no lo habría permitido. Y, sin embargo, allí se encontraba, confortada por un atractivo hombre que no veía en ella al demonio consentido y vengativo que los demás habían conocido, desde que dio sus primeros pasos.

Incómoda, sacó su mano de la cálida suya.

—Es cierto que usted también ha tenido que perder mucho. Ha debido de ser muy duro ver caer a tantos compañeros en combate.

Drew se lo confirmó con un movimiento de cabeza. Sin duda era un tema del que no quería hablar. Ana se dio cuenta de ello y cambió entonces el rumbo de la conversación. Uno de los consejos de su abuela era que no debía insistir en temas peliagudos, aunque, a decir verdad, pocas veces había hecho caso de los consejos de nadie.

—¿Y usted a qué se dedica, capitán Hayden? —quiso saber, curiosa.

—Tenemos una empresa bastante grande que lleva el negocio de la exportación de madera.

—Madera —repitió, seria—. Parece aburrido y, por la forma de decirlo, creo que usted también opina lo mismo. ¿Me equivoco?

Él se encogió de hombros, con un brillo divertido en su mirada verde.

—Para ser sincero, me gusta llevar la contabilidad.

—¡No puede ser! ¡Eso debe suponer pasarse el día encerrado entre libros y números!

—No obligatoriamente. Suelo viajar a menudo a las oficinas comerciales para confrontar

precios.

Ana se ruborizó maldiciéndose por su espontaneidad. Era posible que a una dama esa profesión le resultase grandiosa y admirable, no bien así a ella. Solo imaginar pasar varias horas sentada ante un escritorio, la disgustaba mortalmente. Se recordó que la próxima vez debía pensar antes de hablar.

—Ah, lo siento mucho, capitán. Por la manera en que usted me ha dicho a lo que se dedicaba creí que lo aburría.

—Bueno, no se trata de aburrimiento, aunque, ciertamente, el negocio conlleva algo de rutina.

—Pero entonces a usted le gusta, ¿no?

El hombre asintió al tiempo que se frotaba las manos.

—En realidad, durante estos últimos años he decidido que quiero hacer otra cosa y me he estado planteando un cambio.

Lo miró intrigada.

—Pues si eso es lo que quiere, yo le ánimo. Cada persona debería dedicarse a hacer las cosas que le aporten felicidad. —Él afirmó, aunque sin mucho entusiasmo. Ana no entendió su expresión —. ¿A qué le gustaría dedicarse ahora? —le preguntó, indiscreta.

—Quiero emplearme a los caballos. Me parece un mundo muy interesante, además, creo que siempre he querido hacerlo.

—¿Lo cree?

—Así es, pero no me había dado cuenta hasta hace un par de años.

—¿Y tiene muchos ejemplares? —El tema de los caballos era algo que Ana dominaba. Ella había tenido un semental, dos yeguas y dos hermosos potrillos, amén de otros animales.

—Tres, aunque un par de ellos exclusivamente son de tiro. En primavera viajaré al oeste en busca de algunos.

Ana agradeció gratamente que ambos compartieran esa misma afición y tuviesen algo de lo que hablar durante el viaje de manera segura.

—¿Y qué es lo que le ha hecho decidirse ahora y no antes? Algo ha debido de ocurrir para querer cambiar.

—Mi padre odiaba a todos los animales. Ni siquiera nos dejaba tener perros. Era muy estricto en eso —respondió él con calma.

Ana lo miró confusa, mordiéndose el labio inferior. No le había pasado por alto que Drew acaba de hablar en forma pasada.

—Deduzco por sus palabras que ha... fallecido.

Él asintió:

—Murió el otoño pasado, una noche mientras dormía. Se le paró el corazón.

Ella se apretó los labios con fuerza.

—¡Vaya! Lo siento mucho, de veras.

—Yo estaba en Nueva Orleans custodiando la ciudad y mis superiores no me dieron permiso

para ir a casa. Durante días estuve seriamente pensando en la deserción.

Asombrada, Ana entreabrió la boca y levantó las cejas.

—¿Hace cuánto tiempo que no ve a su familia?

—Desde que empezó el conflicto.

—¿Qué fue lo que le detuvo entonces? ¡Yo lo hubiese hecho! ¡Si hubiera sido mi abuelo, habría volado para estar cerca de él!

El capitán se encogió de hombros y soltó una suave risa.

—Es usted muy impulsiva, señorita Peterson.

—Solo un poco —aceptó. Mejor admitir algo que era evidente, a negárselo.

—Esa decisión no le hubiese devuelto la vida a mi padre, además, Richard me aseguró en sus cartas que él tenía todo bajo control.

—¿Quién es Richard? —preguntó, vacilante.

—Es mi hermano menor. Mi progenitor logró que le destinasen allí mismo, en Forth Snelling, junto a mis primos.

Ana se extrañó.

—¿Su hermano ha estado todo este tiempo allí y usted no? ¿Por qué? ¿Su padre no consiguió que lo emplazasen allí a usted?

Drew tardó unos segundos en responder. Al final dijo:

—Soy yo el que no quería que nadie intermediase por mí. Me ofrecí voluntario a filas.

—No lo entiendo, si tenía esa posibilidad... Si podía estar en el ejército cerca de su familia, ¿por qué dejarlo escapar? ¿No quería estar al lado de los suyos?

—A veces uno piensa y se desenvuelve mejor cuando se aleja de lo que conoce.

—Pero supongo que le hubiese gustado estar con su familia. ¿Acaso no se llevan bien? ¿Es por eso? —insistió ella.

Drew se encogió de hombros una vez más, sin decir nada, entonces Ana sintió una punzada de compasión. Hasta hacía poco ella había hecho lo que había querido y dado la gana. A sus abuelos no les complacía su comportamiento o algunas de sus decisiones, sobre todo a la abuela, pero nunca se le habría pasado por la cabeza alejarse de ellos. Era de la creencia de que la familia siempre debía estar unida.

—Pues yo no me habría llevado muy bien con su padre, señor Hayden. A mí me encantan los caballos y toda clase de animales. Más de una vez la abuela me mandaba a dormir al cobertizo porque tuve una temporada en que me empeñé en compartir mi cama con mi mascota.

—¿Qué animal era?

«No se lo digas, Ana»

—Una ternera.

Drew estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva.

—¿Habla en serio?

Ana soltó una fuerte carcajada cuando él hizo una mueca de espanto.

—¡Estuvo a punto de romper mi cama!

—¿Qué? —Hayden abrió los ojos de forma exagerada y eso la hizo reír aún más.

—No, en serio, yo he tenido toda clases de mascotas. Una que quise mucho fue la señora Cloe, una ardilla más mala... Mire. —Le mostró el dedo índice donde había una pequeña marca más pálida que el resto de la piel—. Esto me lo hizo ella cuando traté de hacer que se reservase una bellota para cuando tuviese hambre. —Bajó los ojos, sintiéndose avergonzada de repente. No era su intención contarle detalles tan entrañables de su vida—. Si algún día necesita que le ayude en algo, cuente conmigo. Tengo conocimientos de veterinaria.

Drew curvó las cejas con escepticismo y a Ana no le gustó mucho.

—¿Qué ocurre, no me cree? ¿Es tan difícil de entender que una mujer conozca de animales? Nosotros teníamos muchos en el rancho hasta que el ejército no los robó para dar de comer a las guarniciones.

—No digo que no le crea —respondió él, con rapidez—. Es solo que me sorprende. Por norma general, los animales y las mujeres no se congenian mucho, y no es porque los primeros no lo intenten.

Ella abrió y cerró la boca varias veces, patidifusa, sin saber qué responder. La broma del capitán la tomó desprevenida.

—Discúlpeme, Ana —dijo él entre risas—. No he podido resistirme. Me ha parecido que usted también bromeaba.

Ella reaccionó a tiempo y lo miró con simpatía.

—Disculpas aceptadas —respondió—. Pero ¿puedo preguntarle algo? —Él asintió—. ¿Qué tiene en contra de las mujeres? ¿Por qué piensa que somos tan diferentes a los hombres?

El capitán se sorprendió.

—Yo no he dicho eso.

—Es la impresión que me ha dado, y no es precisamente por lo de ahora, si no por lo del otro día. —Como Drew no entendía, Ana se lo recordó—: En el baile usted dijo que todas las mujeres pensamos de igual manera, que todas buscamos casarnos y formar un hogar. Y hace un rato volvió a decir que a todas nos encanta ir de compras. —Ana arqueó una delineada ceja, aunque, al continuar bajo la capa, él no podía verla. Sabía que tenía que morderse la lengua y callar, pero era superior a sus fuerzas—. ¿Acaso para usted salimos todas de un mismo molde?

Él pensó su respuesta.

—Pues supongo que, hasta hace poco, eso mismo es lo que pensaba. Sin embargo, desde que la conozco estoy empezando a descubrir que usted es la más sorprendente de todas —dijo, con afectiva admiración.

Ana no supo si sentirse halagada o indignada, o incluso si él estaba bromeando o no. Sin quererlo se ruborizó. Carraspeó y llevó los ojos hasta la ventana con un aleteo rápido de pestañas.

—¿Qué le ocurre en los ojos señorita Peterson?

—Nada. ¿Por qué lo pregunta? —Se puso colorada al tiempo que se mordía el labio inferior.

Era consciente de que él no le quitaba los ojos de encima. Lo miró—: Se me da fatal, ¿verdad?

El capitán soltó una carcajada. Asintió:

—Mejor que no lo vuelva hacer. Da la impresión de que tiene la mirada extraviada.

«Maldita Patricia que me enseñó a pestañear así». Se sentía estúpida. Aun así, no pudo evitar reír ella también.

—David dijo que iríamos en barco. ¿Cómo es eso?

El capitán irguió los hombros al escuchar el nombre del oficial y dejó las bromas aparte.

—Cruzaremos de Cleveland a Detroit. Es un camino un poco más corto, siempre y cuando las heladas no sean tan fuertes y nos permitan embarcar. Va a ser un viaje bastante duro. —La miró, frunciendo el ceño ligeramente—. No sabe de qué le hablo, ¿verdad?

Ana se mordió el labio inferior, incómoda y un poco avergonzada. Se arrepintió de no haber prestado mucha atención a las explicaciones de la escuela. Lo contempló con inquietud.

—La geografía nunca se me ha dado muy bien, capitán Hayden —admitió.

—Yo estaré encantado de explicárselo —contestó, con una sonrisa que le iluminó el semblante y que la dejó palpitante.

Drew le contó la ruta que seguirían, exponiéndole las zonas que iban a atravesar. Ella lo escuchaba con interés. Eran demasiadas tierras las que debían cruzar y dudaba mucho que llegasen a tiempo para las Navidades, tal y como él quería. Pero lo importante de todo era su manera de hablar tan calmada y su tono varonil. Ana era incapaz de interrumpirlo solo por seguir oyendo su voz.

Varias horas después, cruzaron un pueblecito de montaña. Unas cuantas granjas salpicaban la ladera de manera muy pintoresca, mientras que, en el centro, las calles estaban medio empedradas y las casas alineadas. El paisaje tenía un encanto especial con las fachadas de piedra grises y el humo saliendo de las chimeneas. Muchos de los postigos de las ventanas estaban cerrados, y solo algunas caras se pegaban a los cristales para mirar quién viajaba en el coche.

—Al final de la calle antes había una posada, pero, según me han informado, está destruida, de modo que continuaremos hasta el pueblo siguiente y allí nos detendremos a comer. Luego no pararemos hasta arribar a la ciudad. Llegaremos al anochecer —explicó Drew.

Ella lo miró con sorpresa:

—¿Se conoce todos los lugares por los que vamos a pasar?

—La mayoría sí, aunque no presté mucha atención cuando vine. Iba pensando más en el futuro que preocupándome por todos los sitios que dejaba atrás. Además, supongo que así es mejor, pues seguramente, después de lo ocurrido, habrá muchas cosas que han cambiado, como por ejemplo esa posada de la que le he hablado. —Señaló la ventana al pasar por un solar destruido lleno de escombros—. Estaba aquí y fue uno de los últimos lugares en los que estuve antes de dar por finalizado mi viaje.

Ana reconoció la angustia en su voz. Había visto hombres que, tras la guerra, se vanagloriaban de todas sus proezas y llegaban incluso a contar cosas sobre todos los sureños a los que habían

matado. En cambio, Drew evitaba, en cuanto podía, hablar de ello, y desde luego no parecía orgulloso de haber participado. Sintió lastima al pensar en todo lo que había debido de ver y oír, y su admiración por él creció de repente.

—Ana ¿hace cuánto tiempo que no ve a sus parientes? —preguntó él, acomodando la cabeza en el respaldo. Sus ojos verdes la miraban por entre los parpados entornados.

—No veo a Mela desde hace algo más de seis años, pero nos hemos mantenido en contacto mediante cartas. —El correo en aquella época no fluía alegremente entre civiles, y mucha correspondencia ni siquiera llegaba—. Sabe que me alojaré en el Hadmmond Center y estará atenta a cuando yo llegue.

—¿Lleva mucho tiempo viviendo allí?

—En realidad, se marchó cuando comenzó el conflicto. Ella y su madre no poseían gran cosa como para no poder desprenderse de todo. Mis abuelos les ofrecieron que vinieran con nosotros, pero ellas tenían demasiado miedo de estar cerca de la frontera. Durante una temporada estuvieron en Kentucky y Mela nos escribió para decirnos que su madre había enfermado. Después, viajaron a Minnesota, donde la pobre tía falleció el verano pasado. Mi prima se casó con un hombre relacionado con un importante periódico y me invitó a que fuese cuando quisiera. —Hizo una pausa, pensando—. ¿Cómo es Minnesota, señor Hayden?

—Llámeme Drew —pidió él—. Supongo que ahora podrá hacerlo, ya que vamos a pasar bastante tiempo juntos. No sería ninguna falta de educación, se lo aseguro.

—Se me hace un poco extraño llamarle por su nombre de pila. —Le daba miedo hacerlo, para no familiarizarse demasiado con él—. Prefiero llamarlo capitán.

—Si no hay más remedio... —contestó, encogiéndose de hombros.

—Hábleme de su tierra... capitán.

—La tierra de los lagos —Agitó la cabeza de arriba abajo con lentitud— es una ciudad grande con muchos molinos para el trigo, y ahora estaban trabajando en las vías férreas para conectarnos con el resto del país. La mayor parte del terreno es relativamente plano y salpicado de lagos, pero donde nosotros vamos está cubierto por unas series de colinas. Hace unos tres años los indios sioux destruyeron varias comunidades y plantaciones, sin embargo, nuestras milicias y las tropas los derrotaron. Allí el clima es templado, con inviernos muy fríos y veranos cálidos y, sobre todo, relativamente inestable.

—¿Qué significa eso?

—Las condiciones climáticas pueden cambiar repentinamente. Me ha pasado de salir con un preciso sol y los cielos completamente despejados y regresar en menos de dos horas azotado con un viento frío y helado. Le aconsejo estar preparada para los cambios de tiempo. Más si está acostumbrada al clima de Baltimore.

Ana asintió. Esperaba que los tres abrigos que llevaba fueran lo suficientemente resguardados.

—En cuanto a cómo es —continuó diciendo él, captando toda su atención otra vez—, me temo que no es tan bonita como Maryland.

Ella arqueó las cejas, desconcertada.

—¿Qué quiere decir?

—Que es mucho menos adornada. Algunos suelen decir que Minnesota es un lugar rudo y con peligrosos asaltadores.

—¿Y es verdad? —preguntó, queriendo saber su opinión. Las cosas nuevas despertaban su interés. Además, había oído hablar mucho de la gente de aquella parte del país y sus encarnizadas luchas con los indios sioux y dakotas.

—Todo depende de dónde se ha acostumbrado uno a vivir. Yo no creo que sea más peligroso que cualquier otro lugar. Cada cual tiene sus opiniones, y usted tendrá la suya en cuanto lo conozca. Creo que puede gustarle, claro que también depende un poco de la zona donde se queden. Si realmente van a Minneapolis, le puedo asegurar que es el mejor sitio. Las afueras son algo más complicadas.

Ana lo miró sin saber qué responder. No tenía ni idea de dónde estaría Mela ni lo que haría una vez que la encontrase. Quería empezar comprándose una propiedad con el dinero que David iba a enviarle.

—Lo pensaré cuando conozca la zona.

—Sería conveniente que esperase a su prometido para decidir dónde van a vivir. Si yo fuese el señor Rives, me gustaría que me aguardase para esa elección.

Ana desvió rápidamente la mirada hacia la ventana, chascando la lengua.

«Te va a pillar», se regañó mentalmente.

—¡Claro, claro! Eso es lo que quería decir. Esperaré a ver qué decide él —respondió atragantada—. La opinión de David es muy importante.

## Capítulo 5

Los ocupantes del carruaje se detuvieron a comer en una casa de comidas, y enseguida continuaron la marcha. Drew decía que no quería quedarse mucho tiempo en un mismo sitio, y Ana no presentó ningún inconveniente. A pesar de las irregularidades del camino, el coche era bastante cómodo y acogedor como para poder dormir de vez en cuando. Se trataba de un vehículo similar a la diligencia, aunque algo más reducido y mucho más fastuoso: ventanas de vidrio, materiales de hierro y madera, pescante solo en la parte delantera con un arcón debajo, y el equipaje se sostenía encima de la caja con una pequeña barandilla, donde se ataban las cuerdas de un lado a otro para retener la carga.

Tras los nervios iniciales con los que ambos emprendieron el trayecto, el ambiente se fue tranquilizando cada vez más. Hayden no era especialmente locuaz, algo que compensaba ella, que no podía estar mucho tiempo en silencio. Ana conversaba de todo: de la vida con sus abuelos, de los animales que habían tenido en el rancho y cómo les había puesto nombres a todos... A Drew le sorprendió que, en muy pocas de sus charlas, se refiriese a Rives como su prometido. Daba la impresión de ser más un amigo, o un simple vecino, que alguien que fuera a compartir su porvenir.

También detectó que la encantadora señorita Peterson era una muchacha impetuosa y espontánea cuando no se perdía en sus propios pensamientos. Cuando eso sucedía, sus gatunos ojos grises se achicaban y su rostro se velaba con una máscara entre mezcla de horror, dolor y furia. Drew alcanzaba a entenderlo. Ana tenía edad de estar rodeada de pretendientes y acudiendo a bailes y tertulias. En cambio, aventuraba que no había tenido más remedio que aceptar la proposición de David para sentirse protegida. Quizá esa fuese el único ofrecimiento que había recibido en toda su vida. Una lástima, pues una mujer tan fina y agraciada merecía... Alejó los pensamientos de su cabeza. ¿Qué le ocurría? Antes de iniciar el viaje se había dicho que, para mayor seguridad, iba a tener muy presente a Rives, y en cuanto se le iba el santo al cielo, ya estaba estudiando la forma de seducirla y alejarla del imberbe jovencuelo. Se recordó una vez más que Ana era una mujer fuera de su alcance.

Aun así, le gustaba hablar con ella. No era la típica damita anodina y pausada que tan de moda estaba.

Entrada la noche, la ciudad los recibió ceñida en una densa oscuridad. A esas horas no había gente por la calle excepto, un par de borrachos que rodeaban el hotel en el momento en que el

coche se paró frente a dos delgadas columnas que sustentaban un sencillo porche.

Desde detrás del edificio llegaban voces y risas. Las notas musicales de una mandolina y varias armónicas animaban a los parroquianos de la taberna.

Drew se apresuró a descender. Sobre la acera se colocó y abotonó un largo abrigo que había mantenido doblado junto a él, en el asiento. Escudriñó la calle de arriba abajo. Sin prestar mucha atención a los inofensivos beodos que continuaban su camino, tendió la mano a Ana, que se había vuelto a cubrir la cabeza con la holgada capucha de su capa. Inexplicablemente ella tropezó y cayó de rodillas sobre el suelo, de manera torpe. Drew la levantó y sujetó, acercándola hasta que su torso quedó apretado al suyo. Entonces, sin darse cuenta de lo que hacía, ahuecó una mano en su mejilla. Ella hizo una inspiración, con los labios entreabiertos, y el deseo se desató por completo dentro de él.

«¿Qué estás haciendo loco? ¡No puedes besarla, ella pertenece a otro! », se dijo y, pese a ello, aproximó sus labios a los de Ana.

La joven lo miró incómoda y... bizqueando. Pestañeando de ese modo tan raro y peculiar suyo. Susurró:

—Deberíamos entrar ya, capitán.

—Tienes toda la razón —dijo, distraído. Pero era incapaz de apartarse de ella. Olía su aroma dulce—. Eres muy hermosa, Ana.—Le rozó los labios con los suyos, dispuesto a saborearlos.

Ella se apartó, agitada.

—¡No creo que este sea un buen momento para besuqueos! —exclamó, intentado parecer tranquila. Pero no logró engañarlo, se la notaba perturbada—. Además, Mark está esperando, capitán Hayden.

Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, Drew se alejó unos pasos de ella tratando de recuperar la respiración y la compostura. Estaba procediendo como un imbécil y se maldijo por ello.

—Lo lamento mucho, señorita Peterson. Me considero culpable, y tiene usted razón. No debí hacerlo. —Se tocó la frente en un gesto de disculpa—. No sé qué me ha pasado. —Y era cierto, por unos segundos había dejado de pensar—. ¿Se ha hecho daño cuando ha caído?

Ella, confusa, negó con la cabeza.

—Como diría mi abuelo, me suelo reclinar cuando llego a un sitio nuevo. —Drew alzó las cejas—. Soy un poco calamidad, apasionada de abrazar suelos.

Él se echó a reír, aliviado de que ella tuviese ganas de bromear después de lo sucedido. Reafirmada su dignidad y sintiéndose perdonado, la acompañó al interior.

El vestíbulo se trataba de una estancia decorada con sencillez en tonos claros; desde allí se podía ver la entrada a un ostentoso comedor y las escaleras con balaustrada de madera que ascendían a los alojamientos superiores.

—Espere aquí un momento —le indicó Drew.

Caminó hacia el mostrador. No había nadie, pero en cuanto hizo sonar una campanilla, un

hombre larguirucho hizo su aparición enderezándose la pajarita del cuello. Tras conversar con él, recogió dos llaves y se volvió a Ana ofreciéndole el brazo. Ella se había quedado en el sitio donde él le había dicho y se frotaba las rodillas sobre la falda.

—¿Le duele? —preguntó preocupado.

—¡No! —exclamó ella, levantándose con rapidez—. Me había manchado la falda un poco.

—Ah, me alegro de que solo sea eso.

—¿Ya le han dado las llaves? —le preguntó la joven, observando los llaveros que sostenía en las manos.

—Sí, pero me acaban de informar de que van a cerrar las cocinas muy pronto. ¿Le importa si pasamos primero a cenar antes de subir a nuestras habitaciones, o prefiere refrescarse?

—No, claro que no, vayamos a cenar, ya le he dicho que no tiene que trocar ningún plan por mí. Yo me adapto a cualquier cosa —respondió con un poquito de acidez.

—Después de que su rancho fuese atacado, supongo que pasaría momentos de apuro, pero no puedo creer que una joven como usted no esté acostumbrada a los lujos —dijo recordando la elegancia con la que vestía la noche en que la conoció—. David me comentó que su familia estaba muy bien posicionada.

Ella asintió.

—Mi abuelo tenía una empresa muy importante y a un montón de gente que le ayudaba a llevarla. También los animales del rancho proporcionaban una buena cantidad de dinero. No soy ninguna cínica, capitán Hayden. Sería una necia si dijese que no me gustan los lujos. De hecho, en casa teníamos bastantes, incluido una servidumbre considerable. Pero tengo que admitir que poseo, desde siempre, una vena rebelde y campechana. Es una vena muy sutil, desde luego. —Se echó a reír tontamente y se encogió de hombros, al tiempo que con la mano libre se retiraba la capucha. El peinado, un trenzado de raíz recogido bajo el cogote, seguía estando perfecto—. Pero debido a mi conducta, mi abuela me reñía y me obligaba a aprender a hacer otras cosas, además de que yo quería hacerlo. Por eso usted no tiene que molestarse por mí. Que hagamos este viaje juntos, no significa que tengamos que ser inseparables. Me refiero, que si en algún momento siente la necesidad de... salir una noche con otras compañías... es libre de hacerlo.

—Bien, pues ahora que hemos aclarado las cosas, ¿es posible que pasemos al comedor?

—Por supuesto —respondió ella, aferrando con fuerza su bolsa de mano—. Huele bien y tengo hambre.

Drew disimuló una sonrisa divertida. Después de todo, la señorita Peterson tampoco se indignaba fácilmente. Se alegró de ello.

—Por cierto, Ana, su abuela fue una mujer muy inteligente, y usted parece una buena aprendiz.

Notó que las mejillas femeninas se encendían de rubor y sonrió satisfecho.

—Gracias, capitán. —Un camarero les llevó hasta una mesa cercana a la chimenea. El comedor no tenía mucha gente y apenas había murmullos de otras conversaciones o ruidos de vajilla—. Sin embargo, sí he observado que a usted también le gustan los lujos —le dijo ella con cierto tonillo.

Él le recogió la capa y, junto con su abrigo, se lo entregó al camarero. También quiso coger la bolsa de viaje de Ana, pero ella no se la quiso dar y le dijo que prefería tenerla a su lado. Drew accedió y retiró la silla para que se sentase.

—He estado demasiado tiempo desprovisto de la abundancia y la opulencia, me temo. —Se sentó en el momento que otro camarero empezó a servir vino en las copas—. Pero, al igual que usted, Ana, he aprendido a valerme por mí mismo y conformarme con lo que tengo en cada momento.

Se acercó el *maître*.

—Bienvenidos. Esta noche estamos sirviendo diferentes clases de verduras hervidas y estofado de jabalí. ¿Les parece bien?

Drew observó a Ana, que asintió con la cabeza.

—Bueno, si eso es lo que hay, nos conformaremos —respondió ella con una sonrisa resignada.

—Perfecto, suena de maravilla, gracias —le confirmó él al *maître*. Esperó a que se fuese y observó a la muchacha con intensidad. Ella vestía de forma sencilla y cómoda, pero eso no evitaba que algunos de los comensales varones que estaban en el salón la mirasen furtivamente. Otra vez volvió a decirse que David era un imbécil. Él jamás habría permitido que viajase sola—. Ana, mañana saldremos muy temprano. —Sacudió una servilleta y la dejó junto al plato—. Su habitación está situada frente a la mía. Si siente miedo o le ocurre cualquier cosa, no se preocupe por molestarme y acuda a mí.

—Aunque no me lo hubiese dicho, lo habría hecho. David me contó que usted me protegería y que, además, consigue atemorizar rápidamente.

—No parece que la gente que esta noche está cenando aquí, se sienta atemorizada.

Ella miró a su alrededor. Varios pares de ojos estaban puestos sobre ellos.

—Le confieso que no considero que usted infunda... temor; le dije a David que me parecía encantador, pero él me advirtió que es uno de los mejores combatientes que había visto, y que su tropa le respetaba y le... obedecía sin replicar.

—Los gajes del oficio hicieron que me metiese de lleno en mi papel de capitán —asintió.

Y era cierto que, si quería, podía infundir miedo; esos últimos años se había dado cuenta de su propia fuerza, y su rápido aprendizaje con las armas y la destreza de sus puños, pero no deseaba que ella le creyese un monstruo, aunque encantador no era la palabra que mejor le definía. Atento, caballeroso y educado estaba bien. Encantador era el adjetivo que se le dedicaba a un pimpollo barbilampiño deseoso de agradar a todo el mundo. Él no deseaba agradar a todo el mundo. Quienes le apreciaban lo hacían por ser como era, y no por fingir ser otra persona.

—Parece que está decidido a olvidarse de todo eso de la guerra —dijo ella.

—Así es. Espero que el pasado quede en el pasado.

—Pero no todos son capitanes o tienen rangos altos. Si usted odia tanto la guerra, ¿por qué...?

—¿Por qué escalé categorías? —terminó de preguntar él. Ana asintió—. Por necesidad. Los que estaban por encima de mí fueron cayendo o desertando. Ascendí forzosamente cuando tuve

que sacar a la compañía de una emboscada que nos tendieron antes de tomar la ciudad de Vicksburg.

Ella abrió los ojos con interés y emoción.

—¿Usted estuvo en la batalla de Vicksburg?

—Así es. Eso fue antes de conocer a su prometido.

—Fueron muy valientes al no retirarse —musitó admirada.

Drew se sintió halagado.

—Solo fue el deber.

—¿Pudo haber rechazado su nombramiento de capitán? —preguntó Ana, llena de curiosidad.

—Sí, pero no quise hacerlo. Nunca me han dado miedo las responsabilidades y, en aquel momento, me sentía muy capacitado. Tampoco he dicho nunca que odiase la guerra, Ana. Es cierto que siento que ha habido una considerable multitud de muertes innecesarias, o bien por falta de entendimiento o, es posible, que por simple cabezonería.

—¿Usted lo cree?

—Los sureños eran mucho menores en número que nuestras tropas y no peleaban solo por la esclavitud; la mayoría de los confederados eran demasiado pobres para poseer esclavos. Ellos se empeñaron en una guerra de independencia. Sea como sea, el conflicto nunca es bueno.

Después de aquella frase, él dejó de hablar de ese tema.

Esa noche se despidieron en el pasillo y, hasta que Ana no cerró su puerta, Drew tampoco lo hizo.

El sueño de Drew fue interrumpido continuamente. Revivió un completo bombardeo de imágenes que le hicieron despertar una y otra vez. Por el día era capaz de esconder sus recuerdos bajo llave pero, en la noche, los fantasmas le acosaban. Sus ojos se llenaban de sangre, de rostros amigos que caían sobre las praderas como si fuesen amapolas adornando los campos. Sentía de nuevo los llantos de los familiares cuando les notificaba la muerte del ser querido y veía cómo ellos lo miraban preguntándole detalles que no quería responder, que no se sentía capaz de responder. Cuando abría los ojos en la profunda oscuridad del dormitorio, se recordaba que la señorita Peterson, la hermosa beldad rubia que le fascinaba, se hallaba en la habitación de enfrente. Pensar en ella hacía que se olvidase de lo demás, sin embargo, tampoco debía hacerlo. Ana estaba prometida, y no importaba si amaba a David o no, él había dado su palabra de llevarla hasta Minnesota y de respetarla.

\*\*\*

Despuntó el alba y la luz de la mañana entró a través de las diáfanas cortinas de la ventana. Desde el exterior no llegaba ni un solo ruido y Drew se levantó para mirar el nuevo día. Observó que el cielo estaba despejado. Por detrás de los edificios la franja anaranjada y violeta señalaba que amanecía.

Se preparó antes de que el cochero llegase y tuviera que esperarlos. Abandonó la habitación, se paró en la puerta de Ana y golpeó con los nudillos. Ella tardó en contestar y, cuando lo hizo, abrió la puerta asomando su pequeña cara. Sus ojos adormilados y ligeramente hinchados lo miraron desde abajo. Tenía un rostro muy bonito, de rasgos graciosos y delicados. Su larga y espesa melena rubia caía alborotada sobre su hombro hasta la delgada cintura.

Carraspeó nervioso. Verla tan hermosa recién levantada era una manera muy gratificante de comenzar el día.

—Lamento despertarla tan pronto, pero es hora de que vayamos poniéndonos en marcha. Iré bajando al comedor a pedir los desayunos ¿Qué es lo que toma usted?

Ella bostezó de una manera poco delicada, a pesar de cubrirse la boca con una mano de dedos largos y elegantes. Sus ojos claros parpadearon.

—Un café para despejarme me vendría perfecto. Bien cargado y solo, a ser posible.

—Cargado —repitió él, sorprendido. Nunca había conocido a una mujer que tomase café solo. Quizá con un chorro de leche y mucho azúcar, sí. Era una bebida bastante amarga—. De acuerdo, no tarde mucho en bajar.

Ana asintió y entonces él se dio la vuelta en dirección a las escaleras para no demorarla más, sin embargo, ella le sorprendió al cerrar la puerta de un portazo. Confundido, dio varios pasos atrás, y sin poder evitarlo, pensando que pudiera estar en peligro, arrimó su oído contra la puerta.

La voz clara, nítida y enojada de la joven flotó en el dormitorio.

—¡¿Pero por qué tan pronto?! ¡Necesito dormir más tiempo, por el amor de Dios! ¡Claro que llegaremos antes de Navidades! —farfulló—. Yo soy la primera que quiere llegar, pero... —Soltó un fuerte taco antes de que los muelles de la cama chirriasen—. ¡Maldita sea!

Atónito, Drew frunció el ceño. No podía creer que ella hubiese dicho eso, y mucho menos que se hubiese vuelto a meter en la cama. Molesto, levantó la mano para llamarla de nuevo. La condición de dejarla ir con él era la de acatar sus reglas. Respiró profundo, pensándose mejor. Iba a darle un voto de confianza.

Quince minutos más tarde, la señorita Peterson se reunió con él en el comedor. Se había lavado la cara y peinado una alta cola de caballo. El pelo formaba una onda cerrada en su caída y un grueso tirabuzón se deslizaba sobre su hombro derecho. Drew advirtió que se había cambiado el vestido por una blusa blanca con capullos azules, remetida en una abultada falda azul. Esa mañana le parecía aún más bonita que el día anterior. Pero, igual que él la miraba, lo hacían los cuatro asiduos que, o bien habían madrugado, o todavía no se habían ido a dormir.

—Buenos días —la saludó al tiempo que se levantaba para acomodarle la silla. No le pasó desapercibido que la expresión de sus ojos estaba un poco teñida de molestia, algo que ella intentó disimular cuando se sentó con una sonrisa dulce.

—Perdone mi retraso, capitán, el día de ayer fue agotador y apenas hoy podía abrir los parpados.

—No hay nada que perdonar —respondió sirviéndole una taza de café. Había esperado que ella

tardase mucho más y lo había impresionado—. Pensaba que sabría adaptarse a cualquier cosa.

Ella chascó la lengua con incomodidad.

—Y así es. Pero todo el mundo necesita algo de tiempo para esa... adaptación.

—Por su puesto. Espero que mañana esté más... habituada. Ya le dije a David que el trayecto no iba a ser muy agradable.

Ana lo miró curvando sus elegantes cejas. Le contestó con una mueca afirmativa y bebió un buen trago del café.

—Me dijo ayer que le gustaban mucho los caballos, Ana. ¿Sabe montar?

Ella asintió.

—Sí, claro. ¿Por qué lo dice?

—De momento, el tiempo permite cabalgar a ciertas horas y, como pasamos tanto tiempo en el coche, he pensado que nos vendría bien que nos diera el aire. —Él, al menos, necesitaba escapar del coche cerrado y de su cercanía—. Siempre y cuando usted esté de acuerdo.

Ella se entusiasmó con la noticia y bebió el café con prisa. Recogió un panecillo de leche y lo miró con ojos brillantes.

—¡Su idea me encanta! Había pensado sugerirle lo mismo, pero no me atrevía a hacerlo. —Con delicadeza, mordió el panecillo—. Yo ya estoy lista para salir cuando quiera.

Drew apartó su taza, dejó la servilleta en la mesa y se puso en pie. Ana le imitó antes de esperar a que retirase su silla.

—El coche nos espera fuera. —Se dirigieron al vestíbulo y, mientras Drew cerraba cuenta en el mostrador, Ana se apresuró a terminar de comer el panecillo, mientras se colocaba el abrigo—. Comenzaremos en el interior y a media mañana saldremos —dijo él cuando volvió a su lado, tendiéndole un brazo que ella agarró con tanta naturalidad que sintió miedo. Podía acostumbrarse fácilmente a estar con ella y a él no le gustaban las costumbres. Eso había sido una de las cosas que más le había inculcado su padre; que fuese una costumbre para él, no significaba que lo fuese para los demás.

Con la excusa de ponerse el sobretodo, hizo que ella lo soltase justo al atravesar la puerta. En la calle tomó una buena bocanada de aire y observó cómo Mark, el cocher, ayudaba a que ella subiese al interior.

A media mañana, cuando un sol templado lucía brillante, desengancharon los dos caballos de fresco que iban tras el carruaje. En cuanto ella se montó, la sonrisa se pintó en su cara. No iba vestida para montar, pero lo hacía genial para hacerlo a pelo. Después de varios minutos, sus ojos brillaban alegres y sus mejillas estaban arrojadas con el viento.

—Me gusta su estilo —admitió Drew. No recordaba haber visto nunca ninguna amazona como ella. No con su gracia y serenidad. Ana llevaba la espalda recta, los brazos ligeramente curvados y saltaba a la vista que alardeaba de su pericia con los caballos—. ¿Quién la enseñó a montar?

—Fue mi abuelo —dijo, encogiéndose de hombros—. Al menos, que yo recuerde, porque siento que he nacido a lomos de un caballo. —Acarició las crines de su animal con suavidad—.

En tierra me siento como un pato mareado, en cambio, aquí, soy libre.

«¿Un pato mareado?»

—¿Y sus padres? ¿Qué pasó? Nunca habla de ellos.

—No los conocí. Entregaron el alma al poco de nacer yo. Me han referido que un año llovió mucho e hizo rebosar las aguas del dique. A mi padre le gustaba pescar en el río y mi madre solía acompañarlo. Ninguno de los dos se dio cuenta del desbordamiento hasta que fue demasiado tarde. Se ahogaron.

Drew asintió sin saber qué decir. Ana había perdido a muchos seres queridos en su vida y, sin embargo, allí estaba ella, como si afrontar la vida con una sonrisa fuese lo más fácil del mundo.

## Capítulo 6

Ana no había pegado ojo en toda la noche. Era la primera vez en su vida que dormía sola, acompañada por un desconocido. Esos últimos meses siempre había estado Dolly, o algunas de sus vecinas, e incluso David. Pero allí era consciente de que no tenía a nadie cerca, excepto el capitán Hayden.

Estaba cansada, pero la idea de cabalgar le había parecido maravillosa. Adoraba sentir el aire frío en sus mejillas, sin embargo, hacía unos minutos el cielo se había teñido de gris y amenazaba con descargar lluvia sobre ellos. Odiaba la lluvia, así como temía las tormentas. Los relámpagos y truenos conseguían ponerle los pelos de punta y hacer que apretase los dientes hasta dolerle la mandíbula.

Hayden fue el primero en desmontar y se giró a ella para ayudarla. Ana lo esperaba con ansia, aunque también con cautela. Deseaba los efímeros roces que había entre ellos y no entendía por qué. Eran pequeños contactos, cogerse de su brazo, tomar su mano... pero cada uno de ellos era especial. Como, por ejemplo, el casi roce de sus labios la noche anterior. ¿O debía decir roce completo? Todavía estaba sorprendida. Sabía que tenía que haberle amonestado, o por lo menos haberle hecho prometer que no iba a volver a intentarlo, pero lo cierto era que le había gustado mucho. ¡Aunque no podía repetirse! No podía dejar que sus sentimientos por ese hombre florecieran cuando le estaba engañando vilmente, haciéndole creer que pertenecía a otro, cuando estaba obligándolo a cuidar de ella...

Hayden le sujetó por la cintura y Ana estuvo a punto de olvidarse de todo, para agarrarse a su cuello y plantarle un beso en aquellos labios tan seductores. Drew Hayden era un hombre espectacular con su pelo castaño ligeramente ondulado, su sonrisa capaz de enamorar a cualquier mujer, o sus hermosos ojos verdes que, según David, infundían temor pero que a ella le provocaba confianza y camaradería. Dejó que la posara en el suelo.

—Mañana tendremos más oportunidad de cabalgar —dijo él, cogiendo las riendas de los dos caballos con una única mano.

Ella se arrebujo en su abrigo y frunció los labios con disgusto.

—Qué mala suerte que el tiempo empeore. Por un momento había olvidado que estábamos viajando. —Miró a su alrededor. Todo era pradera y solo algunos arbustos acompañaban el serpenteante camino de tierra—. ¿Vamos a detenernos a comer?

—¿Tiene hambre?

—Sí, cabalgar siempre me abre el apetito.

—A mí también —dijo él. La hizo pasar al interior del coche, y la miró con tanta intensidad que Ana dejó de respirar—. Hoy seguiremos hasta al anochecer. —Bajó una cesta que el cochero sacó del arcón que tenía bajo sus pies, y se la puso junto a su sitio—. Aquí tenemos nuestra comida. Vaya preparándolo mientras yo me encargo de los caballos. ¿Puede?

Ana miró los asientos con el ceño fruncido.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿Quiere que comamos aquí? —repitió.

—Podríamos hacerlo fuera, sobre una manta, aunque me temo que ,aparte de que hace un poco de frío, nos vamos a mojar. —La mirada del capitán examinó con atrevimiento las exquisitas curvas de su cuerpo antes de desaparecer.

Ana se sonrojó. No terminaba de acostumbrarse a que la observasen de esa manera. Lo escuchó hablar con el conductor. Esbozó una sonrisa soñadora. Por supuesto que no la importaba comer en el interior, o en cualquier otro sitio, pero Patricia o la abuela se habrían quejado. Ellas hubiesen esperado y habrían aguantado el hambre hasta llegar a una buena mesa. Y Ana debía seguir fingiendo que era toda una señorita, eso sí, sin entorpecer la marcha del capitán. Con unas cuantas quejas, valoró que sería suficiente. Se felicitó por lo bien que lo estaba haciendo, aunque si la hubiesen dado a elegir, hubiera seguido cabalgando, aún bajo la lluvia.

Destapó la cesta con curiosidad. Muy bien ordenada, contenía un par de platos con sus cubiertos y varias tarteras con pollo frito, tortillas mexicanas rellenas de frijoles, queso, pan, fruta y cecina.

Dispuso todo como pudo y sonrió cuando él entró en el coche y se sentó enfrente observando la comida con deleite. Ana intentaba abrir la botella de vino, pero él se la arrebató de las manos con caballeridad.

Con el ceño fruncido, ella replicó:

—Sé abrirla.

—No lo dudo —respondió él con una sonrisa divertida, alzando las cejas con burla—, sin embargo, soy un maestro descorchando el vino.

Ella se sintió tan incapaz de quitarle la mirada de la cara como la botella de las manos. Le fascinaba que tuviese unas pestañas tan tupidas y unos ojos tan verdes y hermosos. También que, a pesar de tener un rostro fuerte y duro, sus rasgos se suavizaran tanto cuando sonreía o bromeaba.

La comida fue rápida para poder continuar la marcha. Afuera había comenzado a caer una débil llovizna y los cielos se habían cubierto completamente de gris, como si la noche se los estuviese engullendo. Mirar por la ventana era el único entretenimiento que tenían, pues ni siquiera había luz suficiente para ir leyendo.

—¿Cómo pasan las Navidades en su casa, capitán? —le preguntó Ana, iniciando una

conversación.

Él la miró con los brazos cruzados. Su robusto cuerpo no era más que una sombra oscura recortada por la escasa luz que se filtraba por las ventanas.

—A mi madre le gusta organizar grandes reuniones con familiares, amigos y vecinos. No está mal, la casa se llena de gente, hay una abundante cena y música. Los invitados suelen acudir con regalos y muchas sonrisas, ya sabe, lo típico.

—¿A usted le gusta?

—¿Que si me gusta?—repitió Drew.

—Sí, eso le he preguntado. Parece muy divertido lo que ha contado, pero el tono de su voz lo contradice. ¿Acaso no le gusta? —inquirió, advirtiendo que los hombros de Drew se habían erguido.

—Este año no estarán muchos de los que conozco, incluido mi padre. No puedo sentirme alegre por celebrar algo faltándome gente.

Ana sacudió la cabeza de manera imperceptible.

—Sí, claro, pero eso no es realmente lo que le he preguntado, capitán. Olvídense por un momento de que la guerra ha existido. ¿Le gustaban esas fiestas?

Él no contestó su pregunta. El brillo de sus ojos en la oscuridad era demasiado explícito.

—No puedo olvidarme de la guerra, señorita. Eso me parece mucho más importante que todas las reuniones frívolas donde todo el mundo se lleva estupendamente y en cuanto atraviesan la puerta de salida no hacen más que despellejarte vivo.

Su dura respuesta dejó a Ana sin habla. Opinaba igual que él, no había nada que celebrar, excepto que estaban vivos. Pero se negaba a darle la razón en cuanto a la falsedad de las personas.

—Debo suponer que sus veladas están llenas de gente cínica —dijo.

Él descruzó los brazos, y aunque Ana no podía verle el rostro con claridad, notó su frialdad.

—¿Las de usted no? —inquirió Drew.

Las ardientes mejillas de Ana se ruborizaron con turbación.

—En mi casa solo nos reuníamos la familia a cenar. Mi abuela hacía que llenaran la mesa con canapés, asados y postres deliciosos. Después de esa cena acabábamos todos con dolor de barriga y alimentados para un par de días. Los vecinos venían a visitarnos después y jugábamos a las charadas, o a los naipes. Patricia y David siempre jugaban al ajedrez. Era un solemne aburrimiento verlos.

Drew pareció relajarse.

—¿Usted sabe jugar a los naipes?

—Sí, y además soy muy buena.

—Ah, ¿sí? ¿Qué clase de juego?

«No se lo digas, invéntate otro que no sea el póker. Ese es demasiado masculino para una dama»

—¿Por qué? ¿No me diga que tiene una baraja encima? —le preguntó.

—No, pero puedo hacerme con una en la siguiente ciudad. Dígame, en qué juego es buena.

«¿El Black Jack y el whist?, pensó. Sin embargo, dijo sin poder evitarlo:

—Al póker, por supuesto.

Lo dejó con la boca abierta y ella deseó reírse. Apretó los labios con fuerza para no hacerlo. Parecía mentira que Drew no aprendiese de una vez que no todas las mujeres eran iguales.

Hubo un momento durante el trayecto que Ana necesitó pasar a un excusado. Por norma, solía aguantarse mucho, pero llevaba todo el día bebiendo más agua de la cuenta. Tal vez por culpa del capitán, que la ponía nerviosa por su manera tan penetrante de mirarla. La profundidad de sus ojos verdes hacía que se le secase la garganta.

Drew la ayudó a descender del vehículo que Mark había orillado en el camino, junto a un grupo de rocas.

—No se vaya muy lejos —le advirtió el capitán, señalando con el mentón un bosquecillo de mezquites.

Ella asintió y caminó hacia los árboles, buscando con la vista un buen sitio donde hacer sus necesidades. De vez en cuando miraba hacia el coche para saber si podían verla desde allí. Mark estaba en el pescante con los ojos fijos en el camino y el capitán se había colocado de espaldas a ella.

Ana subió una pendiente bastante pronunciada ayudándose de ramas y arbustos. Desde allí se veía todo el valle. Se dio prisa en hacer sus cosas y, cuando bajaba de nuevo, tropezó con la raíz de un árbol y cayó.

A pesar de llevar extendidos los brazos para amortiguar el golpe, las palmas de sus manos sufrieron cortes y raspones con piedras y palos, así como las rodillas.

En un abrir y cerrar de ojos, Drew llegó hasta ella y la levantó del suelo.

—¿Se encuentra bien?

Dominando las ganas de echarse a llorar, asintió. ¿Cómo podía ser tan torpe? Enfadada consigo misma, se limpió las manos en la falda, al tiempo que sacudía esta de hojas y tierra.

—Gracias, capitán.

—Debe tener más cuidado. Podía haberse matado.

Ana lo miró alzando las cejas imperceptiblemente. ¡Qué exagerado! ¡Ni que fuese de papel!

—Lo tendré. No vi la raíz del árbol —dijo, apretando los dientes.

—Déjeme revisar sus manos.

—Son solo raspones —respondió, mostrándole las palmas.

Él las cogió por las muñecas con suavidad provocando que Ana se estremeciese ante el contacto. El rubor quemaba sus mejillas.

—Vamos al coche. Lo limpiaremos un poco.

Ana siguió con la vista la perfecta línea de su fuerte mentón. La piel bronceada se veía un poco más oscurecida por la barba que amenazaba con salir. Se dejó llevar hasta el camino y allí Drew

le limpió las manos con un paño mojado en agua. También quería observar si se había hecho algo en las rodillas, pero Ana no se lo permitió. Aún era muy capaz de curarse ella misma sus heridas. Después de todo, no tenía nada grave. Más moratones y arañazos había lucido de pequeña. Si bien su agilidad le había permitido deslizarse de un sitio a otro con mucha rapidez, también era verdad que solía tropezar mucho con cualquier cosa. A veces incluso con sus propios pies.

Durante los siguientes días, los naipes fueron una fabulosa distracción para los dos ocupantes del coche. Ana era buena en el póker, pero Drew lo era aún más. Él le confesó que todo se debía a que ella dejaba transmitir sus emociones a través de las expresiones de su rostro. Cuando tenía una mano buena, sonreía. Cuando era excelente, sus ojos brillaban y no dejaba de morderse el labio, y cuando sus cartas eran desfavorables hacía muecas de desagrado y aburrimiento. Ella intentó ocultarlo, pero le resultaba imposible y Drew siempre parecía adivinar lo que llevaba, aunque, por lo menos, consiguió ganarle de vez en cuando.

Fueron momentos agradables y divertidos, aunque también hubo otros de ir en silencio, observando el paisaje y los muchos destrozos que la guerra de secesión había provocado, heridas que iban a tardar mucho tiempo en cicatrizar. De vez en cuando se cruzaban con compañías de la Unión que viajaban al sur o que seguía haciendo guardias.

Puede que Drew hubiese descubierto que el rostro de Ana era un libro abierto, pero ella también había averiguado otras cosas de él, como por ejemplo que era agradable, aunque el término cortés era más aceptable para definirlo. Pero era cortés con quien le apetecía. No a todo el mundo trataba por igual ni miraba de la misma manera. Era algo que Ana no podía explicar. Sin ir más lejos, en el último lugar donde habían pasado la noche, el recepcionista, un hombre estirado e insolente, se dirigió a ellos como si fuesen esposos. Cuando Drew le sacó de su error, el tipo había comenzado a mirarla de un modo sucio y lascivo. Entonces Drew había actuado como un orgulloso y engreído déspota, humillando al recepcionista cada vez que este abría la boca. Lo había mirado con desdén, con una frialdad en sus ojos verdes que rayaron en salvajismo. Su cuerpo mismo se había vuelto más grande y amenazador que de costumbre.

Ana se sintió halagada por ello, aunque, por otro lado, llegó a temer que Drew desafiase al recepcionista o algo parecido. Desde luego, David tenía razón al decir que el capitán era el mejor para protegerla.

Otra de las cosas que Ana descubrió de él fue la manera en que se sonrojaba cuando, de algún modo, ella lo halagaba o lo miraba, ensalzándolo como a un héroe. En el fondo, Drew Hayden era un hombre tímido y reservado.

—¿Qué harán después de que usted y David se casen? —preguntó Drew una tarde, mientras jugaban a los naipes.

El cielo estaba tan gris y oscuro como los últimos días y, con toda seguridad, las pocas nubes que había terminarían dejando un poco de lluvia.

Él se hallaba, como de costumbre, sentado enfrente, pero su pose ahora era más desenfadada y había apoyado una de sus botas sobre el asiento de Ana, cerca de su falda.

—Un rancho, o tal vez una granja —respondió ella con lo primero que se le vino a la mente—. Nos gustaría tener nuestro propio huerto y animales, y quizá, si se nos da bien, podemos distribuirlo y exportarlo fuera.

—¿Puedo preguntarle algo, Ana? —Ella asintió mientras estudiaba sus cartas, concentrada. Le gustaba cuando se dirigía a ella por su nombre, sin tantos formalismos—. ¿Cuándo redujeron su hogar a cenizas, vivió con su... prometido? — Ana alzó la mirada hacia él con el ceño fruncido—. No deseo juzgarla ¿de acuerdo? Solo me preguntaba...

—¡Nunca he vivido con David! —exclamó ofendida. Su corazón comenzó a latir con fuerza—. Su residencia, aunque no estaba destrozada, era inútil como vivienda. Mientras él estuvo fuera, en el campo de batalla, yo estuve alojada con unos vecinos. Luego, cuando todo acabó y él regresó, nos refugiamos en una pensión esperando que terminasen de colocar el tejado y reparasen algunas de las habitaciones. Por supuesto, dormíamos en cámaras separadas. David es un buen hombre y siempre me ha respetado. Jamás osaría...

—Lo siento, sentía curiosidad, eso es todo. No deseaba insultarla. —Se maldijo por haberle preguntado algo así. Ella y David iban a casarse. ¿Qué podía importarle a él...? ¡Pero le importaba! Imaginar al oficial haciendo arrumacos a la muchacha le molestaba mucho. David podía ser el mismísimo rey de la Conchinchina y seguiría sin ser lo suficientemente bueno para ella.

Antes de que Ana pudiese decirle algo más, el cochero dio varios golpes a la pared del vehículo y comenzó a aminorar la marcha. Drew sacó la cabeza por la ventana para observar. Ana pegó la cara al vidrio de la otra ventana, pero, desde su posición, tan solo veía un grupillo de árboles.

—¿Qué ocurre? —inquirió ella cuando Drew buscó bajo el asiento una funda con su pistola, que colocó en sus caderas y ató al muslo en un santiamén.

—No estoy muy seguro. —Abrió el tambor del arma y comprobó que estaba cargado—. No baje del coche hasta que se lo diga.

—No debería bajar usted tampoco hasta no saber...

Drew la miró, serio. Sin aceptar una sola replica por parte de ella.

—Va a hacer lo que le digo, ¿verdad?

Ana asintió ante el severo tono de su voz y tragó con dificultad.

—No se preocupe. No me voy a mover de aquí.

Incómoda, recogió los naipes al tiempo que observaba de reojo como él se preparaba para salir. El capitán vestía unos pantalones negros ajustados a sus piernas; sobre la camisa blanca, se había puesto una cazadora de piel castaña que se amoldaba a su cuerpo a la perfección.

—Serán solo unos minutos —dijo él antes de marcharse.

Sin que pudiera evitarlo, cuando él salió, ella se asomó siguiéndole con la vista. El cochero se había bajado con un largo rifle e intercambiaban varias palabras. Drew continuó el camino. Fue entonces cuando ella se dio cuenta de la negra humareda que se alzaba al cielo un poco más

adelante, entre los árboles del bosque que se disponían a cruzar. Mark, que se había apostado en la esquina del vehículo con el arma, un rifle brillante, le hizo una señal para que volviese a entrar en el coche. Ella obedeció con el corazón latiendo a galope en su pecho y buscó su colt 45. Más valía estar preparada que lamentar después.

«Maldito Drew».

Iba tan tranquilo a ver qué había sucedido, en tanto a ella se moría de curiosidad y temor.

## Capítulo 7

Drew desvió su atención de la espesa nube de humo y escudriñó los alrededores de la carreta que había sido volcada y prendida fuego. Medio vislumbró lo que, hasta hacía unas pocas horas había sido una especie de campamento. Sobre el suelo, esparcidas, se hallaban prendas de ropas cubiertas de hierba y barro. El olor de madera quemada y humedad flotaban en la zona.

Solo estuvo unos minutos quieto, en silencio, esperando escuchar algo, pero quien quiera que hubiese hecho aquello ya se había marchado. Sin guardar su arma caminó a paso lento observando todo con detenimiento y cautela. Corrió a levantar una destrozada rueda al descubrir una pierna enfundada en unos calzones oscuros. Entonces sí se guardó la pistola en la funda y se inclinó sobre un hombre tocado por la muerte. Le habían cortado el cuello y yacía con los ojos grotescamente abiertos.

Drew se pasó la mano por la frente al tiempo que se ponía en pie y revisaba el campamento de nuevo. Encontró una segunda víctima. La mujer tenía las manos atadas entre sí y, a la vez, a un grueso tronco. Sus ropas estaban desgarradas y tenía claras muestras de que había sido salvajemente violada. También le habían cortado el cuello. Tras él, mientras inspeccionaba a la mujer, sintió un ligero movimiento cerca de otro árbol. Sin levantarse, se giró buscando con ojos entrecerrados.

Durante largos minutos sin ver ni escuchar nada, paseó los ojos sobre el suelo hasta descubrir una muñeca de trapo y cintas de raso, de las que se solían poner las señoras en el cabello.

—¡No te voy a hacer daño! —dijo en voz alta y clara, completamente seguro de que alguien lo observaba—. Puedo ayudarte a salir de aquí. —Con paciencia esperó cinco minutos y después caminó despacio al sendero por el que había llegado— Voy a traer mi coche y enterraré a estos pobres desalmados.—Deteniéndose, esperó un poco más. No quería asustar a la persona que estaba escondiéndose. En ese espacio de tiempo había llegado a la conclusión de que quien se ocultaba de él era un superviviente de la carreta.

Le detuvo una voz infantil que le estremeció por completo:

—¿De verdad puedes ayudarme, señor?

Drew se giró en redondo y observó a una niña de no más de siete años que le miraba con las mejillas surcadas de lágrimas. Su rostro estaba demasiado embarrado y sucio para ver sus rasgos. Sin embargo, sus ojos... unos discos de un tono violeta que lo golpearon con brutalidad estaban

impregnados de dolor y angustia.

—¡Oh, Dios mío! —gimió, corriendo hacia ella. La tomó entre sus brazos y la apretó contra su cuerpo dándole su calor. La niña rompió a llorar rodeándole el cuello con sus pequeños y regorduelos bracitos. Estaba helada y apenas iba abrigada—. Todo está bien, cariño, yo te ayudaré.

No tardó más de dos minutos en llegar hasta su coche a la carrera. Ana abrió la puerta con rapidez y bajó mirándole con los ojos muy abiertos. Él le entregó a la niña con un nudo en la garganta.

—¿Puedes hacerte cargo de ella? —Sin esperar respuesta, se fue hasta el conductor y le contó lo sucedido.

Mark lo escuchó atentamente, examinando todo lo que la vista le permitía desde allí.

—Capitán, ¿desea que nos acerquemos con el coche o prefiere que lo deje a un lado del camino? Quizá no sea un espectáculo muy agradable para la señorita Peterson.

—Es ventajoso que la niña no vuelva a ver todo ese horror. —Asintió Drew, dándole la razón. Ana había metido a la cría en el interior del vehículo y la había cubierto con su abrigo—. Dejaremos el coche escondido entre esos árboles e iremos nosotros solos. Al menos, los enterramos como corresponde antes de que las alimañas los destrocen. —Llegó hasta la puerta en dos largas zancadas y observó a Ana, que lo miró por encima de la cabeza de la niña—. No salgáis de aquí hasta que regresemos —advirtió, introduciendo un revólver pequeño en la mano de Ana—. Si notas el más mínimo peligro, dispara por esa ventana y yo vendré corriendo. Solo tienes que apretar el gatillo.

—¡Capitán! ¿Qué está pasando? —preguntó asustada.

—No te preocupes, estaremos vigilando y lo haremos en el menor tiempo que podamos, lo prometo.

—¡Pero...! ¿Qué es lo que vais hacer?

—Alguien atacó el campamento. De momento solo la he encontrado a ella, pero voy a echar otro vistazo. Haz lo que te digo y dispara si lo ves necesario. Puede que los asaltantes no estén muy lejos.

Mark guió los caballos a un lado del sendero y enseguida ambos se marcharon.

Drew no mintió al decir que no iban a tardar. No quería arriesgarse a quedarse mucho tiempo por allí y se dieron la mayor prisa posible. Cada poco levantaba la cabeza para observar el vehículo y verificar que nadie se acercaba a Ana y a la niña. Dio un último repaso al campamento. No había nada que mereciera la pena llevarse; todas las prendas estaban rotas o quemadas. Mirando por última vez las dos improvisadas cruces, Drew caminó al coche. Ana lo buscó la mirada en cuanto entró.

—¿Ya está? —le preguntó, con voz nerviosa. Se la veía aterrorizada y respiraba de forma acelerada—. ¿No has encontrado a nadie más?

Él recogió el revólver que le había entregado y lo metió en el bolsillo de su chaqueta. Soltó un

profundo suspiro y dejó caer la cabeza contra el respaldo, con los ojos abiertos. Ana tenía a la niña sobre su regazo.

—¿Te ha contado algo ella?

—Solo que se llama Carolina y tiene ocho años. Dice que viaja con sus padres. ¿Dónde están ellos?

Drew negó con la cabeza. Escuchó un pequeño gemido que no supo si había venido de la niña o de la propia Ana. La miró fijamente.

—Lo siento mucho. No han sobrevivido.

—Tú... ¿los has visto...?

—No he podido hacer nada por ellos. Ya estaban muertos cuando he llegado.

Ana asintió con labios temblorosos.

—Es horrible.

Drew aspiró hondo.

—Lo es. Y lo extraño de todo es que haya ocurrido en un lugar por el que las patrullas de soldados suelen pasar.

—¿Por qué es extraño?

—Por el peligro que supone. Está visto que los asaltantes no temen ser detenidos.

Ana rebuscó algo en la cesta de comida y miró a la niña con angustia.

—¿Tienes hambre, Carolina? ¿Quieres comer algo? —La pequeña aceptó un trozo de queso, pero no lo comió—. Inténtalo —animó—. Verás que te va a sentar bien y no te dolerá la panza.

Drew carraspeó y ambas volvieron la vista hacia él.

—Niña, ¿esas personas te hicieron daño? —preguntó.

La pequeña agitó la cabeza y, con ello, su pelo sucio y enredado que caía sobre su espalda.

—Mami me dijo que me escondiese y que no saliera, aunque escuchara gritar.

—¿Oíste gritos?

—Muchos, pero no salí. Me porté muy bien. ¿Verdad?

—Te has portado muy bien —susurró él.

Sin quererlo, sus ojos viajaron al atormentado rostro de Ana. Sus bonitos ojos grises estaban abnegados en lágrimas y su expresión era apagada y afligida, seguro recordando lo que ella misma había vivido. Se trasladó a su lado y la atrajo contra él.

Ana buscó el hueco de su cuello y lloró en silencio.

Durante unos minutos estuvieron así, y él se maldijo por la situación. Lo que iba a ser un viaje en solitario y tranquilo se estaba convirtiendo en algo totalmente diferente. Había pasado de dirigir una tropa a convertirse en el guardián de una joven comprometida y una cría huérfana de padre y madre.

—Sé perfectamente cómo se puede sentir Carolina —murmuró Ana con la voz teñida de dolor.

—Ella aún es pequeña y olvidará todo esto con el tiempo.

Ana levantó la cabeza y se quedó prendida de los ojos de Drew. Su mirada verde era más

profunda e intensa que de costumbre.

—Espero que no le queden secuelas y que tengas razón, que lo olvide pronto —le susurró, retirándose las lágrimas—. No puedo entender que haya gente que continúe haciendo esto. ¿Cuándo acabará?

—Nunca —respondió en voz muy baja. Posó la barbilla en su frente, en un gesto compasivo y tranquilizador—. Es de locos salir sin estar bien protegidos. Ellos no lo estaban, ni protegidos, ni preparados.

Ana tragó con dificultad.

—Quiero volver con mis padres —dijo Carolina, decidida.

—No puedes hacerlo, niña —respondió Drew muy serio. Respiró hondo y se alejó de Ana guardando la compostura—. Ellos ya no están allí.

—¡Capitán! —exclamó Ana, descontenta con su respuesta.

—Los hechos no se pueden adornar.

—Pero es solo una niña...

—¿Se... han muerto mis padres?

Drew asintió y la pequeña rompió a llorar desconsolada. Ana la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—Será mejor que le quite esta ropa mojada cuanto antes —miró a Drew con el ceño fruncido—. Sé que es mucho pedir, pero ¿podrían bajarme la valija que me llevo a dormir?

Él negó con firmeza.

—No me gustaría que se nos hiciese de noche. No estaremos del todo seguros hasta que no lleguemos al siguiente alojamiento, tendrás que esperar un poco. Aún pueden estar cerca.

—De acuerdo, tiene razón. —Ana contempló a Carolina, que no dejaba de llorar—. Voy a desnudarte y te cubriré con mi abrigo y las mantas. Verás como después te encuentras mucho mejor.

Drew se armó con un par dagas, una que escondió en la bota y otra en la cazadora.

—Voy a viajar afuera con Mark. Asegura la puerta cuando salga.

Una ráfaga de aire frío penetró en el interior cuando él abrió. Ana le puso una mano en el antebrazo, con gesto preocupado.

—Por favor, tenga mucho cuidado.

Drew la miró tan fijamente que ella no supo descifrar sus pensamientos. Parecía dolido, pero también muy furioso. Sin decir nada más, salió y escaló hasta el pescante con el coche en marcha. Ana desnudó a la niña y la cubrió con las prendas de abrigo. Hizo que se tumbase en uno de los asientos con la cabeza en su regazo y echó las mantas sobre su cuerpo. No sabía muy bien qué hacer ni qué decir para apaciguar de algún modo su dolor.

—Cierra los ojos y duerme un poco, Carolina, muy pronto entrarás en calor.

—¿Y si vienen esos hombres otra vez? Tengo mucho miedo.

Ana sintió un escalofrío. Tanteó el colt, escondido bajo su falda, recordando que debía

guardarlo en su bota.

—El capitán no dejará que nos pase nada, y el conductor, tampoco. Son hombres muy valientes. Además, si alguien se atreve a entrar aquí, le doy una patada en las narices que dejará de oler de por vida.

—Quiero estar con mis padres —murmuró con voz trémula—. Si mi madre se da cuenta de que me he ido, se va a asustar mucho. No va a saber encontrarme.

Ana suspiró desolada, procurando no romper a llorar ella también.

—¿Sabes? Cuando las personas mueren no se van para siempre. Ellos pueden vernos desde las estrellas. Cada una pertenece a una familia distinta, la mía está en una de las que más brillan.

—¿Tu familia también está muerta? —preguntó la niña con sorpresa.

—Sí, todos están en el cielo.

—¿Y puedes verlos?

Carolina estaba de costado y tenía la mirada fija en el banco de enfrente. Ana deslizó la mano sobre su infantil mejilla y la niña se movió contra ella, como un gatito en busca de cobijo, sintiendo el calor de la palma.

—Los veo cuando no hay nubes oscuras como hoy. —En ese momento, llevó los ojos al cielo a través de la ventana—. A veces me basta con levantar la vista, y otras se me aparecen en sueños y puedo hablar con ellos de lo que quiera.

—¿Yo también puedo hacerlo?

—Por supuesto que sí. Estoy segura de que ahora están con mis abuelos. Ellos cuidaran de tus papás. Te lo prometo.

—¿Entonces saben que estoy aquí contigo?

Ana asintió:

—Y están muy felices de que te encuentres bien y a salvo.

—Ya, lo que pasa es que cuando pienso en ellos me duele mucho aquí —se llevó la mano al pecho y, de nuevo, comenzó a sollozar.

Ana le masajéó con suavidad el torso.

—¿Tienes más familia, Carolina?

—No. Solo somos los tres.

—¿Ni abuelos o tíos? —insistió.

Negó con la cabeza, y Ana notó el movimiento sobre su regazo.

—Mamá me contaba muchas veces que, una vez que buscaba trabajo papá se lo dio, cosiendo ropa para las mujeres ricas. Se casaron y nació yo. Papá cerró porque decía que ya no venía gente y que, como no teníamos a nadie en ningún lado que nos esperase, nos veníamos para «*allí*».

Ana frunció el ceño.

—¿Veníais para el oeste?

—A por el oro. Papá dice que nos vamos a hacer muy ricos cuando lo encontremos. ¿Tú también buscas oro?

Ana se rascó el cuello. Sintió lastima de ellos que, por buscar un futuro mejor, encontraron un final desastroso. Echó la cabeza atrás alzando los ojos al techo, y contestó con un profundo suspiro:

—No, cielo, yo... yo... no sé qué estoy buscando.

Carolina se quedó dormida, aunque de vez en cuando abría los ojos un poco desorientada. Cada vez que esto sucedía Ana acariciaba su cabeza y entonaba una melodía que ella y Patricia habían cantado mucho cuando eran pequeñas.

Al poco de llegar a la siguiente ciudad, una lluvia torrencial se descargó sobre ellos. Drew, que hasta ese momento iba cabalgando cerca del coche, desmontó y corrió ayudar a Ana guiándola hasta el soportal del hotel. Cuando la joven ingresó en el interior, varios hombres que estaban en el vestíbulo se volvieron a mirarla con atención. Se sintió turbada y nerviosa.

Luego Drew cogió a la pequeña, que despertó en el momento que era alzada, y se reunió con Ana. Ella sostuvo la puerta abierta para que entrase.

El recibidor estaba cubierto con una alfombra gruesa y descolorida que había conocido tiempos mejores. Solo un par de lámparas de gas iluminaban el lugar formando bastantes sombras en los rincones y contra las paredes.

El empleado los llevó hasta las habitaciones. Abrió el cuarto de Ana y encendió la luz. Drew se apresuró a entrar con Carolina para dejarla sobre la cama.

—¿Habría alguna posibilidad de darse un baño? —le preguntó Ana al mozo de las maletas.

—Puedo subir ahora mismo una tina, señorita.

—Sí, por favor, es para la niña.

Drew le detuvo antes de que saliese.

—Y que también suban algo de cenar. Y necesito que alguien me indique dónde hay alguna oficina de autoridades, tengo que denunciar un asalto.

—Claro que sí, señor.

Ana se dio cuenta de que Drew había cogido su abrigo y lo llevaba doblado en un brazo. También había dejado una muñeca sucia sobre la mesilla.

Cuando el empleado salió del cuarto, Drew se paró delante de Ana.

—Iré primero al establo a ver cómo están los animales y cenaré con Mark, después iré a hablar con algún representante de la ley. ¿Cree que estaréis bien aquí las dos?

—Sí, no se preocupe por nosotras. —Él se encaminó hacia la puerta con paso firme, pero Ana lo detuvo—: ¿Qué va a pasar con Carolina?

Drew se encogió de hombros.

—No lo sé, la verdad. Veré si alguien se puede hacer cargo. Debería chequearla algún médico y...

—¡Pero me ha dicho que no tiene familia! ¡No podemos dejarla en cualquier sitio!

Drew se tensó y en su mejilla comenzó a latir un músculo.

—¡Ana, ella no es ningún animalillo que podamos quedarnos...!

A ella no le complació aquel tono de voz, sin embargo, lo pasó por alto y replicó nerviosa:

—¡Por eso! ¡Es una persona y no podemos dejarla abandonada!

Drew levantó las manos a la altura de su rostro y abrió las palmas hacia afuera, ofuscado, sobrepasado por la situación.

—Mañana sabré algo y hablaremos, pero no se haga la idea de que vendrá con nosotros.

—¡Pues si no tiene con quién estar, no quedará de otra! Somos responsables de su seguridad.

Aunque la cara de Drew no expresaba nada, los ojos parecieron taladrarla.

—A Carolina se la ve saludable y fuerte, seguro sobrevive a esto.

—¡No puede estar hablando en serio!

—¡Claro que puedo! Yo no soy responsable de esta niña, y usted tampoco debería.

El corazón de Ana dio un vuelco.

—No pienso abandonarla.

—¡Maldición! —exclamó enfadado.

Ceñudo, la miró de arriba abajo devorándola con sus hermosos pero fríos ojos verdes. Algo en ellos la inquietó sobremedida y sintió un escalofrío. Antes de poder reaccionar a su impropio, él hizo un tenso saludo militar y abandonó el dormitorio.

Ana se volvió hacia Carolina que, aunque despierta y con los ojos abiertos, no parecía haber prestado atención a lo que decían. Se compadeció de ella.

—¡Bien! Esta habitación no está nada mal, ¿verdad? —dijo, cruzando la alcoba hasta la ventana.

Vio salir a Drew del hotel y montarse rápidamente en el coche. Ese hombre tenía algo que le hacía admirable, valiente y... hermoso. ¿Ahora debía añadir también insensible?

El botones no tardó en llegar, acompañado de una empleada. Entre los dos llenaron una tina de porcelana, trajeron su valija y prendieron la lumbre en la chimenea. Ana bañó a la niña, secó su cuerpo y le puso una de sus camisolas más gruesas. Carolina era preciosa, de cabellos rizados color caoba claro y enormes ojos violetas. Su piel era tan blanca que parecía no haberle dado el sol nunca.

Recogieron la tina y les subieron el carrito con la cena. Ana permitió que Carolina levantase las cubiertas de los platos. Se trataba de una consistente sopa de cebolla y carne de conejo asada, que ambas no tardaron en devorar. Después, se metieron juntas en la cama.

Ana no podía evitar pensar en lo que le sucedería a la niña. Como poco, iba a terminar en un atestado orfanato lleno de chiquillos que, a causa de la guerra, se habían quedado sin padres. O, con un poco de suerte, a lo mejor iba a parar a alguna familia de bien. Fuera como fuese, Carolina iba a comenzar una nueva vida al igual que ella y... la conmovía.

## Capítulo 8

De mala gana, Drew salió de la oficina del sheriff y aspiró una gran bocanada de aire. Acababa de poner una denuncia que el sheriff Watson, muy amablemente, había archivado junto con más de una docena que esperaban ser revisadas sobre la mesa de su despacho.

—¿Cómo que nadie puede hacerse cargo de esa cría? —le había preguntado minutos antes.

—Como lo oye, capitán Hayden. Si quiere, puede traerla. —El sheriff Watson había señalado las estrechas celdas con la cabeza—. Podrá pasar aquí un par de noches y, en cuanto cruce la primera diligencia, la enviamos a la siguiente ciudad a ver si pueden ayudarla. Tiene que comprender que niñas como estas hay muchas por todo el país, y pocos que quieran comprometerse. El orfanato está saturado. Son las secuelas de la guerra y usted debe saberlo mejor que nadie.

Había sido inútil discutir con el sheriff y, sabiendo lo que pensaba Ana, no iba a dejar a Carolina en cualquier sitio. No podía quitarse de la cabeza su imagen angustiosa, ni su mirada advirtiéndole que ellos eran responsables. Desde luego, no lo eran, se repitió.

Regresó al hotel. Ya era tarde y la mayoría de los huéspedes se hallaban dormidos o encerrados en sus habitaciones. Él se detuvo primero en el bar, estaba cansado, pero necesitaba un trago para relajarse. Las luces allí eran escasas, aunque suficientes para iluminar parte de la barra. Apoyó un codo sobre el mostrador y se pidió un whisky sin hielo. Solo otro hombre, aparte de él, bebía en el bar. Era un tipo con aspecto de vaquero que vestía camisa de cuadros, un pañuelo añil al cuello, sombrero de ala ancha sobre la espalda y pistolera en las caderas.

—Buenas noches —le saludó Drew. El tipo lo miró ladeando ligeramente la cabeza—. ¿Viene del este?

El hombre sacudió su cabello.

—Del sur, ¿por qué?

Hayden se encogió de hombros con indiferencia.

—Unas millas atrás se ha cometido un asesinato. Me preguntaba si ha visto algún grupo de hombres viajando a caballo.

El hombre asintió. Tenía un palillo colocado en una boca desdentada. Su rostro estaba surcado de profundas arrugas, sin embargo, no parecía ser tan mayor. El tiempo no le había tratado muy bien.

—Hará varias horas me crucé con uno. Era cinco tipos e iban en unos caballos más muertos que vivos. No hablé con ellos, aunque oí decir a uno algo de lo que iba a hacer cuando llegase a Minnesota. No me extrañaría que fuese el grupo que está buscando. No parecía trigo limpio.

—Es posible —respondió Drew, satisfecho. Colocó algunas monedas sobre el mostrador y llamó al camarero—: Invite a mi amigo a una copa.

El vaquero sonrió agradecido.

Drew subió a la habitación. Al parecer, el grupo llevaba su mismo camino, y eso no eran buenas noticias. Hizo crujir los huesos de los dedos, se quitó la chaqueta, sacó los faldones de la camisa de la cinturilla del pantalón y se lavó la cara y las manos en el aguamanil. Después, se echó sobre la cama con los ojos clavados en el techo. Seguramente Ana iba a querer llevarse a Carolina hasta que le encontrase un hogar o pudiera dejarla en un sitio segura, y él no podía hacer nada por impedirlo.

«¿Desde cuándo me he convertido en un buen samaritano? »

\*\*\*

Abrió los ojos al sentir suaves llamadas en su puerta. La luz del día clareaba el dormitorio. La noche anterior se había debido de dormir sin darse cuenta y todavía llevaba la ropa puesta. En algún momento se había echado los cobertores de la cama por encima.

—Voy —gritó, levantándose. Se revolvió la leonada cabellera, llevando gruesos mechones hacia atrás, y abrió la puerta. Ana estaba al otro lado, observándole con el ceño fruncido.

—Lamento molestarlo, capitán. Ya ha amanecido.

Él asintió. Miró el corredor asegurándose de que estuviese vacío.

—Pase, por favor, Ana, necesito hablar con usted.

Ella se sorprendió.

—¿A su dormitorio? ¿No es eso indecoroso? —preguntó con inocencia.

Un gesto divertido apareció en los labios de Drew. Cogió su brazo y la arrastró al interior, después cerró la puerta:

—Deje esa pantomima ahora. —Ella lo miró sin entender, pero él no le dio opción a responder nada—. Hemos estado bastante tiempo solos en el reducido espacio del coche. No creo que esto le suponga ahora ningún problema.

Ella asintió, mirándolo con desconfianza.

—De acuerdo, pero apresúrese. Carolina me está esperando. Le he dicho que no salga hasta que no vaya a buscarla.

—No se preocupe, serán solo unos minutos.

—¿De qué se trata? ¿Consiguió averiguar algo anoche? —preguntó inquieta.

—Más que averiguar, el sheriff me ha dicho que no pueden hacer nada respecto a la niña. Nadie puede hacerse cargo de ella y quizá, dentro de algunas semanas, por fin puedan encontrarle algún

lugar de acogida.

Ana curvó las cejas al tiempo que juntaba las manos sobre el regazo de la falda:

—¿Y mientras tanto?

Drew caminó hasta su cama y se sentó en el colchón. Observó a la joven. Llevaba el pelo suelto y este caía sobre su espalda en bonitas ondas. Su vestido tostado marcaba su estrecha cintura y se ceñía en el pecho. Era una prenda recatada con escote redondo, sin embargo, solo con ver la esbeltez de su cuello y la línea de su mandíbula él se sentía excitado. Le hubiese gustado hundir los labios en el hueco de su garganta. Debía de ser muy dulce y embriagador. Dándose cuenta del rumbo que tomaban sus pensamientos, agitó la cabeza y carraspeó.

—Nosotros no podemos quedarnos por aquí, esperando que alguien la recoja.

Ana se cruzó de brazos con un gesto firme.

—Entonces no hay más remedio que llevárnosla.

Drew asintió. Lo había estado pensando mucho y no había llegado a ninguna otra solución.

—En Cleveland pasaremos un par de días antes de que salga el barco, eso si continuamos con el rumbo que hemos cogido. Allí podemos comprarle ropa; mientras, deberá apañarse con lo que tenga.

Ana exhaló un suspiro, complacida y se atrevió a soltar una risilla. Repentinamente se inclinó sobre él y lo besó en la mejilla.

—Es usted un buen hombre, capitán. Sabía que no iba a dejar que la niña...

Él la interrumpió, serio:

—Debo admitir que esto no es algo que me entusiasme. Estoy acostumbrado a tener todo bajo control y llevarla a usted ya me supone un inconveniente, de modo que no le diré lo que me supone esa niña.

—Lo comprendo, sé que lleva razón, y quiero que sepa que lamento mucho todo esto. No todo el mundo es capaz de hacer lo que usted hace. Mi abuelo estaría orgulloso.

Drew asintió, circunspecto. No lo dudaba. Solo un estúpido cruzaría el país con una damita terca y una niña de la que no sabía nada.

—Esto solo es... temporal, Ana. Podemos llevarla con nosotros, pero cuando lleguemos tendremos que decidir qué hacer con ella.

—Por el momento, me alegra mucho que venga con nosotros. Pobrecilla, me daba tanta pena pensar que íbamos a dejarla en un sitio desconocido...

Drew se puso en pie.

—Le aconsejo que no se encariñe demasiado con ella. Puede que a su prometido no le enloquezca la idea de tener que compartirla con nadie. Yo no lo haría.

Ella desvió la mirada de él, con las mejillas teñidas de color, y se encogió de hombros.

—Usted no es él. Pero sé por lo que ha pasado Carolina y no es fácil. Si está en mi mano ayudarla, pienso hacerlo. Conmigo lo hicieron, y sería muy cruel por mi parte abandonarla. David tendrá que comprenderlo... si quiere.

Sin poder resistirse, Drew le colocó la palma de la mano sobre la mejilla, obligándola a que lo mirase.

—Es usted una mujer de buenos sentimientos, Ana.

Ella se apresuró a musitar, al tiempo que apartaba incomoda la mirada de él:

—Gracias, aunque no estoy acostumbrada a que me digan eso. Supongo que es algo que ambos tenemos en común.

Drew se obligó alejarse antes de dejarse llevar por sus deseos y besar sus labios, como era su intención.

—¿Por qué no baja al restaurante y me espera allí? Yo no tardo en recoger y en vestirme decentemente —comenzó a meterse la camisa en el pantalón, aunque quería cambiarse de ropa en cuanto ella saliese.

—Oh, claro que sí. Voy por Carolina y le esperamos abajo. —Volvió a sonreírle una vez más—. Gracias por toda su generosidad.

Drew miró hacia el techo con un suspiro de simulada turbación.

—Tantos elogios terminarán por metérseme en la cabeza.

\*\*\*

Los ojos de Ana danzaron, traviosos, cuando cerró la puerta de la habitación. Con el corazón latiendo a mil por hora tomó aire en el corredor, regañándose por ser tan imprudente. Había estado a punto de arrimar su boca a la de él cuando le había tenido tan cerca. Menos mal que había recapacitado a tiempo...

Aspiró y espiró varias veces. Se mordió el labio inferior al recordar su mano en su mejilla acariciándole la piel... Sus piernas temblaron y, de pronto, sintió un extraño calor que nacía de sus entrañas. ¿Qué le estaba pasando?

Asustada, regresó a su habitación. Contempló con una sonrisa a Carolina, que se hallaba sentada en una silla con la mirada clavada en el cielo que se veía desde la ventana. Llevaba el vestido del día anterior completamente limpio. Una muchacha lo había llevado temprano.

Cuando la niña volvió la cara hacia ella, Ana vio reflejado todo su dolor y miedo. Se acercó a ella, tratando de parecer calmada.

—Carolina, ¿estás bien? —Se inclinó hasta ponerse a su altura. Dejó que rodease su cuello y apoyara la cara en la suya. Era blandita y cálida.

—Quiero ir con mis padres —susurró en un ahogado sollozo.

Ana tragó saliva.

—Lo sé. Ya hemos hablado antes sobre eso. —Durante un buen rato la mantuvo abrazada con fuerza, aspirando el aroma que desprendían sus cabellos. Después, acarició los rizos con dulzura—. El capitán y yo hemos pensado que te vamos a llevar con nosotros. —Carolina se apartó ligeramente para mirarla a los ojos—. Yo voy a cuidar de ti, y prometo que no te dejaré sola. Sé

que no soy tu madre, —fingió una mueca divertida, aunque, en honor a la verdad, estaba aterrorizada. Drew tenía razón, Carolina no era ninguna mascota—, pero puedo ser tu hermana mayor, si quieres. O una buena amiga.

La pequeña asintió, solo por complacerla, y Ana lo supo.

—Todo nos irá bien —continuó diciendo—, nos compraremos una casita con animales. Con gallinas y ovejas, y con una vaca. ¿Te he contado que mi mejor amiga era una vaca?

Carolina parpadeó y frunció el ceño.

—¿Eras amiga de una vaca?

Ana sonrió al tiempo que asentía con la cabeza. Mientras recogía la maleta y su abrigo, y daba un repaso al cuarto cerciorándose de no dejarse nada, le contó sobre su querida mascota, la ternera Cinderella.

En la recepción, el botones guardó sus pertenencias y un camarero les guio hasta una mesa. Cuando Drew se unió a ellas, ya habían pedido y devoraban con ansias unos deliciosos bollitos de crema.

\*\*\*

El viaje hasta Cleveland fue tranquilo y relajado. Aún durmieron otras dos noches más en diferentes sitios antes de llegar. Una, en un cuartel, y otra, en una aldea que apenas tenía casas. Al llegar a la ciudad el tercer día, una algarabía de gente llenaba la calle principal. El cochero tuvo que detener el vehículo y les informó de que se trataba de un desfile que celebraba las primeras lluvias de un país libre de guerra. Era como un ritual. Si honraban esa fiesta, las cosechas del año siguiente serían abundantes.

—¿Podemos bajar a verlo? —le pidió Ana a Drew, deseosa de poder pasear un poco antes de encerrarse en la habitación.

—El hotel se encuentra en mitad de la vía —advirtió Mark, con los ojos puestos sobre el capitán—. Deben ir caminando o esperar aquí hasta que se despejen las calles.

Drew observó a la damita, que seguía esperando su aprobación.

—De acuerdo, iremos caminando. Nos vendrá bien estirar las piernas y despejarnos un poco.

—Ven, Carolina, déjame que te ponga esto. —Ana le colocó una capa suya corta—. Va a ser divertido, ya verás.

Drew bajó el primero. Tenía un abrigo grueso con solapas y puños de piel. Ayudó a Ana, luego tomó a Carolina en brazos y la dejó en el suelo. Tendió galantemente el brazo a Ana, al tiempo que la niña cogía la mano libre de la joven.

—He de reconocer, capitán, que no esperaba que en Cleveland hubiese tantas personas —dijo ella, sorprendida.

—Rara vez salen todos a la calle a un mismo tiempo.

—Debe de ser muy importante para ellos esta fiesta.

—Es posible, eso, o quizá hayan averiguado que usted iba a venir y han querido salir a conocerla.

Ella inclinó la cabeza y esbozó una sonrisa burlona.

—¡Qué tonto! Le gusta tomarme el pelo.

—Yo diría que me gusta ver sus gestos cuando lo hago. Es demasiado expresiva. No me extraña que sea pésima en los naipes. No sabe mentir.

Ana apenas ladeó la cabeza y apartó la vista de él para llevarla al frente. ¿Sabría el capitán que todo en ella, o casi todo, era una mentira?

«No, no lo sabe y no puede saberlo», se dijo, frenética.

Caminaron en silencio por el borde de la calle, observando el desfile con emoción. Por la mitad de la ancha vía discurrían soldados ataviados con instrumentos musicales. Los tambores resonaban por encima de las voces de la gente. Los banderines agitados al viento atrapaban los últimos rayos de un sol perezoso que se escondía tras los edificios.

Ana miró la dura mandíbula de Drew. Iba tenso, como si buscara algo en particular. De vez en cuando se alzaba y miraba a la gente con atención. Parecía que era el único que no prestaba atención al desfile.

—¿Ocurre algo, capitán?

Él inclinó la cabeza hacia la suya.

—No, todo está bien.

No le creyó.

—Entonces ¿qué busca?

—Nada. ¿Por qué lo pregunta?

—Si todo va bien, ¿por qué no disfruta del desfile? O, por lo menos, no me trate como a una tonta.

Drew la miró con desconcierto.

—Solo estoy observando. Soy un hombre precavido, querida Ana, y puedo apostar a que, entre tanta gente, no han de faltar los carteristas.

—Usted es una persona muy desconfiada.

—Por el contrario, pienso que soy bastante realista. —Señaló con el mentón un grupo de chiquillos que vigilaban atentamente la limosnera de una dama—. ¿Cree que no intentarán apoderarse de ella en cuanto la señora se descuide?

Ana frunció el ceño. Desde luego, aquellos ladronzuelos no tenían intención de marcharse sin su vigilado botín.

—¿No deberíamos advertirlo? —preguntó, aunque ella misma se quedaba con las ganas de darles un buen par de collejas tras las orejas a los muy bribones.

—Un poco más adelante los están esperando.

Ana, con un suspiro exagerado, lanzó una fugaz mirada hacia el fondo de la calle. Drew llevaba razón. Dos oficiales observaban la escena esperando el más mínimo movimiento para darles caza.

## Capítulo 9

El tiempo que estuvieron en Cleveland, Ana aprovechó para surtir de un vestuario a Carolina, mientras Drew preguntaba por los hombres del asalto. Él y el cochero lograron descubrir que el grupo había pasado por allí y habían cambiado de caballos.

—Los animales que han dejado están en un estado lamentable. No se han preocupado por ellos y los he mandado sacrificar. Quisieron hacer un trueque, pero yo no soy ningún tonto, jefe —le había dicho el dueño del establo—. Me regalaron esas bestias, pero pagaron lo suyo por las que se llevaron. En un principio no iba a venderlos, pero huelo el peligro y, de no hacerlo, estos tipos hubieran acabado con mi negocio, o peor, conmigo.

—¿Cuántos eran?

—Cinco hombres: tres de ellos con un fuerte acento sureño, el cuarto con trazas de indio vestido con ropa civilizada y una chaqueta descolorida del ejército de la Unión. El quinto es un sujeto mayor de pelo cano. Parecía el menos peligroso de todos, sin embargo, a juzgar por su expresión, yo diría que es el que dirige todo el cotarro.

Que uno llevase parte del uniforme de la Unión no significaba que hubiesen pertenecido a alguna de las compañías. Mucho menos cuando se trataba de indios nativos que no se decantaban ni por el norte ni por el sur, sino que eran como veletas, siempre moviéndose al son del viento.

Después de saber esto, Drew decidió embarcar directamente hasta llegar a Duluth, en San Louis. Todavía no había helado y las aguas permitían su navegación. Prefería no tener que cruzarse con los asaltantes en cualquier lugar del camino, ya que parecía que continuaban la misma ruta.

Drew había tenido la intención, antes de iniciar aquel viaje y saber que la bella Ana le acompañaría, de elaborar varias estratagemas para las rutas que debían conseguir para exportar la madera. Él prefería supervisar el trabajo de sus empleados, revisar la mercancía y la forma de su preparación antes de darle salida. Sin embargo, era consciente que debía echar una mano a Richard, aunque este rechazara sus ideas. Una vez que todo estuviese bien encauzado sería cuando anunciara que deseaba dedicarse a la crianza de los caballos. Contaba con todas las críticas que llegarían por parte de sus parientes, en incluso podía imaginarse a su padre removiéndose en su tumba. Pero ya lo tenía completamente decidido. Quería cambiar, necesitaba olvidar su pasado. Deseaba ser libre para poder hacer su propia vida. La guerra no le había transformado, pero si le

había enseñado a luchar por lo que creía. Ana había tenido razón cuando hablaron sobre las celebraciones de la Navidad. Odiaba que su casa se llenara de gente curiosa y perversa, de excelente actores y actrices que se arrimaban a su familia en busca de privilegios y concesiones, solo porque tenían mucho más poder que ellos. Puede que su madre fuese capaz de contar con los dedos de una mano alguna amistad sincera, él, en cambio, no. Ni siquiera podía contar con el apoyo de Richard, ni con el de su tío Edward, ni con sus primos. Todos lo querían por el interés. Y puede que mientras viviera su padre él hubiese hecho de tripas corazón y los aguantase a todos con cada una de sus insolencias, pero ya no tenía más motivos para hacerlo. Ana le había enseñado, en aquel poco tiempo, lo que era ayudar a alguien, lo que era adaptarse dejando los lujos y las frivolidades a un lado. Era la primera vez que se sentía así de fuerte, que podía ver su futuro de diferente modo. Ansiaba llegar a casa y demostrar a todos que no era la misma persona que se encerraba horas y horas en un despacho enterrado en números. Él también sabía sonreír y bromear, él también podía tomarse las cosas a guasa y prestar atención a lo que realmente importaba. Pero, por otro lado, finalizar el viaje significaba alejarse de Ana. La dulce y bella Ana, que le había robado el corazón una noche en Baltimore y que, después, poco a poco, se había ido apropiando de él con sus conversaciones, con sus sonrisas y con sus miradas. No podía quitársela de la cabeza y comenzaba a cansarse de seguir llevando la máscara incorruptible del honor y la decencia. No sabía cuánto tiempo más iba a aguantar fingiendo que no sentía nada por ella, cuando estaba deseando confesarle sus sentimientos. Se había enamorado.

No era tonto y sabía que el deseo sexual existía por parte de ambos. La atracción era mutua. Lo concebía en ella tanto como el golpear de una ola contra los farallones. ¿Qué tal si Ana aceptaba sus atenciones? Cuando llegase David a reclamarla, ella ya podía estar casada y él se encargaría de despacharle por donde había venido; o mejor, en cuanto Ana aceptara ser su esposa, Drew enviaría una escueta carta a David advirtiéndole que no se molestase en cruzar el país.

—Hola, capitán. —La voz de Ana a su espalda le arrancó todos sus sucios pensamientos de la mente. Comenzó a dolerle la cabeza como si le estuviesen clavando mil agujas a un mismo tiempo. Se repitió una y otra vez que era un amor prohibido, que no le convenía. Se recordó su promesa antes de girarse a ella con una sonrisa amable y fría al tiempo—. He dejado a Carolina durmiendo en el camarote. La pobre se ha acatarrado, espero que se despierte mejor. Se quejaba mucho del pecho.

—Es un viaje muy largo y duro para una niña tan pequeña. —Estudió a Ana con atención. Sus ojos brillaban y tenía las mejillas y la punta de la nariz coloradas del frío—. Tú también deberías estar dentro, en vez de aquí, en cubierta. Hace un aire muy fuerte.

Ella observó el ancho río por el que la embarcación se desplazaba. Las aguas discurrían agitadas y revueltas, levantando crestas que chocaban sin compasión con el casco de la nave. El barco parecía un inmenso monstruo que vomitaba fuego y humo por la garganta.

—Lo sé, pero necesitaba despejarme y salir un poco. Los espacios cerrados me agobian un poco.

Drew tomó su mano enguantada y la besó con ternura. La acababa de tutear y ella se lo había permitido. Le gustó.

El cielo era una extensa mancha gris cargada de lluvia.

—Va a romper a llover de un momento a otro. ¿Te hayas bien, Ana? Te encuentro algo fría.

—Solo estoy un poco... indispuesta. Me duele la cabeza.

Drew le acarició la frente en busca de fiebre. Notó que estaba un poco pálida.

—Puede que te hayas contagiado —dijo, preocupado. Tendió el brazo para que ella se lo cogiese—. Voy a acompañarte abajo.

—No, por favor, déjeme que esté aquí un poquito más. —Los rizos rubios que habían escapado de su peinado fustigaron su cara. Alzó la vista al cielo. Sobre ellos cruzaban varios gruesos cables que sujetaban la estructura manteniéndola fija ante los fuertes temporales—. Abajo hace un calor insoportable y el murmullo de la gente me está volviendo loca.

Con suma delicadeza, al tiempo que negaba con la cabeza, Drew tomó su brazo y la empujó con suavidad hacia la entrada. El viento rugía entre las paredes de la barcaza, al igual que lo hacían las paletas propulsoras.

—No creo que sea lo más indicado. El viaje se te está haciendo demasiado pesado y necesitas descansar.

Ella replicó, terca, clavando los pies en los tablones de madera que conformaban el suelo.

—¡Solo un poco!

—¡Me niego! ¡Vas a enfermar!

Ana agitó la cabeza. De repente, se puso tan blanquecina como una muñeca de porcelana. Drew creyó que se desmayaría. La tomó entre sus brazos con agilidad y echó a andar hacia la puerta que descendía a los camarotes.

—¡No! Por favor. Necesito tomar aire. No estoy enferma, es solo... —Se calló abruptamente y él se dio cuenta del fuerte rubor de su rostro. Los ojos grises le esquivaban, avergonzados. Supo que había algo más que ella trataba de esconder.

—Dime de qué se trata, Ana. ¿Qué tienes?

— Es... es... cosas de mujeres.

Él frunció el ceño, sin entender.

—¿De mujeres?

—Es el periodo —soltó Ana, molesta. Su rostro había enrojecido por completo.

Con cuidado, como si fuese una pieza de delicado cristal, Drew la volvió a dejar en el suelo.

—Los siento mucho, Ana, pensé... creí que tenías algo grave y... bueno... en fin, no me gustaría continuar el viaje contigo enferma —dijo, avergonzado e incómodo.

—Lo comprendo, no pasa nada, no podía saberlo. Y tampoco es algo de lo que a mí me guste hablar. Es posible que esto sea lo peor de ser mujer.

Completamente abochornado, Drew se rascó la cabeza.

—Sí, supongo que tiene sus inconvenientes.

—¡Claro que sí y no entiendo por qué! Es como lo de tener hijos, ¿por qué solo debemos tenerlos nosotras? —Drew prefirió callar. Si olvidaban pronto ese tema, mejor—. Mi abuela decía que, si los hombres tuvieran que parir, la raza humana acabaría extinguiéndose. ¡Y seguro que es verdad!

Drew sintió otra erección. ¿Cuántas llevaba ya desde que había salido de Baltimore y todavía no se había satisfecho? ¿Cuánto más podía aguantar? Ella debía ser un poco más consciente y recordar que no estaba hablando ni con su hermana ni con su enamorado.

Miró fijamente aquellos labios tan suaves. Eran una tentación demasiado grande. Deseaba besarla. Sintió una punzada de culpa. La veía tan delicada, tan joven... Por un instante titubeó. Carraspeó intranquilo:

—De acuerdo, caminaremos un poco más por cubierta.

Ella asintió y le agarró del brazo con fuerza. Las frías ráfagas de aire se enredaban en sus abrigos. El suelo estaba húmedo de las gotas que salpicaban con potencia del río.

—Se avecina una buena tormenta. Espero que no traiga consigo heladas —dijo él, cambiando de tema. La niebla comenzaba a fundirse con las aguas del río, tragándose las orillas.

Ella volvió a levantar la cara al cielo, justo en el momento en que comenzaban a caer las primeras gotas. Se frotó los ojos con la mano libre y se cobijó contra Drew.

—Yo espero que no sea muy fuerte.

—¿Te asustan? —preguntó él.

Ana se encogió de hombros.

—No —respondió fanfarrona.

Drew sonrió. Ese «no» le había sonado a mentira.

—Esta barcaza soportará de sobra el temporal. Tiene una estructura bastante resistente.

—¿No es posible que se hunda?

Drew esbozó una ligera sonrisa.

—Tal vez si fuésemos atacados por piratas de río, pero, por norma, no suelen hacerlo en esta época del año. —Claro que tampoco podía ser tan imposible, dado la situación económica del país y todo el vandalismo que había—. Pero por unos cuantos rayos y truenos no tenemos que preocuparnos.

—¿Por qué no? Puede caernos un rayo y prender fuego a la embarcación. O también puede venir una ola gigante y engullirnos.

Drew recordó que los padres de Ana habían muerto ahogados en una riada.

—Será mejor que bajemos a ver cómo está Carolina y, en cuanto despeje, volvemos a subir. ¿Qué te parece?

La joven aceptó.

\*\*\*

En el corredor de los camarotes, Ana se quitó la capa y la colocó sobre su brazo. Los sitios tan estrechos conseguían atosigarla, mucho más cuando podía escuchar cómo llegaban hasta allí los ensordeceros truenos y el agua golpeando con fuerza los costados de la barcaza. Aspiró aire con fuerza.

—¿Puedo hacer algo para que te sientas mejor? —preguntó Drew, abriendo la puerta del camarote que compartían ella y la niña.

La joven pasó agitando la cabeza. Lo miró sobre el hombro.

—¿Puedes parar la embarcación? —bromeó. Se sentía mortificada con él.

Drew sonrió con socarronería.

—Ya me gustaría poder hacerlo, pero me temo que es una de las pocas cosas que no está en mi mano. Lo que sí puedo es acompañarte, cubrirte con mantas y subirte alguna infusión caliente o un ponche. Recuerdo que el ponche funciona muy bien con mi madre.

—Eso suena perfecto, aunque en este momento no me veo capaz de tomar nada. Se me pasará pronto. —Caminó hacia Carolina, que dormía plácidamente en la cama inferior de una estrecha litera, y tocó su frente. Se volvió a Drew con gesto preocupado—. Tiene fiebre, está ardiendo.

Él se abrió paso entre ella y la cama para comprobarlo por sí mismo.

—Voy a averiguar si viaja algún doctor entre nosotros.

Ana asintió.

—Mientras tanto ¿yo qué puedo hacer?

—Intenta bajarle la temperatura. —Drew vio que se mordía el labio inferior con indecisión—. Ponle paños de agua en la frente.

Ana arrojó con premura su capa sobre un pequeño banco que había contra una de las paredes y buscó un pañuelo entre sus cosas.

—Por favor, capitán, no se demore mucho. —Sumergió el paño en la palangana de agua que habían utilizado esa mañana para lavarse.

Drew salió cerrando la puerta con suavidad y sus pasos retumbaron en el corredor.

Carolina estaba empapada y tenía el camisón pegado al cuerpo. Los diminutos rizos del flequillo se le pegaban a la frente y en las mejillas. Ana le humedeció el rostro apartando el pelo. Pensó en todos los heridos que había visto desde que comenzó la guerra y en que nunca había atendido a ninguno.

Miró fijamente a la chiquilla y sintió miedo. Había oído de mucha gente que había muerto por culpa de la fiebre. Un angustioso nudo se formó en su garganta. ¿Y si se moría? Se la veía tan pequeña y delicada entre las sábanas... Y su piel, estaba tan blancuzca a pesar de los colores de las mejillas, que venas azules y moradas formaban una tenue red en su rostro.

La niña se removió en sueños y parpadeó varias veces enfocando sus ojos violetas en ella.

—¿Ana?

—Estoy aquí, a tu lado. ¿Cómo estás? ¿Te duele el pecho?

Carolina asintió. Abrió los labios para hablar, pero no salió ni una sola palabra de su boca.

Ana retiró las cobijas y observó en silencio cómo su torso se hundía contra las costillas. Respiraba con dificultad y emitía un ruido áspero y bronco.

Con impaciencia, esperó el regreso de Drew. Tiró de una de las sábanas de la litera de arriba y, con fuerza, empezó hacerla trizas para convertirla en paños. No podía hacer nada más que refrescar a Carolina.

Golpearon la puerta una sola vez y entró Drew con paso firme.

—¡Ya has llegado! —Suspiró Ana—. ¿Has encontrado a alguien que pueda ayudarnos? —le preguntó, mirándole curiosa.

Drew estaba solo.

—¿Cómo sigue la niña?

—Igual. La fiebre aún no ha bajado. ¿Capitán? ¿El doctor?

—No. La mala suerte quiere que no viaje ningún médico entre nosotros —respondió—. El contramaestre dice que mañana haremos una última parada antes de llegar a Duluth.

Ana agitó la cabeza con inquietud.

—Estoy muy preocupada. Apenas puede respirar.

El hombre se acercó a la niña y, agachándose delante de la cama, la estudió durante unos minutos. En el silencio del cuarto, la respiración de Carolina era un quejido rasposo y roto.

—Es posible que tenga neumonía.

Ana agarró el hombro de Drew. Sus piernas temblaron.

—¿Neumonía?

Drew se giró a tiempo de sujetarla.

—¡Ana! —Arrastró a la joven hasta el banco, apartó la capa de debajo del trasero de ella al tiempo que la obligaba a sentarse—. Tienes que ser fuerte. No puedes enfermar tú también, ¿de acuerdo?

Lo miró aterrada.

—¿Se va a poner bien?

Drew se inclinó sobre ella. Con dulzura acarició su pálida mejilla.

—Si no mejora, te prometo que mañana desembarcamos y buscamos un doctor.

—No quiero que le pase nada —respondió con voz temblorosa—. Me he acostumbrado a charlar con ella y a escuchar sus ocurrencias... —Sus ojos se humedecieron—. No merece que le suceda nada malo. Le ha sobrevenido tanta tragedia que no es justo que...

—Carolina es fuerte y necesita que tú también lo seas.

Ana pestañeó con fuerza. No pudo evitar que varias lágrimas rodasen por sus mejillas.

—¡Pero me veo incapaz de ayudar! ¡Es que nunca he atendido a nadie enfermo! ¡No sé qué hacer! —le confesó aterrada, al borde del pánico—. ¿Por qué no viaja un maldito médico? ¡Debería haber uno para casos de emergencia!

Drew la miró con sorpresa. Era la primera vez que Ana maldecía delante de él.

—No abundan tantos como imaginas. Tranquilízate, yo ayudaré en lo que pueda, ahora lo

importante es que no te pongas nerviosa y que ella no te vea así.

Ana asintió. Cuando Drew le tendió un pañuelo que sacó del bolsillo de la chaqueta, ella se estaba retirando las lágrimas con el dorso de la mano.

—¡Esta vida es una porquería! ¡Dios lo es! Si hubiese un dios nunca permitiría que pasasen estas cosas —dijo ella, furiosa, con los labios temblando de ira y angustia.

—Ey, Ey. —Drew se acomodó de cuclillas frente a ella. Aún seguía siendo más alto—. Todo va a estar bien ¿de acuerdo?

Ana le miró a los ojos buscando en sus cuencas verdes que no mintiese.

—De acuerdo —musitó.

Drew la encerró entre sus brazos y aspiró su fragancia llenándose de ella.

Ana apoyó su mejilla en el pecho del hombre. La cercanía de Drew y sentir la confortabilidad de su cuerpo consiguió calmarla. Nunca en su vida se había sentido más culpable y rastrera que en ese momento. Drew se portaba tan bien y ella... no dejaba de utilizarle para sus propios fines.

## Capítulo 10

La barcaza de vapor de ruedas laterales arribaba en Sault Ste. Marie la mañana del día siguiente, donde descendieron unos pocos pasajeros, Drew y su pequeña comitiva entre ellos. Carolina no había mejorado, al contrario, desde el día anterior vivía en un estado de inconsciencia a intervalos. Ana no había sido capaz de hacerle comer nada, ni siquiera la sopa caliente que habían preparado en cocina especialmente para ella.

Drew, con la pequeña en los brazos, arropada con una manta de pelo suave, se abrió paso por el embarcadero hasta alcanzar la carretera. El muelle estaba lleno de gente y de cajas apiladas que esperaban ser subidas a la embarcación. El bullicio era general. Los motores de las naves rugían y escupían humo, mientras los hombres cargaban la mercancía ayudándose de cuerdas y poleas.

—No tardarán en bajar el vehículo —dijo Drew, observando la vía de un lado a otro, tratando de identificar algún edificio en el que poder hospedarse. Como él era alto, podía ver por encima de las cabezas de los transeúntes.

—¿Conoces la ciudad? —preguntó Ana, estremeciéndose bajo su abrigo.

—No muy bien. He estado de paso y todo ha cambiado mucho.

Ana prestó atención a su alrededor. Un grupillo de jornaleros ascendía del muelle de carga conversando entre ellos.

—Esperadme aquí. No voy a tardar mucho.

Con pasos presurosos se acercó hasta detenerse frente a un hombre mayor de aspecto solícito y rostro amable. Al principio, el grupo se paró a comérsela con los ojos descaradamente mientras ella preguntaba, pero, poco a poco, se fueron dando cuenta de la presencia del hombre fuerte y robusto que, cargando a la niña, los miraba con gesto sombrío desde atrás. Excepto el que estaba contestando a Ana, los demás se alejaron a una distancia considerable.

—A un par de manzanas de aquí hay un sitio muy bueno. Todos los hoteles que puedan encontrar por esta zona alojan a los trabajadores y las tripulaciones de los vapores. Desde luego, no es el mejor sitio para descansar, y menos llevando a una cría.

Ana miró sobre su hombro y sus ojos se posaron en el rostro blancuzco de Carolina. Tenía apoyada la carita sobre el pecho de Drew.

—¿Y sabe también dónde podemos encontrar un doctor?

—Eso puede que sea más complicado. —El hombre levantó la vista hasta la de Drew—. Les

aconsejo que dejen el recado donde se alojen. Seguro que el doctor se pondrá en contacto con ustedes en cuanto reciba el aviso. Eso sí, no está mal advertirles que el tipo es un avaro malparido capaz de desplumar a quien se le ponga por delante. Tengan mucho cuidado con sus dineros.

—Muchas gracias, lo tendremos en cuenta —respondió Drew. Por el rabillo del ojo, vio llegar el coche—. Vamos, Ana, tenemos que marcharnos.

La joven se despidió del hombre con una sonrisa agradecida y echó andar junto a Drew.

—Yo tengo dinero para afrontar los pagos —dijo ella, pasando la mano por la bolsa de tela. Como todos los días, sintió el bulto de las joyas que iban cosidas en el interior.

—No te preocupes por eso ahora —contestó él—. Tenemos negocios en esta ciudad y también varios clientes que podrán ponerme en contacto con el doctor.

El cochero bajó del pescante y, cuando llegó a la puerta, Ana ya la tenía abierta y estaba sacando el escalón.

—Déjeme, señorita Peterson, yo lo haré. —Con amabilidad terminó él de hacer la tarea y ayudó a la mujer a que subiese.

Ana se acomodó y tendió los brazos para recibir a Carolina.

Drew le indicó a Mark que se dirigieran al centro de la ciudad. Por fortuna, encontraron un hotel con habitaciones disponibles. Cuando estuvieron acomodados, el personal se encargó de llamar al doctor.

El hombre no tardó mucho en llegar. Llevaba un maletín grande de cuero que dejó sobre la mesa de noche. Era un tipo joven y bastante atractivo, de cabellos rubios y bonitos ojos azules. Efectuó un examen bastante profundo a la pequeña, mientras Ana y Drew lo observaban desde un punto algo más alejado para no molestarle.

—Mucho me temo que sufre una infección pulmonar —les contó—. Esta enfermedad puede durar apenas un mes o prolongarse durante un año o más. Voy a traerles aceite de trementina que, aplicado con un paño caliente en el pecho, calmará el dolor. También voy a mandarle un preparado a base de jugos de la planta y la raíz de la pastinaca sativa.

—¿Qué es eso? —preguntó Ana, curiosa.

—Una planta cuyos remedios naturales obran maravilla. Lo malo es conseguirlo en esta época del año, pero déjenme a mí, tengo mis recursos. Mientras tanto, tienen que mantener el dormitorio caldeado, sin llegar a excederse en el calor. ¿Ha enfermado alguna otra vez?

Disimuladamente, Ana observó a Drew y pasó la vista al doctor. La habitación era bastante amplia y luminosa por lo que la luz de día entraba a raudales por entre las cortinas abiertas.

—No lo sé, no... puedo estar segura de eso.

El doctor la miró frunciendo el ceño.

—¿Esta niña es su hija?

Ana negó velozmente con la cabeza.

—Yo le explicaré doctor —dijo Drew, tomándolo del brazo—. Salgamos para hablar. No deseo que Carolina lo escuche.

El doctor movió la cabeza de un lado a otro con intriga y se encogió de hombros.

—Bien, de acuerdo. Luego volveré a ver a la paciente. —Llevó sus ojos hasta Ana—. Puede bañar a la niña, pero olvídense de bajarle la fiebre con agua helada. Un poco tibia bastará.

—De acuerdo, doctor. Por favor, no tarde en regresar, se lo suplico.

Antes de salir, Drew observó a Ana con admiración. A pesar de estar espantada, sostenía su apostura con rectitud y coraje. Pensó que tenerla tan cerca era una recompensa y un castigo al mismo tiempo. Era difícil pensar que jamás sería suya.

\*\*\*

Ana se hallaba sumergida en una nube de aturdimiento. A pesar de que el médico había confirmado las sospechas de Drew, no les había hablado de forma negativa sobre la enfermedad de Carolina y eso le daba un halo de esperanza. Aunque también era consciente del retraso que le producía esta situación a Drew.

Miró hacia la ventana. Blancos copos de nieve golpeaban el cristal con suavidad. Esbozó una sonrisa. Pasó por su mente una guerra de bolas de nieve sucedida años atrás. Patricia y David habían estado besuqueándose mientras ella los había espiado desde la pared del cobertizo. Cuando la descubrieron, salieron corriendo tras ella. Se defendió a bolazos. Todos los ocupantes de la casa se habían asomado divertidos a observar la batalla. El abuelo se había puesto de parte de ella, como siempre.

Se frotó los brazos. ¡Cómo echaba de menos a su familia! Suspiró abatida y, por quinta vez en menos de media hora, tocó la frente de Carolina. La fiebre seguía acampando a sus anchas. Al menos, el remedio del doctor para el dolor parecía surtir efecto y la niña tosía y se quejaba menos.

Llamaron con suavidad a la puerta y Ana fue a abrir. Solo podía tratarse de Drew. El doctor había dicho que no iba a regresar hasta la noche y el servicio de habitaciones había recogido el carro de comida hacía tiempo.

—Hola, Ana. —Saludó el hombre—. He pensado que tal vez te apetezca estirar las piernas y tomar un poco de aire. Hoy la ciudad se ve muy bonita con tanta nieve.

Aunque no tan bonita como ella, admitió Drew, contemplándola. Se había puesto un grueso vestido granate y peinado dos trenzas que rodeaban su cabeza como si fuesen una diadema.

—¿Y Carolina?

—Yo me quedaré con ella. Mark te acompañará. En la trasera del hotel hay un parque pequeño muy agradable para pasear.

Ana no pudo evitar sentirse nerviosa.

—Capitán, me gustaría hablar contigo, llevo algún tiempo pensando en todo esto.

Él arqueó las cejas:

—¿Pensar? ¿En qué?

—¿Podrías sentarte, por favor? —Le señaló el sillón cercano a la chimenea. Ella escogió la única silla del dormitorio. Un modelo robusto con base de brillante satén azulado. Se pasó la mano por la falda, librándola de arrugas—. Me da mucha pena por todo el sacrificio que estás haciendo por nosotras. Me han dicho que las heladas ya no permiten continuar viaje por barco y soy consciente de que Carolina está demasiado delicada como para seguir por coche. Será mejor que sigas tú solo el viaje. Te están esperando y, después de todo, llevas más prisa que nosotras.

Él frunció el ceño.

—¡No, olvídalo! Prometí que te llevaría a Minnesota y eso pienso hacer.

—Pero ¿qué sucede con tu familia? No quisiera ser la culpable de que no estés con ellos estas fiestas.

Drew tomó las manos de Ana observando sus dedos largos y elegantes. Lo que menos le apetecía era apartarse de ellas en ese momento. Tenía que hacerse a la idea de que, tarde o temprano iba a ocurrir, pero no tenía por qué ser ahora.

—Yo también aprecio a Carolina y me preocupo por ella, Ana. No pienso dejaros aquí, digas lo que digas. Para empezar, mi sentido de la responsabilidad no me lo permite, y en segundo lugar, yo siempre cumplo mis promesas. —Se puso en pie. Erguido era tan grande que abrumaba—. Esperaremos unos días más, a ver si mejora.

Ana suspiró, compasiva.

—¿Cuántos más? Ya los dos escuchamos al doctor: su enfermedad puede durar meses.

Drew se volvió a ella con decisión.

—El tiempo que haga falta, ni un minuto más y ni uno menos.

Ana era consecuente de todo lo que le debía a ese hombre. El abuelo habría estado de acuerdo con ella sin pensar que Drew era un ángel. Y cuanto más ángel era él, más mezquina y ruin se sentía ella. A sus pecados debía sumarle el egoísmo. Había pedido al capitán que se marchase, cuando tras la falda cruzaba los dedos para que no lo hiciese.

—Sal, Ana, despéjate un poco. Toma tu bolso y la... —El golpe que hizo el colt 45, al caer contra el suelo cuando escapó de la limosnera, interrumpiera las palabras de Drew que, desconcertado, se agachó a recogerlo—. ¿Esto es tuyo? —preguntó extrañado.

Ana se acercó con las mejillas teñidas de vergüenza. Le cogió el arma.

—Sí, me pertenece.

—Una dama no va armada.

—Yo lo voy siempre.

Del pecho de Drew fluyó una risita baja.

—¿Has ido armada todo el viaje?

—Siempre voy... con el revólver. Es un regalo de mi abuelo.

Drew frunció el ceño hasta convertir su frente en un profundo surco.

—Pensaba que un regalo a una señorita podría ser una joya, un pañuelo, un perfume. ¿Tu abuelo sabía lo que hacía cuando te dio esta arma?

Ana asintió, seria, y carraspeó.

—Capitán, durante el primer día te comenté que yo era un poco peculiar. —Ana cogió su bolso y guardó el arma en el interior—. Si lo recuerdas, te dije que me adaptaba bien a las situaciones. Mi abuelo me malcrió, pero no como se malcria a una señorita. Llevé pantalones hasta poco antes de conocerte y, si alguna vez usé vestido, fue solo para agradar a Patricia y a mi abuela. Y, a David, claro. Sobre todo, a él. —Sus mejillas enrojecieron violentamente—. Siempre me han apasionado más las cosas de hombres que las frivolidades de muchas mujeres. No sé cocinar, ni lavarme mi propia ropa, incluso me cuesta horrores hacerme estos peinados. —Se señaló las trenzas—. En cambio, sé manejar el hacha para cortar leña y marcar una res. Desde niña me enseñaron a trabajar.

—Se te olvida decir que juegas al póker y montas a caballo mejor que muchos hombres —añadió él con una sonrisa burlona en su rostro estupefacto—. ¿Cuántos años tienes?

—Cumpló veintiuno el próximo mes.

Drew no creía que podía sorprenderse más, pero, al escuchar su edad, estuvo a punto de sufrir una apoplejía. Ana no era tan joven como había pensado.

—Sí, sé que ya debería estar casada desde hace tiempo, pero la guerra perdona esas cosas —dijo, al ver que Drew se había quedado sin palabras—. Además, me casaré en cuanto David llegue. A él no le importa cómo soy, porque sigo siendo una dama use las ropas que use.

—Por supuesto. No pienso juzgarte, Ana —dijo, asombrado por la inesperada confesión, la cual, si él mismo hubiese prestado más atención, habría descubierto antes. Quizá ahora entendía un poco mejor su enérgica manera de caminar, e incluso las contadas maldiciones que le había escuchado. Aunque, en honor a la verdad, no la imaginaba disparando. ¿Qué mujer no llevaba un arma en su bolso en aquellos tiempos?

Cuando ella salió del dormitorio, Drew caminó hacia la ventana. Amaba a Ana y, muy a pesar suyo, solo podía hacerlo con el pensamiento. Le dolía que fuese a casarse con otro. Y lo iba a hacer porque a ella se la veía muy decidida.

\*\*\*

Dos días después, Ana recorría el pasillo enmoquetado de azul, sin prestar atención a los detalles que la rodeaban, y bajaba las escaleras directamente al comedor. Iba a reservar mesa para Drew y pedir una bandeja para ella y Carolina. En ese momento, dos tipos subían la escalera y, al tiempo que Ana se apartaba para dejarlos continuar, ellos hicieron lo mismo en el sentido opuesto.

—Siga usted, por favor —dijo uno de ellos, con una fuerte entonación.

Sobresaltada, lo miró. Era un hombre de entre cincuenta y sesenta años. Su cabello estaba salpicado de hebras plateadas. No lo conocía. Sin embargo, estaba segura de haber escuchado su voz en algún otro lado. Pero ¿dónde?

Agarrándose las faldas, les dio las gracias y continuó descendiendo. Aún no podía creer que el

otro día se hubiese atrevido a confesarle a Drew parte de su verdad. Si hubiese sido más valiente, le habría contado todo, y que hubiese salido el sol por donde le diese la gana. Pero no era capaz de hacer eso, mucho menos ahora que estaba Carolina con ellos.

—Disculpe, señorita —llamó el tipo de la escalera.

Ella giró la cabeza. Otra vez esa voz que conocía, pero que no podía poner cara ni lugar...

—¿Sí?

—¿Nos hemos visto antes? —preguntó él, mirándola fijamente. Los ojos del hombre acariciaron su cabello rubio, los labios llenos y rosados, el rostro terso de rasgos finos y delicados. Pero, donde realmente se detuvo con interés, fue en sus ojos grises rodeados de largas y rizadas pestañas.

Ella se encogió de hombros. Pensaba decirle que tenía la misma sensación, pero sus palabras se quedaron congeladas en su garganta. Su mirada acababa de descubrir una medalla de oro que colgaba de su cuello, por entre una camisa gris descolorida. Una medalla idéntica a la que ella llevaba. Su corazón comenzó a golpear furioso en su pecho. Aquellas piezas las había mandado hacer su padre, justo después de nacer ella. Ana seguía teniendo la suya. La otra había pertenecido a Patricia.

Dio un paso atrás, asustada. Maldijo no haber llevado su bolso consigo.

—No lo creo, señor. Lo recordaría —respondió con voz temblorosa.

Él inclinó la cabeza en un leve ademán.

—Perdóneme, entonces, ha debido recordarme a alguien.

Ella había descendido, de espaldas y, muy despacio, un par de escalones más.

—Sí, habrá sido eso. —Con prisa, terminó de bajar la escalera y entró en el restaurante con el corazón latiendo a mil por hora.

¿Era posible que ese hombre fuese uno de los que asaltó su casa? ¿Uno de los asesinos de sus abuelos y su hermana? Jadeó con fuerza. Tenía que ser así, de otro modo ¿por qué iba él a tener la medalla en su poder? Y su voz... creyó escuchar de nuevo los insultos y las risas...

Atravesó el comedor sin hacer caso al camarero que le ofrecía una de las mesas, y llegó hasta una puerta que daba directamente a la calle. Solo el personal que trabajaba allí usaba esa salida para tomarse un descanso fuera de la vista de los clientes. En ese momento no había nadie. Era una callejuela estrecha cubierta de nieve, barro y agua. Un poco más a lo lejos se encontraban varios cubos de basura. Un par de gatos parecían rebuscar alrededor de ellos algo que comer.

Ana apoyó la espalda contra la pared del hotel y respiró profundamente. Le aterrorizaron esos hombres la primera vez que los vio. Pero ahora se sentía acobardada y sobrecogida. Cualquier persona que los conociese y supiese cómo actuaban, lo habría estado.

## Capítulo 11

Drew estaba sentado junto a la chimenea, con las piernas estiradas y cruzadas hacia adelante. Sobre la ropa, se había cubierto con una manta. Al escuchar cómo se abría la puerta, abrió un solo ojo y observó a la joven que entraba cargando una bandeja. Siempre se le aceleraba el pulso cuando veía el balanceo de sus caderas. Cayó en la cuenta de que era debido a las largas zancadas que daba al caminar cuando no estaba acompañada. Volvió a maldecirse por haber sido tan ciego con ella.

—¿Qué tal todo por ahí abajo?

Ana se sonrojó.

Drew lanzó una rápida mirada a su cuerpo. Estaba tan bella como siempre, pero había algo extraño en ella. Quiso abrazarla y calmar sus preocupaciones, sin embargo, una vez más, se controló. Recogió las piernas y apoyó los codos en el reposabrazos.

—¿Pasa algo? —insistió.

—Está nevando otra vez y dicen que dentro de poco comenzarán a soplar los vientos del norte. Cuentan que los caminos quedarán tan helados que se convertirán en pistas de hielo.

—No te preocupes por el tiempo, Ana. —La siguió con la vista. Primero, dejó la bandeja sobre la mesa, y después, se inclinó sobre Carolina. Le tocó la mejilla con tanta dulzura que a Drew se le encogió el corazón—. ¿Cómo sigue?

—Está más fresca y comienza a tener color. Parece que se está recuperando —contestó, alegre.

—Ana, David debió acompañarte.

Ella volvió la cabeza hacia él arqueando las cejas.

—¿Qué?

—No hay nada más importante que proteger al ser amado uno mismo. David debió acompañarte y no haberse marchado hasta estar completamente seguro de que estabas bien.

Ana, nerviosa, apartó la vista de Drew.

—Pero él no podía hacerlo. Tenía muchas cosas pendientes. Además, sabe que puedo defenderme perfectamente. —Y lo primero y más importante era alejarse lo máximo posible de los asaltantes que se alojaban en su mismo hotel. Tenía que ver el modo de convencer a Drew para marcharse de allí. También debía advertir a las autoridades y, sobre todo, llevar siempre consigo el revólver. Si tenía la menor oportunidad de vengarse de aquellos bastardos, no iba siquiera a

pestañear cuando lo hiciese.

—¿Qué es más importante que protegerte? ¿Arreglar una propiedad que va a tener que vender si quiere venir a vivir a Minnesota? —Drew se cruzó los brazos sobre el pecho—. Me consta que David tiene dinero para contratar un agente que fácilmente se podía haber ocupado de ello, sin necesidad de hacerte viajar con un completo desconocido.

Ana lo miró y alejó rápidamente la vista.

—Me gusta viajar contigo, capitán. Nunca te he sentido como un desconocido. Sé que eres un hombre de honor.

Él se echó a reír.

—No me refiero a eso.

—Lo sé. Creo que quizá David y yo no pensamos bien y... fue un plan prematuro, pero... debía irme de allí.

—¿Por esos hombres que quieren matarte? —preguntó él, incorporándose del sillón. Apartó la manta a un lado. Observó a Ana fijamente y pensó en lo bonita que estaba.

Ella asintió.

—Sí, fue por ellos que adelanté el viaje. —Y ahora el destino quería que esos mismos hombres estuviesen más cerca de ella que nunca.

Drew la vio tragar saliva y morderse el labio inferior. Deseaba besarla, desnudarla, soltar las trenzas doradas y observar su cuerpo. Quería lamer su cuello, justo allí donde latía el pulso, absorber la dulzura de sus labios, despertar su pasión... ¿Cómo sería ella vistiendo pantalones? Desde que se lo había dicho no había podido dejar de imaginarla. Apartó sus pensamientos obligándose a recobrar la cordura.

—¿Cómo lograste escapar de ellos?

—No quiero hablar de eso, por favor, capitán.

—Me gustaría saberlo, Ana. Quisiera saber quiénes son para poder actuar en caso de encontrármelos algún día.

—¿Pero por qué ahora? —preguntó intrigada. ¿Acaso él sabía algo?

Drew soltó un suspiro.

—Porque, por lo que me contó David, tengo las sospechas de que fueron los mismos tipos que atacaron a la familia de Carolina. En Cleveland me informaron de que podrían llevar nuestra misma ruta. Y Mark hace un momento me acaba de decir que varios tipos con esas descripciones se han alojado hoy en el hotel. Pensaba salir a buscarte si hubieras tardado más de la cuenta.

Ana frunció el ceño y se sentó en el borde de la cama donde dormía la niña. Entrelazó las manos de un modo intranquilo.

—No llegué a verlos bien. David cree que alcancé a distinguirlos, pero no es cierto. Estaba muy asustada. Por sus voces creo que eran cuatro o cinco.

—¿No podrías reconocerlos? —preguntó con desconcierto.

—Bueno... sí. Hace un rato me he cruzado con dos de ellos en la escalera. —Sintió que Drew

se tensaba y ella se apresuró a cogerle una mano—. Físicamente no sabía quiénes eran, pero sí podía reconocer sus voces.

—¿Estás segura?

—Me gustaría decir que no, sin embargo, uno de ellos llevaba esto puesto. —Se sacó la medalla de oro por el escote y se la mostró. Sus ojos se anegaron en lágrimas—. Mi hermana y yo las teníamos iguales. A ella se la robaron ese día. —Comenzó a sollozar.

Drew hubiese deseado estrecharla entre sus brazos y consolarla, pero no se atrevió a tocarla. Prefirió mantenerse en silencio hasta que el llanto cesó. Con afecto, apretó sus dedos antes de soltarla.

—Quiero que te quedes en la habitación hasta que yo regrese. Deberías dormir un poco, se te ve cansada.

Ana lo miró afligida y preocupada.

—Pero, capitán, ¿dónde vas?

—Voy a acercarme al cuartel para averiguar si hay notificaciones sobre ellos de otros estados. Tenemos que ser muy precavidos al respecto. ¿Sabes si te han reconocido?

Ana se mordió el labio inferior y sacudió la cabeza.

—Creo que no.

—¿Lo crees?

—No puedo estar segura. Uno me preguntó si nos habíamos visto antes y le respondí que no.

Drew frunció el ceño y miró a través de la ventana. A lo lejos, nubes oscuras fueron cubriendo el cielo como si se tratasen de un conjunto montañoso. Más allá se divisaban los mástiles de las embarcaciones que habían tenido que amarrar hasta que la navegación fuese posible.

—Pero es una posibilidad. —Se volvió a Ana—. No salgas de aquí hasta que yo regrese. Enviaré a Mark para lo que pueda surgir.

—¿Tardarás mucho?

—Sí. Voy a aprovechar para cerrar un negocio, ya que estoy aquí. ¿Te molesta?

Ella abrió los ojos con sorpresa.

—No, desde luego que no. Creí que tus negocios estaban en Duluth, no aquí.

—Cuando llevamos la madera desde Duluth hasta el Este, tenemos que descargar la mercancía para no perderla en los rápidos, y cargarla en otro barco. Suelen aprovecharse e incrementar el precio, y lo más justo sería hacer un contrato fijo con un precio establecido. Eso es lo que quiero negociar.

—¿Seguirás con la empresa de la madera? —le preguntó ella, más relajada. Por algún tonto motivo, ver al capitán reaccionar con esa tranquilidad la serenaba y la calmaba.

—No lo creo, pero quiero dejar los asuntos cerrados de la mejor manera posible. Estoy totalmente decidido a dedicarme a la cría y, cuanto más tiempo pasa, más firme es mi determinación.

—Espero que tu familia sepa apreciar todo lo que haces por ellos.

Drew lo dudaba mucho. Se encogió de hombros.

—Eso es algo que solo podré ir viendo con el tiempo. —Caminó hacia la puerta recogiendo su chaqueta que estaba sobre el respaldo del sillón—. Voy a hacer las diligencias.

Ana se puso en pie y fue tras él hasta la puerta.

—Capitán ¿y si intentamos continuar el viaje? Podemos abrigar a Carolina bien. Después de todo, Duluth ya no queda muy lejos.

Él asintió.

—No me gusta esa opción, aunque quizá consiga contratar algunos hombres para que nos escolten. Puede que en el cuartel consiga algo.

—Espera, capitán. —Ana cogió su bolso de mano y, con unas pequeñas tijeras, rasgó la entretela. Sacó una bolsita de cuero tostado, abrió la cinta y dejó caer su contenido sobre la mesa—. ¡Oh, Dios mío! —exclamó, llevándose las manos a la boca.

Drew se acercó curioso y miró atentamente el montón de piedras esparcidas por el tablero. Frunció el ceño.

—¿Qué se supone que es? —preguntó, cogiendo varias en la mano.

—¡Tenían que ser mis alhajas! —Con la boca abierta lo miró a punto de volver a romper a llorar otra vez—. ¡Me las han robado! ¡Los aretes de la abuela, y la gargantilla de Patricia, los anillos...!

—Cálmate, Ana. —El hombre le puso las manos sobre los hombros y clavó los ojos en los suyos—. Respira profundo. —Ella obedeció. Había perdido el color de la cara—. ¿Quién las ha robado?

«Ha sido David» pensó, en silencio. ¿Por qué haría él algo así? Dejarla desprotegida sin nada con lo que poder pagar ni un pedazo de carne. ¿Cómo haría para abonar el alojamiento en Minnesota? ¿O sufragar los gastos del detective? ¿Por qué?

—¿Quién sabía que guardabas las joyas ahí? —insistió Drew, agitándola con suavidad.

—La mujer del posadero lo cosió. —Estaba segura de que Emma no había tenido nada que ver. Era una mujer buena y humilde, y jamás se hubiera atrevido a robarla. En cambio, David... lo había hecho adrede. Se había asegurado el modo para que hiciese todo el viaje junto al capitán.

«¡Maldito sinvergüenza!» Si en ese momento Ana lo hubiera tenido enfrente le habría arrancado los pelos de la cabeza hasta verle completamente calvo.

—Antes de marcharnos pasaremos por telégrafos, así adviertes a David de lo ocurrido para que las recupere. —Drew palmeó el hombro de Ana en un gesto simpático—. Venga, ese es el menor de nuestros problemas.

Ella, sin saber qué decir, logró asentir con la cabeza. Esperó que Drew saliese del dormitorio para dar rienda suelta a la frustración y la ira que en ese momento sentía. ¿Cómo había sido David capaz de tal bajeza? Todavía no podía creerlo.

—¿Ana? —La voz de Carolina consiguió espabilarla. Se acercó hasta la niña. Tenía el cabello revuelto alrededor de su cara y varios mechones húmedos se le habían pegado a las mejillas. Ana

los retiró con delicadeza—. Quiero agua.

La joven llenó un vaso con la jarra y se sentó junto a la cabecera de la cama. Ayudó a Carolina a incorporarse un poco y le acercó el vaso a sus azulados labios. La niña desprendía un calor febril.

—Bebe despacio. ¿Te duele algo? —Carolina afirmó con la cabeza. Se llevó una mano blanca de dedos regordetes a la garganta—. Se te pasará pronto. He subido un poco de sopa. —Se acercó a la bandeja y sirvió dos cacitos del caldo en un plato. Agarró la cuchara y una servilleta y regresó junto a la niña dispuesta a darle de comer.

—¿Cuándo nos vamos de aquí, Ana?

—Muy pronto. Estoy cansada de hoteles y de este maldito frío que me está congelando el tuétano. —Por el rabillo del ojo vio su bolso colgado del cabecero de la cama y recordó que, a partir de ese momento, debía llevar siempre encima su revólver.

\*\*\*

Mientras Drew se acercaba al coche con largas y firmes zancadas, Ana no pudo escaparse de admirar su espléndido y bien proporcionado cuerpo. Iba vestido con unos pantalones bastantes ajustados, introducidos en unas botas altas de piel. Le cubría un abrigo largo y negro hasta los tobillos que llevaba abierto y se ahuecaba tras él a cada paso que daba. Su cabello, que llevaba suelto formando ondas gruesas, también flotaba sobre sus hombros con una desenvoltura felina.

Drew se dio cuenta de que Ana lo miraba fijamente y trató de calmar la excitación que sus ojos grises provocaban en él. Entró en el coche y, después de cerrar la puerta, golpeó el techo con el puño, indicando al cochero que podían iniciar la marcha. Había pasado casi todo el día de antes y esa misma mañana haciendo encargos, pero, por fin, se habían decidido a continuar el viaje. Por el día Carolina no parecía tener fiebre, aunque en las tardes tendía a subirle un poco.

—Bien, está todo hecho. Con un poco de suerte, en tres o cuatro días llegaremos a casa. —Se cercioró de que la manta que tenían Ana y la niña les cubriese bien. Seguidamente sacó un revólver, abrió el tambor y recontó las balas por tercera vez esa mañana—. Si la fortuna está de nuestro lado, es posible que el ejército se haya hecho cargo de esos indeseables. No me gustaría tener que vérmelas con ellos.

—Yo también espero que los hayan apresado —respondió Ana—. Capitán, ¿por qué no les han denunciado en otros sitios? —quiso saber. Él le había contado que no constaba en ningún lado que hubiese acusaciones contra ellos.

Drew se encogió de hombros. Se quitó los guantes y los guardó en el abrigo.

—Estamos atravesando una etapa bastante complicada. Apenas nadie sabe dónde está la autoridad, o, lo que es más, dónde empieza y dónde acaba la justicia. Los estados del Sur siguen ignorando a los superiores que se les manda y tienen una especie de guerra interna entre los sheriffs, los soldados, los senadores, los políticos... Yo calculo que durante unos años más

estaremos dependiendo de la milicia. —Se encogió de hombros—. Piensa en todos los asaltadores que deben perseguir desde que se inició la guerra. Desertores, rebeldes... los militares no dan abasto.

—¡Pero esta situación es muy provechosa para esa horda de criminales!

—Así es —admitió—. La guerra ha dejado muchas heridas abiertas, y nunca terminarán de cerrar del todo. Las cicatrices siempre serán un recordatorio de lo ocurrido.

Ana llevó la vista a la ventana. El general Lambert Scott les había proporcionado una pequeña guarnición que se dirigía a cubrir la zona de Duluth para quedarse en Fort Snelling. Los soldados viajaban a ambos lados del coche y lo formaban un total de ocho hombres, cuatro a cada lado.

Con esa compañía el viaje no tuvo muchas demoras más. Además, aquello ayudó a que Drew se uniese a ellos a menudo, preparando el momento de su despedida con Ana. No dudaba de que se vieran más veces, pero ya las cosas no serían iguales.

Ana, por su parte, no entendía por qué Drew ya no estaba tanto con ellas. Hasta cierto punto, imaginaba que estar con otros hombres conversando de las cosas que solían conversar ellos, como política, ganado, tierras, intereses y mujeres, fuese más interesante que su compañía. Sin embargo, no había imaginado esa actitud de él. Entre Carolina, quien ya estaba bastante mejor, pero que pasaba la mayor parte del día dormitando, acurrucada bajo las mantas, y la ausencia del capitán, al que solo veía durante las comidas y las cenas, el aburrimiento, la inactividad y el mal genio se fueron apoderando de ella.

Echaba la culpa al comentario de que le gustaba vestir pantalones. Drew la miraba de otra manera desde ese día. Y lo peor de todo era que ella también tenía ganas de salir y cabalgar, aunque hiciese un frío de mil demonios. Si no lo hacía, no era por lo que el capitán o los demás pudiesen pensar, sino porque ahora Carolina dependía de ella.

Realmente esa situación llevó a que Ana se cuestionase si en verdad podía y quería mantener a la niña a su lado. Viéndolo de manera sensata, en su vida Carolina no tenía ninguna cabida. De hecho, ella misma en ese momento, sin dinero ni joyas, no sabía cómo iba a encarar el futuro. Esperaba de todo corazón que David cumpliera y le mandase algo porque, de lo que estaba completamente segura, era de que no iba a pedirle nada a Drew. Incluso comenzaba a sospechar que David había mentido al asegurarle que había pagado al capitán su viaje y los gastos. Cosa que estaba decidida a preguntarle al capitán una vez llegasen a destino.

Duluth, un lugar pequeño con alojamiento limitado, donde la madera estaba bastante barata, poco a poco comenzaba a crecer con la construcción de nuevas cabañas. La apertura del canal en Sault Ste. Marie en 1855 y el anuncio simultáneo de enfoque de los ferrocarriles, habían hecho de Duluth el único puerto con acceso al Atlántico y Pacífico. La familia de Drew poseía una de las oficinas comerciales más importantes del puerto y, en la actualidad, apenas podía ponerse al día con la demanda. Lo que económicamente era muy bueno, pero que también conllevaba que Richard no hubiese llevado demasiado bien la gestión de la contabilidad. La madre de Drew se había quejado recientemente de la poca cuantía monetaria que su hermano le pasaba.

## Capítulo 12

—Si no estás atento caerás de la montura, muchacho —advirtió Tom Leks, más conocido con el apodo de Reverendo. Era el líder de la banda de asaltadores y asesinos que se hacían llamar a sí mismos los Confederados—. Yo de ti iría corriendo junto a la bestia, quizá así te desentumezcas un poco.

Manuel ignoró sus palabras, aunque abrió los ojos, que hasta entonces había mantenido cerrados. No estaba dormido, pero le gustaba pensar con los parpados cerrados. Iba cubierto con un abrigo grueso con el interior de pelo, sombrero de ala ancha resguardando sus ojos y una bufanda grande y burda alrededor de su nariz y su boca. El tiempo estaba siendo más seco y frío de lo esperado, y la nieve que cubría el suelo les dificultaba la marcha.

—Estoy despierto.

—¡Ja! Estabas dormido —rio Jared. Iba tan protegido como él, solo que, en vez de llevar las pistoleras bajo el abrigo, las llevaba por encima. Una manera más sencilla si debía usarlas.

Manuel se encogió de hombros. El sol iba ascendiendo, pero sus rayos no se hacían notar.

—¡Qué sabrás! Puede que seas tú el que vaya dormido. No fui yo quien se tomó todo ese whisky anoche.

Jared tiró de las riendas de su animal y, a medio trote, llegó hasta Manuel, enfadado y con ojos asesinos.

El indio gruñó:

—¡Dejadlo ya! Si armáis tanto revuelo, señoritas, se enterarán los malditos yanquis que nos preceden.

Manuel se irguió al tiempo que echaba ligeramente hacia atrás el ala de su sombrero. Sus oscuros ojos taladraron al comanche pero, antes de poder replicarle, el Reverendo dijo:

—Sombra tiene razón. Manteneos callados vosotros dos, y tú, —señaló al comanche con el dedo—, no vuelvas a dirigirte a ellos de ese modo. No sabes de lo capaces que son estos.

Los jinetes parecía que estaban relajados pues, durante un par de días, no había tenido ningún incidente, sin embargo, la tensión entre ellos se hacía más palpable a cada momento que pasaba.

Sombra Tenebrosa sonrió mordaz. El indio comanche no tenía miedo a nadie, ni siquiera aquellos dos traicioneros, que eran capaces de vender a sus madres por una miseria. Durante la guerra, él solo, había robado armas de los destacamentos de la Unión vendiéndoselas al enemigo.

Había sido un buen espía para ambos bandos.

—Sé de lo que son capaces —asintió—: de violar y matar mujeres y niñas.

Bradford, el quinto bandido que viajaba al final de la comitiva, soltó un bufido. Tenía la mano apoyada sobre el rifle que llevaba atravesado en la cabecera de la silla.

—¡No te hagas el inocente, Sombra! ¿Nos vas a decir que tú no has participado?

El comanche asintió, mirándole socarronamente sobre el hombro. Sus ojos eran oscuros como la noche. Llevaba una vieja y descolorida gorra de la Unión que no ocultaba el largo cabello lacio y oscuro que caía sobre su espalda. Tenía unos rasgos exóticos. Si bien no se podía decir que era guapo, poseía unos labios voluminosos con una mandíbula demasiado prominente para un rostro de pómulos delgados y firmes. Su piel era muy morena, por años y años de viajar bajo el sol.

—Eres tú quien no lo hace —rio el indio, con sarcasmo—. ¿Quizá deberíamos preguntarnos el porqué?

—Es verdad, Brad, tú eres el único que no lo hace —añadió Jared, guiñando un ojo a Manuel y escupiendo tabaco—. A lo mejor es que no te gustan las prostitutas.

Reverendo se echó a reír, ganándose una furiosa mirada de Bradford. Era el más joven de todos, con apenas dieciocho años.

—¿Qué me estás llamando? —bramó Bradford. En un abrir y cerrar de ojos tenía apuntado a Jared con el rifle.

—Déjalo, ya Brad, los muchachos se están divirtiendo —advirtió Reverendo.

—¡Pues yo no le veo la puta gracia! Si no hubieran dejado testigos no tendríamos que estar aquí, pasando un frío de cojones.

Manuel giró medio cuerpo sobre su caballo y apoyó una de las manos en las abultadas alforjas.

—¡Te repito que no alcancé a ver a esa mujer! ¡Nadie la vio! —farfulló con rabia.

Reverendo puso orden.

—Ya os he dicho que puede que ni siquiera estuviese presente. Fue casualidad que ella me recordase a alguien; bueno, casualidad y suerte, porque, de no haber sido así, Manuel no habría seguido al capitán que viaja con ella hasta los militares, que os recuerdo que, en este momento nos están buscando.

—Pero si esa mujer no estaba allí...

—¡Joder, Brad, no te enteras de nada! —contestó Jared—. Reverendo contó que la chica reconoció la medalla que lleva él en el cuello.

—Sí —aseveró Reverendo. Una maldita casualidad—. Esta debe ser la hermana, o alguna prima. El caso es que ambas rameritas se parecen mucho. —Se frotó las manos enguantadas sin desenrollar las riendas de su caballo—. Habrá que disfrutarla como a la otra, antes de acabar con ella. —De reojo, observó a Bradford—. ¿La quieres para ti primero?

Bradford apretó los dientes con fuerza.

—Lo que quiero es acabar cuanto antes con esto y resguardarme en algún lado.

—¿Por qué no vamos ya a por ellos?—gruñó Manuel—. Hace tiempo que no me meto debajo

de ninguna falda.

Las explosivas carcajadas del resto de los hombres llenaron el camino. El único que no reía era Reverendo, que contestó:

—Todavía es pronto. Vamos a esperar a que los soldados se queden en Fort Snelling. Cuando estén solos será más fácil. —Bostezó, cansado. Llevaban más de veinticuatro horas sin dormir, pero no quería arriesgarse a que el destacamento que acompañaba al capitán se diera cuenta de que viajaban detrás de ellos—. Espero que esta vez no haya ningún testigo.

Tom Leks estaba furioso. Todo se había escapado peligrosamente de su control. Ahora la milicia poseía un dibujo retrato de él y, con toda seguridad, ya andaban buscándolo en distintos estados. No podía dejar de pensar que toda la culpa era de esa mujer y, desde luego, iba hacérselo pagar con creces.

\*\*\*

Ana debía estar feliz porque en unas pocas horas iba a llegar a su destino, en cambio, no lo estaba. Seguía enojada, asustada y echando terriblemente de menos al capitán, sin haberse separado de él todavía. En ese tiempo le había llegado a profesar un gran cariño y respeto. Y, si bien por David también tenía esos sentimientos, no eran ni la mitad de profundos de los que sentía por Drew.

—¿Por qué no podemos vivir con el capitán? —preguntó Carolina, mientras miraba cómo Ana se acicalaba para la cena. Esa última noche los soldados habían aceptado sentarse en su mesa. Al día siguiente se separarían de ellos, que continuarían hasta el fuerte.

—Él vive con su familia, además... —Ana tragó con dificultad el nudo de su garganta y remitió un mechón de su cabello entre la trenza—. Ni siquiera sabemos si nosotras podremos continuar juntas.

—¡Pero yo quiero estar contigo! —exclamó Carolina, alarmada—. Me dijiste...

—Lo sé, Carolina, no hace falta que me lo recuerdes, sin embargo, no soy ningún familiar tuyo. Yo no puedo ir quedándome con la gente así como así.

Los ojos violetas de la niña se llenaron enseguida de lágrimas. Era como una corza indefensa y asustadiza.

—Pero...

Ana la vio, se agachó junto a ella y le puso las manos en las empapadas mejillas. Se arrepintió de haber utilizado palabras similares, o parecidas a las que había usado el capitán al decirle que Carolina no era ninguna mascota y que no podía quedarse con ella.

—No llores, por favor. —Se sintió terriblemente cruel. Limpió su carita infantil con suavidad—. Tenemos que hablar con las autoridades y... son muchas cosas las que tenemos que arreglar.

—No dejes que me aparten de ti, Ana. —Sollozó Carolina, aferrándose con fuerza a las faldas de la joven—. Ahora soy tu hermana.

—¡No! —repentinamente los ojos de Ana se llenaron de lágrimas también. La niña la observó

con tal angustia que su corazón se resquebrajó. No había sido su intención contestarle de manera tan tajante. Con fuerza, rodeó con sus brazos la delgada espalda de la chiquilla—. Carolina, debes entender...

—Por favor, Ana —suplicó—, por favor, quiero estar contigo para siempre. No me dejes. No me abandones.

—Tienes que saber que... yo... voy a hacer todo lo posible, pero no puedo asegurarte nada. — Suspiró con fuerza. Sus ojos se encontraron con los de ella. Era tan pequeña e inocente... No ganaba nada disgustándola en ese momento ni haciéndola pasar un mal rato. Cuando llegaran al hotel de Minneapolis y se instalaran, ya verían lo que sucedería.

Haciendo acopio de valor ,se puso en pie y volvió a mirarse en el espejo una vez más. ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado?

Carolina abrió la puerta cuando Drew llamó. Ana lo miró desde el centro del dormitorio. Él estaba tan elegante con su traje negro que le recordó al primer día de conocerlo. Llevaba el cabello peinado pulcramente hacia atrás y un pañuelo de seda adornaba su cuello. Inexplicablemente las piernas de Ana temblaron, al tiempo que en su vientre crecía una angustiada necesidad de algo que no comprendía. Era como si toda la sangre de su cuerpo se hubiese convertido de repente en ardiente lava y estuviese a punto de estallar.

—Nuestros amigos están esperando abajo. —Los ojos verdes se deslizaron sobre ella con admiración—. Cuando te vean se van a quedar impresionados, estás bellísima.

—¿Crees que debería bajar? —preguntó ella, quedamente.

Él parpadeó, extrañado. Sus ojos verdes, brillantes como las esmeraldas, resaltaban en el apuesto rostro bronceado.

—Claro, no entiendo tu pregunta. ¿Acaso no te encuentras bien?

Ana asintió y se dirigió a Carolina:

—¿Puedes ir adelantándote? Les dices que nosotros no tardamos en bajar. Necesito hablar algo con el capitán.

Con el ceño fruncido, Drew siguió a la niña hasta que esta desapareció por las escaleras.

—¿Qué es lo que ocurre, Ana? Me estoy preocupando. —Desconcertado, la miraba con curiosidad.

—¡No estoy bien, no!—contestó sacudiendo la cabeza. Trató de que su voz sonase superficial—. Y es por tu culpa. Estos días me has ignorado deliberadamente en la medida de lo posible. Me pregunto si esta noche harás lo mismo, si te pondrás a hablar con los oficiales y volverás a fingir que no estoy presente. —Le tembló la voz peligrosamente y prefirió callar hasta hallarse más serena—. ¿Tanto te disgusta viajar con nosotras ahora?

—No es lo que piensas —musitó él.

—¿Entonces? ¿Quieres decir que no te has dado cuenta de que nos has evitado desde que salimos de la ciudad?

Drew soltó el aire por entre los dientes, impaciente. En ese momento Ana se comportaba como

una chiquilla malcriada. Él no tenía motivos para darle ninguna explicación.

—Nos están esperando. —Se volvió a la puerta, que seguía entreabierta. En el corredor todo se hallaba en silencio.

—¿No vas a contestarme? —preguntó ella, deteniéndolo.

El capitán se volvió a ella y suspiró.

—Ha sido un viaje largo y pesado para todos, y estoy impaciente por llegar a mi hogar y ver a mi familia. No puedes culparme por ello.

Ana dio un paso hacia él.

—Todo esto tiene algo que ver con lo que te conté en el hotel, ¿verdad? —insistió ella—. Fue cuando te dije que vestía pantalones y que...

El capitán sacudió la cabeza recorriéndola con ojos sorprendidos.

—¿¡Cómo has llegado a esa conclusión?! —respondió atónito—. En ningún momento he dicho ni he opinado nada de ti. ¡Jamás se me ha ocurrido juzgarte! ¿Debería importarme acaso cómo eres o cómo fuiste?

Ana negó en silencio. Se mordió el labio inferior.

—Pero ¿entonces? No comprendo que te hayas alejado de esa manera de nosotras.

—A mí no me incumbe cómo seas, y no siento que mi opinión deba importarte —repitió con severidad—. Si David te acepta es lo único que debe preocuparte. Le dije que te cuidaría y protegería hasta llegar. Creo que, hasta la fecha, he sido amable contigo y te he respetado —le recordó con brusquedad.

—Creí que eras mi amigo —murmuró Ana, abatida.

Él suspiró con fuerza. Entró en el dormitorio y cerró la puerta con el pie. Ella lo miró con un nudo de ansiedad en la garganta mientras se le acercaba. Drew estaba tenso y su rostro era una máscara fría.

—No lo soy Ana. Vamos a dejar las cosas claras. —Se aproximó tanto a ella que podía sentir su perfume de vainilla—. A un amigo siento deseos de palmearle la espalda con afecto, de salir con él a tomar unas copas y de compartir charlas bebiendo un buen brandi. Contigo solo ansío algo que no puedes ofrecerme. No puedo seguir estando cerca de ti, Ana. Me excitas. —Ella abrió los ojos como platos—. ¿Ves cómo me miras con solo escucharme decir eso? Puede que tengas veinte años, pero no eres menos bebé que Carolina.

Ella se sonrojó.

—Yo no quiero excitarte, Drew, yo solo quiero que seamos amigos. ¿Por qué no puede ser?

—Porque lo he intentado, Ana. Bien sabe Dios que lo he intentado. Pero es difícil mantener amistad con una mujer que pronto se va a casar con otro. —Hizo una pausa corta—. Amistad —repitió encogiéndose de hombros—. Nunca voy a retirarte la palabra, ni a negarte mi ayuda en caso de que lo necesites. Pero no puedes pretender que nos una algo diferente. David me cae bien. Es un buen hombre, y aunque no comparto algunas de sus gestiones, le respeto. No creo que sea el marido ideal para ti, eso lo tengo claro. Sin embargo, no es decisión mía...

—Estamos prometidos y sobre eso no puedo hacer nada —interrumpió Ana con frialdad.

—Lo entiendo. Mañana llegaremos y yo habré cumplido con mi parte del trato. Fin del asunto.

—De acuerdo, capitán. Si eso es lo que quieres, así haremos —replicó ella.

Drew la obligó a levantar los ojos hasta los de él.

—No es eso lo que quiero. Pero es lo que debo hacer, y lo más sensato para ambos.

Con pasos firmes y largos caminó hacia la salida. Sentía que debía marcharse de allí lo antes posible. El aroma de la fragancia de ella lo envolvía e incitaba en él la pasión que llevaba tiempo luchando por contener. Esos últimos días ella lograba despertar su lado más salvaje y primitivo.

\*\*\*

El posadero había juntado varias mesas formando una sola. Excepto ellos y los militares, no había nadie más alojado, por lo que pudieron disponer del salón a su antojo.

Cuando Ana descendió, Drew la esperaba en la puerta con el rostro serio. Sin decir ni una palabra tendió su brazo y ella se lo cogió, como mandaba la etiqueta. Entraron fingiendo que todo estaba como siempre, aunque nada estaba ya igual.

Durante los primeros minutos, Ana aguantó con una sonrisa serena los halagos y cumplidos que le dedicaban los soldados. Luego de tomar asiento, se inició una divertida conversación donde los hombres contaban graciosas anécdotas que habían experimentado alguna vez.

Ana trató de distraerse, y en algunos momentos lo logró, sin embargo, era una tarea ardua teniendo a Drew justo enfrente de ella, observándola como si fuese uno de los succulentos manjares que llenaba la mesa. El deseo volvía sus ojos de un tono verde brillante que arrebatava su respiración y encendía cada fibra de su ser con tenues corrientes eléctricas.

## Capítulo 13

Esa noche Ana no pegó ojo. Era imposible quitarse de la cabeza la escena que le había montado al capitán y, sobre todo, recordar sus palabras. Nunca había sido su intención excitarle. La culpa de todo era de David. No tenía que haberle hecho caso. Si hubiera viajado ella sola como había sido su intención, nada de todo aquello habría ocurrido, y ahora tampoco hubiera tenido que cargar con Carolina.

Se levantó colocándose la gruesa bata de franela y caminó hasta la ventana. Limpió el cristal empañado con la mano y observó el paisaje bajo la luz de la luna. Todo estaba en calma, incluso no había viento que moviese las ramas desnudas de los árboles que serpenteaban el camino de acceso a la montaña. A la izquierda se podía observar la desembocadura del río y sus aguas brillantes y negras.

La ciudad de Duluth era pequeña y pintoresca. Aun así, mostraba indicios de un rápido crecimiento: los muelles bullían de actividad y había varios buques atracados, en su mayoría, transportadores de madera.

Se imaginó a Drew en su oficina comercial o paseando por la cubierta de uno de esos barcos, revisando el cargamento. El pensamiento la confortó, arrancándola una sonrisa, pero al mismo tiempo notó un pequeño pinchacito en su pecho. Jamás volvería a tener tanta cercanía con él como la que habían compartido en ese viaje. Y eso la estaba matando. Después de todo, Drew era la única persona que conocía allí. Él y Carolina.

—Por favor, Mela, espero que sigas estando aquí —murmuró con la frente pegada al cristal.

Deseaba que Barney Rohad, el detective, acudiese al hotel enseguida y todos sus problemas se solucionaran.

No supo cuánto tiempo estuvo sintiendo el frío vidrio en su piel antes de apartarse y rebuscar en su maleta las ropas de hombre que había usado en el rancho. La camisa blanca todavía olía al jabón que elaboraba la abuela y su aroma llenó su mente de recuerdos. ¡Cuánto añoraba sus regañinas y sus caricias! La manera en que la tapaba con la manta de lana, el calorcito de su abrazo, el modo amenazante en que agitaba la cuchara de palo. La abuela nunca descansaba. Era siempre la última en acostarse y la primera en despertar. Lloró en silencio.

\*\*\*

El cochero ancló el equipaje, por última vez, en la parte superior del coche y levantó la vista cuando sintió una presencia a su lado. Se quedó sin habla al descubrir que la bonita señorita Peterson se había encasquetado un sombrero bastante varonil. Y con la boca abierta, al darse cuenta de que, bajo el abrigo, usaba pantalones y botas altas.

—Buenos días, señorita. El capitán no me dijo que hoy montaría. ¿Quiere que le prepare un caballo?

Ella sacudió la cabeza.

—No, gracias. Pensaba viajar con Carolina. ¿El señor Hayden irá cabalgando?

—Sí, eso dijo esta mañana temprano.

Ana asintió. Comprendió que él iba a eludirla hasta el final. Se acercó al vehículo y ayudó a subir a la niña, después lo hizo ella y esperó a que Mark le cerrase la puerta.

—¿Qué ocurre, Ana? ¿El capitán no viene con nosotras hoy tampoco? —preguntó Carolina, tratando de divisarle por la ventanilla.

—Me temo que no. Supongo que tiene otras cosas más interesantes que hacer. —Se abrió el abrigo y acarició la pistolera que su abuelo había mandado hacer para ella con auténtica piel de puma, y que lucía en sus caderas—. ¿Te gusta? —Carolina la miró y asintió—. Fue un regalo de cumpleaños. Después de soplar las velas, mi abuelo me entregó una caja envuelta en un papel de color rojo brillante. Yo creía que era una muñeca, como la que le regalaron a Patricia, pero cuando la abrí y descubrí la pistolera comencé a chillar de alegría y a correr por todo el salón. Tropecé con una silla y caí sobre el piso, golpeándome la cabeza con una esquina de la chimenea. Mi abuela me cosió una pequeña brecha —se levantó un poco del pelo de la sien para que Carolina viera la cicatriz—, pero estaba tan feliz que ni siquiera me quejé.

—Debió de dolerte mucho.

—Ahora ya no lo recuerdo.

Carolina frunció el ceño, pensativa.

—Pero una pistolera es un regalo muy extraño, ¿no?

Ana se encogió de hombros y sonrió. Eso mismo le había dicho el capitán hacía unos días.

—Era lo que yo quería. De haber recibido otra cosa, no me hubiese hecho tanta ilusión. —Se sacó un guante y plantó la palma en la frente de la niña. Inconscientemente, sonrió—: Ya te noto mucho más recuperada. Eso es una buena noticia.

—Sí, aunque todavía me duele un poco el pecho cuando toso.

Ana se volvió a poner el guante.

—Se te irá pasando, ya lo verás. Por lo demás, debes ir abrigada, y tenemos que conseguirte algún gorro para que te cubra las orejas.

—Ana, ¿yo también puedo vestir como tú y llevar pantalones?

—Tú puedes llevar lo que quieras, Carolina. No puedes dejar que nadie te diga nunca lo contrario —le aseguró.

—Papá decía que los pantalones eran de señores.

Ana se encogió de hombros y apoyó la columna en el respaldo del asiento.

—¿Y tú qué opinas?

—No lo sé —respondió la niña, mirándola muy pensativa—. A mí también me gustan los vestidos.

—A mí también me gustan mucho, aunque para ciertas cosas los pantalones son más cómodos. Deberías probarlos.

Drew abrió la puerta sin avisar, sobresaltando a las ocupantes, que dieron un ligero respingo.

—Buenos días. —Saludó con una sonrisa jovial que hacía brillar sus ojos verdes—. ¿Cómo se han despertado esta mañana, señoritas?

—Muy bien —contestó Carolina, llamando su atención—. Estamos contentas al saber que hoy termina el viaje, ¿verdad, Ana?

Drew volvió la vista hacia la nombrada y sus ojos se quedaron enganchados en ella. La recorrió de la cabeza hasta la punta de las botas. Estaba mucho más increíble de lo que él había imaginado. Vestida y todo con esas ropas seguía siendo la mujer más hermosa que él había conocido nunca. Incluso con el sonrojo que pintaba sus mejillas al saberse estudiada con tanta curiosidad.

—Sí, deseo llegar y dejar de hacer y deshacer el equipaje de una vez por todas —respondió Ana a Carolina, apartando sus ojos del capitán.

—Pues no queda más que un último tramo. —Drew se agarró al extremo superior del marco de la puerta—. Llegaremos para la hora del almuerzo, depende del estado de la carretera. Fue arreglada el año pasado, por lo que supongo que no habrá problemas.

—¿Y los soldados? ¿Ya se han marchado? —preguntó Ana.

—Hace unos minutos —asintió Drew—. Van de camino a Forth Snelling. Yo os dejaré en el hotel y continuaré hacia mi hogar.

—¿Tan pronto? —inquirió Ana, volviendo la vista a él con sorpresa—. Podrías quedarte a comer con nosotras, para... despedirnos.

—No puedo hacerlo —contestó—. Cuanto antes llegue, mucho mejor. Todavía tengo que hacer varias gestiones en la ciudad antes de irme, además de presentarme ante el general Scott para formalizar mi baja en el ejército.

Ana asintió con un nudo en la garganta.

—Lo comprendo, tienes razón. Soy una egoísta por pretender que retrases tu partida.

Él se soltó del marco la puerta y se inclinó un poco más dentro del coche.

—Más de una vez volveremos a encontrarnos, estoy seguro de ello. —Drew se giró a Carolina y le sonrió antes de marcharse y cerrar la puerta.

El capitán se aupó sobre su montura. Se sentía terriblemente mal después de haberle confesado a Ana la noche anterior la atracción que sentía por ella. Al menos, había sido un poco racional y no le había dicho que estaba enamorado como un imbécil. No le extrañaba que se sintiese tan incómoda que hubiese echado mano de sus antiguas ropas. Era posible que ella pensara que, de

ese modo, la vería menos atractiva. Nada más lejos de la realidad.

Animó a su montura a marchar por delante del coche, guiando al conductor. Una fina neblina había descendido de la montaña y cubría la pradera perdiéndose en la orilla del río Mississippi que parecía engullírsela.

¡No podía creer que ya estuviese en casa! Hasta el aire era diferente, más fresco y agradable que todo lo que había dejado atrás. Tan incomparable al ácido y febril olor de los cuerpos, de la sangre...

Aspiró con fuerza llenándose los pulmones. Unas horas más y abrazaría a su madre. Por fin iba a poder consolarla después de tanto tiempo.

—¡Capitán! ¡Se acerca un grupo de hombres! —avisó el cochero con voz acuciosa, despertándole de sus pensamientos.

Drew miró sobre su hombro deteniéndose apenas un instante, lo suficiente para alertar a su sentido de guerrero.

—Debía haber dejado que los soldados nos acompañasen hasta la ciudad —musitó, enfadado consigo mismo por haber sido tan descuidado. Recorrió con la vista el lugar pensando en algún sector seguro donde refugiarse.

—Puede que no vengan tras de nosotros y pasen de largo —gruñó Mark.

—No podemos estar seguros. Continúa recto, voy a subir la loma que hemos dejado atrás, a ver si puedo averiguar algo.

Hizo girar su caballo sin detener la marcha y recorrió el camino de vuelta. No le hizo falta llegar a la cima cuando vislumbró los cinco jinetes que se acercaban al galope. Con un fuerte improperio regresó hasta el vehículo y le urgió a desviarse del camino hacia el bosque de coníferos.

Ana sintió que aumentaban la velocidad y ordenó a la niña que se echase al suelo y se sujetase con fuerza a las patas del banco. Se asomó a la ventana y vio cómo los árboles pasaban veloces ante sus ojos, cada vez más juntos y con menos distancia entre ellos. Por un momento pensó que iban a volcar, sin embargo, el coche se detuvo de repente y el chófer saltó del pescante con el rifle en la mano. El caballo de Drew apareció, levantando tierra y peñascos con las patas.

—¡Salid de ahí! —gritó con el arma en la mano—. Tenéis que subir la pendiente y cobijaros bajo la roca. ¡Rápido!

Ana siguió con la vista el lugar señalado. Una gran piedra que formaba un ángulo agudo. Por el rostro de Drew supo que estaban en verdaderos apuros si no le hacían caso. No esperó a que le abriesen la puerta y, por inercia, cogió la mano de Carolina. Se alegró de no llevar vestido, lo que habría sido muy molesto para correr entre los arbustos y las ramas bajas de los pinos más pequeños. La nieve cubría parte del suelo, aunque aún quedaban muchos claros por donde asomaban plantas y tierra.

—¿Son bandidos? —le preguntó a Drew con ansiedad, arrastrando a la niña consigo.

El capitán cabalgaba junto a ellas.

—Creo que sí. Por si acaso, manteneros escondidas y en silencio hasta que os avise.

—¿Crees que pueden ser... ellos?

Drew no quiso preocuparla.

—Ojalá pudiese decir que no o que sí. Pero no puedo estar seguro. ¡Corred, y no hagáis ruido!  
—dijo instándolas a que siguiesen subiendo mientras él volvía a bajar hasta el coche.

Ana alcanzó la roca con prisa y obligó a Carolina a que se recostase en el suelo. Sacó su colt entre jadeos y esperó en silencio que apareciese algún blanco.

Drew se apeó de un salto del animal, lo golpeó en el lomo para que se alejara y se escondió tras unos matorrales. Desde su posición veía a Mark, también oculto, apuntando con su rifle al camino.

Los minutos transcurrieron lentos hasta que aparecieron tres hombres caminando en silencio. Habían dejado los caballos en el sendero.

Drew observó al indio comanche, que parecía estar buscando en el suelo alguna clase de huella. Lo seguía un muchacho joven que se movía perezosamente. El tercero se detuvo cerca del coche y echó un vistazo al interior.

—Han escapado. Aquí no hay nadie.

—No están muy lejos —respondió el indio, señalando a su alrededor. Sostenía con firmeza un revólver y no dejaba de apuntar a todo lo que parecía moverse. Nada en su actitud denotaba nervios. Todo lo contrario que el más joven, al que, la mano que sostenía su arma no dejaba de temblarle—. Buscad por esta zona y yo seguiré un poco más adelante.

—Deberíamos continuar juntos. El capitán de la Unión no me gusta nada —sugirió el que estaba más cerca del coche.

El comanche no le hizo caso y subió la pendiente.

Drew se dio cuenta del momento exacto en que uno de los que se habían quedado cerca descubrió a Mark. No le dio tiempo de avisarlo y, antes de poder hacer nada, el salteador disparó contra él. El rugido explotó en el bosque provocando que parte de la nieve se desprendieran de las copas de los árboles. El impacto alcanzó su objetivo. El cochero gritó de dolor antes de soltar el rifle y caer al suelo agarrándose el brazo. De nuevo, el bandido apuntó su arma. No pensaba dejar testigos. Entonces Drew aprovechó para incorporarse y contraatacar. De un solo disparo mató al hombre que había herido a Mark.

—¡Maldito hijo de puta! — El joven, en un arranque de ira, se abalanzó sobre él haciéndole caer.

Drew perdió el arma, pero no soltó a su atacante y ambos rodaron sobre el suelo en una profusión de golpes y gruñidos.

Ana observaba la pelea con un nudo en el pecho. El indio que cubría su cabeza con una gorra del ejército había desaparecido de su vista y no sabía por dónde podía estar. Aunque su atención estaba más centrada en el capitán. El arma que ella sostenía en la mano no dejaba de seguirlo mientras rezaba tener una oportunidad de disparar al agresor.

—Ana, tengo miedo —susurró Carolina desde su posición.

—Cierra los ojos muy fuerte.

—¡Vaya, vaya! ¿Pero qué tenemos aquí?

Ana se quedó sin aliento al escuchar la voz de un hombre que, saliendo de la nada, se plantó delante de ella. Reconoció al nativo. Estaba envuelto en un abrigo confeccionado con retazos de pieles.

Ella no se dejó intimidar por su aspecto y, con gesto desafiante, lo miró con todo el odio de su corazón.

—¡Apártate! —chilló.

Él soltó una risotada y trató de agarrarla, pero Ana fue mucho más ágil y lo esquivo echándose a un lado.

—Por favor, querida, me gusta el deporte, pero no me lo ponga más difícil.

La joven lo miró con ira, apuntándolo con el revólver.

—Si das un solo paso, dispararé.

El indio le dirigió una sonrisa repugnante y agitó la cabeza.

—Tendrá que dispararme varias veces.

La joven comprimió la mandíbula. Su mano temblaba. Sabía que no debía dudar, pero se sentía incapaz de apretar el gatillo.

—Lo haré.

El indio aspiró el aire con fuerza y sus ojos empezaron a recorrer el sitio como si lo estuviese admirando. Sonrió con frialdad a la niña, que lo miraba aterrada, y dio un paso a ella. Ana se dio cuenta y corrió a interponerse. Fue cuando el nativo giró de repente a ella y pudo atraparla por la espalda. Con su brazo, rodeó el delgado cuello y la amenazó con rompérselo.

—No te he seguido hasta aquí para dejarte marchar —susurró en su oreja con salvajismo.

—Vete al diablo.

—De allí vengo, preciosa. Del mismo infierno.

Ana se asustó. Él había logrado engañarla, pero aún seguía teniendo su colt en la mano. Sin pensarlo disparó y se sintió satisfecha cuando lo escuchó maldecir. La bala le había alcanzado en el muslo.

—¡Suelta el arma! —vociferó iracundo.

Ella se resistió a obedecerlo, dispuesta a disparar una segunda vez, sin embargo, él presionó su brazo sin ningún miramiento y, por el cuello, la levantó varios palmos del suelo. El revólver cayó lejos de su alcance.

Drew consiguió sacar un puñal de la bota y en su defensa asestó varias estocadas a su contrincante. El tipo se derrumbó sobre su cuerpo y lo hizo rodar a un lado. Lo observó con rabia y se inclinó para cerrarle los ojos. Entonces escuchó el grito de Carolina y, al alzar la mirada, se le erizó toda la piel del cuerpo al descubrir a Ana. Ella agitaba las piernas tratando de tomar aliento. El indio la sostenía con tanta fuerza que, si no moría asfixiada, era probable que lo hiciese

aplastada. Carolina, apretada contra la pared, los miraba con ojos desorbitados.

—¡Detente! —gritó colérico Drew. Se incorporó y subió la pendiente a la carrera.

—Te estaba esperando, capitán. Conmigo no vas a tenerlo tan fácil como con ellos —escupió el comanche con gozo.

—Si eso es lo que piensas, deja de escudarte tras la dama —le dijo con firmeza—. Tú y yo solos. Ven, demuéstrame qué sabes hacer —le retó.

El comanche bajó a la muchacha, permitiéndole poner los pies en el suelo. Con deliberada lentitud acercó la boca a su oído, sin dejar de mirar al capitán, y susurró de forma obscena:

—Voy a llevarte con el Reverendo después de acabar con él. —El hombre se pasó la mano por el muslo y sus dedos se impregnaron de sangre, luego los restregó sobre las mejillas y el mentón de Ana, dejando pinceladas rojas sobre la piel marfileña—. Te haré pagar que hayas querido matarme. —Tras esas palabras, apartó a la joven y se encaró al capitán con rostro imperturbable.

Drew echó una mirada a Ana. Vio que ella se movía despacio, tomando aire con fuerza, y se dejaba caer sobre el suelo. El capitán respiró tranquilo. Se dirigió al bandido con una mueca fría y peligrosa. Nunca había estado tan enfadado en toda su vida. Ni siquiera cuando le impidieron viajar al funeral de su padre.

—¿Dónde has dejado al resto de los hombres? —le preguntó. No tenía la esperanza de que se lo dijese, pero debía intentarlo. Que faltasen dos todavía no era una buena señal.

El indio se echó a reír en su cara.

—Vas a tener que averiguarlo. ¿Crees que soy tan estúpido de decírtelo?

—De acuerdo —asintió Drew con tranquilidad—. Tampoco es tan importante que me lo cuentes. Tendré tiempo para eso. —Estudió al hombre con atención y sus labios formaron una sonrisa despectiva—. Vamos a ver cuán difícil me lo vas a poner.

El comanche sonrió con ironía e hizo una reverencia burlesca que no logró intimidarle. Drew, que aún sostenía su cuchillo, lo meció con suavidad, cambiándolo de mano una y otra vez.

—Parece que sabes manejarlo —le dijo el indio, admirado—. No muchos hombres blancos tienen esa destreza. Para mala suerte tuya, no vas a poder compararla con la mía.

Drew se encogió de hombros despacio. Todos sus movimientos eran lentos pero seguros. La nieve crujía bajos sus pies a cada desplazamiento.

—Yo debo ser uno de ellos.

Sombra Tenebrosa, erguido y con rostro inescrutable, esperaba a que se le acercase lo suficiente como para poder desarmarlo. Se desprendió del abrigo y la gorra y los arrojó en el suelo, después se quitó la chaqueta del uniforme y la enrolló en su brazo izquierdo para detener las puñaladas.

—Yo prefiero usar solo mis manos —dijo confiado.

Drew rio con ironía y se encogió de hombros.

—Como gustes. Conozco a los tipos como tú, unos cobardes asesinos que no merecen mi clemencia. —Tiró el cuchillo hacia arriba con suavidad y, cuando lo cogió de nuevo, lo hizo por

la hoja.

Sombra se dio cuenta de que lo había subestimado y, con velocidad, quiso apartarse de la trayectoria del puñal antes de que Drew lo lanzase, pero no fue lo suficientemente rápido y la punta impactó con certera puntería en su garganta. La sangre comenzó a surgir a borbotones. Bajo el efecto de la sorpresa, fue incapaz de moverse.

—Me lo has puesto tan sencillo como tus compinches —susurró Drew. Se acercó a él con pasos rápidos y lanzó una patada ágil y limpia al mango del cuchillo. La hoja salió por la nuca de Sombra Tenebrosa. Seguidamente, rodó por la pendiente salpicando sangre sobre restos de nieve.

Drew echó una ojeada a Carolina, que seguía acurrucada contra la pared, con los brazos rodeando sus piernas y la cara hundida en las rodillas. Buscó a Ana, que trataba de levantarse. Corrió hacia ella y tiró del cuello de su abrigo, abriéndolo para que pudiese respirar.

—¿Estás herida? Contéstame, Ana. Dime que estás ilesa, por favor —preguntó con urgencia.

Ella pestañeó aturdida.

—Estoy... bien —respondió con voz áspera y ronca—, me duele la garganta mucho. —Rompió a llorar—. No lo vi llegar. Se me acercó por detrás.

—Procura no hablar, Ana.

—¿Y Carolina dónde está? —La joven la buscó con ansia.

—Está asustada, pero se encuentra bien. No se han acercado a ella. —Señaló el lugar donde estaba la pequeña.

Ana, sin dejar de llorar, se frotó el cuello. Sus ojos grises se clavaron en el capitán con auténtica preocupación.

—¿Cómo estás tú, Drew?

—Bien también. —Ayudó a Ana a que se levantara y la llevó junto a Carolina—. Aún faltan dos hombres por venir. No te muevas de aquí, yo voy a ver a Mark, que cayó herido. Toma tu arma.

—¿Y si no regresas? —le preguntó ella con voz temblorosa. Él era un hombre valiente y, por lo que había podido comprobar, muy fuerte también. Pero era posible que le sucediese algo...

Drew agarró la barbilla de Ana y propinó en sus labios un beso duro y rápido.

—Te prometo que regresaré.

Sorprendida, se llevó una mano a la boca justo donde sus labios la habían tocado, y lo vio alejarse.

## Capítulo 14

—**B**ueno, pues ahora sí, ha llegado el final del viaje —dijo Drew observando cómo Ana ayudaba a Carolina a quitarse el abrigo.

Las había acompañado a la habitación que la joven tenía reservada a su nombre, ayudando al único mozo de las maletas del hotel a subir su equipaje.

Ana levantó la cabeza hacia él con velocidad, incapaz de apartar la mirada de sus ojos verdes.

—¿Eso quiere decir que te despides ya? —Drew asintió. Se le veía incomodo, apretando los labios con fuerza—. No... no puedes irte todavía —soltó ella de repente.

Él arqueó las cejas con desconcierto.

—¿Perdón?

Ana tragó saliva. No estaba segura de que las piernas le respondiesen pero, despacio, se atrevió a caminar hacia el capitán.

—Sabemos que esos hombres aún siguen por aquí... ¿Y si aparecen de nuevo? ¡Van a venir a por mí!

Quiso apaciguarla con un abrazo sincero, pero se guardó de tocarla por miedo a sucumbir a la tentación de tenerla tan cerca.

—No te inquietes por eso. Te doy mi palabra de que antes de marcharme voy a dejar este asunto solucionado.

—Pero no puedes asegurarme que atrapen pronto a esos bandidos. ¿O sí? —preguntó incrédula.

—Debes confiar en mí, Ana.

—Lo intento, pero créeme si te digo que es difícil.

—Estarás protegida, Ana. Te lo prometo. —El capitán se acercó a la ventana y observó la avenida principal. Habían retirado la nieve de la calle colocándola en montones junto a la acera. No todas las vías estaban aún asfaltadas, además, la ciudad crecía cada día a pasos agigantados. Había muchos locales nuevos que Drew no conocía. Se volvió a ella con un gesto amable—. No va a sucederte nada.

Ella tragó con dificultad.

—¿Cómo lo sabes? No puedes prometerme algo así.

—Sí puedo. Yo mismo me encargaré de atraparlos si hace falta, Ana —hablaba en serio.

La joven suspiró y asintió con la cabeza. Lo último que quería era montarle un drama al capitán.

¿Cuántas veces había dicho que sabía defenderse sola? Pues era hora de comenzar a hacerlo y dejar de enredar a Drew en sus asuntos.

—Supongo que llevas razón. Has cumplido con la promesa que le hiciste a David y me has traído sana y salva. Ya no hay motivo para que sigas cuidando de mí.

—Estoy cansado del viaje y deseo ver a mi familia —dijo Drew con más brusquedad de lo que hubiera querido.

—No, si lo comprendo. —Ana le dedicó una amplia sonrisa que no llegó hasta sus ojos—. Yo, en tú lugar, estaría igual.

—Escúchame, Ana...

—¿Sí?

Drew la observó mientras se ponía los guantes. Durante el asalto ella había perdido su sombrero, y la trenza, medio deshecha, caía sobre su hombro derecho.

—Si necesitas ponerte en contacto conmigo por cualquier cosa, puedes comunicarlo en la recepción del hotel para que me hagan llegar el aviso.

—Muchas gracias, capitán Drew Hayden. —Ella dijo su nombre completo. Le tendió una mano—. Ha sido muy agradable hacer el viaje contigo. —Curvó los labios en una mueca burlona—. No se puede decir que nos hayamos aburrido, ¿verdad?

Drew tomó su mano y sonrió.

—Hemos compartido buenos momentos.

La joven se ruborizó y durante unos segundos bajó la mirada al suelo.

—Lamento mucho haber despertado en ti sentimientos... lascivos. Te aseguro que en ningún momento fue mi intención hacerlo.

—Lo sé, la culpa no es tuya, Ana. —Su expresión suave parecía indicar que estaba preocupado por ella.

Ana parpadeó, mirándole a los ojos.

—¿Y de quién es?

—De nadie—aseguró Drew. Se mordió el labio inferior hasta dejarlo blanco—. Esas cosas acostumbran a suceder cuando se viaja con una mujer tan preciosa, divertida y honesta como eres tú. Te puedo asegurar que envidio a David la enorme suerte que tiene de ser tu prometido.

Los ojos de Ana brillaron con fuerza al retener las lágrimas.

«¡Honesto!». Esa palabra había caído sobre ella como una bofetada. Tragándose la vergüenza y el dolor, se obligó a sonreírle de nuevo.

—Espero que seas muy feliz y que tu familia acepte, por fin, que quieras dedicarte a la cría de caballos. Lo de conocimientos de veterinaria iba en serio, si algún día necesitas uno, ya sabes dónde estoy. Bueno, es posible que no en este hotel, pero por aquí. —Hizo un ademán con la mano, como abarcando la ciudad entera. De repente recordó algo y se llevó la mano a la frente—. Por cierto... David me dijo que te había pagado el viaje. No sé si debería preguntártelo, pero ¿es cierto?

Él comenzó a abotonarse el abrigo.

—No quise coger su dinero.

—¿Por qué? —preguntó extrañada—. Tú has corrido con todos los gastos, incluidos los de Carolina. Por favor, déjame que te pague... —Drew sacudió la cabeza negándose en redondo—. Por lo menos mi parte —insistió ella.

—Llevábamos la misma dirección.

—Me da lo mismo —respondió orgullosa—. En cuanto reciba mis cosas te pagaré por ello, y no pienso aceptar ninguna negativa. Me veo en la puerta de tu hogar noche y día esperando a que lo cojas.

Él soltó una risilla. Hasta en esos momentos tan embarazosos, Ana le hacía reír.

—No te preocupes por eso. —Drew meneó la cabeza y caminó hacia Carolina para despedirse de ella—. Puedes comprar todo lo que necesites en mi nombre. Ya me lo devolverás algún día —dijo por encima del hombro en su dirección, luego prestó toda su atención a la pequeña.

Ana no sabía qué se estaban diciendo. No solo era que hablasen muy bajo, si no que ella era incapaz de oír nada por encima de los golpeteos de su corazón. El nudo de su pecho se había extendido de tal modo que presintió que podía llegar a romperse como Drew no se marchase pronto.

—Una última cosa, Ana.

Él se acercó a ella de nuevo y absorbió con sus ojos verdes los delicados rasgos. Se inclinó sobre sus labios y se apoderó de ellos de un solo movimiento. Por inercia, la joven apretó los dientes con fuerza, pero Drew logró penetrar entre ellos y acariciar su lengua. Sabía y era consciente de que podría tenerla de esa manera, como su amante, sin embargo, los celos no le iban a dejar vivir cuando la viera de la mano de su esposo. Y era difícil no pensar en eso.

Ana no tuvo más remedio que sujetarse a los fuertes brazos del hombre para no perder el equilibrio. Fue consciente de su aroma fresco y limpio del jabón. Sintió que el dormitorio daba vueltas a su alrededor. La boca de Drew era suave y tan placentera que cerró los ojos, extasiada. Nunca había imaginado que besar a un hombre era tan maravilloso. Cuando el beso finalizó, Drew la observó con una sonrisa lenta y provocativa.

—Esto es lo único que me voy a cobrar de ti, mi preciosa Ana.

Ella levantó el mentón y tragó con dificultad. Su corazón latía agitado.

—Espero que nos volvamos a ver pronto, Drew.

—Desde luego, yo también lo espero —murmuró él.

Ana grabó su imagen en la mente: sus magníficos ojos verdes, sus rasgos fuertes y marcados, el cabello leonado...

Drew no se demoró mucho y, tras depositar sobre la frente de Carolina un beso tierno lleno de amor, salió del dormitorio con la esperanza de poder olvidarse pronto de ellas. No era eso lo que más quería, pero obviamente era lo mejor que podía pasarle. Ni siquiera cuando se despidió de su madre o Andrea al irse a la guerra había sentido tanto dolor como lo estaba sintiendo en ese

momento.

Ana se quedó mirando la puerta que él acababa de cerrar, sin atreverse a moverse. Permaneció allí, de pie, inmóvil, en medio de la habitación, como si sus piernas fueran de plomo. Sus ojos estaban tan humedecidos que no era capaz de distinguir con nitidez.

—Ya se ha ido —musitó Carolina, depositando su pequeña mano en la de ella. Ana la agarró con más fuerza de la pretendida, pero la niña no se quejó—. Volveremos a verle, ¿verdad?

La joven gimió y se encogió de hombros. Las palabras no querían salir de su boca. Así estuvieron las dos durante un buen rato. Mirando la puerta con las lágrimas rodando por las mejillas.

\*\*\*

Aliviada, Ana extendió un cheque en el hotel cuando el banco le confirmó que David había abierto una cuenta para ella, donde también había depositado sus joyas con una carta que le explicaba el motivo por el cual se las había quitado. Ciertamente no podía reprocharle nada, ya que ella le había prometido finalizar el viaje con el capitán, pero habría estado bien disponer de un aval, en caso de haberlo necesitado.

—¿Cree usted que esto es suficiente para amortizar los gastos ocasionados por el trayecto? —le preguntó al detective Barney Rohad, que se había reunido con ella aquella tarde. Era un hombrecillo que vestía con elegancia y distinción, aunque las ropas no quedaban demasiado bien en su cuerpo pequeño y obeso.

—Es más que suficiente, señorita Peterson. —El detective dobló el talón que la joven le entregaba y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta—. Yo mismo me haré cargo de dárselo en persona al capitán Hayden. En cuanto a lo que quería averiguar de su prima, he conseguido todo lo que solicitaba. Aquí está. —Le entregó un papel con la dirección anotada.

—¿Sabe si su esposo sigue llevando el periódico de la comarca? —preguntó ella.

El detective comenzó a guardar papeles en un descolorido maletín de cuero.

—No le ha ido muy bien. Han quemado las imprentas varias veces y ha tenido serios problemas con la aseguradora. Estos meses apenas han publicado nada. —Se encogió de hombros—. No es un periódico que despierte mucho interés.

—¡Oh, vaya! —susurró, decepcionada. Caminó despacio hacia la ventana y allí observó a través del cristal la gran avenida, y un poco más allá, varias calles aún sin asfaltar. A la izquierda todo era más nuevo, con toldos en las tiendas y paseos anchos. Los edificios eran de una y dos plantas, aunque se distinguían en la lejanía algunos de tres. Había letreros saliendo de las fachadas y porches sostenidos con columnas de madera. Más allá, campos y granjas, molinos, casas de madera, graneros, barcos de vapor, cabañas al lado del lago... No era tan bonito como otros lugares que ella había conocido, pero tenía su encanto.

—Señorita Peterson —dijo Barney tras un leve carraspeo. Ella se giró a él—. El señor Rives

me comentó que a usted le gustaba escribir, y que a lo mejor quería utilizar el periódico para publicar algunas crónicas. Yo no le recomendaría que escribiera artículos con carácter bélico. La gente lo que desea leer y oír estos días son cosas bien distintas. De verdad, no logro entender esa necesidad de asustar a la gente...

Ana caminó hacia él y el detective alabó mentalmente el balanceo de sus caderas. La joven se movía con gracia, pero, al tiempo, con mucha seguridad. Carecía de la vanidad que exhibían otras jóvenes de su edad.

—Es la necesidad de advertirles de esa clase de desalmados...

El hombre la interrumpió:

—¿Usted cree que no lo saben ya? Por aquí pasa mucha gente, señorita. Ya nada de lo que dicen puede sorprender.

Ana entrecerró los ojos, mirándolo. En primer lugar, no había pensado que David iba hablar con el detective de ese tema, y en segundo lugar, nunca hubiera esperado que ese hombre con cara de buena persona estuviese reprochándole algo que aún no había hecho y que no sabía si quiera si iba hacer. Se puso las manos en la cintura.

—A mí me hubiese gustado que alguien me dijera que no podía fiarme de nadie por mucho que la gente gritase que ya todo estaba en paz.

—Hacer tamaña tontería puede poner su vida en peligro —dijo sin escucharla—. Y no sola la suya, debe pensar en la niña que tiene a su cargo. Esas hojas de periódico serán utilizadas para empaquetar los bocadillos que los trabajadores se llevan a los campos con la salida del sol. Sería un milagro si más de tres personas leen el artículo.

Ana enrojeció de rabia. Era verdad que cuando inició el viaje nunca había pensado que iba hacerse responsable de alguien más que no fuese ella misma, pero ya lo había decidido e iba a quedarse con Carolina, eso si era capaz de terminar con todos los tramites que se le exigían.

Se acercó a la silla donde había estado sentada minutos antes y, doblando la dirección de su prima, la guardó en el bolso.

—Puede que tenga razón, por lo pronto iré a visitar a Mela. ¿Conoce usted a alguien que pueda hacerme una lista con las propiedades que están en venta?

—Yo mismo puedo hacerlo, señorita.

Ana tomó asiento de nuevo.

—Le voy a tomar la palabrada, señor Rohad. Quisiera una casa con bastante terreno. Lo ideal sería un rancho cerca del río. —Sin quererlo, pensó en Drew. Desde que se había marchado había recordado todo lo que habían vivido, incluso se había pasado los primeros días asomándose a la ventana por si lo veía cruzar. Enseguida lo apartó de su cabeza. No había vuelto a verlo, aunque él, fiel a su palabra, hacía que una pareja de soldados pasase a visitarla con regularidad, para saber que se encontraba bien. Todavía no había salido a la calle desde su llegada, pero apostaba a que esos mismos soldados deambulaban por el exterior para vigilarla—. También debe de estar cerca de la ciudad, ya que supongo que Carolina deberá ir a una escuela. ¿Usted me ayudará con

el tema de Carolina?

—Sí, sí, claro, no se preocupe por eso —respondió, apuntándolo todo en una libretilla de pastas de cuero oscuro—. Mientras la niña no tenga a nadie que la reclame, no habrá ningún problema. El señor Hayden deberá ir a declarar que las cosas pasaron como usted ha dicho. —Ana asintió—. La señora Hasford, una clienta mía, ha sufrido hace poco una apoplejía y se ha tenido que ir a vivir fuera con una hija suya. Tiene una propiedad que quizá necesite algunos arreglillos, y está situada muy cerca del lago. Sería conveniente que fuese a ver esa primera, yo podría conseguir muy buen precio.

—De acuerdo, lo dejo todo en sus manos. Pero hágalo cuanto antes, por favor. De todos modos, es posible que deje el hotel y me aloje con mi prima. Si fuera así, yo le avisaría.

El hombre asintió.

—Como usted quiera, pero dese cuenta de que en este momento se encuentra en uno de los mejores hoteles de la ciudad, señorita.

—Sí, es cierto, lo sé. Sin embargo, ha sido tan largo el viaje que necesito estar en un lugar más privado. —Ana se ruborizó.

Por educación y por la gratitud que sentía por David, se había vestido correctamente, con una blusa remetida en una falda verde a juego con una chaquetilla corta. También lo había hecho porque, por algún tonto motivo, creía que podía encontrarse con Drew en cualquier momento. Tomó una gran bocanada de aire y cruzó las manos entre sí en actitud recatada.

El detective se guardó la libreta.

—Si no necesita nada más por hoy, será mejor que me marche ahora. —Se puso en pie y agarró el maletín.

—Por supuesto, no quiero entretenerlo. Ha sido usted muy amable, señor Barney. —Ella también se levantó y lo acompañó a la puerta. Sin embargo, de repente, el detective se detuvo y la miró.

—La dirección de su pariente no queda lejos de donde yo voy. Si usted quiere puedo llevarla hasta allí y después pido a alguien que vaya a recogerla.

Ana se mordió el labio inferior. Era muy buena oportunidad para contactar con su prima, aunque, por otro lado, nadie podía asegurarle que iba a encontrarla en casa. Se preguntó con curiosidad cómo sería el esposo de Mela.

—¿De veras que no le molesta?

—En absoluto. Para mí sería un placer.

—Deme unos minutos para que avise a Carolina. —Con largas zancadas poco femeninas llegó a la habitación adyacente. La niña estaba jugando con la muñeca de trapo sobre la alfombra, frente a la chimenea.

No tardaron mucho en abrigarse y salieron junto al detective hacia un carruaje ligero de cuatro ruedas y cuatro asientos, dos en la testera y dos enfrente, abierto por los costados, sin portezuelas y sin cubierta. El mismo Barney dirigió el birlocho por entre las calles de la ciudad.

El sol apenas calentaba, a pesar de ser cerca del mediodía. Las cumbres, teñidas del blanco de la nieve, reflejaban la luz dorada. El paisaje era hermoso.

\*\*\*

—¡Vaya, vaya!—exclamó Mela con una sonrisa abierta y las manos en las caderas, sobre una falda de colores apagados—. ¡Pero si es la pequeña Ana! ¡Dios mío, cómo has cambiado! ¿Dónde están tus pantalones?

Ana y ella se abrazaron con fuerza.

—No te emociones, sigo usándolos —respondió.

—¡Qué arriesgada has sido al venir hasta aquí! —Se apartó ligeramente y estudió su rostro con atención—. Quién nos iba a decir que el diablillo de flequillo recortado y pecas sobre la nariz se iba a convertir en una bonita y elegante jovencita. Tu hermana estaría orgullosa de ti. —Una mirada grave apareció en sus ojos—. Recibí tu carta. Has debido de pasarlo horrible. Entra, debes contármelo todo. —Se apartó de Ana y miró a la niña que la acompañaba, con interés—. ¿Quién es?

—Se llama Carolina.

—Qué bonito nombre. Seguro que estáis muertas de frío. Aquí la temperatura es tan diferente de Baltimore que muchos no llegan acostumbrarse. —Las guio hasta el salón, pasando por un vestíbulo oscuro y lúgubre iluminado tan solo por una lámpara de gas—. ¿Os apetece un trozo de pastel de manzana? Está recién hecho. —Sin esperar respuesta, fue a buscarlo.

Carolina se dirigió a Ana.

—¿Esta señora es tu prima?

—Sí —respondió desconcertada, al tiempo que le quitaba el abrigo.

Mela había cambiado mucho físicamente. La recordaba delgada, de hombros estrechos, y ahora parecía más bien una matrona entrada en años y en carnes. Había envejecido tanto que su cabello castaño lucía mechones canosos en las sienes y sobre la frente.

—Y dime, Ana. —Mela dejó una bandeja sobre la mesa y hundió el cuchillo en el pastel. El aroma a manzana y azúcar caliente flotó en la sala—. ¿Carolina es algún familiar?

Ana se acercó hasta ella, con la prenda de la niña doblada en su brazo.

—No. Nos conocimos en el camino. Su familia sufrió un... accidente y ahora está a mi cargo.

—¡Pues sí que has cambiado! ¡No hay quien te reconozca! Pero claro, en algún momento debías sentar cabeza. —Entregó a la niña el plato con un tenedor y le señaló una silla—. ¿Tú quieres, Ana?

—Yo no, gracias.

—No es por presumir, pero me sale muy rico —dijo dejando el cuchillo junto al pastel. Se lamió un dedo—. Ponte cómoda —dijo, recogiendo el abrigo de Carolina.

Ana se desabrochó el suyo y también se lo entregó.

La joven tomó asiento en un sofá grande de piel que ocupaba todo el centro de la estancia. La mayoría de los muebles estaban decolorados y bastante usados.

—¿Cómo estás, Mela? —preguntó intrigada, observando todo a su alrededor—. Tenía muchas ganas de verte.

—Son tiempos muy difíciles y duros, pero por lo menos vamos sobreviviendo, que no es poco —respondió. Atizó el fuego de la chimenea y se sentó junto a ella—. Frank va a vender la imprenta.

—Algo me comentó el detective. Dijo que habíais sufrido muchas pérdidas.

—No hacen más que incendiarlo en cuanto nos llega material, eso si no entran a robarnos antes. Los rateros venden nuestra mercancía y Frank ya se cansó de seguir poniendo dinero. —Regaló una sonrisa a Carolina—. Siempre quisimos tener hijos, pero... no ha podido ser. ¿Estáis alojadas en la ciudad?

Ana asintió.

—Espero que pronto tengamos nuestra propiedad.

—¿Sigues empeñada en un rancho?

—Sí. Es lo único que sé hacer; mientras tanto, se me había ocurrido que quizá podrías dejarnos pasar unos días aquí hasta que se arregle todo.

—¡No! —Mela la miró con expresión preocupada—. No pienses que no quiero, pero... no es prudente. La casa no tiene comodidades y es muy fría. Te aseguro que en el hotel vas a estar mucho mejor.

Ana frunció el ceño. La residencia era de dos plantas y no parecía estar en mal estado, a pesar de ser antigua. Era posible que tuviera algunas carencias, pero la chimenea era grande.

—Te siento extraña, Mela. ¿Ocurre algo? —preguntó sin andarse por las ramas. Siempre había tenido fama de ser muy directa.

—No sé a qué te refieres —respondió con una sonrisa melancólica—. Es porque estoy más gorda, ¿verdad?

Su aspecto físico y demacrado, su mirada distante, no era el de una mujer felizmente casada.

—¡No digas tonterías! —respondió Ana—. Es otra cosa... tienes los ojos tristes.

—Más bien cansados. Me he aficionado a la costura. —La mujer se agitó nerviosa en su lado del asiento—. Y tú, Ana, ¿cómo estás?

—Me encuentro bien, aunque tuvimos algunos percances en el viaje. —De reojo observó a Carolina, que seguía afanada con el pastel, y volvió la vista a su prima. —Ya te contaré en otro momento. Espero que nos podamos ver a menudo, ya que no conozco a nadie por aquí y eres la única familia que me queda.

Mela asintió, nerviosa.

—No suelo salir mucho de casa. —Su voz sonó bastante apagada—. Veras, Frank es demasiado estricto.

—No te entiendo.

—Pues eso... Él prefiere que esté aquí, por todos los peligros que acechan en la calle. Además, se enfada si llega y yo no estoy esperándolo.

Ana tomó las manos de Mela entre las suyas. Las percibió frías.

—Tu esposo no te estará maltratando, ¿verdad?

—¡No! ¡Claro que no! —sacudió la cabeza. En ese momento entró el nombrado, y tanto ella como Ana se pusieron en pie, inquietas. Él se paró en el vano de la puerta.

—¿Tenemos visita, Mela? No me habías dicho nada.

—Frank, es mi prima Ana. ¿Recuerdas que te hablé de ella? Recientemente perdió a su familia.

Él asintió. Era un hombre delgado y fibroso, muy moreno de piel, con cabello negro como el tizón, al igual que el recortado bigote que adornaba su boca de labios finos. Se acercó a grandes pasos hasta ellas. Traía consigo el aire gélido del exterior y un ligero aroma a whisky.

—Me alegra conocer algún familiar de mi esposa. ¿Cuándo han llegado?

Ana le entregó la mano con educación, sin embargo, tocar a ese hombre era como estrechar un pez húmedo y pegajoso. Dudaba mucho que entre él y su prima hubiese alguna clase de afecto mutuo. Con descaro, se limpió la palma en la falda. El hombre pareció no percatarse.

—Llevamos apenas unos días aquí. Se me ocurrió pasar a saludarles, aunque sé que debí de haber avisado antes —respondió Ana, buscando la mirada de Mela. ¡No podía creer que estuviese casada con ese tipo! Había algo oscuro y peligroso en él.

—De haberlo sabido, mi esposa hubiese preparado una comida para celebrar su llegada. — Frank se quitó el abrigo y Mela enseguida lo recogió para colgarlo en el perchero de pared, donde antes había colgado el de Ana y el de Carolina—. Pero seguro que queda bastante del guiso de patatas de esta mañana. Esta mujer no tiene medida a la hora de cocinar.

—Es verdad, Frank dice que con lo que preparo puede comer la ciudad entera y, aun así, sobraría —añadió ella, riendo, tensa.

A Ana no le pasó desapercibido lo perturbada que estaba su prima. Mantenía la mirada gacha y sumisa sobre las punteras de sus zapatos. Se le hizo un nudo en el estómago.

—Carolina y yo no queremos molestar. Mejor será que vengamos otro día. Además, hoy le había prometido al señor Rohad que íbamos a cenar con él.

Frank esbozó una sonrisa y dijo:

—No acepto una negativa. Tiene que quedarse con nosotros y contarnos de su viaje. Seguro que Mela tiene mucho interés en saber cómo está todo por Baltimore. ¿Verdad, querida?

Ana dio un paso hacia Carolina, alisándose la falda con un gesto intranquilo.

—Le estoy hablando en serio, Frank. Otro día vengo con más tiempo para poder explayarnos largo y tendido.

—Puedo mandar una nota a ese señor...

—¡Frank, no insistas! Mi prima Ana debe de estar agotada —pidió Mela al notar la incomodidad de la joven.

El hombre se giró a Mela con ojos severos.

—¿No te das cuenta de que Ana lo que no quiere es molestar? —Él se volvió a la joven—. Pero para nosotros sería un enorme placer que os quedéis. —Retorció las comisuras en un gesto altanero—. Insisto.

—Pues no insista tanto, Frank —respondió Ana, molesta, alzando el mentón con orgullo—. Ya he dicho que hoy no va a poder ser. —Hizo una señal a Carolina para que dejase el plato sobre la mesa—. No creo que el coche tarde en llegar. Será mejor que lo esperemos en el cruce. —El señor Rohad había dicho que lo enviaría. Y, si no lo hacía, ella misma tendría unas cuantas palabras con el detective.

Frank la observó con fijeza, recorriéndole el cuerpo con un brillo muy pecaminoso en sus ojos negros. Sacudió la cabeza con una sonrisa atrevida.

—¡Ah, no! Si no se quiere quedar a cenar no puedo hacer nada pero, por supuesto, no va a salir a la intemperie con la niña —advirtió él.

Una sensación de frío envolvió a la joven. Decididamente Frank no le gustaba ni un ápice. Por suerte, llevaba el revólver con ella, aunque estaba segura de que no lo iba a necesitar.

—Frank tiene razón, Ana. Fuera hace mucho frío para estar esperando —dijo Mela tratando de calmarla.

Sin muchas ganas, la joven cedió y volvió a tomar asiento en el sofá, con Carolina a su lado.

—¿Cómo ha hecho un viaje tan largo? ¿No me diga que ha venido sola desde Baltimore? —preguntó Frank, sirviéndose un vaso de whisky. Le ofreció a ella agitando la botella delante de sus narices. Ana lo rechazó, si hubiera sido coñac o cerveza lo habría aceptado. Necesitaba calmarse.

—Vine con el capitán Hayden. Él pensaba viajar y no le importó cargar conmigo.

Frank arqueó sus negras y pobladas cejas. Estaba devolviendo la botella a su lugar, pero se había vuelto a mirarla con curiosidad.

—¿Drew Hayden? —preguntó patidifuso.

—Sí.

Guardó la botella y caminó hasta una mecedora situada junto a la ventana.

—¿Usted y Drew viajaron juntos? ¿Solos? —insistió.

Un invisible nudo de angustia dominó el pecho de Ana.

—Sí —afirmó—. El capitán estaba al mando en la compañía de un querido amigo mío, David Rives, el prometido de mi hermana. Fue gracias a él que lo convenció de traerme sana y salva. ¿Lo conocéis?

—Así es, también conozco a la señorita Andrea Ranstrom y no creo que le entusiasme mucho saber que su prometido Drew ha hecho el viaje contigo —comentó Mela.

¿Su prometido? ¿Andrea Ranstrom? Ana agitó la cabeza, confusa.

—No sé de qué estás hablando. El capitán Hayden no tiene prometida. Al menos eso me dijo.

—Te ha mentado, querida —añadió Frank, que había tomado asiento y la miraba con mucho interés—. Desde que la señorita Ranstrom recibió la noticia de que él regresaba, ha ido anunciando a diestro y siniestro por toda la ciudad que contraerán nupcias en breve.

Ana sintió que perdía el aliento. Fue como si hubiese recibido un puñetazo en la boca del estómago.

—No sabía que el capitán iba a casarse —musitó confusa. ¿Acaso la había mentido?

Frank se cruzó los brazos sobre el pecho con una sonrisa malévola.

—Espero que Drew se haya portado contigo como un caballero, de lo contrario tendrá que oírme bien. Esa familia cree que puede ir haciendo lo que le dé la gana en cualquier sitio.

Ana tragó saliva, enderezó los hombros y levantó la barbilla, sobreponiéndose de la conmoción.

—Ha sido todo un caballero y se ha portado muy bien con nosotras. —«Aunque se haya olvidado hablarme de la tal Andrea». Ahora ya no se sentía tan culpable de haberle hecho creer que se iba a casar con David. ¡Y encima él tenía la cara dura de haberla acusado de que le excitaba! De haberlo sabido antes...

Frank se pasó la mano por el cabello.

—Creo que de todos modos tendré algunas palabras con él.

Ana se sacudió como si la hubieran abofeteado.

—Y yo le ruego que no lo haga. El capitán Hayden salvó a Carolina de un destino peor que la muerte y me ha protegido durante todo el viaje. Es un hombre íntegro e intachable y no tengo nada que objetarle.

—¡No te ofendas, Ana! —soltó Frank con brusquedad—. Si dices que no ha pasado nada, te creemos. ¿Verdad, Mela?

Ana estaba deseando salir de aquella casa y no veía la hora de hacerlo. Por fortuna llegó el coche y la hora de despedirse.

Frank se acercó a la joven para abrazarla. Le gustaba su aspecto delicado y el bello rostro juvenil y angelical. Ella estaba sola e indefensa en una ciudad extraña, y él, como buen y único pariente, debía hacerse cargo de su seguridad.

Pero Ana no estaba dispuesta a dejar que el hombre, por muy esposo de su prima que fuese, la tocara. Le esquivó y, tras recoger los abrigos, salió con Carolina a la calle. Mela las siguió.

—Lamento mucho lo ocurrido, Ana —se disculpó su prima.

—Si necesitas hablar conmigo, no dudes en hacerlo. —Las palabras le salieron del corazón—. Yo puedo ayudarte si tú quieres.

Mela suspiró profundamente.

—Siempre has sido tan fuerte y valiente... Ojalá tuviese la mitad de tu valor. Pero sabes que no soy así.

—No tienes que quedarte aquí. Puedes venirte conmigo y con Carolina. Empezaremos de cero.

—No —susurró la mujer. Exhaló un gemido cansado—. Estoy perfectamente Ana, de verdad. No te preocupes por mí.

—Dime que lo pensarás, al menos —insistió Ana—. Tengo lo suficiente para que podamos vivir sin pasar escasez ninguna.

Mela se miró los pies, eludiendo así la mirada de su prima.

—Me ha gustado mucho volver a verte, de verdad. En cuanto pueda te prometo que paso a visitarte y charlamos un poco de todo. —Agitó la cabeza con suavidad—. Hoy no hemos podido conversar mucho.

Ana respiró hondo. Miró hacia la ventana con la sensación de estar siendo observada. Frank se había sentado en la mecedora de nuevo y esbozaba una astuta sonrisa. Con el corazón encogido, abrazó a Mela.

—A mí también me ha gustado mucho verte y saber de ti —dijo, apretando la mandíbula—. Y piensa en lo que te he dicho, por favor.

## Capítulo 15

Ana se incorporó de la cama con velocidad. Alguien estaba aporreando la puerta del dormitorio con fuerza. Se colocó la bata sobre el camisón y recogió el revólver de encima de la mesa.

—¿Quién es?

—Soy yo, Drew.

Ávida de volver a verlo, abrió la puerta enseguida. Nada más hacerlo Drew se inclinó sobre ella a un palmo de tocarle la nariz con la suya de una manera muy agresiva.

—Tenemos que hablar —siseó peligrosamente.

Ella lo miró, recelosa. Todo el vello de la nuca se le erizó.

—Sé que me dijo que no quería aceptar mi dinero, pero necesitaba hacérselo llegar.

Los ojos verdes de Drew irradiaron furia.

—¡Pensaba que eras una mujer honrada y sincera y durante este tiempo me has estado tomando por imbécil! ¡Me hiciste creer que David y tú ibais a casaros, pero era falso! ¿Verdad? —Ana perdió el color de la cara—. ¿Cómo he de llamarte? ¡Dime! ¿Ana la tramposa?

—Puedo explicártelo.

—¡No contenta con eso, me has acusado de... aprovecharme de ti durante nuestro viaje!

La muchacha agitó la cabeza, incrédula.

—¡No sé de qué hablas!

Drew entró en el dormitorio y cerró la puerta tras de sí con un golpe seco. Se volvió lleno de cólera hacia ella.

—¡Le has dicho a tu prima y a su esposo que te deshonré, cuando bien sabes que no es cierto! ¡Nunca te he puesto un dedo encima!

Ana se echó a temblar ante el salvajismo que transmitían los ojos de Drew. Se sintió como si la hubiera golpeado.

—¡Es mentira! ¡Yo no les he dicho nada de eso! ¡Solo les comenté que habíamos viajado juntos!

—¡Por lo visto han debido de entender mal! ¡Ese tipo me ha exigido que cumpla contigo como corresponde! —Sus ojos recorrieron a la mujer de arriba abajo y, con destreza, le arrebató el revólver, que Ana había olvidado que aún llevaba en la mano. Dejó el colt sobre la mesa con un golpazo.

Las pupilas de ella se dilataron. No comprendía qué estaba sucediendo, y el menosprecio en la

voz de Drew la hirió en lo más profundo de su alma.

—¿No tienes nada que explicarme?! —rugió el capitán.

—¿Frank no tiene ningún derecho sobre mí! —dijo un paso atrás—. ¡Y tú tampoco puedes venir y hablarme de esta manera!

—¿En eso te confundes, Ana! ¡Él, como esposo de tu prima, es pariente tuyo, y como tal, cabeza de familia! ¡Y yo te hablo como me da la real gana! ¡Después de todo he descubierto que eres la mayor bellaca con la que me he topado nunca!

Ana palideció. Se sentó al borde de la cama temiendo que las piernas no la sujetasen. Habría dado cualquier cosa para que ese momento no hubiese llegado jamás.

—No es cómo crees, Drew. Yo hablaré con él y lo aclararé todo. Déjame que lo haga —le suplicó con un nudo en el pecho.

—¡Necia! —gruñó—. ¿Crees que por mucho que le digas va a creerte? ¡Has recorrido medio país en mi compañía! ¡Solos! ¡Ese hombre no se va a detener aquí!

Ana sacudió la cabeza con angustia.

—No lo entiendo. ¿Pero qué es lo que quiere entonces?

—¡Hay que ser muy estúpido para no darse cuenta de que ese hombre solo quiere dinero! ¡Está tratando de chantajearme!

Ella lo miró, con una mezcla de dolor y asombro.

—¿Chantajear? —viniendo de Frank tenía mucho sentido, pensó.

—Así es —refunfuñó—. A cambio de una buena suma de dinero mantendrá la boca cerrada.

—Yo le pagaré entonces y te dejaré tranquilo.

—¡No! —exclamó él con los dientes apretados—. ¡No puedes hacer eso! ¡No voy a permitirlo!

—¿Por qué? —respondió, pasmada—. Este problema es mío.

—En cuanto se le acabe el dinero volverá a por más. ¡Eso no va a detenerlo!

Ana sabía que era cierto. Frank seguiría extorsionándolos siempre.

—¡Nunca me ha importado lo que los demás piensen de mí y no creo que tenga que defender mi decencia ante nadie porque soy responsable de mí misma!

El capitán aplaudió con cinismo.

—Un discurso muy bonito. Sí, señor.

Ana lo miró con desconfianza y sacudió la cabeza. Llevaba el cabello suelto y caía sobre su espalda.

—Drew, sé que a ti no te ocurre lo mismo y también sé lo importante que es el nombre de la familia para ti, y la honestidad. Y, sobre todo, tu reputación. Dime qué es lo que quieres que haga para compensarlo y lo haré —prometió.

Drew, hirviéndole la sangre, apartó los ojos de ella. Había confiado en Ana y le había decepcionado.

—¿A quién se le ocurrió la idea de engañarme, a David o a ti?

Ella apretó los labios con fuerza. Sabía que Drew merecía una respuesta sincera.

—Él me convenció. Me dijo que yo no podía viajar sola y que necesitaba a alguien que me escoltase. De verdad que yo no quería utilizarte.

—¡Pero lo hiciste! —gritó con la voz teñida de despecho. El capitán era peligroso. Ana podía verlo en él y se le encogió el corazón.

—No tuve más remedio. Era la única manera de poder salir de Baltimore.

Drew dio un violento puñetazo contra una de las paredes y Ana exclamó, llevándose una mano a la boca. Él la miró.

—¡Puedes estar tranquila, nunca se me ocurrirá pegar a una mujer, por más que lo desee!

Ana alzó el mentón. Sus ojos se habían llenado de lágrimas que se negaba a dejar escapar.

—Lo sé. Te conozco bien.

—Me alegro —respondió con frialdad—. Ahora, el principal problema que nos atañe es ese hombre, Frank.

—¿Qué puedo hacer? No creo que sea una buena persona. Tengo la sospecha de que maltrata a mi prima.

—Es posible. Lo poco que he visto de él ha sido suficiente para descubrir lo indeseable que es. Pero él está decidido a cobrar como sea. —Arrastró una silla hasta ponerla enfrente de Ana. Se sentó con un suspiro—. Ha llegado a decirme que estás esperando un hijo. —Los ojos de Ana se abrieron con estupefacción—. De ser así, bien sabes que no es mío.

La joven pasó de la angustia a la furia en décimas de segundo.

—¡Claro que no es así! Yo nunca he estado con nadie de... esa manera. ¡Jamás me he acostado con un hombre!

Drew movió la cabeza con hastío. No creía nada de ella.

—También ha amenazado con entregar a Carolina a las autoridades o a alguna familia de acogida. Dice que no puede hacerse responsable de vosotras.

Ana se espigó y apretó los dientes con fiereza.

—¿¡Cómo se atreve?! ¡Él no tiene que hacer nada! ¡Maldito canalla! ¡Yo sola puedo con el sustento de las dos!

Drew añadió con frialdad:

—Por supuesto, si le pago, tanto él como tú, no volveréis a reclamarme nada. Pero conozco a los hombres como él y sé que seguirá pidiendo más y más. De modo que ya he pensado bien lo que vamos a hacer.

Ana no podía culparle de su enfado. No solo le había mentido, si no que ahora el esposo de su prima quería sacar provecho de la situación.

—¿Qué has pensado? —le preguntó con voz temblorosa.

—Nos casaremos.

—¡No! —Ana se puso en pie con resolución. Lo miró con disimulo. Drew estaba furioso, sentado en una pose rígida y sobria. Pero no más que ella. Nadie podía obligarla hacer algo que no quería—. Ambos sabemos que no es cierto nada de lo que dice Frank...

Drew también se puso en pie, apartando la silla de un manotazo.

—¿Los sabemos ambos?

Ella no entendió. Lo enfrentó con las manos en las caderas.

—¿Qué quieres decir?

—Te creía digna, decente, pero no lo eres.

—¡Sí lo soy!

—¡Eres una tramposa! —repitió—. ¡Has venido conmigo haciéndome creer que estaba escoltando a la prometida de uno de mis oficiales! ¿Cómo puedo estar seguro de que todo esto, de que ese hombre y tu prima, no están confabulados contigo para sacarme el dinero?

Ella se quedó ofuscada ante sus acusaciones.

—Te prometo que no tengo nada que ver...

Drew sostuvo su rostro hosco y respondió:

—No les voy a dar ni un solo dólar —siseó—. Estate lista para dentro de tres días. Nos casaremos. Carolina y tú vendréis a vivir conmigo.

Los ojos de Ana se volvieron a inundar de nuevo de lágrimas. Lo que más le dolía de todo era la manera en la que él le hablaba; la manera de reprocharle...

—¿Y si no lo hago? —se atrevió a preguntarle, orgullosa.

La miró con desdén.

—Ese hombre te arrebatará a Carolina y nadie podrá impedirselo. Más te valdría no andarte con necedades. —Dichas estas palabras se giró hacia la puerta pero, antes de salir, la miró una última vez—: Recuerda bien, tienes tres días.

El ruido que hizo la puerta al cerrarse fue suave, pero para Ana fue tan atronador que se llevó las manos a los oídos. Se preguntó si sería posible ganarse su confianza después de haberle mentido. ¡No quería casarse! ¡Y mucho menos de esa manera! Drew la creía falsa y mentirosa, incluso chantajista. Tragó con dificultad y sintió que se le rompía la garganta por el dolor del llanto que se negaba a dejar escapar.

¡Al diablo con él y también con el esposo de Mela!

Se vistió los pantalones y, a falta de ajustar la pistolera, llamaron por segunda vez a la puerta esa mañana. Era Mela. Llevaba un riguroso recogido en torno a la cabeza y cubría su cuerpo con un grueso abrigo de lana. Traspasó la puerta de la alcoba y se detuvo ante ella con aire culpable.

—He venido a prevenirte, Ana. Ha ocurrido algo grave.

—¿Más grave que lo que ha hecho tu esposo? —Mela dio un paso atrás al ver la feroz mirada de su prima—. ¿Cómo ha sido capaz de mentir y chantajear a Drew?

La mujer se retorció las manos con ahínco.

—Ya lo sabes. ¿Cómo... te has enterado?

Ana la miró con dureza.

—El capitán vino a informarme hace un rato. ¡No piensa pagaros nada ni aceptar vuestras exigencias!

Mela la estudió críticamente.

—¿Por qué?

La joven se encogió de hombros con indiferencia.

—Al parecer, prefiere casarse.

—¿Contigo? —Mela frunció el ceño.

Ana se miró desde el cuello hasta los pies con el ceño fruncido.

—Aunque lleve pantalones, te recuerdo que sigo siendo una mujer. ¿Por qué no querría casarse el capitán conmigo? —preguntó exasperada.

—¡Porque eso no debería de ser así!

—Ah, ¿no? ¿Y qué debería suceder exactamente?

Mela se paseó sobre la alfombra con nerviosismo. Ana agradeció haber cambiado la habitación del hotel por una de dos dormitorios, de ese modo Carolina aún seguía durmiendo plácidamente en la cámara contigua, ajena a todo.

—Él se va a casar con otra mujer. Debía pagar lo que Frank le ha dicho. —Le echó una mirada rápida—. De ese modo ambos os librabais y... Carolina se podía quedar conmigo y con Frank.

En los labios de Ana se dibujó una amarga sonrisa.

—Jamás dejaría a la niña al cuidado de ese hombre. —Agitó la cabeza, irritada—. No esperaba este comportamiento de ti. Nosotros siempre te hemos tratado muy bien. Mi abuela os ofreció a tu madre y a ti un lugar en la casa.

Los ojos de Mela se llenaron de lágrimas.

—Lo siento mucho, Ana. Ahora todo es tan diferente de cuando éramos pequeñas. ¿Recuerdas que Patricia y yo siempre jugábamos a las mamás? Íbamos con nuestras muñecas a todos los lados. —Su voz tembló de angustia—. Decíamos que eran nuestras hijas. Las cuidábamos, las bañábamos... —Soltó un suspiro profundo y clavó los ojos en ella—. Tú no querías nada de eso. Te interesaban más los animales, la granja, los pantalones y esa ridícula pistolera. Nunca te ponías adornos en el pelo, ni llevabas vestido. No naciste para ser madre. Y, sin embargo, Patricia murió sin casarse y yo... no puedo tener hijos. En cambio, tú tienes todo con lo que ella y yo soñábamos.

Ana apartó la vista de ella con unos irrefrenables deseos de romper a llorar. Mela tenía razón. Se acordaba de ellas dos cantando nanas a sus muñecas. El abuelo, incluso, les preparó unas cunitas.

—Yo no he elegido esta vida. Hubiese dado un mundo porque Patricia y David se casasen. Lo cambiaría todo por traer a mi hermana aquí, conmigo. Por devolver a Carolina sus padres. Pero es imposible. Las cosas de antes ya no pueden ser.

—¡Sí que pueden! Compra tu rancho, cuida a tus animales. Yo me hago cargo de Carolina. La querría como a una hija, te lo prometo. Podrás verla siempre que quieras.

Ana deslizó la mirada al suelo.

—Si lo hiciera, ¿qué pasa con el dinero que le estáis pidiendo a Drew?

—Nos olvidaríamos de ese tema. Ana, por favor, piénsalo bien. Puedes llevar la vida que

venías buscando aquí. Verías a Carolina cuando quisieras —repitió.

Mordiéndose el labio inferior, Ana miró a su prima y, después, la puerta cerrada de la alcoba de la niña. La tentación era enorme.

Mela se marchó un rato después y Ana rompió a llorar sobre la cama. Sus lágrimas se transformaron en sollozos de rabia al recapacitar en su angustiada situación.

## Capítulo 16

Drew miró desde la ventana de su estudio el vehículo que avanzaba lentamente por el sendero que se dirigía a la entrada principal de Headworth. Una vez que desapareció de su vista, respiró hondo armándose de valor y caminó hacia la bandeja de las bebidas.

Cuando su madre, Betsy Rice, viuda de Hayden, entró en el despacho, él se hallaba sentado ante el escritorio, con el vaso sobre la mesa.

—Me han dicho que necesitabas verme, querido. ¿Ha ocurrido algo? —inquirió ella con mirada inquieta.

—Siéntate madre, por favor.

—Me estás asustando. ¿Tiene algo que ver con la empresa? —le preguntó, mirando el libro de contabilidad y la montaña de papeles que estaban ordenados sobre el escritorio.

—No se trata de eso, siéntate.

La mujer obedeció.

—De acuerdo, pero no te demores mucho. Ya sabes que estas cosas me crisan los nervios.

No pensaba postergarlo. Cuanto más pronto diese la noticia, antes podría respirar mejor.

—Tengo que decirte algo importante. —Drew tomó con disimulo una buena bocanada de aire. No quería que su madre notase que estaba intranquilo—. ¿Recuerdas que te comenté que, durante el trayecto de Baltimore aquí, vine acompañando a una mujer?

Ella asintió.

—Sí, a la prometida de un oficial que estaba bajo tus órdenes.

—Pues mentí.

—¿Cómo? —La mujer se echó ligeramente para adelante, como si no hubiese escuchado bien. Llevaba un riguroso vestido negro adornado con cintas y bordados que brillaban dependiendo de la luz que recibiesen—. Leonor me ha comentado que conversan de ella en la ciudad. De ella y de la niña que descubristeis en el camino. ¿Cómo puede ser posible?

Él sacudió la cabeza.

—Mentí sobre la señorita Peterson. Ana es mi esposa.

Se hizo unos minutos de silencio absoluto. Luego ella vociferó:

—¿Qué estás diciendo? ¡¿Cómo puede ser?! ¡Drew! —Su rostro se había pintado con una mezcla de incomprensión y enojo—. Si esa mujer es tu esposa, ¿por qué no la has traído aquí? ¡No

lo creo! ¡No es posible que me hayas hecho una cosa de este calibre! ¿Te has casado sin decirme nada!?

El capitán plantó las manos sobre el escritorio y dio un pequeño golpe con las palmas para que su madre dejase de gritar y le escuchase.

—Si te tranquilizas, te lo explico todo.

La mujer apoyó un codo sobre la mesa y la mano en la frente, fingiendo un mareo que Drew se conocía al dedillo.

—De acuerdo, pero sírvenme algo antes, creo que lo voy a necesitar.

El hombre se levantó hacia la bandeja.

—¿Un jerez?

—Perfecto.

Le entregó el vaso y él se volvió a sentar en su sitio.

—Ana y yo nos conocemos desde hace tiempo e iniciamos el noviazgo en Baltimore. Decidimos casarnos antes de comenzar el viaje, ante todo para que nadie pudiese reprocharnos nada. No la traje directamente a la casa, en parte por respeto a vosotros, porque quería avisaros antes. Y también por ella, está nerviosa y quería pasar a visitar primero a un pariente que tiene aquí. Ese mayormente es el motivo de que no me hayáis visto mucho por aquí durante estos días.

—¡No puedo creer que hicieras eso! ¡Es muy impropio de ti, Drew! Tú no eras así. ¿Qué te ha pasado?

—He cambiado mucho, madre. —Se encogió de hombros—. No sé si para mejor o para peor, pero está hecho y no hay marcha atrás. Ana y Carolina se vendrán aquí mañana. —Y todavía no le había dicho que sus días en la empresa estaban contados. No era bueno darle todas las noticias de golpe.

\*\*\*

—¿Eso significa que vamos a ir a vivir con el capitán? —preguntó Carolina, viendo cómo Ana guardaba toda la ropa que le había comprado en el arcón.

—Sí.

—¿Esta noche dormiremos en su casa?

—Sí.

Carolina se sentó de un salto sobre la cama y se cruzó de brazos.

—¿Estas enfadada?

Ana suspiró hondo. Se giró hacia la niña con los labios fruncidos y asintió.

—Pero mi enfado no va dirigido a ti.

—¿Y a quién entonces?

Ana agitó la cabeza y le señaló el abrigo que colgaba de un perchero.

—Tienes que estar lista para cuando vengan a buscarnos. Póntelo, que yo te abrocho. —Le dio

la espalda y continuó guardando las prendas.

Carolina se levantó y, muy pensativa, caminó a la percha.

—¿Por qué no me dices con quién estás enfadada? ¿Es un secreto?

—No es ningún secreto, Carolina. Son solo cosas mías.

—A mí no me gusta verte así.

—¿¡Te quieres poner el maldito abrigo, por favor!?! —Se arrepintió en el acto de haber usado ese lenguaje y corrió hacia ella, apenada. La abrazó con fuerza y enterró su cara en el sedoso cabello infantil. Comprendía que Carolina sintiese tanta curiosidad, sin embargo, no era el momento de resolver sus dudas—. Perdóname. Sabes que te quiero mucho, ¿verdad?

—Sí.

—Lo que pasa es que estoy un poco nerviosa.

—¿Es porque vamos a conocer a la familia del capitán?

Ana asintió, pensando que era mejor que la niña creyese eso a que supiera que el motivo de su enojo se debía a la forma tan fría e insensible en la que se había casado. Al recordarlo sintió que de nuevo crecía su enfado. ¡Pues no había mandado Drew a un abogado para cumplimentar los trámites necesarios! Él ni siquiera había tenido la deferencia de presentarse a su propia boda, ni de hablar con ella.

Agitó la cabeza y se puso en pie, dejando vagar la mirada hacia la ventana. Ella jamás había pensado en casarse ni había soñado con su gran día, sin embargo, que el novio no hubiese acudido era lo más doloroso y ofensivo de todo. Esperaba que, por lo menos, el abogado le contase que había estado a punto de no imprimir su firma. Todavía seguía dándole vueltas sobre si había hecho lo correcto o no. ¿Pero qué otra opción tenía? No podía permitir que el marido de Mela se hiciese cargo de Carolina, o incluso de ella misma.

Se miró el anillo de brillantes que lucía en su dedo anular y se preguntó si Drew lo había elegido o habría dado el encargo a otro. Se dio cuenta de que Carolina seguía esperando su respuesta.

—Solo son nervios. Yo nunca tengo miedo.

—Yo tampoco —dijo Carolina—, porque sé que vamos a estar juntas. Además, he decidido que a partir de ahora yo cuidaré de ti.

Ana arqueó las cejas con una sonrisa triste.

—¿Cómo que vas a cuidarme? Yo sé hacerlo solita. —Contempló a la niña y abotonó su abrigo—. Carolina, no quiero que le cuentes a nadie que voy armada.

—El capitán lo sabe.

—Lo sé, pero no deseo que nadie más esté al corriente. A veces las personas son muy extrañas y se impresionan de ciertas cosas.

La pequeña tocó el mentón de Ana con dulzura.

—¿Por qué no te pones tus pantalones?

—Por el momento, voy a usar los vestidos. —Se irguió y, con pesar, pasó la mano sobre la

abultada falda verde. No quería confesar que se sentía mucho más femenina. Aunque eso no quería decir que, si tenía alguna ocasión de vestir sus pantalones, lo haría—. Es por lo mismo que te dije antes. No quiero que la familia del capitán se sienta intimidada.

Llamaron a la puerta y corrió a abrir. Se le había echado el tiempo encima y todavía no había terminado de guardarlo todo.

Su desilusión fue evidente cuando un mozo del hotel le comunicó que él se haría cargo de bajar el equipaje. Se apresuró a mostrarle algunas valijas para que las fuese cargando mientras ella terminaba de recoger el resto. Levantó la cabeza hacia Carolina cuando la vio mirando por la ventana.

—¿No ves al capitán?

—No. Pero está ese señor, el que vino antes a verte y te dio el anillo.

—El abogado —murmuró Ana.

—¿Y por qué no ha venido el capitán a buscarnos si vamos a ir a vivir a su casa?

Ana se encogió de hombros.

—No lo sé.

El mozo volvió con otro hombre y, entre los dos, bajaron el pesado arcón. Ana y Carolina los siguieron hasta la calle. Una súbita ráfaga de viento frío barrió la calzada y esparció copos de nieve sobre ellas.

El abogado de Drew las esperaba cerca del vehículo y se apresuró a abrirles la puerta.

Ana observó a Mark colocar el arcón en el portaequipajes y, cuando se giró a ella, le sonrió con alegría.

—¿Cómo se encuentra de la herida?

—Mucho mejor, señorita... señora. Ya estoy recuperado. Por suerte, la bala no alcanzó ningún hueso ni nada importante.

—Me alegro mucho, de verdad.

Mark subió al pescante y Ana prestó atención al abogado.

—Señora Hayden, por aquí, por favor. El capitán me pidió que les acompañase hasta Headworth —dijo haciendo subir a ella y a la niña.

—¿Se puede saber por qué él no ha venido? —le preguntó Ana, con ironía—. ¡Ah, no, espere! No me lo diga. Es por el mismo motivo por el que no ha acudido a su propia ceremonia. Sigue muy ocupado con la contabilidad de la empresa.

El hombre asintió, incómodo.

—Me temo que sí.

—¿Y los soldados? Veo que piensan acompañarnos también.

—Así lo ha pedido el capitán. Hasta que no apresen a esos bandidos las tendrán vigiladas todo el tiempo.

—He olvidado su nombre.

—Breint. Charles Breint.

—¿Puede decirme si Headworth está muy lejos, Charles Breint?

El hombre disimuló una sonrisa. El capitán ya le había advertido de que la señora era un poco peculiar. Y por su tono pomposo y cargado de retintín, no iba mal encaminado.

—Aproximadamente una hora.

—Gracias. —La joven echó una manta sobre las piernas de Carolina, asegurándose de que iba caliente. Respiró hondo y, en cuanto los caballos se pusieron en marcha, se perdió en sus propios pensamientos. De fondo escuchaba conversar al abogado con Carolina, pero ella no prestó atención a sus palabras. El saber que ahora era la esposa del capitán Hayden la inquietaba sobremanera.

Atravesaron varios bosquecillos, pinares y praderas, hasta alcanzar Headworth; una mansión de tres plantas revestida por entero de ladrillo colonial, con tejados de pizarra negra. La casa, así como el paisaje que la rodeaba, era impresionante y desprendía opulencia y elegancia por doquier. Un poco más alejado había unas caballerizas y un pozo alto, con pared también de ladrillo y estructura de hierro.

El coche se detuvo en una plazoleta empedrada. Enseguida, por la puerta principal, salvaguardada por cuatro gigantescas columnas que sustentaban el porche, dos a cada lado de la puerta, y los escalones que precedían la entrada, salió Drew, caminando con energía hacia ellos.

En el mismo momento de descubrirlo, Ana ya no vio nada más. Solo a él, alto, erguido, elegante, musculoso, el cabello cayéndole sobre los hombros, y demolidoramente hermoso. Vestía de vaquero con botas altas, camisa azul y sombrero de ala ancha. En la cintura, y atada al muslo, llevaba una funda con su arma. Su corazón se detuvo.

—¡Capitán! —Carolina se lanzó a sus brazos.

Ana elevó ligeramente la ceja, contrariada. No había esperado que él diese muestras de alegrarse de verla. Sin embargo, sonreía afectuoso. ¿Y qué decir de Carolina? ¡Traicionera!

—Señor Breint, ¿le importaría llevar a Carolina a casa? Hace poco tuvo una dolencia importante y no quiero que vuelva a enfermar —dijo Drew acercándose hasta ellos. Los ojos verdes se encontraron con los de Ana—. Debo hablar algo urgente con... mi esposa.

—Por supuesto, señor.

—Yo también iré dentro y buscaré ayuda para bajar el equipaje —dijo Mark con una sonrisa, persiguiendo a los otros dos.

Ana, incomoda con la situación, clavó la mirada en las espaldas de los que se marchaban y se arrebujo más en su abrigo. El aire allí soplaba con mucha más fuerza que en la ciudad y arrastraba hojarasca sucia llena de barro y nieve.

—¿Qué tal el trayecto, señora Hayden? —preguntó, educado. Ana percibió su sonrisa satisfecha y vanidosa. Y la enfadó más todavía. Frunció los labios negándose a contestarle—. ¿Has tenido algún problema con tus primos? —insistió él.

«¿Cómo puede ser tan pedante? »

—No, todo está bien.

Él suspiró con impaciencia y la tomó de un brazo. Su agarre no era fuerte, al contrario, la sostenía de una manera firme, pero con delicadeza. La guio hacia un lado de la casa, donde la edificación giraba hacia atrás y nacía un ala provisto de ventanas y un mirador. Allí se detuvieron.

—Espero que te hayas fijado en el documento que acredita que estamos casados. Pensé que lo idóneo era poner la fecha en la que salimos de Baltimore —dijo en voz baja, como si le estuviese contando un secreto.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y sacudió la cabeza.

—No me di cuenta.

—¿Lo leíste?

—Por encima. ¿Era importante?

Drew soltó una risilla divertida.

—¿No te han dicho nunca que antes de firmar debes leer?

Ana frunció los labios, molesta.

—Es posible, pero no lo recuerdo. Estaba demasiado enfadada contigo como para pensar en otra cosa. Además, dudo mucho que quieras engañarme a estas alturas.

—¿Qué es lo que se supone que te he hecho? ¿Impedir que Carolina se críe con un hombre indigno? —La miró con el ceño fruncido—. ¿Es a eso a lo que te refieres cuando dices que estas enfadada conmigo?

Ella se mordió el labio inferior. ¡Nunca podría enfadarse con él por ese motivo! De hecho, se alegraba de que Drew se preocupase por la niña. Había sido muy noble por su parte ayudarla con su problema. Aun así, prefirió no contestar a su pregunta y le respondió con otra:

—¿Por qué has cambiado la fecha?

—Me pareció que era la mejor forma de explicar el por qué viajábamos juntos. ¿Te parece mal?

Ana se encogió de hombros y dejó vagar la mirada por el bosque que se extendía por detrás del capitán, sin fijarse en nada en concreto. No entendía bien el motivo de cambiar la fecha, además ¿a quién debían dar explicaciones?

—¿Tendría que importarme? —inquirió—. Ya lo has hecho y no puedo hacer nada. Sí que me gustaría que me comentases las cosas que se refieren a mi persona antes de que actúes por tu cuenta. Aunque está claro que aquí eres tú el que manda. —Vio que sonreía con ironía y la dieron ganas de abofetearle. Drew no era así. ¡Nunca había sido así con ella!

—Pero nunca miento ni hago trampas, Ana.

La joven apretó los puños con fuerza hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos. Odiaba que se lo repitiera tantas veces y estaba llegando su hora de responderle como merecía.

—¿Cómo qué no? ¿Cómo puedes ser tan cínico?

La mirada de él se endureció ante semejante reproche. Abrió los ojos confundido.

—¿A qué te refieres?

—A la señorita... no sé cómo se llama, que según me han dicho, era tu prometida —dijo con

sonsonete al tiempo que agitaba la cabeza. Sonrió satisfecha al ver cómo él enrojecía y se dilataban sus ojos verdes—. Supongo que se habrá llevado un disgusto enorme por los recientes acontecimientos. ¡Mira que lo siento por ella!

—Ya. —Drew hizo un gesto de hastío con los labios y se volvió al camino de entrada—. Hace frío, será mejor que pasemos al interior.

Ana taladró su espalda con furia.

—¿Esa es tu respuesta? —preguntó sorprendida. Tuvo que acelerar el paso para alcanzarle—. El honrado capitán se siente excitado por una mujer que no puede tener, mientras su novia le espera con los brazos abiertos. Bravo por usted, capitán —dijo con desprecio.

Él se detuvo de golpe y Ana frenó en seco para no arrollarle. De pronto sintió que él le agarraba la nuca y le atraía la cara hacia la suya hasta casi quedar pegadas. La boca de capitán estaba tan cerca de la de ella que podía sentir su cálido aliento. A pesar del salvajismo de sus ojos, él le musitó en voz muy suave y cálida, al punto de hacerla estremecer:

—¿No puedo tenerte, Ana?

Esa mano fuerte que la sujetaba con seguridad y firmeza abrasaba su piel y le impedía apartar la mirada de los penetrantes ojos verdes. Los labios viriles acallaron la respuesta que iba a darle. Su efecto fue tan devastador que se quedó completamente inmóvil. Drew la estaba besando de una forma apasionada, ardiente. Sentía en su boca la cálida humedad de la lengua masculina y las corrientes eléctricas que se acumulaban en su vientre. Fue consciente del bulto duro que se apretaba contra ella. No tuvo más remedio que cerrar los ojos, embriagada. Sin embargo, Drew interrumpió el contacto con una sonrisa desinteresada e impersonal.

—Bienvenida a Headworth, querida esposa. —Muy confundida, Ana lo miró sin saber qué pensar de lo que acababa de suceder, pero antes de poder decir nada, él se inclinó sobre su oído y le dijo—: Mi madre y mi hermano nos miran desde la ventana. ¡No! No levantes la vista ahora. Coge mi brazo y vayamos dentro.

Ana trató de respirar y lo fulminó con la vista. ¿Cómo se atrevía a jugar con ella de ese modo?

—Siento más deseo de abofetearte que de otra cosa, querido esposo —contestó forzando una sonrisa. Se agarró a su brazo sin vacilación y caminó a su lado hasta las columnas—. No me has dicho si lo de tu prometida es verdad o no.

—¿Estás celosa?

Ana estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva y sacudió la cabeza.

—¡No estoy enamorada de ti!

¿Era decepción lo que vio en el rostro del capitán? Pues si era eso, aunque lo dudaba mucho, lo tenía merecido por jugar con ella de aquella manera. No podía decir que lo que sentía eran celos, aunque sí admitir que odiaba a esa mujer con toda su alma.

—¿Y de quién lo estás? —preguntó él.

Ella alzó el mentón y lo miró muy pensativa. ¿Enamorada? Elevó los ojos al cielo unas décimas de segundo. Le hubiera gustado poder decir un nombre. No sabía por qué, pero deseaba hacerlo.

Sin embargo, debía ser honesta.

—De nadie. Nunca me he enamorado de nadie.

Drew alzó las cejas con sorpresa.

—¿Eso es verdad?

—¿Piensas que cada palabra que sale de mi boca es una mentira? Pues así vas por muy mal camino.

—No sé qué pensar, la verdad —contestó, encogiéndose de hombros—, jamás alguien me ha confundido tanto como tú.

Sus palabras la hirieron como una puñalada en el corazón. Comprendía que él desconfiase. Lo había engañado y ganarse su fe le iba a llevar mucho tiempo.

—¿La quieres mucho?

—¿A quién? —preguntó él frunciendo el entrecejo, desconcertado. La pregunta lo había cogido por sorpresa.

Ana hizo una ademan con una mano. Quería saber si amaba a la señorita Ranstrom, pero tampoco pretendía que él se diese cuenta de cuánto le importaba su respuesta.

—A la mujer con la que te ibas a casar —dijo con el corazón atronando en su pecho—. En la ciudad todo el mundo habla de ello.

—¡Ah, Andrea! —Los labios de Ana formaron una mueca de disgusto que él no pudo apreciar, porque en ese momento estaba mirado la enorme puerta de la residencia—. Tienes derecho a que te responda, Ana. Nunca he estado prometido. Andrea y yo... hemos salido varias veces juntos, pero jamás hablamos de matrimonio. Para serte sincero, no sé de dónde ha sacado que nos íbamos a casar cuando regresase del frente. A mí me ha sorprendido tanto como al resto de los que me conocen.

Ana se extrañó. Esa mujer era muy inteligente, o muy estúpida, para hacer esa tontería. No se podía obligar a un hombre a contraer matrimonio, a no ser que hubiese cometido una falta grave, o fuese de personalidad débil. Drew no era así.

—¿No te ha dicho por qué ha actuado de esa manera? —Quiso saber curiosa.

—No.

Ana frunció el ceño.

—¿Y qué va a pasar cuando sepa que estás... conmigo?

—No sé. Imagino que se retractará de sus palabras o... dará alguna explicación. Todavía no he podido conversar con ella.

—No me gustaría vérmelas con novias celosas —le advirtió con fanfarronería.

El capitán la miró de arriba abajo, deteniendo los ojos en sus labios. Inconscientemente Ana los humedeció, recordando su beso.

—Estoy seguro de que te las arreglarías estupendamente. Eso sí, procura que tu bala no atraviere ningún órgano importante.

Ana se detuvo en seco sonrojándose furiosamente. ¿Cómo era posible que se hubiese dado

cuenta de que iba armada? Llevaba su colt en el bolsillo de su abrigo. Drew la obligó a seguir caminando.

—¡Lo estoy entendiendo todo! —exclamó ella, muy cabal, mirándole de soslayo acusadoramente.

—Bien —respondió Drew.

—¡Te he salvado de casarte con ella! ¡Por eso lo has hecho conmigo!

Él asintió con una sonrisa de desdén, llena de burla.

—Lo que no sé es si habré ganado con el cambio.

Ana le soltó el brazo y sacudió la cabeza enfadada. Muy digna subió los primeros escalones antes que él, agitando las caderas al hacerlo, al tiempo que le decía sobre el hombro:

—Ya te digo yo que no.

## Capítulo 17

A la mañana siguiente, Ana se despertó con el repiqueteo de la lluvia contra las ventanas. Abrió los parpados y dejó que su visión se adaptase con lentitud al nuevo dormitorio, un cuarto austero y bastante formal. Las paredes estaban decoradas con un zócalo de madera oscura. Los muebles, un tocador, un robusto armario, dos mesillas y un espejo basculante de cuerpo entero estaban fabricados en madera de ébano. Bajo una ventana se hallaba un elegante diván en tonos castaños a juego con las sillas, un descalzador y una chimenea ornamentada en piedra blanca.

Se desperezó y su mano derecha golpeó un cuerpo. La carne desnuda pareció quemar sus dedos. Soltó una maldición y, con sorpresa, se sentó sobre el colchón en el mismo momento que alguien comenzaba a quejarse y a removerse bajo las sábanas.

Ella tiró de los cobertores hasta el cuello y esperó con ojos entrecerrados a que el intruso saliese de entre las prendas. Cuando vio la cara somnolienta de Drew y su cabello leonado revuelto sobre los hombros, exclamó turbada:

—¿¡Qué haces aquí!?

Drew se movió con pereza hasta sentarse contra el alto cabecero de ébano. Se frotó la cara y se echó los cabellos hacia atrás, con dedos largos y elegantes. Las sábanas se le deslizaron hasta el regazo. Todo en él desprendía fuerza, desde su rostro, pasando por los hombros anchos y duros, hasta el torso cubierto de un suave vello oscuro.

—Duermo aquí, señora. ¡No hace falta que me despiertes de esa manera! —Sin mirar a nada en particular, abrió un brazo y lo extendió, señalando la recámara—. Son mis aposentos.

Ana le miró atónita.

—¡Dijiste que yo dormiría aquí!

—Exacto. Recuerdo que vinimos y te conté que este era nuestro dormitorio.

—¡No! —Negó ella moviendo con velocidad la cabeza de un lado a otro para dar más énfasis a sus palabras—. Dijiste: «Dormirás aquí».

—Bueno, pues diría eso. —Se encogió de hombros, apartó los cobertores y se levantó. Llevaba un largo calzón de dormir. El pecho se veía amplio, dorado... —Por cierto, tuve que empujarte para que me dejaras hueco. Cuando llegué, te habías apoderado del centro de la cama.

Ana no pudo dejar de mirar los músculos duros y firmes que se le dibujaban en el torso y en los hombros y sintió que una ola de calor le golpeaba la cara. Apartó la vista con rapidez. Recordaba

perfectamente que Drew la había dejado allí y le había dicho que iba a pasar la mayor parte de la noche trabajando en el despacho.

—Creí que tú te irías a dormir a otro lado. Esta casa es muy grande.

Él tardó unos segundos en responder. Le causaba gracia que ella no se atreviese a mirarlo de frente.

«¿Tal vez la incomodo?». Sonrió. Sintió la absurda necesidad de abrazarla para apaciguarla, en cambio, no lo hizo.

—Tiene doce habitaciones, una sala capaz de albergar a ciento veinte personas, unos ocho aseos, varios salones... pero mi dormitorio es este y, por supuesto, el tuyo también.

—¿Debemos dormir juntos? —preguntó, frunciendo levemente el ceño.

—Ana, mírame. —Ella lo obedeció. Su delicado rostro de ángel estaba colorado desde la barbilla hasta el nacimiento del pelo en la frente—. Nos hemos casado. Esto no es el fin del mundo.

—Lo sé, pero... pero... ¿no es esto lo que quiero!

Él interpretó deliberadamente mal sus palabras.

—No te gusta el dormitorio. ¿Demasiado poco lujo para ti? —Sacó unos calzones del ropero y caminó hasta el tocador. Se lavó la cara y las manos en el aguamanil y se frotó con la toalla—. ¿Has visto alguno que te guste más? Estas dependencias tienen dos estancias más que puedes decorar a tu antojo. No me importa si quieres llenarlo de objetos sentimentales. Tal vez desees un sitio para coser, o leer. Nadie te molestará si eso es lo que te preocupa. Tu intimidad será respetada.

—No se trata de eso. —De repente, Drew se quitó la ropa de dormir, quedándose como el día que Dios lo trajo al mundo, y ella agarró una almohada que llevó a su cara, mortificada, no sin antes reconocer que su cuerpo era firme por todos los sitios, y dorado, con la piel brillante y tersa... ¿Cómo podía ser tan... impúdico?—. Yo quería hacer otras cosas. Vivir en mi propia casa, tener animales... —decía con sofoco.

—Como no te saques la almohada de la boca no te escucho nada.

La hubiese gustado obedecerlo. Tal vez si supiese que él no la estaba mirando, ella se habría atrevido a espiarlo para volver a disfrutar la vista de su magnificencia. Pero intuía que el capitán no dejaba de observarla.

—¡Vístete de una vez, por favor!

—¿Nunca has visto a un hombre desnudo? —preguntó burlón. Ella agitó la cabeza—. Puedes mirar, me he puesto los pantalones.

Avergonzada, fue bajando la almohada lentamente. Descubrió que seguía llevando el torso al descubierto, aunque era cierto que en ese momento se estaba abotonando el pantalón. Admitió que el capitán era un espécimen magnífico.

—No vuelvas hacer eso, Drew.

Él miró, divertido, su rostro.

—¿Quieres que no me vuelva a desnudar?

Ella asintió.

—No delante de mí —respondió atropelladamente.

—¿Cómo se supone que te voy a hacer hijos?

¿Hijos? ¡Hijos! La sola mención de la palabra logró torturarla. Acalorada, se retiró con fuerza los cobertores y salió por su lado de la cama, envuelta en un camisón de franela rosada. Con largas zancadas llegó hasta la ventana. Drew vio sus intenciones y estiró una mano hacia ella:

—No se te ocurra abrir...

Ana abrió las dos hojas del mirador con fuerza y una violenta racha de aire frío llenó el dormitorio haciendo que unas pocas brasas que quedaban en la chimenea revolotearan por la estancia. Drew corrió a cerrarla de nuevo y, en la maniobra, ella se quedó atrapada entre la ventana y sus brazos. Sin remedio, ella sintió su olor varonil y el calor de su cuerpo.

—¿Qué ocurre? ¿Tampoco quieres hablar de hijos? —instó él, su boca muy cerca de la de ella. Ana tragó saliva.

—No quiero tener hijos —susurró. Advirtió que Drew entornaba los ojos con enojo, pero no le importó—. Mi prioridad no es ser madre todavía.

—Ni esposa, ya veo. —Él se apartó dejándola escapar del rincón. Aunque Ana no hubiera querido aceptarlo, esa posición tan cercana e íntima le había gustado. Había hecho que su corazón diera varios vuelcos seguidos—. Yo sí quiero perpetuar el apellido. Antes no me importaba, te lo dije en Baltimore, pero ahora habrá que afrontar las consecuencias.

Ana lo miró, dolorida. No le gustaba la forma tan fría e insensible en que él le hablaba de ese tema.

—¿Por qué te has casado conmigo, Drew? Podíamos haber...

—Ya no quiero discutir más de eso. Digamos que, de este modo, he matado dos pájaros de un tiro.

Ana frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Si no lo hacía, te iban a quitar a Carolina y, desde luego, Frank no es santo de mi devoción. —Cogió una camisa que tenía sobre un galán y se la puso de un solo movimiento—. Ambos nos hemos hecho un favor. De las dos opciones, tú eras la mejor.

—¿Opciones? —preguntó sin entender.

—Andrea o tú. Conozco a su padre desde hace muchos años, y aunque no me habría obligado a casarme con su hija, nuestra relación seguramente no iba a ser igual que siempre. —Se encogió de hombros con desdén y terminó de abotonarse la camisa—. Ambas sois unas mentirosas, pero tú me excitas más. —Ana abrió la boca, furiosa. Con la vista buscó algo que poder lanzarle a la cabeza, pero Drew la tomó de las manos antes de que se pudiese mover hacia el aguamanil. La miró fijamente, apretándola contra su pecho—: Mi familia cree que estamos enamorados, Ana. Ellos tampoco saben que hemos contraído matrimonio aquí y quiero que sigan sin saberlo.

Ella contó hasta cinco y asintió. Drew la soltó.

—¿Entonces quieres que finja que estoy enamorada de ti?

—Se te da bien mentir. —Cogió las botas y caminó hacia una estrecha puerta que había al lado de la chimenea—. Conmigo no tuviste ninguna clase de miramientos. De hecho, me lo trague todo, bien tragado.

\*\*\*

Ana había conocido el día anterior a la señora Betsy Rice, viuda de Hayden, y al hermano de Drew, Richard. No había más que mirarlos para saber que ambos eran muy cultos, finos y con unas fuertes convicciones sobre decoro, comportamiento y educación. No había conversado mucho con ellos, al parecer solo estaban motivados por hablar de su empresa, de sus negocios y sus espléndidas amistades, cosa que a ella le aburría una enormidad, sin embargo, trataba de prestarles atención para que entendiesen que compartía el mismo interés que ellos, y se recordaba una y otra vez todo lo que Patricia y la abuela le habían enseñado. Inevitablemente, en ciertas cosas como comer bizcochitos sin derramar ni una sola miga en el plato, o levantar el dedo meñique al beber, no era tan perfeccionista como ellos, y dudaba de poder serlo alguna vez.

Esa tarde, durante un momento en que se vio completamente sola porque Carolina estaba dibujando en su alcoba, aprovechó para encerrarse en la suya. Todavía seguía dando vueltas en su cabeza a lo que Drew le había dicho sobre tener hijos. Esa idea la aterraba. Había estado a punto de huir al enterarse del plan de Mela y Frank, y si no lo había hecho era por Carolina, y porque después de analizarlo bien todo, sabía que el capitán era un buen hombre, además de apuesto. Pero de ahí a tener hijos había un abismo.

Inspiró hondo.

Tal vez si hablaba con él y le decía que no quería vivir en Headworth y respirar aquel ambiente frío y lleno de tensión podían llegar a un acuerdo. Después de todo, Drew había dicho que quería dedicarse a la cría de caballos y él era una persona muy comprensiva. Era posible que quisiese ser su socio en el rancho.

Se sentó ante el escritorio y extendió una hoja de papel de arroz sobre la mesa. Sus ojos se desviaron a la ventana. El cielo estaba gris y oscuras nubes pasaban veloces al compás del viento.

—Supongo que no estarás escribiendo ninguna carta de amor. Recuerda que eres una mujer casada.

Ana se volvió a mirar a Drew, con el ceño fruncido. No lo había oído entrar.

—Lo lamento mucho por ti, Drew, pero ya te he dicho que no me he enamorado nunca. Conozco el amor por la familia, por Carolina, sin embargo, no ese del que tú hablas.

—Tienes razón. Olvidé que eras diferente de todas las mujeres. ¿A quién escribes entonces?

Ana le mostró la carta sin empezar.

—Quería informar a David sobre los nuevos acontecimientos. Profeso la imperiosa necesidad

de hacerle sentir culpable de todo lo ocurrido.

—¿Aún no sabe que he descubierto vuestro plan?

Ana quiso gritarle que ella no había planeado nada, pero logró controlarse.

—No me parecía correcto hacerlo por telegrama ¿Quieres que te enseñe la carta cuando la escriba? De ese modo te puedes asegurar de que no te estoy engañando.

Drew se sentó sobre el descalzador situado de espaldas a la silla donde estaba ella, apoyó los codos sobre las piernas y la miró con fijeza.

—Ya es demasiado tarde para ello. El daño está hecho.

Ana se puso en pie con los puños apretados en las caderas. ¿No se cansaba de provocarla todo el tiempo?

—¿Pero de qué daño hablas? ¡Nunca habrías accedido a traerme hasta aquí!

—Quizá sí.

—¡David pensó que, si nos creías comprometidos, me respetarías durante el viaje, y así ha sido!

—Aunque durante la guerra haya caminado en solitario, desde niño me enseñaron a ser un hombre y a respetar a una mujer. Lo hubiera hecho de todos modos porque soy un caballero.

—¡Un caballero que me besó la primera noche que partimos!

Drew se espigó.

—Apenas fue un roce de labios y me disculpé contigo.

—Lo del otro día no fue un simple roce —le recordó—. Ni el beso de bienvenida.

—Digamos que lo del hotel fue una pequeña compensación por todo. Además, no pude, ni quise evitarlo, Ana. Estar cerca de ti me tienta a hacer cosas impensables. Y ahora, sabiendo que eres mi esposa... —Se encogió de hombros—. Es algo que simplemente me gusta hacer. Tienes unos labios muy dulces y sensuales.

Ante aquella respuesta, la irritación de la joven se fue desvaneciendo del mismo modo que aumentaba el tono rosado de sus mejillas. Meció la cabeza con suavidad:

—Siento mucho todo esto. Siempre he sido un imán para las complicaciones y los problemas. Mi intención desde un principio era reunirme con mi prima y, con un poco de suerte, trabajar de vez en cuando en el periódico de Frank, escribiendo artículos sobre las secuelas de la guerra. También la de tener mi propio rancho. Creí que eso me haría sentir mejor después de lo que había ocurrido en mi hogar. Pero luego vino Carolina, los bandidos y el chantaje de esos miserables. —Lo miró y las lágrimas empañaron su visión sin que pudiese evitarlo—. Ya ves. Nada ha salido como planeé. Tú has sido educado para casarte con una mujer refinada y yo no estoy a la altura. Me esfuerzo, pero al final solo estoy fingiendo ser alguien que no soy. —Agitó la cabeza con dolor. Era consciente de que, tarde o temprano, iba a cometer algún fallo, hacer algo que lo dejase a él en ridículo, y ella no iba a poder soportarlo. No tenía que importarle. ¡No! Pero lo hacía.

Drew se apretó los muslos con fuerza y se puso en pie antes de decir:

—Bueno, solo nos queda intentar ser felices con lo que tenemos.

—¿Haciendo qué? ¿Cosiendo y bordando las canastillas para nuestros futuros hijos? ¡Ah no! ¡Yo no sé coser!

—Si quieres aprender...

—¡No! ¡No quiero aprender! No me gusta...

Drew alzó las manos, silenciándola. Ella lo observó bajo la tenue luz que entraba por la ventana. Todo se había cubierto de sombras de repente.

—Quieres correr más de lo que te permiten las piernas, Ana. Vamos a empezar andando despacito.

Llamaron a la puerta y él salió abrir.

¿Qué habría querido decir con andar despacito? ¿Sería comenzar de cero? ¿Creyéndola una tramposa? ¡Ja! ¡No iba a funcionar nunca!

Se percató de que el capitán hablaba con alguien a quien ella no podía ver, porque los anchos hombros de Drew le ocultaban. Se acercó intrigada y descubrió a un joven que sostenía una caja en las manos. Le dio la impresión de que algo se movía en su interior.

—¿Qué es lo que lleva ahí?

—Es para la señorita Carolina —explicó el muchacho con una graciosa mueca. Era un mozo delgado de no más de quince años. Llevaba una gorra aprisionada en la axila.

—Jhon es uno de los peones que se ocupa de las caballerizas y también de mantener limpio los alrededores de la casa. Jhon, ella es mi esposa, la señora Ana Hayden.

—Lo sé, señor —respondió el muchacho, turbado. Sonrió a Ana con timidez—. Ayer la vi cuando llegaba.

—Es un placer conocerte —saludó ella.

—Jhon, lleva la caja al dormitorio del fondo —le indicó Drew con un gesto de cabeza.

El mozo se giró en la dirección que el capitán le decía y echó andar hacia allí con decisión.

Ana le siguió llena de curiosidad. Drew caminaba tranquilamente tras ella.

En el cuarto de Carolina se armó un pequeño revuelo cuando Jhon puso la caja en el suelo y la niña se apresuró abrirla. Apareció un cachorro de perro San Bernardo. Era difícil saber quién daba más gritos de alegría, si Ana, Carolina, o el mismo cachorro que empezó a pasar de mano en mano como si fuese un juguete.

—¡Tenemos que ponerle nombre! ¡Oh, Drew! —Ana se volvió a él con una esplendorosa sonrisa y ojos brillantes—. ¡Es precioso! ¡Es tan bonito! Muchas gracias.

Él asintió.

—Recuerda que la mascota es para Carolina.

—Sí, sí, claro —respondió ella persiguiendo al cachorro con los ojos.

Betsy se presentó de improviso en el cuarto de Carolina y puso el grito en el cielo en cuanto vio al animal. David decía que la mirada del capitán era atemorizante, pero eso era porque no había visto la de la madre, pensó Ana.

—¡No se va a quedar en casa! —gritó Betsy con el rostro tan rojo y lleno de furia, que hasta

Ana dio un paso atrás cuando se dio cuenta de que la mujer la miraba a ella—. ¡Quiero que saques a ese bicho fuera de mi vista!

Carolina, con el perro en los brazos, corrió a esconderse detrás de Ana.

—Ven, madre —dijo Drew cogiéndola del brazo con suavidad—. Deja que te acompañe a la sala.

—¡Ese animal no se va a quedar aquí! —Siguió diciendo ella, saliendo de la recámara.

## Capítulo 18

—¿Por qué el perrito no se puede llamar Calcetines, Ana?

—Por poder ser, podría, pero es un poco raro. ¿No crees?

—A mí me gusta mucho ese nombre. Tú pusiste a una vaca Cinderella, pues yo quiero que él — Carolina señaló al animalillo que se había recostado sobre la alfombra y trataba de mantener los ojos abiertos— se llame Calcetines.

Drew sonrió al escucharlas por la puerta entreabierta del dormitorio y pasó sin llamar. Ambas estaban recostadas de cualquier forma sobre la alfombra. Carolina, tumbada boca abajo, y Ana, sentada con una pierna semiextendida hacia delante y la otra doblada bajo el trasero.

«Una postura muy difícil», pensó divertido. Y a la vez excitado. La falda se le había subido sobre la pierna que tenía delante, hasta la altura de la pantorrilla, y aunque llevaba unas finas medias de hilo, la carne suave y blanda se intuía deliciosa.

—De modo que todavía no os habéis puesto de acuerdo para ponerle nombre —dijo él con jovialidad dirigiéndose hacia ellas—. Quizá debía de haberos regalado uno para cada una.

—No, gracias —respondió Ana con rapidez. Le tendió la mano para que le ayudara a levantarse. Cuando estuvo en pie, agitó la falda, que se colocó por su propio peso. Llevaba una blusa de cachemira blanca introducida en la cinturilla—. ¿Qué ha pasado con tu madre? No pareces herido.

—Gracias al cielo me encuentro bien. Sobre lo que ha pasado, dudo mucho que quieras saberlo con exactitud.

—No te creas —respondió ella con una sonrisa maliciosa—. ¿Calcetines se queda o tendremos que esconderle?

Sabía que Ana era capaz de eso y más. Pero no era para tanto. La sangre no había llegado al río.

—Se queda —asintió—. Aunque he debido de prometer varias cosas.

—¿Cuáles? —preguntó ella con recelo.

—Nimiedades. El perro no puede deambular solo por cualquier lado de la casa, y mucho menos por la cocina. Esto, sin duda, es algo muy razonable. —Carolina se levantó y se quedó al lado de Ana para seguir escuchando las normas—. Cuando el perro sea más grande deberá dormir fuera, en las caballerizas.

—¿Por qué fuera? ¡Va a pasar frío! —Se quejó la niña frunciendo el ceño con disgusto.

—Calcetines se va a hacer muy grande, Carolina, y cuando pase eso, será mejor que se quede cuidando de los caballos —terció Ana.

Drew le agradeció mucho su intervención. Y prefirió no seguir hablando de normas y reglas. Mucho menos decirles que la bronca con su madre había sido tremenda. Incluso había sacado a colación que Carolina necesitaba una educación apropiada, y le había llegado a sugerir que debía buscar una buena escuela para ella e internarla. Por el momento, él se había negado y había aceptado contratar a una institutriz que se hiciese cargo de la pequeña. Pero hasta que los dos bandidos que les perseguían no apareciesen, Carolina iba a estar más segura bajo el techo de Headworth.

—Capitán, muchas gracias por dejar que duerma conmigo ahora —le dijo la pequeña, rodeándole las piernas con sus regordetes brazos—. Eres muy bueno y yo prometo que Calcetines se va a portar mejor que mejor.

Había tanta alegría y felicidad en el rostro de la pequeña que a Drew le costó tragar. Carolina era tan fuerte como Ana. Había perdido todo lo que más quería en la vida y, sin embargo, seguía el día a día afrontándolo todo con valentía, y aprovechando las pequeñas oportunidades que le regalaba el destino, con una sonrisa.

—Iré a buscarle una manta —dijo Ana—. Carolina, mientras puedes ponerle dentro de la caja frente a la chimenea para que esté más calentito. Drew ¿le puedo pedir a esa doncella tan arisca que está siempre pegada al culo... perdón, a la espalda de tu madre, que me preste una? —le preguntó caminando hacia la puerta, contoneando las caderas de una forma muy graciosa.

Esa doncella arisca era Leonor, y no era una sirvienta cualquiera. Se trataba del ama de llaves de Headworth y los ojos y oídos de su madre. En su niñez, tanto Richard como él habían sido castigados muchas veces por culpa de sus «soplos». Antes, siempre había tratado de evitarla y no encontrarse con ella, sin embargo, ahora todo era diferente. Drew se limitaba a ignorar sus miradas teñidas de fisgoneo. Era consciente de que él había cambiado, y los demás también se daban cuenta, aunque les costase aceptarlo.

—No te lo puedo asegurar, Ana. Es más fácil que algunos de los mozos de las cocheras te consigan una. Puedes decírselo a Jhon. —Estaba seguro de que el muchacho lo haría encantado. Tenía la sensación de que había sufrido un flechazo al conocer a su esposa. No podía culparle.

Ella se había parado en el hueco de la puerta y se llevó las manos a las caderas, un poco molesta.

—¿No puedo pedirselo a cualquier otra doncella?

—Leonor es la autoridad sobre el resto. Cualquiera de ellas tendría que pedirle permiso.

Ana pestañeó con sorpresa:

—¿Incluida yo?

Drew se encogió de hombros, formando una mueca compasiva con los labios.

—Puedes intentarlo. Sé tú misma y te granjearás la simpatía del personal. —Sabía que podía manejar el asunto incluso mejor que él.

La joven se limitó a mirarlo seriamente antes de abandonar la habitación. Comprendía que Ana no estaba pidiendo un milagro ni nada que supusiese un problema para nadie. De hecho, ella ahora era la dueña de Headworth. Pero sabía que a su madre ese concepto iba a costarle muchísimo. Estaba acostumbrada a ser la única dueña y señora, y la llegada de Ana y Carolina le molestaba mucho.

Ana siguió a pies juntillas el interesante consejo de Drew y tuvo que amenazar a Leonor con su colt para conseguir la dichosa manta.

Era deprimente para un hombre como él darse cuenta de que Ana había cumplido con un sueño de su niñez. Y mucho más deprimente tener que soportar a su exasperante madre, otra vez.

\*\*\*

Ana se pasó las manos por el talle del vestido verde jade que se había puesto para la cena. En el busto había un bonito drapeado en encaje, con escote tipo barco y corte acampanado en la falda. Era un vestido sencillo sin ninguna decoración en pedrería, pero el diseño del encaje lo hacía muy especial y bonito a la par que distinguido.

Sarah, una joven muy agradable de no más de diecisiete años, hija de Martha, la cocinera, le había elaborado una trenza en forma de cola de pez y le había colocado unos adornos verdes. Un tocado sencillo pero refinado que, además de realzar su hermosa cabellera, destacaba su sencillez y belleza.

En el exterior había comenzado a llover y a soplar el viento con fuerza. La noche era bastante fría y oscura. Los criados habían cerrado los postigos de las puertas y las ventanas que protegían la planta inferior de la casa. No solo contra tormentas, también de posibles intrusos que quisieran irrumpir.

Cuando Drew fue a buscar a Ana para la cena, se la quedó mirando con la boca abierta, sin ser capaz de articular ninguna palabra. Otra vez se inundó con los olores frescos y exquisitos de la noche en que la conoció. En aquella ocasión había sido una desconocida, y ahora era su esposa. No en los términos o de la manera en que él hubiese querido, pero su esposa, al fin y al cabo.

Su cuerpo protestó con ardor y sintió que la deseaba como jamás había deseado a ninguna otra mujer.

—Por tu sorprendente silencio no sé si es que me ves mal, o bien. ¿Demasiado simple para Headworth? —preguntó ella arqueando las cejas.

Él reaccionó con rapidez y sacudió la cabeza.

—Estas perfecta. —Sin poder evitarlo, sus ojos acariciaron la cremosa piel de sus hombros y el cuello—. Nos están esperando, ¿Estás lista?

Ella se ruborizó y bajó la mirada al suelo completamente perturbada. Drew había visto muchas veces ese rubor en sus mejillas. Sin embargo, no podía dejar de preguntarse si ella fingía esa apariencia o, por el contrario, era él quien la hacía sonrojar.

—Sí, cuando quieras.

—¿No vas a tener frío? Está casa siempre está helada, por muchas chimeneas que se enciendan— advirtió acercándose a ella para ofrecerle el brazo.

—Si lo tengo, será una excusa perfecta para abandonar el comedor.

La miró con atención.

—¿Sigues enfadada conmigo? —Había pensado que con lo del perro podía solucionar algo entre ellos.

Ana ladeó la cabeza.

—No es contigo con quien estoy enfadada, más bien con las circunstancias. —Levantó los ojos a él y Drew sintió que su corazón se lanzaba a galope en una loca carrera—. ¿Y tú seguirás enfadado mucho tiempo con mi mentira? Tenía que salir de Baltimore y...

Drew tensó su cuerpo, incluidos los músculos de su cara. ¿Por qué tenía que recordárselo?

—No quiero hablar de ello.

—¡No es justo! —exclamó Ana con ojos brillantes.

Drew suspiró y la enfrentó con la mirada. Ella había fruncido los labios y se asemejaban a un capullo de rosa.

—¿El que no es justo, Ana?

—¿Que no pueda defenderme! ¡Que prefieras creer a un pariente que ni me conoce y a una prima que no veo en años, antes que a mí! Ni siquiera me das una oportunidad para explicarme. Creo que estás llevando esto a un extremo inimaginable.

Drew aspiró profundo.

—Han sido días, semanas, estando contigo. Creyendo que estabas comprometida... Me has estado mintiendo, burlándote en mi cara. —Ella negó y quiso interrumpirle, pero Drew no se lo permitió—. ¿Quieres defenderte? De acuerdo. Hablaremos de esto y lo dejaremos solucionado, pero no ahora.

—¿Mañana?

Él asintió y la miró fijamente.

—Te prometo que mañana hablaremos de todo lo que tengamos que hablar.

—Eso si encuentras algún hueco libre y no estás ocupado.

—Llevas razón, y debo pedirte perdón por ello. Estos días no he estado muy pendiente de vosotras. —Lo había estado, aunque no lo había demostrado.

Llegaron al comedor después de que lo hiciese su madre, que farfullaba algo con Leonor. Seguramente aún seguían dándole vueltas al asunto de Ana y la manta. Richard también llegó en ese momento e intercambio algunas palabras con él relacionadas con la empresa.

Durante la cena, la conversación fue dirigida por Betsy, que no hacía más que contar cuándo y cómo iba a empezar a organizar una fiesta para presentar a Ana a todos los vecinos. Ana no parecía prestar demasiada atención y guardaba silencio mientras saboreaba los deliciosos platos que dos criados les fueron sirviendo. De vez en cuando, sus ojos se encontraban con la mirada de

él. Y era entonces cuando ella se apresuraba a retirarla para concentrarse en cualquier otra cosa. El capitán era del todo consciente de que la ponía nerviosa, por otra parte, estaba siendo muy descarado al observarla todo el rato y estudiar sus reacciones.

—¿No tienes nada que decir, querida Ana? —preguntó Betsy, limpiándose los labios delicadamente con la servilleta—. Llevo observándote un rato y no parece que te interese mucho el tema.

Ana tragó el bocado que tenía en la boca y bebió un poco de agua. Agitó la cabeza:

—En realidad, Drew me comentó que todos los años por Navidad solían hacer una fiesta. Personalmente aprovecharía este evento para conocer a los vecinos. ¿Qué dices tú? —le preguntó a él.

Drew le sonrió con aprobación. No solamente por su acertada decisión, sino porque Ana se había tomado su papel en serio y le sonreía como una joven enamorada. De no haber sabido que todo era parte del plan para que su familia no supiese que se habían casado por culpa de un chantaje, hasta se habría creído que Ana sentía algo por él. ¡Absurdo!

—Me parece perfecto, de ese modo se matan dos pájaros de un tiro —convino.

—Muchos pájaros estas matando últimamente —susurró ella.

Solo Drew fue capaz de oírla y soltó una carcajada. Betsy los miró frunciendo el ceño.

—¿Cómo dices, Ana? No te escuché.

La joven agitó la cabeza con gracia sublime y fingió una sonrisa dedicada a la mujer.

—Nada, señora Hayden. Está delicioso el pollo.

—Cerdo, querida. Estás comiendo cerdo.

Ana elevó las cejas muy suavemente.

—¿Ah, es cerdo?

—Yo también he creído que era pollo —dijo Drew guiñando un ojo a la joven. Otra vez Ana volvió a sonrojarse. Le gustaba verla así.

—Bien, pues entonces te presentaremos en Navidad, Ana. —Betsy asintió conforme.

Drew incluso pensó que le habían quitado a su madre un peso de encima, y desde luego, con toda seguridad, Ana no podía estar más feliz por eso. La conocía y sabía que lo que menos le apetecía era conocer a un montón de gente y convertirse en el centro de atención.

—Sí que me gustaría puntualizar algo —dijo Betsy con los ojos clavados en Drew—. Me niego a que tu esposa vuelva a amenazar a mis doncellas con un arma.

Ana fue a responder, pero Drew la detuvo con un gesto de manos. No tenía ganas de discusiones.

—Ella no quiso hacer eso, madre, y estoy seguro de que está muy arrepentida. ¿Verdad, cariño?

Ana llevó los ojos a él, molesta, mientras Betsy la miraba con el ceño fruncido. Fueron unos minutos llenos de tensión. Ana no daba su brazo a torcer y continuaba en silencio. Fue Betsy quien dijo al final:

—Eso espero. Es totalmente intolerable. Leonor se ha tenido que tomar un tranquilizante.

—Si me hubiera dado la manta, no habría pasado nada de esto —contestó Ana, fría.

—¿Pero entonces te parece bien el modo en que has actuado? —Inquirió Betsy, sin poder creer lo que ababa de escuchar.

—¡Por favor, madre! —La intención de Drew no fue la de levantar la voz, en cambio, en la exasperación no controló su tono—: ¡Ana solamente quería conseguir una manta, y por lo que yo sé, aquí debe haber de sobra!

—No te preocupes, Drew —intercaló Ana con dulzura—. Está visto que si necesito algo deberé ir yo misma a comprarlo a la ciudad. No tengo necesidad de estar mendigando ni necesito nada que Headworth pueda ofrecerme. La próxima vez lo haré así.

Drew se sintió muy dolido. ¿Dónde quedaba él como esposo y hombre?

—¡Me niego! —respondió—. Habiendo suministros aquí, no debes gastar tu dinero inútilmente. —Casi suplicante, clavó los ojos en ella aconsejándole que no entrara en el juego de su madre. Ya tendría algunas palabras con Betsy y le haría entender que Ana tenía todo el derecho del mundo a disponer de cualquier cosa que hubiese en la casa, sin necesidad de amenazar a nadie.

—Bienvenido al hogar, hermanito. —Richard, rompiendo un tanto la tensión del momento, levantó su copa en dirección a Drew en un brindis silencioso—. Y a ti también, querida cuñada. Me alegro de que formes parte de nuestra familia.

Ana observó a Richard frunciendo el ceño y, cogiendo su copa, bebió un buen trago. Drew trató de serenarse y también brindó con su hermano, que tenía el aspecto de estar divirtiéndose mucho con la velada y el vino.

Los relámpagos surcaban el cielo y la lluvia caía en torrentes contra los cristales de las ventanas. Pese a la ferocidad con la que acababa de despegar la tormenta, Ana aparentaba no sentir miedo, aunque, por dentro, cada vez que un trueno hacía vibrar los vidrios, temblaba por entero.

Más tarde se trasladaron a una comfortable sala donde el fuego ardía vivo en la chimenea. El suelo eran losas blancas y negras en forma de damero, y las paredes estaban enteladas en tonos cremas y rojos.

Ana escogió un sofá forrado en damasco beige y adornado con varios almohadones rojos, cercano a la lumbre, y aceptó un vaso de oporto que Richard le ofreció. Drew se sentó a su lado con una copa de brandi en la mano.

—Ana, tienes frío —preguntó él, percatándose de la piel erizada de sus brazos—. ¿Quieres que pida que traigan algo para cubrirte? ¿Una chalina?

—No, gracias. No voy a tardar mucho en retirarme. Estoy cansada.

La madre de todos los truenos retumbó entre la tormenta. El suelo y las paredes acogieron el estallido y, durante unos segundos, una luz brillante y potente atravesó las finas cortinas que cubrían la ventana. La tela ondeó ligeramente por la filtración de alguna corriente de aire.

Ana se puso en pie derramando su oporto y Drew se apresuró a imitarla.

—Tranquila. —Le quitó la copa de la mano y la dejó sobre una mesa cercana al sofá. Las

pupilas de Ana se habían dilatado y se había esfumado el color de su cara para dar paso a una piel tan pálida que parecía porcelana. Drew se sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta y, con ternura, empezó a limpiar la mano de la joven que chorreaba con el oporto. Ella parecía no notar nada—. ¿Estás bien? Es solo una tormenta. Pasará enseguida.

En la planta de arriba se escuchó un gran estruendo acompañado de cristales rotos.

—¡Carolina! —exclamó ella, asustada.

Drew salió disparado de la sala, seguido por Richard. Cuando llegó al corredor de la primera planta vio a Sarah con la niña en brazos.

—Ha caído un árbol en el mirador —explicaba la doncella aterrada, señalando el dormitorio.

Drew entró y observó que las ramas del árbol del jardín habían penetrado por la ventana, destrozando parte del muro. La lluvia caía racheada sobre el piso y el viento golpeaba con violencia sobre los muebles, agitando tanto la tapicería como los cuadros de las paredes. Él caminó con decisión hacia las ramas y trató de devolverlas al exterior. Eran demasiado pesadas para un hombre solo.

—¡Drew! —escuchó el grito de Ana entre los truenos—. ¡Sal de ahí ahora mismo! ¡El piso puede venirse abajo!

—¡Solo un momento! —Había logrado sacar fuera una de las ramas que había sido partida por el rayo. La otra seguía estando sujeta al árbol y no dejaba de balancearse con fuerza.

De pronto sintió que alguien le agarraba el brazo. Era Ana.

—¡Déjalo, Drew! ¡Es peligroso! —chilló ella para hacerse oír entre el viento y la lluvia.

Durante unos segundos, él estudió la situación. Con la tormenta aún en plena ebullición no podía hacer gran cosa. Asintió. Ella tenía razón. Era peligroso estar allí. Salieron del cuarto y cerraron la puerta.

—¿Cómo estáis? —preguntó Drew a la doncella que sostenía a Carolina de una mano.

—Estamos bien, señor. Ha sido el susto más que nada.

—Mañana iré a buscar trabajadores para que lo reparen —dijo Richard—. Lo importante es que todos estemos bien.

—Un jardinero debería haber podado las ramas de los árboles este otoño —apuntó uno de los criados que había servido la cena y que había subido diligente nada más escuchar el ruido.

—Sí, nos hemos descuidado en eso —convino Richard.

Drew prefirió no decir nada. No es que se hubieran descuidado. La simple y llana verdad era que siempre habían sido él o su padre quienes se había hecho cargo de estar pendientes del mantenimiento de la casa, al igual que de la empresa. Llegó a preguntarse si Richard y su madre se las apañarían bien cuando él ya no estuviese allí.

Drew pasó su atención a Ana. La joven se encontraba temblando, helada de frío al haber entrado en el dormitorio para sacarle de allí. ¡La valiente Ana!, se dijo con orgullo.

—Ven, te acompaño a la recámara para que entres en calor.

Ella se dejó llevar y permitió que él la sentase sobre la cama. La cubrió con los cobertores y

después avivó el fuego.

—Vuelvo enseguida. ¿Estarás bien?

—Sí —asintió ella. Se le habían soltado varios mechones de su cabello y los tenía adheridos a las delicadas mejillas. Sus labios estaban húmedos con un tono ligeramente morado.

Drew abandonó la habitación y se fue en busca de Sarah. Le ordenó que llevara a Carolina a otro dormitorio y, tras despedirse de su madre y de su hermano, regresó con Ana, no sin antes aprovisionarse de la botella de brandi del estudio.

—¿Carolina está bien? —le preguntó la joven nada más entrar en la alcoba. Seguía en el mismo sitio donde él la había dejado. Parecía un animalillo asustado, y sus enormes ojos grises, rodeados de tupidas pestañas, le miraban afligidos.

—Sí, no te preocupes por ella. La doncella se la llevó a su cuarto. —Sirvió la bebida y le alcanzó un vaso a la joven—. Con esto entrarás en calor. ¿Cómo te encuentras?

—El viento sigue gritando —susurró ella.

—Eso es lo malo de esta casa. La construyeron en la ladera pensando que, de ese modo, tendríamos nuestras tierras más vigiladas, pero no tuvieron en cuenta que desde aquí las tormentas son más crueles. —Buscó una toalla y se secó el cabello. Sentándose al lado de Ana observó el chisporroteo del fuego en la chimenea—. Yo mismo me tenía que haber acostumbrado a ellas, pero no lo hice nunca. Cuando era niño, la gente contaba que Headworth se había construido en tierras de la tribu de los Ojibwa. Ellos eran muy queridos por el poderoso dios Nanabozho. Pero corrían tiempos difíciles. Nosotros, el hombre blanco, habíamos llegado y estábamos arruinando su modo de vida con nuestras bebidas y enfermedades. Nanabozho vio entonces una forma de ayudar a los Ojibwa, aunque les advirtió que jamás podrían revelar al hombre blanco de su generosidad para con ellos, porque entonces su don se convertiría en maldición y se desvanecería entre las piedras.

—¿Cómo les ayudó? —preguntó ella con interés y más calmada.

—Le mostró al jefe de los Ojibwa una mina de plata. Durante un tiempo les fue muy bien, pero los Sioux sintieron envidia, de modo que una noche, uno de los exploradores se metió en el campamento y se enteró de su secreto. Quiso la providencia que este explorador, antes de regresar con su tribu a contar lo que había descubierto, se encontrase con el hombre blanco que, a base de emborracharle, le sonsacó la existencia de la mina.

—Típico de los hombres.

Drew asintió con un encogimiento de hombros.

—Nanabozho ese día invocó una poderosa tormenta. Los vientos aullaron y se desataron lluvias tan caudalosas que las olas del lago adquirieron la altura de las montañas. La tierra se tragó la mina y nunca nadie volvió a encontrarla. Sin embargo, las tormentas de Nanabozho se repiten para que no olvidemos su leyenda.

Ana se estremeció. Bebió de un sorbo todo el brandi y Drew le volvió a echar un poco más en el vaso.

—¿Tú crees esas historias, Drew? —le preguntó.

Él se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—Es posible que haya algo de cierto. No lo sé. —Drew también vació su copa y se levantó—. Voy a cambiarme de ropa y a lavarme un poco. ¿Te importa?

Ana negó con la cabeza. Él recogió el pantalón del pijama y un batín e ingresó tras el biombo. Se desprendió del pañuelo de seda del cuello y el chaleco. Caminó hacia la jofaina y, apoyando las manos a cada lado del mueble que la sostenía, suspiró hondo. Estaba nervioso y no entendía por qué. Respiró varias veces expulsando el aire lentamente entre sus dientes y después prosiguió quitándose el resto de la ropa. Con velocidad se lavó el torso, los brazos y la cara y se colocó el pijama. Por último, se puso el batín, que anudó con firmeza en su cintura. Antes de regresar junto a ella se frotó las manos y se peinó los cabellos con los dedos... Todo esto en un acto por tranquilizarse.

—Dime, Ana, tengo una curiosidad contigo.

La joven le miró intrigada.

—¿De qué se trata?

—Ya habías probado el brandi antes de aquella noche en que te lo di en Baltimore, ¿verdad?

Ella sonrió. Asintió.

—Fue un año que acompañé a mi abuelo y al capataz a marcar unas reses. Pasamos tres días fuera de casa y, debido al frío, dormíamos en la carreta. Por las mañanas, cuando despertaba, mi abuelo me esperaba junto al fuego con una taza de brandi. Era lo único que nos calentaba. Después, algunas noches en casa, mientras todos dormían, nosotros nos sentábamos en el porche a observar las estrellas, con una petaca bien llena. —Rio al recordarlo—. ¡Él era capaz de distinguir las constelaciones de un simple vistazo!

Era verdad, Ana era muy diferente a las mujeres que él conocía. Nunca dejaba de sorprenderlo, y por eso la amaba más todavía.

—Seguro que tu abuelo fue un gran hombre.

—Sí. —Ana se quitó el cobertor y se acomodó sobre el colchón. Le instó a que volviese a llenarle el vaso.

Drew arrastró el descalzador muy cerca de la cama y se sentó en él.

—Me alegro mucho de la decisión que has tomado sobre la presentación a los vecinos.

Ella se agitó incomoda y llevó sus ojos claros al techo. Después buscó los suyos.

—Creo que era lo mejor. Además, recuerdo que dijiste que este año no tenías mucho que celebrar.

Drew volvió a servir más bebida.

—Antes de regresar a casa tenía el pensamiento de hacer cosas diferentes a las que hacía antes y, desde luego, no se me había pasado por la cabeza la idea de casarme. El amor es para los románticos incrédulos que piensan que ese sentimiento puede con todo. Yo soy una persona más realista. —Por lo menos eso es lo que siempre había pensado antes de conocerla a ella, antes de enamorarse como un chiflado. Levantó las palmas de las manos para que Ana pudiera verlas—.

Esto y mi mente es lo que me permite seguir viviendo. La salud, el bienestar y el dinero es lo que hace que la vida sirva de algo.

—Sé sincero conmigo, Drew. ¿Qué es lo que esperas de nuestro matrimonio? Yo también tenía planes antes de llevar tu anillo en mi dedo. ¿Lo recuerdas? —Se deshizo la trenza alborotando el cabello y dejó las horquillas y los adornos sobre la mesilla.

—¿Cómo puedo olvidarlo? ¡Lo que ocurre es que los planes que me contabas no eran los que en realidad tenías! —Se arrepintió en el acto de decir aquello.

—¡Y seguirás reprochándomelo siempre! —le acusó, zaherida.

Estaba cansado. No sabía cómo afrontar las cosas abiertamente. ¿Qué quería Ana que le contestase? ¿Qué es lo que espera todo hombre de su matrimonio?

—Deseo que tengamos hijos y que cuidemos de ellos, juntos. Que podamos hablar como personas racionales, y nos tengamos respeto.

Ella lo miró con los labios entreabiertos.

—¿Y eso que has dicho no define precisamente al amor?

—No lo sé, Ana. En el amor hay pasión, hay afecto, hay preocupación. Y, sobre todo, hay confianza.

—Y eso es lo que no tenemos tú y yo, ¿verdad? Confianza.

—Tampoco hay pasión, creo. ¿Quieres que probemos?

—¡No!

Drew se levantó irritado, retiró el mueble del medio, recogió el vaso de Ana y lo colocó con el suyo sobre la cómoda. Apagó las luces dejando nada más que la lámpara de la mesilla más cerca de Ana.

—Mañana tengo que levantarme pronto —dijo, despojándose del batín—. ¿Necesitas ayuda para quitarte el vestido?

—¿Qué es lo que estás haciendo, Drew? —preguntó ella con los ojos abiertos como platos, al tiempo que lo veía meterse en la cama y taparse con los cobertores.

—Dormir. Ya te he dicho que mañana me espera un largo día.

—¿Vas a dormir aquí, conmigo?

Él se giró a ella para mirarla.

—¿Vamos a tener la misma conversación de esta mañana?

—Me parece que sí —respondió ella ofendida.

—Ana, no tengas miedo. No pienso ni acercarme a ti. —Rodó sobre el colchón dándole la espalda—. No tardes en meterte en la cama.

—Yo podría dormir en otra habitación.

—Mi familia se daría cuenta y tenemos un pacto. ¿Recuerdas?

—También puedo dormir en el suelo —dijo mirando con el rabillo del ojo las frías losas del piso. La alfombra que había bajo la cama medía solo un poco más que el armazón de madera y Ana no cabía sobre ella. Tampoco le apetecía dormir en el suelo. La tormenta había remitido en su

intensidad, pero la lluvia seguía acribillando los cristales del mirador.

Como Drew no contestó, agarró su camisón y se metió detrás del biombo para cambiarse. ¿Para qué iba a dormir en el suelo habiendo una cama tan grande?

El colchón se hundió ligeramente bajo el peso de ella. No sabía si iba a ser capaz de quedarse dormida con él a su lado.

—Buenas noches, Ana.

Por única respuesta, ella soltó un gruñido parecido al de Calcetines.

## Capítulo 19

Cuando Ana despertó al día siguiente, Drew había atizado el fuego y se había marchado ya. Durante un buen rato se quedó mirando la parte de la cama en la que él había dormido y, al final, se arrastró hasta allí para oler la fragancia que había dejado entre las sábanas. Recordó la conversación de la noche anterior sobre el amor y la pasión. Ana creía no conocer el amor ¿Pero podía ser que los sentimientos que Drew había despertado en ella durante el viaje fueran eso? ¿Podría ser que estuviese enamorada y no se hubiese dado cuenta?

«¡No!». Se incorporó sobre el colchón. «Drew solo me intriga».

Le atraía. Le gustaba.

«También lo amas, tonta»

Con energía, salió de la cama sorprendida por su descubrimiento, recogió la bata y corrió a calentarse frente a la chimenea. Intentó no pensar en ello. En ese momento lo más importante era demostrarle que se podía confiar en ella. Que no era una mentirosa y que todo lo que había hecho había sido por la necesidad y la desesperación, también porque David la había convencido, aunque no le podía echar todas las culpas a él. Ella sabía desde un principio que eso iba a pasar en cuanto Drew se enterase de todo, y debía afrontar las consecuencias de la mejor manera posible.

Esa mañana el cielo se había levantado tan gris que parecía estar cubierto por un gigantesco tejado de pizarra. De momento no llovía, sin embargo, lo más probable era que lo hiciese.

Se aseó y se vistió. Leonor la interrumpió cuando salía del dormitorio para ir a ver a Carolina. La viuda Hayden necesitaba hablar con ella y la esperaba en la sala del desayuno.

Estaba segura de que la bruja iba a reñirle por haber sacado su revólver a Leonor. Ya le había explicado a Drew que no había podido remediarlo, que la doncella se había excedido en sus modales y que le había faltado el respeto. Él lo había comprendido, o eso pensaba ella. Aunque también le había tenido que prometer que no iba a volver a ir armada dentro de la casa. Pero la madre de Drew estaba demasiado ofendida para perdonar algo así.

Cuando Ana entró en la cámara, la mujer la esperaba sentada frente a la mesa de comedor. Sobre el tablero, fabricado en madera de nogal, había una bandeja con diferentes jarras y otra repleta de dulces.

—Leonor, sírvele a Ana una taza de té —indicó a la doncella, al tiempo que, con la mano, le

señalaba a Ana la silla en la que debía sentarse.

—Gracias, pero yo no consumo té —advirtió la joven muy erguida. Tomó asiento de manera muy sobria en la silla y clavó los ojos en la criada con desafío—. Prefiero café.

Betsy Hayden asintió. Leonor entregó la taza a Ana y le acercó el azucarero.

—En este escaso tiempo apenas nos hemos visto, y me he dado cuenta de que deberíamos conocernos un poco —empezó diciendo la mujer. Estaban en la misma sala de la noche anterior, cuyo suelo era de damero blanco y negro.

Ana asintió con la cabeza. Esperaba que llegaran los reproches de un momento a otro.

—Esta casa y sus tierras son tan grandes y hermosas que los minutos no nos han alcanzado para ver todo. Debo felicitarla por tanta belleza, señora Hayden. —Aunque la residencia no estuviese echa para ella, debía admitir que era una construcción espléndida e imponente.

—Y dime, Ana, ¿tu familia a qué se dedica? —Betsy cogió un pequeño bizcocho con una elegancia sobrecogedora. Su mano huesuda y el bollo parecían uno solo, y ni una sola miga escapaba entre el trayecto del plato a la boca.

—Ya no me queda familia. Se dedicaban a la industria lechera y a la fabricación de helados.

—¿Fabricación de helados? —repitió con sorpresa—. ¡Qué interesante! ¿Tu padre era el dueño de alguna fábrica? —preguntó.

Ana asintió, orgullosa.

—Así es, poseyó varias instalaciones y bastantes trabajadores a su cargo. Pero cuando él falleció, mi abuelo lo vendió todo porque, con el rancho, no tenía tiempo para nada más.

—Una pena que tuviese que venderlo. —La mujer cogió una servilleta y, con delicadeza, la pasó sobre sus labios. Vestía de negro con un cuello alto y apretado que le daba un aspecto un tanto severo—. Me gustaría comentarte que no soy nada partidaria de la vida ociosa, de modo que creo que debemos buscarte alguna obligación en la casa. No sé, ¿sabes cocinar? O tal vez prefieras la plancha.

La insinuación de Betsy le sentó como una patada en el estómago. Tuvo que disimular la furia que inesperadamente bulló en su interior. ¡Ella no era nada inactiva ni haragana! ¡Nunca lo había sido! Se aclaró la voz antes de contestar. Estaba segura de que sus cuerdas vocales se habían perdido en algún lugar de su garganta.

—Con mi más sincero respeto, señora Hayden. Si yo hubiese venido a estas tierras a buscar ocupación, o mi abuela me hubiese educado para eso, le aseguro que ya lo habría hecho. Gracias a Dios no lo necesito, de momento. —Por lo menos, no trabajar en tareas del hogar.

—¿Entonces debo suponer que eres acaudalada?

Ana no dejó de advertir la forma tan desdeñosa en que sus ojos verdes la miraron. Betsy era una mujer hermosa, a pesar de rondar los sesenta años. Su piel era delicada y pálida; su cabello, dorado, recogido sobre la coronilla en un elaborado y sofisticado peinado con un pequeño tocado negro. Era caprichosa, desconsiderada... ¿Cómo podía ser la madre de Drew?

—Sí, lo soy —respondió Ana altanera—. Poseo una fortuna bastante considerable. Si piensa

que me he casado con su hijo por el dinero, sepa que está muy, pero que muy confundida conmigo.

Las mejillas de Betsy se sonrojaron.

—Lo siento si te he incomodado —se disculpó la mujer—. No sabía nada, Drew y yo apenas hemos cruzado unas palabras desde que llegó. Te voy a ser sincera, Ana, no me esperaba que Drew se casase y que no me dijese nada hasta poco antes de traerte. Pensé que era una broma, incluso cuando descendiste del coche.

—Sí, lo comprendo.

—Como sabrás, mi esposo falleció recientemente. —Ana asintió. La mujer se colocó las manos sobre el regazo y entrelazó los dedos. Sus ojos se clavaron en ella con desconfianza—. Esperaba que cuando Drew llegase tuviese toda mi atención, sin embargo, los primeros días era un continuo ir y venir, debido a ciertos bandidos con los que se cruzó en el camino. Después, pasó toda su atención a ti y a la niña.

Esa mujer estaba muy acostumbrada a tener a Drew a su lado y esa declaración causó pavor en Ana. Podía entender que amase a su hijo y que se preocupase por él. ¿Pero no debía ser feliz si tenía el mínimo indicio de que él también lo era?

—Lo lamento mucho, señora Hayden. Yo no he pretendido molestar.

—Lo sé, y es por eso por lo que debo advertirte de ciertas normas que llevamos en la casa. Imagino que tú, como persona adulta, entenderás que todo esto me preocupe, sin embargo, es justo que leagas comprender a esa niña que debe comportarse con corrección.

—No se preocupe por ella. Carolina no va a dar ningún problema.

—Le comenté a Drew que deberías llevarla a alguna escuela, no sé si ya te ha dicho algo.

Ana negó con la cabeza.

—Tampoco hemos tenido mucho tiempo para hablar. Me dijo que había mucho retraso en la contabilidad de la empresa.

—Sí, al parecer hemos dejado un poco de lado el asunto. Espero que no tarde mucho en ponerse al día. Por cierto, hay otra cosa. Se trata de la señorita Andrea Ranstrom. ¿La conoces?

—Ana negó. Tampoco le apetecía en absoluto conocerla ni hablar de ella—. Pero habré escuchado los rumores...

Asintió.

—Drew me contó.

—Bien, me alegro. Es seguro que en Navidades venga a cenar, como todos los socios y los hijos de los socios de mis hijos. Te agradecería que no montases ninguna escena de celos, y mucho menos que amenazases a alguno de mis invitados con volarles la cabeza.

Ana contó en silencio hasta cinco. Esa técnica siempre funcionaba. No, esa vez no. Ni siquiera le valió contar hasta diez.

—No se preocupe, señora Hayden. No pienso asistir. Fingiré una terrible jaqueca ese día. — Esa conversación la estaba dando ganas de vomitar. Poco menos que esa mujer la estaba recluyendo al papel de ¿qué? ¡Una doncella tenía más libertad que ella! Se apresuró a tomarse el

café y se puso en pie—. ¿Quiere darme alguna orden más o puedo marcharme ya?

—Puedes marcharte, y procura que ese perro no se cruce en mi camino.

Ana abandonó la estancia totalmente furiosa. Sin pensarlo, salió de la casa a pesar del viento. Allí respiró hondo con fuerza varias veces seguidas. ¿Por qué había tenido que elegir esas tierras para huir? Se maldijo una y mil veces. No pudo evitar que varias lágrimas rodasen por sus mejillas. Necesitaba tanto a sus abuelos...

Con largas zancadas llegó hasta las caballerizas, que no estaban muy lejos de la casa. Se limpió la cara con la manga de su vestido de fina lana. Dos mozos estaban revolviendo el heno y limpiando el establo. Uno de ellos era Jhon.

El olor del chaparrón y la resina se mezclaba con el de la madera que ardía en una chimenea de piedra, redonda, diseñada para estar al aire libre. Soltó un suspiro profundo.

—¿Necesita algo señora? —le preguntó Jhon, acercándose a ella con rapidez.

La joven agitó la cabeza, negando. Paseó la mirada sobre los caballos que estaban en sus cubículos. Los tres eran de tiro. Se acercó a verlos mejor. Sintió el terrible deseo de escapar de allí, al menos por unas horas.

—¿Podría montar uno?

Los dos muchachos se miraron preocupados. Uno asintió.

—Por supuesto, si lo desea puedo preparárselo. Creo que sería conveniente que se abrigara un poco, además tiene pinta de que va a llover fuerte y puede coger frío. También creo que uno de nosotros debería acompañarle. Los soldados se marcharon esta mañana y el capitán ha dicho que debemos estar vigilantes.

Por primera vez, Ana se dio cuenta de la ausencia de los militares. Asintió. Solo esperaba que el mozo que fuese con ella pudiera cabalgar a su altura.

—De acuerdo. No voy a tardar en cambiarme. —Giró en redondo y, como una exhalación, corrió a la casa. Había visto una forma de liberarse, aunque fuese solo por poco tiempo, de todo aquello que la oprimía.

Drew la vio desde la ventana del despacho. Se asustó pensando que alguno de los mozos le había hecho algo. Sabía que ella era muy capaz de defenderse sola, pero necesitaba saber por qué había salido sin nada de abrigo bajo la lluvia y a qué venían esas carreras.

Tomó su cazadora de piel oscura y bajó a las caballerizas. Cuando le dijeron que la señora quería montar, hizo que le preparasen a él también un caballo.

Ana llegó a paso ligero con las mejillas sonrosadas por la carrera. Llevaba el abrigo largo y, bajó él, los pantalones de hombre y una gruesa camisa de franela. También llevaba su pistolera. Se paró de golpe al ver a Drew.

—¿Qué ocurre? ¿No puedo salir a cabalgar? —le preguntó nerviosa, mirando en derredor, buscando a los empleados. Estaba segura de que ellos le habían llamado.

—He pensado que podríamos salir juntos y dar un paseo por los alrededores. Aprovecharíamos para hablar de eso que tanto te preocupa —dijo—. ¿Qué dices?

Respiró aliviada. No había esperado verlo hasta la hora de la comida, pero se alegró.

—Me gustaría mucho. Necesito ejercitarme un poco. ¿Te han llamado ellos? —Drew arqueó las cejas sin entender—. Los mozos. ¿Te han avisado de que iba a salir?

—No. Te vi por la ventana y supuse que te sucedía algo. ¿Has tenido algún problema con alguien? ¿Leonor?

—No. Está todo bien. —Tragó con dificultad y apartó la vista de él, desolada.

—¿Qué ocurre, Ana? —preguntó intranquilo, advirtiendo que ella no estaba diciendo la verdad.

—Nada. —Pasó a su lado en dirección a uno de los caballos—. Tu madre me ha dicho que debemos llevar a Carolina a una escuela.

Drew soltó un juramento entre dientes. Caminó hacia ella y le entregó un impermeable para que se lo pusiera sobre el abrigo.

—No le hagas caso. Mi madre no es feliz si no está manejando la vida de los demás. —Le ayudó a subir a la montura. Ella lo miró desde lo alto.

—No le gusto.

—No le suele gustar casi nadie. —Se encogió de hombros con indiferencia—. No debería de importarte, Ana. Basta que hagas como hacemos Richard y yo. —Ella lo miró con interés. Él estaba preparado para montar en el otro caballo. Levantó la vista y le echó un vistazo, divertido. Unas bonitas arrugas en la comisura de los ojos le volvieron más atractivo todavía—. Le damos la razón en todo y luego actuamos según nuestro criterio.

—¿Y ella no se da cuenta?

—No. Es posible que en algún momento vuelva a sacar el tema.

—Va a ser muy difícil vivir con ella —admitió Ana con las mejillas sonrosadas.

Por propia experiencia, Drew sabía que era complicado vivir con su madre. Ella solía discutir con los criados, con Richard, con su padre cuando este vivía. Su madre no tenía fama de ser una mujer bondadosa y agradable. Sin embargo, él siempre había sabido llevarla. También porque, como se pasaba el día entero en el despacho, apenas tenían contacto.

—Tengo que viajar a Duluth en un par de días. ¿Quieres acompañarme?

Ana se mordió el labio inferior y asintió sin pensarlo.

—Me gustaría mucho. —Drew se acomodó en su montura. Cogió las riendas de la joven para sacar a las bestias del establo. Se colocó a su lado cuando salieron al camino empedrado—. ¿Qué pasa con Carolina? ¿Se quedará aquí sola?

—Se puede quedar con Sarah. Solo serán un par de días.

—¿Por qué se han marchado los militares? —preguntó ella.

—Aunque no los veas por aquí, no significa que estén muy lejos. Entiendo que en estos momentos hay muchas personas que dependen de ellos. Seguirán haciendo rondas de vigilancia, pero si alguien intenta entrar en Headworth lo descubriremos enseguida. Además, también estoy yo, y Richard.

—Sabes que también puedes contar conmigo —dijo ella fanfarrona, dándose pequeños

toquecitos con los dedos en el revólver.

Drew sonrió.

—Primero deberás demostrarme qué es lo que sabes hacer, señorita presuntuosa.

—¿Señorita? —Ana espoleó su caballo y se lanzó al galope, gritando—. ¿Olvidas que soy señora?

Drew se mordió el labio inferior, observando cómo montura y amazona, formando un solo cuerpo, saltaban uno de los muros bajos de piedra. Ana lo miró sobre el hombro con una sonrisa de autosuficiencia. ¡Sería arrogante! Con una carcajada Drew azuzó su caballo.

La campiña estaba cubierta de nieve y cenagales. Era placentero observar la quietud que destilaba el paraje. En verano todo se cubría de amapolas y margaritas blancas y amarillas. Sin embargo, en aquella época del año todo era un sucio manto blanco, a excepción de los matojos que luchaban por abrirse camino entre la nieve y las charcas que inundaban las ondulaciones del terreno.

No supo sí él había logrado darle alcance o Ana se había dejado alcanzar, pero unos minutos después cabalgaba junto a ella hacia donde las montañas se recortaban. Le fascinaba verla montar a horcajadas. Tenía una habilidad asombrosa, a la par que una postura elegante y ¿por qué no decirlo? poco femenina. No obstante, le provocaba un deseo irrefrenable de poseerla.

Apenas hablaron nada durante el camino. Cada uno de ellos iba perdido en sus propios pensamientos, disfrutando del aire frío que les golpeaba los rostros, y de las finas agujas de lluvia que chocaban contra los impermeables.

—¡Me gusta esto! —exclamó Ana cuando se detuvieron. Los caballos no estaban acostumbrados a tanto ejercicio y resoplaban con fuerza. Se inclinó sobre el suyo y le palmeó la quijada—. Te has portado muy bien, muchacho.

Drew clavó los ojos en ella. Su belleza serena le maravillaba. Tenía las mejillas sonrosadas por el aire y sus labios brillaban excitantes. Parecía que la delgada lluvia que caía no le molestaba. Por unos segundos pudo imaginarla junto su abuelo, ayudándole con el ganado.

—Háblame de David.

Ana lo miró, se encogió de hombros enderezando su cuerpo y asintió.

—Él era mi vecino y tenía una granja cerca de casa. Se puede decir que nos hemos criado juntos. Sus padres y mis abuelos eran muy buenos amigos, y él y Patricia congeniaban muy bien, aunque a mí siempre me ha parecido un tonto del culo. —Drew rio por lo bajo. Cada día que pasaba descubría nuevas y desconocidas facetas de su joven esposa—. Nunca nos hemos llevado de fábula y, en más de una ocasión, terminábamos discutiendo, pero como Patricia siempre salía en su defensa, al final era yo quien perdía por ser una contra dos, además de que eran mayores que yo —explicó sin avergonzarse de admitirlo—. El día que Patri me dijo que se habían ennoviado me quedé sorprendida. No sabía cómo podía gustarle David, con lo enclenque que era. —Se encogió de hombros—. La abuela me dijo que era porque siempre había un roto para un descosido.

—De modo que David era el prometido de tu hermana.

—Sí. De todas formas, aparte de llevarme una sorpresa, me sentí engañada y traicionada. Ellos empezaron a mirarse con ojitos de bobos y buscaban sitios para esconderse.

—Lo normal, ¿no?

Las mejillas de Ana subieron de tono.

—Pues no lo sé. Parecían un poco estúpidos los dos, por eso yo disfrutaba espiándolos y molestándolos. Pero, después, cuando pasó todo lo demás, David fue la única persona que me quedó. —Se la humedecieron los ojos y bajó la mirada al suelo para poder controlar el llanto. Drew se inclinó sobre ella y, con mucha ternura, le acarició la mejilla—. Aunque sea un tonto del culo lo quiero. Qué remedio, ¿no?

—Tuviste suerte de tener a alguien tan cercano en esos momentos.

Ana lo miró tras haber pasado el momento de nostalgia.

—Cuando murió tu padre ¿tuviste alguien en quien apoyarte?

—No.

Ella lo miró con compasión, pero él no quería que lo mirase así. Había amado a su padre. Pero también lo había odiado. Había sacrificado parte de su vida para que se sintiese orgulloso de él. Mientras Richard disfrutaba de excursiones, viajes, fiestas y días de ocio y diversión, él administraba toda la contabilidad y se preocupaba de que los negocios no flojeasen ni supusiesen pérdidas. Pero también había esperado que su padre reconociese su mérito y su buen hacer. En vez de eso, cuando se escuchaba que podía estallar la guerra de un momento a otro, Drew había oído una conversación entre su padre y el tío Edward, donde los dos apostaban a que él jamás sería lo suficientemente hombre como para ir al frente. Comentaban que debía de ser la única persona que no tenía sangre en las venas. Al día siguiente, se presentó voluntario al ejército.

—Drew —le llamó Ana, sacándole de sus pensamientos—, de un modo u otro yo pensaba viajar aquí, por eso David y yo montamos esa pantomima. Es cierto que él lo ideó y yo debí de oponerme, pero no lo hice. Soy un poco inquieta, cabezona y es posible que tenga muy mal genio, pero no soy mala persona.

—Supongo que todos somos víctimas de las circunstancias.

—Pero sé que no debí engañarte de esa manera y me siento muy culpable por ello.

Ana parecía sincera, pero Drew no estaba tranquilo del todo. ¿Cómo confiar si su propio padre, que creía que era la persona que más lo quería y lo respetaba, no lo había hecho?

—Dime la verdad, Ana, por favor. Cuando llegamos aquí ¿no planeaste nada con tu prima?

—Te prometo que no, Drew. Solo la vi una tarde y me bastó para comprobar que su esposo no me gustaba. Mela me dijo que, si dejaba que se hiciese cargo de Carolina, retiraban el chantaje que te habían hecho, y que yo podía hacer lo que siempre he deseado: dedicarme a mi rancho.

Drew la miró extrañado.

—¿Por qué no aceptaste?

La respuesta era muy obvia.

—Me encariñé con Carolina. No podía dejarla con ellos.

## Capítulo 20

Ana se dirigía al comedor cuando Richard se interpuso en su camino. El hombre parecía que acababa de salir de una tina de alcohol.

—Ana —saludó, sonriéndole.

—Richard —respondió ella sin devolverle el gesto. Aparte del alcohol, el tabaco debía ser otra de sus aficiones.

—Usted me intriga, ¿sabe?

La joven arqueó las cejas.

—¿Y cómo es eso? ¿He actuado de alguna manera que... humm... le haga sospechar algo de mí? —le preguntó, entornando los ojos.

—¡No, no, claro que no! ¡Líbreme Dios! —exclamó con una risa forzada y exagerada.

—Entonces, me temo que no lo entiendo.

—Lo que sucede es que comprendo que Drew se haya enamorado de usted. Es bella e inteligente, e incluso diría que divertida. Pero, Ana, dígame, se lo suplico ¿qué es lo que vio en mi hermano?

Ella pestañeó con sorpresa. ¿Qué clase de pregunta era esa?

—Drew es un hombre simpático, guapo y atento...

—¡Miente! Él es la persona menos sociable que he conocido nunca. Jamás se ha interesado en nada que no sea su trabajo. Odia salir de su despacho ni ser molestado. Es más, casi debíamos obligarle a que recibiese a las visitas que venían. Drew es aburrido, soso y un déspota orgulloso.

—¿Por qué dice todas esas cosas de él? —le recriminó Ana, enojada. Sintió una rabia infinita de que alguien pudiese hablar así de su propio hermano. ¡Drew no era ninguno de los adjetivos que Richard había dicho!—. ¿Qué gana con eso?

Richard levantó el dedo índice, se rozó con él la punta de la nariz y la señaló.

—La cuestión es, querida mía, ¿qué gana usted? —respondió con frialdad.

Ana apretó la mandíbula con fuerza. En la mañana había sido la madre, y ahora el hijo. ¿Es que el único cuerdo de toda la familia era Drew? Paseó los ojos sobre Richard mirándolo con atención. Él vestía un traje pantalón color café, con la chaqueta cortada por delante y largos faldones atrás.

—Al parecer, un cuñado estúpido, egoísta y borracho. Pero no se preocupe, que todo eso debe

de tener cura.

Los ojos de Richard brillaron con incredulidad y admiración, incluso se atrevió a sonreírle. Al contrario de Drew, su cabello era castaño oscuro y lo llevaba recortado sobre la nuca. Incluso su mirada sombría era diferente. Mientras que los ojos de Drew eran verdes, muy similar a los de su madre, los de Richard eran marrones y ligeramente hundidos.

—Algunos podrían pensar que se ha casado por interés, Ana.

«Este hombre es estúpido o se lo hace», se dijo indignada.

—Por mí, pueden creer lo que gusten —respondió desafiante—: Déjeme preguntarle algo, Richard. ¿La señorita Ranstrom también estaba interesada por algo en especial en su hermano?

—Por supuesto que sí. —Se apresuró a reconocer, sin ni siquiera detenerse a pensarlo—: De su dinero. ¿De qué otra cosa podía ser?

Como Ana no sabía si creerle o no, alzó la barbilla con orgullo y le dijo:

—Es una lástima que tenga usted a su hermano en tan baja estima. Drew no es aburrido en absoluto. Es honrado, noble y la persona más valiente y comprensiva que conozco, además sepa que... —Se arrepintió de lo que iba a decirle y agitó la cabeza. Era Drew y no ella quien debía informarle que dejaría la contabilidad para dedicarse a la cría de caballos—. Es un buen hombre y yo lo amo. Y ahora, si me disculpa, voy al comedor, que no quiero hacer esperar a su madre.

—¿Y Drew no viene? —preguntó él, fingiendo buscarlo con la mirada—. Es posible que siga estando demasiado ocupado, ¿verdad?

Los dientes de Ana rechinaron por la presión ejercida. Richard no iba a lograr dejar mal a su esposo gratuitamente.

—Para serle sincera, no lo sé con seguridad. La última vez que hablé con él, me dijo que usted le había dejado un buen rompecabezas con las cuentas. Debería sentirse culpable por ello, Richard. A veces uno no puede navegar en embarcaciones que le vienen grandes.

Si le había enfadado, o avergonzado, no la importó en absoluto. Pasó junto a él sin mirarlo.

Desde lo alto de las escaleras, parapetado tras una columna, Drew había seguido toda la conversación con una sonrisa en los labios. No le había tomado por sorpresa que Richard tuviese ese concepto de él. Pero sí el criterio que tenía Ana, aunque, de todo lo que había dicho, se había quedado con el «yo lo amo». Por supuesto, ella había estado interpretando su papel, se dijo. Sin embargo, escuchar esas palabras de su boca le había hecho sentir bien. Tal vez algún día, ella podría llegar a sentirlo de verdad.

Esperó un poco para entrar en el comedor y, cuando puso el primer pie en el interior, su madre se dirigió a él mostrando su lado más amable y encantador. Todos habían tomado asiento ya.

—¡Drew, querido! No sabía si hoy ibas a unirte a nosotros. Le había dicho a Leonor que te preparase una bandeja.

—No hacía falta, madre. Me gusta mucho comer en compañía de mi esposa, y en la vuestra, claro está —respondió dirigiéndose a la silla continua de Ana. Antes de sentarse, sonrió a la joven de un modo formal.

—Eso es nuevo, hermanito.

Drew echó el asiento atrás, pero cuando escuchó la voz irónica de Richard, se paró con la mano en el respaldo de la silla. Lo miró, serio. Intentó pensar cuándo él y su hermano habían dejado de sentir afecto el uno por el otro. Recordaba de que, de niños, en los veranos que debían dejar la escuela donde estaban internados, compartían juntos excursiones y juegos. Después, cuando ambos regresaron a Headworth definitivamente para quedarse, habían comenzado a hacer cosas diferentes. Él se había dedicado en cuerpo y alma a la empresa, mientras Richard... ¿Qué había hecho Richard? No podía recordarlo. Supo que se unió a la empresa estando al frente de la oficina comercial de Duluth.

Tomó asiento y movió la cabeza de arriba abajo varias veces seguidas.

—Estos últimos años me he aficionado a muchas cosas nuevas. Por cierto, he de comunicaros algunas de ellas.

—Si has encontrado algo extraño en las cuentas, tu tío Edward... —Como siempre, la materialista de su madre solo pensaba en eso. Parecía que su vida giraba en torno a la economía.

—No se trata de nada de eso —la interrumpió. Notó que Ana lo miraba intrigada. Al contrario de los otros dos, que lo hacían preocupados—. En un par de días voy a viajar a Duluth y Ana va a acompañarme.

—¿Vas a llevarla en los negocios? —Inquirió su madre, pasando la vista a Ana. Sacudió la cabeza—. No es por que no vayas, querida. Pero hace mucho frío y te vas a aburrir. Por otro lado, hace escasamente una semana que has llegado de un largo viaje y deberías descansar. Dentro de poco será Navidad.

—No se preocupe por mí —contestó Ana—. Estoy encantada de hacer este viaje con Drew.

—Estaremos de regreso antes de las fiestas. Carolina ha hecho muy buenas migas con Sarah, de modo que se quedará a su cargo —siguió diciendo Drew. Aspiró una fuerte bocanada de aire y miró a su madre y a su hermano con determinación—. En primavera, mi esposa, Carolina y yo, nos mudaremos. Ana siempre ha querido poseer un rancho, y yo me he dado cuenta en este tiempo de que quiero dedicarme a los caballos. —Satisfecho, vio cómo la cara de Ana se llenaba de felicidad. Los ojos grises le miraban con orgullo y admiración, y eso hizo que su pecho rebosase de seguridad.

—Pero ¿qué pasará con la empresa? —preguntó Betsy, con el rostro desencajado.

—Richard y el tío Edward pueden llevarlo, si deciden continuar con el negocio.

—Hermanito, ¿olvidas que tú eres el heredero de Headworth? —inquirió Richard, observándole con los ojos a punto de salir de las orbitas.

—Por eso no hay que preocuparse —respondió Drew, tomando la servilleta con calma—. Ya hablaremos de cómo repartiremos la herencia. Y como ya he dicho, este sitio no me interesa demasiado.

—Pero ¿cómo puedes decir eso?! —vociferó Betsy con estridencia.

Drew miró a su madre alzando las cejas unos milímetros.

—Es la verdad. He pasado toda mi juventud encerrado en un despacho oscuro, privándome de la libertad de hacer otras cosas.

—¡Eso te gustaba!

—¡No! ¡Eso es lo que tú y padre queríais de mí!

Los criados no se atrevieron a servir la comida y prefirieron esperar junto a la mesa, donde habían dejado reposando una sopera y la bandeja de los asados. Tanto Betsy como Drew gritaban.

—¡No sabes hacer otra cosa que no sea eso Drew! —refutó la mujer.

Sabía que su madre no se lo iba a tomar bien, pero esa reacción por parte de ella era desmesurada. Ana y Richard los miraban sin pronunciar palabra, cosa que él agradeció.

—He tomado una decisión.

—¡Pues no encuentro razón en lo que dices! ¿Qué haré cuando nuestros conocidos me pregunten por qué no estás en Headworth?

Drew frunció el ceño. Se encogió de hombros.

—No importa lo que digas, madre.

Betsy se puso en pie echando la silla atrás con furia.

—¡No te entiendo, Drew! ¿Cómo has cambiado tanto?

Él también se levantó.

—¡No lo he hecho! —La miró fijamente, tratando de llegar a su corazón—. ¿No te das cuenta de que siempre he sido así? —Arrojó la servilleta sobre el plato—. Para ti no soy más que la persona que lleva la contabilidad de la casa y la empresa. ¡Por Dios! Soy tu hijo. ¡Un capitán de la Unión condecorado con honores! ¿Cuántos oficiales conoces con mi rango? —Su madre no era consciente de la posición que había adquirido. Debía sentirse orgullosa y, sin embargo, no había sido capaz de preguntarle nada sobre los años que había pasado lejos de allí, arriesgando su vida por la patria. ¡Muchos! ¡Eran muchos los que lo admiraban por sus logros! Excepto ella.

Y, en aquella ocasión, Betsy tampoco respondió como él había esperado. Se limitó a mirarlo fulminándole con la mirada. No soportando aquella tensión, Drew se disculpó con todos y abandonó el comedor.

—Espera, Drew. —Ana lo detuvo antes de llegar a la escalera principal y le apoyó la mano en el brazo. Ella había corrido detrás de él desde el comedor.

Él se giró, negándose a mirarla a los ojos. Lo único que deseaba era quedarse solo para lamerse las heridas, como siempre había hecho.

—¿Qué es lo que ha pasado ahí dentro? —le preguntó ella, tratando de hacer que la mirase. Jadeaba con suavidad.

Drew sacudió la cabeza. El nudo que tenía en su pecho le impedía hablar, y no quería arriesgarse a hacerlo por no romper a llorar como un niño pequeño delante de ella. Nunca había llorado. ¡Jamás!

Ana le rodeó la cintura con sus brazos y se apretó contra su pecho. Drew tardó varios largos segundos en devolverle el abrazo. Aquel gesto de consuelo era algo que nunca había recibido y le

llenó el corazón de ternura. Se dejó envolver por aquel olor fresco y dulce y, sin poder evitarlo, alzó la cabeza de Ana y se apoderó de sus labios. El primer contacto fue suave, cálido, pero tras pasar el momento inicial de consuelo, su boca se aferró a la de ella con desesperación. No supo cuánto tiempo la tuvo entre sus brazos, saboreando sus deliciosos labios. De la única persona que en verdad le importaba. Se apartó con suavidad de ella y tragó con dificultad. Clavó sus ojos en los grises que lo miraban traspasándole el alma. Buscó el asomo de compasión que imaginó que encontraría, pero se confundió. Lo que había en los ojos de Ana fue comprensión y lealtad. Su Ana. Su querida Ana.

Drew se dio la vuelta y subió los escalones de dos en dos.

## Capítulo 21

Ana se quedó mirando la espalda de Drew sin saber qué hacer o dónde ir. Apretó los puños con fuerza y, sin pensarlo, regresó al comedor. Tanto Betsy como Richard guardaron silencio en cuanto ella entró. Pero Ana no se acercó a su sitio. Miró a uno y a otro sin acobardarse.

—Ahora puedo entender por qué él no quiso quedarse aquí cuando empezó el conflicto. — Betsy fue a decir algo, sin embargo, Ana no la dejó. Tenía tanta rabia por dentro que, si no hablaba, explotaba—. No puedo entender este concepto de familia amorosa que pintan, ni sus rigurosas normas, ni por supuesto que sean capaces de tratar a Drew como no si fuese nada suyo. Si yo hubiera estado en su lugar, también me habría alejado para olvidarme de todo y borrar la crueldad en el mal trato recibido. —Le tembló la voz al recordar toda la tristeza y decepción que acababa de ver en los ojos de Drew hacía unos minutos. Sacudió la cabeza—. Su regimiento lo elogia, sus superiores lo consideran uno de los mejores capitanes del ejército. No le importaba dar la vida por todos nosotros. Pero ustedes no saben valorar la clase de persona que es. Porque es un hombre que vive, que respira, y que tiene el mismo derecho que los demás a ser feliz. Lo siento, pero me avergüenzo de que ahora ustedes sean mi familia.

Cuando dejó de hablar, ni Richard ni Betsy se atrevieron a abrir la boca. La miraban inmóviles y, por primera vez, Ana no vio en sus miradas ni rencores, ni egoísmos. Solo percibió culpa.

Salió del comedor a la carrera y solo se detuvo un segundo para recogerse las faldas y subir las escaleras. Buscó a Drew en el despacho, sin embargo, no estaba allí. Lo encontró en el dormitorio, sentado sobre la cama, con los ojos clavados en la chimenea. Él levantó la cabeza cuando la escuchó entrar, pero no la miró.

—¿Qué haces aquí, Ana?

—Quiero estar contigo.

—Prefiero estar solo.

Una lamparita iluminaba el dormitorio desde encima de la chimenea. Ella subió a la cama y llegó hasta él desde atrás. De rodillas sobre el colchón lo abrazó con fuerza posando la cabeza en su cuello.

—No pienso dejarte solo. —Él se tensó—. ¿No me oyes? ¡Quiero estar contigo!

Drew se desprendió de sus brazos, se levantó y caminó hacia la chimenea. Agarró la repisa con tanta fuerza que sus nudillos se tornaron blancos.

—Ahora no es buen momento, Ana, por favor. Déjame. Prefiero estar solo.

Ana sacudió la cabeza. Se negaba a abandonarle. Él jamás lo habría hecho con ella y lo sabía. Volvió a bajar de la cama.

—No voy a marcharme, Drew.

Él por fin se dio la vuelta. Tenía los ojos rojos y su rostro era una máscara sin emoción ni sentimiento. Ana se apretó los labios para no dejar escapar el llanto. No soportaba ver a Drew así. Parecía un hombre destruido. Él no merecía aquello.

—No debí haber dado la noticia en el comedor —dijo él con voz ronca y rasposa agitando la cabeza. Se había quitado la chaqueta y estaba en mangas de camisa. Los empleados estaban desabotonados hasta la cintura y su piel olivácea resaltaba contra la prenda—. Imagino que tenía que haber sido más sutil y haber solicitado primero una reunión con ellos. Lamento mucho el bochorno que te he provocado.

Ana terminó de acercarse a él y bajó la mirada por el vigoroso torso, hasta quedar prendida en la cinturilla del pantalón. Los músculos de su abdomen estaban poderosamente firmes y sus desobedientes manos se plantaron en los firmes costados, tocándolo con suavidad. No podía apartar los ojos del vientre fuerte y duro.

—Debes perdonarme, Drew —susurró ella, subiendo involuntariamente las manos con lentitud hasta alcanzar la altura del pecho—. Creo que... he hablado de más a tu madre y a tu hermano. —Comenzó a acariciarle los pectorales, fascinada con su dureza. Él la cogió ambas manos y, aunque no se las apartó, la hizo detenerse. Entonces Ana no tuvo más remedio que alzar los ojos a los de él—. Les he recriminado su comportamiento. ¡Sé que no tenía derecho hacerlo! Pero... —Repentinamente sus ojos se llenaron de lágrimas y pestañeó con fuerza en un intento por retenerlas—. Debía hacerlo.

Drew le apretó las manos con cariño.

—No quiero tu compasión, Ana.

—¡Te prometo que no lo es! No te compadezco en absoluto, es todo lo contrario. Te admiro por cada una de las cosas que has hecho. —Él frunció el ceño—. Sé que no me crees, y no te culpo.

—No se trata de eso, Ana. La verdad es que ellos llevan razón. Todo lo que te dijo Richard antes de entrar en el comedor era verdad.

Ana agitó la cabeza, sorprendida de que él los hubiese escuchado.

—¡Ese no eras tú! —«Era alguien diferente».

—Pero una vez lo fui —insistió.

Ana tenía la cabeza echada hacia atrás para poder verle la cara. No soportaba que sufriese de esa manera.

—¡Era tu pasado! —replicó—. Igual que mi pasado era ser... un diablillo. ¡Sí! ¡No me mires así! Era de ese modo como me han llamado toda la vida. Diableja, porque actuaba como un varón. —Sonrió, aunque al final las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas sin poder evitarlo—. Mi comportamiento les hacía gracia, les divertía a todos, y yo, como quería agradecerlos, seguí

procediendo de la misma manera. ¡Claro que a veces envidiaba a Patricia y sus muñecas! Pero el abuelo decía que eso era de personas débiles y blandengues, y que era una suerte que yo no fuese así.

Drew la miró con fijeza y en silencio durante unos minutos. El cabello leonado caía hasta sus hombros, el semblante recto y firme estaba inmóvil y los ojos verdes que la dejaban sin respiración dominaban su voluntad. Ana esperaba que dijese algo, que riese, que hiciese algún comentario. Era la primera vez que confesaba, no solo a él, sino a ella misma, lo que en verdad habías sentido siempre.

Sin embargo, él inclinó la cabeza sobre ella y la besó.

De pronto, Ana estaba en sus brazos dejando que su boca explorase la suya. Sin pensarlo, alzó las manos a su cuello y enredó los dedos entre los espesos mechones que le cubrían la nuca. Nunca había sentido nada igual. Aquel beso era muy diferente a los otros. Estaba lleno de fuerza, de ansiedad, tan cargado de emociones que sintió que comenzaba a marearse. Sus cuerpos estaban tan pegados que era imposible saber dónde empezaba uno y dónde terminaba el otro.

Ana notó que el estómago se le subía a la garganta cuando las manos de Drew comenzaron a desabrocharle los corchetes de la espalda de su vestido. Pudo haberse apartado de él, pero no lo hizo. Le gustaba demasiado la manera en que la besaba, el sabor cálido de su boca, el modo en que sus dientes mordisqueaban su labio inferior con una dulzura infinita.

Él levantó la cabeza y los ojos de Ana quedaron atrapados en los suyos, que la miraban embelesados.

—Eres hermosa. —Sus dientes blancos brillaron en la sombra, como los de un lobo.

Aquellas palabras y la forma de mirarla aceleraron su pulso. Ana se armó de valor. Su respiración se volvió irregular. Se alzó de puntillas y le entregó nuevamente sus labios al tiempo que le arrastraba la camisa hacia arriba, sacándosela del cuerpo. Interrumpió el beso para mirarlo fascinada. Los tendones y las venas masculinas destacaban desde los poderosos hombros hasta las manos. Incapaz de dejar de mirarlo, se alteró. Todos los músculos del cuerpo de Drew estaban tensos, sus fuertes hombros subían y bajaban con cada respiración.

El capitán hizo lo mismo con su vestido y lo arrastró hasta que la prenda quedó hecha un revoltijo a sus pies. Escondidos por la diáfana tela de la camisola, los senos de Ana asomaban tímidamente de la puntilla que la adornaba.

Con la respiración agitada, ella se desprendió de la prenda y contuvo el aliento cuando los ojos verdes se clavaron en sus pechos desnudos. Él la miraba tan fijamente que sintió la necesidad de cubrirse. Levantó las manos con la intención de hacerlo, pero Drew se las cogió negando con la cabeza. Empezó a darle pequeños besos en el interior de las muñecas y fue subiendo despacio por los antebrazos. Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Ana cuando Drew se inclinó hacia ella y su boca cambió de dirección para hundir los labios entre sus pechos.

Ana ahogó una exclamación y, sin pensarlo, se aferró a sus fuertes hombros. Sentía que se derretía envuelta por la pasión.

Él la cogió en brazos, las palabras sobraban, y la puso sobre la cama sin dejar de besarla desde el centro del pecho marcando un ardiente camino hasta su garganta. Ella cerró los ojos, extasiada. Una multitud de violentas emociones la recorrían por entero.

Las manos de Drew, de un modo muy provocativo, acariciaban el cuerpo femenino arrancándole suspiros. Tan pronto estaba besándola en los labios, como deslizando la lengua por su hombro y siguiendo la delgada línea del mentón, al tiempo que susurraba su nombre una y otra vez.

Ana le rodeó el cuello cuando él se colocó encima. No apoyaba su cuerpo directamente sobre ella. Con una mano la instó a que abriese las piernas y él se fue acomodando entre ellas con cuidado. Extremadamente suave, empezó acariciarle la parte interior de los muslos. Llevaba los dedos desde atrás de las rodillas hacia arriba, dejando un reguero de fuego y de sensaciones por todo su cuerpo. La mano de Drew se detenía antes de alcanzar la unión de sus piernas y, cada vez, ella se abría más para que lograra alcanzarlo. El estómago de Ana se contraía esperando el momento. Y se contrajo mucho más cuando al final él cubrió su sexo con la mano. Ana dejó de respirar, sintiendo que enloquecía. Le clavó las uñas en los hombros.

Todo lo que sucedió después fue increíble y maravilloso. Ana perdió su virginidad en una vorágine de fuego que la hizo tocar el cielo con las manos. Todo su cuerpo acogió al de Drew y ambos emprendieron un viaje al infinito, donde nada ni nadie existía, más que ellos dos y su propio universo.

\*\*\*

Drew se despertó abrazado al tibio cuerpo de Ana. Ella estaba acurrucada contra él, con el rostro girado hacia su pecho, con el rubio y sedoso cabello extendido tras ella sobre la almohada y el colchón.

Posó los labios en su coronilla y respiró su fragancia inundándose del olor que llevaba volviéndolo loco desde el mismo momento en que la había conocido. Sonrió al recordar la noche que acababan de pasar. La valiente Ana lo había sorprendido enfrentándose a su timidez virginal, para volverse osada y complaciente. Y lo había logrado con éxito.

En la chimenea apenas había unas pocas brasas, razón por la cual el cuarto estaba más bien frío. Con renuencia, abandonó la cama y buscó sus ropas. Una vez que estuvo vestido y aseado atizó el fuego de la lumbre y recorrió las cortinas. Durante largos minutos se quedó parado ante el mirador, observando absorto el firmamento. Estaba amaneciendo y su luz amarilla, naranja y roja comenzaba a asomar con languidez.

—¿Drew?

Volvió los ojos hacia Ana, que se había movido ligeramente en el lecho al no encontrar su cuerpo.

—Estoy aquí —susurró, caminando hacia ella.

La joven abrió los párpados lentamente, pestañeando cada vez para aclarar su visión. En cuanto sus ojos chocaron, Ana le regaló una sonrisa vergonzosa.

—Tengo hambre —le dijo, estirándose bajo los cobertores, al tiempo que sus ojos grises buscaban con disimulo algo de ropa que ponerse.

Drew también necesitaba comer algo.

—Iba a bajar ahora mismo al comedor. Si te das prisa, te espero.

No le intimidaba encontrarse con Richard, que era el único que podía estar despierto, si no se había excedido mucho con la bebida la noche anterior. Su madre aún seguiría dormida, y aun cuando no lo estuviese, solía bajar bastante tarde. Era consciente de que los próximos encuentros con ellos iban a ser tensos, eso si no discutían. Pero teniendo a Ana de su lado, sentía una seguridad que le impedía dudar sobre sus propósitos.

—A la orden, capitán —respondió ella haciéndolo reír—. ¿Te importaría darte la vuelta?

Drew, con las cejas alzadas, le tendió una mano para ayudarla a incorporarse. Ella se la cogió y sacó las piernas por un lado de la cama. Pero no se levantó ni se destapó.

—¿No crees que ya he visto lo que tratas de ocultarme? —le preguntó él, con diversión.

Ella, ruborizada, se humedeció los labios.

—Pero no me parece... correcto. Además, anoche estaba muy oscuro.

Drew se sorprendió más todavía.

—¿Desde cuándo no es correcto que un marido vea a su esposa desnuda?

Ella se encogió de hombros.

—Hace frío.

—No, no lo hace.

—De acuerdo, ¿Te ha dicho alguien que eres un cabezota?

—Es posible.

Ana se levantó echando la colcha a un lado. Su piel cremosa y aterciopelada brilló bañada por la luz de la mañana. Sin poder contenerse, Drew le rodeó el talle y la abrigó con su cuerpo.

—¿De verdad tienes mucha hambre? —preguntó él con un hondo lamento. Antes de que Ana pudiese responder, llamaron con suavidad a la puerta. Ambos se miraron con los ceños fruncidos. Drew resopló y sacudió la cabeza—. Será mejor que te vistas.

La joven asintió y salió de entre sus brazos para meterse tras el biombo. Drew cerró los ojos unos segundos respirando profundamente. Al otro lado de la puerta estaba Richard. Vestía de oscuro, con un pañuelo al cuello en tonos ocres.

—Perdona si te he molestado. He escuchado murmullos.

—Estaba despierto. ¿Se te ofrece algo, Richard?

—Me gustaría hablar contigo sobre lo que sucedió anoche.

Drew asintió.

—Dame un segundo. —Entró de nuevo en la habitación a recoger su chaqueta. En el trayecto descubrió que Ana se encontraba a medio vestir y guardaba su arma en la bota—. Me prometiste

no llevarla en casa.

Ella se giró a mirarlo, sobresaltada de que la hubiese atrapado.

—Es la costumbre —respondió. Dejó que la falda se deslizase por su pierna y, con el mentón, señaló la puerta—. ¿Quién era?

—Richard —contestó, poniéndose la chaqueta sobre la camisa—. Ve bajando tú y comes algo.

—¿No quieres que te espere?

—No. Después podías ir preparando lo que vas a llevarte a Duluth.

Drew salió del dormitorio cerrando la puerta con suavidad y, junto a Richard, caminaron al despacho. El fuego aún no se había encendido y la habitación estaba muy fría.

—Toma asiento, Richard —le dijo Drew caminando hacia la silla del escritorio. Encendió una lámpara de parafina que presidía la mesa—. Empieza a hablar cuando quieras.

—Sí, claro. —Richard se alzó los faldones de la chaqueta y se acomodó. Se le veía nervioso y de vez en cuando movía el cuello como si el pañuelo lo ahogase—. ¿Vas a dejar la empresa?

—Sí.

—Hay algo que debes saber, Drew. Se trata del tío Edwards. Estuvo aquí hace unos meses y le acusé de haber estado robando a padre.

—¿Era verdad que le robaba?

Richard asintió.

—Pero no tengo prueba ninguna. Se llevó varios libros.

—Lo sé, me lo dijo madre. Por eso voy a Duluth también. Quiero hablar con él y recuperarlos.

—No sé si te los dará. A mí me da la excusa de que son innecesarios.

—Tendrá que hacerlo. Nosotros somos socios mayoritarios de la empresa.

—Es todo muy raro, Drew. Cuando murió padre, él esperaba que vinieses para la apertura y lectura del testamento y, al no hacerlo, enfureció y fue muy desagradable con madre. Después, de la noche a la mañana cambió de opinión, y decidió que debíamos esperar a que acudieras.

—¿Qué es lo que te parece raro? —quiso saber Drew.

—El abogado que llevaba el asunto de padre murió en circunstancias sospechosas. El bufete le mandó todos los documentos al tío Edward, y son sus letrados quienes llevan el tema.

Drew sacudió la cabeza.

—¿Y qué es lo que crees, Richard? ¿Que quiere engañarnos?

—Creo que sí —afirmó.

—De acuerdo. —Drew apoyó los codos sobre el escritorio, juntó las palmas de las manos con los dedos abiertos y miró fijamente a su hermano—. ¿Y cuándo pensabas contarme esto?

—Quería que primero vieras las cuentas.

—Pues si no me da los libros, tendré que robárselos.

Richard arrugó tanto el entrecejo que se formó en su frente un surco muy profundo.

—¿Cómo piensas hacer eso?

—Se me ocurrirá algo. Por lo pronto, no creo que debas comentarle nada a madre.

Richard lo observó como si fuese la primera vez que lo viera. Incluso Drew pudo ver un atisbo de admiración en su oscura mirada.

—Voy contigo a Duluth.

—No... —Empezó a decir Drew, pero Richard no pensaba darse por vencido.

—Ha sido culpa mía que los robase. Tenía que haber estado más pendiente, pero pensaba que ya lo arreglarías tú cuando vinieses. Insisto, voy a ir contigo y recuperaremos juntos esos libros.

—Como quieras.

—¡No puedo creer que quieras tener un rancho!

—¿Tan raro te parece?

Richard negó con la cabeza.

—No. Me alegra mucho que por fin te hayas decidido a salir del capullo donde has estado toda tu vida. Me da pena que no haya sido gracias a mí. Que nadie nos hubiéramos preocupado de tus sentimientos nunca.

## Capítulo 22

El viaje hasta Duluth transcurría sin ninguna clase de problemas. Richard y Drew se habían pasado hablando casi todo el trayecto. Ana también comentaba algo de vez en cuando, pero mayormente prefería guardar silencio y dejar que ellos se conocieran un poco más. Porque, a pesar de los años y el parentesco, ambos eran unos desconocidos.

Aunque las oficinas comerciales se encontraban en Duluth, Edward Hayden tenía su residencia en Cloquet. Más o menos a un par de horas antes de llegar a destino. Y Drew quería pasar a visitarlo primero.

Ana no entendía a qué se debía aquel encuentro, pues imaginaba que el tío y su familia irían a Headworth a pasar las fiestas. Al menos, eso había comentado Betsy. Sin embargo, se enteró de lo que Richard y Drew pretendían hacer con los libros de contabilidad.

—¿Y vais a robárselos? —les preguntó ella, sorprendida. Nunca habría esperado eso del respetable capitán Hayden.

—No —respondió Drew, muy recto—. Voy a pedirselos.

—¿Y si no nos los da? Le pondremos sobre aviso —advirtió Richard.

—Lo suyo es que se lo pidamos.

—Ya, pero ¿y si no nos los da? —repitió Richard.

—Drew, tu hermano tiene razón. Si se niega, luego no tendrás forma de cogerlos. Yo también actuaría cuanto antes.

—¿Por qué se iba a negar a dármelos? —preguntó Drew mirando a uno y a otro.

Fue Richard quien respondió:

—Me los hubiera entregado a mí. ¿No crees? Y, sin embargo, no quiso.

—Es posible que pensara que estarían más seguros con él hasta que yo llegase.

—Lo mejor es robárselos —sugirió Ana, provocando una sonrisa en Richard.

Le gustaba la muchacha. Era diferente al sensato y reservado de su hermano. Sin embargo, hacían una buena pareja.

—¡No pienso robar nada! —protestó Drew.

Ana comprendía los reparos que tenía el capitán de apoderarse de los libros de esa manera.

—Yo lo haré —se ofreció ella—. Vosotros le entretenéis, y yo me apodero de ellos.

—¡No! —Los ojos de Drew estaban a punto de salirse de sus órbitas. Pensaba que, tanto su

esposa como Richard, se habían vuelto locos de repente—. Primero voy a hablar con Edward y que me explique —sentenció.

Cuando Drew se ponía así de testarudo, lo mejor era dejar el tema hasta otro momento. Él era así, quería actuar correctamente, y no había manera de convencerlo. Pero Richard llevaba razón. Iban a permitir que el hombre se deshiciera de esos libros antes de poder verlos. Ana no tenía mucha afinidad con Richard. Tampoco es que le diese mucha confianza. Sin embargo, le pareció que su arrepentimiento comenzaba a ser sincero. Por otro lado, también entendía que quisiera que Drew dejase todas las cosas perfectas y en orden antes de marcharse de la empresa.

Edward Hayden poseía una casa de las más grandes en Cloquet. Quizá no era tan magnífica como Headworth, pero la mansión no tenía nada que envidiarla. Poseía un bonito revestimiento de piedra con tejados de pizarra que le aportaban un toque sobrio y elegante. Había hasta cinco chimeneas y varios arcos bajo los tejados.

—No parece muy antigua —comentó Ana con asombro.

Que no hubiese sufrido actos vandálicos durante la guerra tenía sentido debido a la zona tan alejada del conflicto. Sin embargo, lo que llamaba la atención era el brillo de los marcos de las ventanas y puertas, la valla de madera recién pintada que rodeaba la casa y los majestuosos escalones que precedían la entrada, revestidos de cerámica en tonos tostados.

—Ha debido hacer arreglos —musitó Drew. Su mirada verde también transmitía desconcierto. Richard estuvo de acuerdo.

—Hace mucho que no vengo por aquí. Pero sí. Ha hecho algunas mejoras.

—¿Con el dinero que os han robado? —preguntó Ana.

Drew la miró molesto.

—Aún no lo sabemos. No se puede acusar a nadie injustamente.

—¿Qué más pruebas necesitamos? —inquirió Richard, disgustado con Drew. No era concebible que se dedicase a remodelar la casa durante un país en guerra.

Ana prefirió guardar silencio.

El vehículo se detuvo junto a la tapia de madera. Drew fue el primero en descender y se volvió a Ana con la mano extendida para ayudarla. Él llevaba un abrigo de paño en tonos azulones, pantalones grises y botas de caña alta.

Cuando se cogieron la mano, ella quedó atrapada en su mirada. Aunque llevaba todo el día fingiendo que la noche anterior no había pasado nada entre ellos, no pudo evitar ruborizarse en aquel momento.

Drew no la soltó ni siquiera cuando puso los pies en el suelo. Su altura y la anchura de sus hombros la deslumbraban. Parecía que iba a decirle algo, pero se limitó a sonreírle con tranquilidad. De una manera muy caballerosa, le ofreció el brazo. Ella lo aceptó.

Seguidos por Richard, los tres caminaron hacia la puerta principal, que estaba protegida por dos gruesas columnas talladas y ventanas con arcadas. Salió a recibirlos un hombre joven, de aspecto alegre y jovial.

—¡Menuda sorpresa! —exclamó él con una sonrisa. De repente se puso serio y elevó una mano con la palma abierta hacia ellos—. Antes de nada, decidme que está todo bien y que no ha ocurrido nada.

Richard se acercó a él y ambos se palmearon la espalda con camaradería.

—Tranquilo, no ha pasado nada. Estamos de paso. Íbamos hacia Duluth y se nos ocurrió pasar para que conociérais a la esposa de Drew.

Richard se ganó un sutil codazo de su cuñada. Ana sonrió al joven.

—Hola, ¿cómo estás?

—Jamie, deja que te presente a mi esposa, Ana. —Drew se apresuró a anunciarla. Se volvió a ella—: Ana, es mi primo Jamie, el más joven de la familia, y la oveja negra.

Ella le tendió la mano, y él, con galantería le propinó un beso en el dorso.

—Es un placer conocerla, Ana.

—El placer es mío —respondió ella.

Súbitamente Jamie se volvió a Drew y lo abrazó con fuerza. Parecía un muchacho sincero, de no más de veinte años.

—¿Cómo estás, primo? Mi padre me dijo que te habían ascendido a capitán. —Silbó, admirado, lo que hizo que las mejillas de Richard enrojecieran ante los ojos de Ana—. ¡Capitán del ejército! Debes contármelo, Drew. Cuando me enteré de que te habías marchado te envidié. —Se encogió de hombros—. A mí me dejaron en Forth Snelling —dijo, con disgusto. Se acercó al oído de Drew, aunque para ello se debió poner de puntillas sobre sus pies. Observó a Ana con ojos brillantes y susurró—: ¡Tu mujer es preciosa!

Drew asintió, soltando una carcajada. Las mejillas de Ana se sonrosaron como las fresas.

—¡Vamos, no te quedes ahí y hazlos pasar! —Se escuchó una voz de hombre que provenía del interior.

Jamie se ruborizó y les señaló la puerta.

—Ya voy, padre. No quiere salir porque dice que hace frío —les confesó a sus primos—. Pero no olvides, Drew, que debes contarme. ¿Es verdad que estuviste en Vicksburg?

—Te prometo que hablaremos de todo eso —le animó Drew, guiñándole un ojo.

A Ana le gustó Jamie. Se enteró más tarde de que tenía dieciocho años. Su padre y él no se llevaban demasiado bien. Él se consideraba mayor para manejar su propia vida, y Edward no lo dejaba volar libre por el momento.

Edward Hayden era un hombre altivo y arrogante que los recibió en el vestíbulo con una sonrisa bastante impersonal y frívola. Igual que su hijo le había gustado bastante, Edward no. Sin embargo, Ana agradeció que Drew llevase todo el tiempo que estuvieron allí de pie haciendo las presentaciones, la mano en su cintura, de manera protectora.

Más tarde los hicieron pasar a un salón, donde se les unieron Jamie y Eric, otro de los primos de Drew y Richard. Aunque Eric era el hermano mayor, tenía alrededor de veinticinco años, más o menos los mismos que Richard. Ana pensó que la diferencia de la edad, sin duda era el motivo

por el que Drew no había tratado tanto con ellos como su hermano.

Eric se parecía mucho a su padre, y también, quizá, se daba un aire a Richard. En cambio, Drew era más alto, más fuerte, y el único cuya cabellera tenía hebras claras dentro de su castaño. Indudablemente tenía más parecido con Betsy que con el resto de los parientes. Jamie no tenía parecido con nadie, aunque también llevaba el pelo oscuro, su piel era más clara, y sus ojos, de un color azul cristalino. Sobre el puente de la nariz se dibujaba una profusión de pecas rojizas.

Edward Hayden llevaba viudo muchos años. Y, por lo que Ana pudo percibir, la casa la dirigían solo hombres. El cocinero, el mayordomo y otro tipo. Este último era un hombre mayor de piel negra con aspecto frágil. Su cabello rizado y muy recortado estaba blanco por completo y usaba lentes.

Ante el calor del fuego, disfrutaron de unos bocadillos de fiambre.

A Drew no paraban de hacerle preguntas sobre los años que había estado fuera, y parecían que estaban muy interesados en sus pericias.

—¿Le apetece relajarse y descansar un poco, Ana? —le preguntó Edward. Tal vez porque ella no había abierto la boca desde que habían llegado y se limitaba a escucharlos en silencio.

—No vamos a tardar en marcharnos —dijo Drew—. Queremos llegar mientras haya luz del día.

—¡No, no! ¡De eso nada! Esta noche os quedáis aquí y no acepto negativas —replicó Edward.

—Pues yo si te lo agradezco, tío. —No pasó desapercibido que Richard y Edward estaban algo tirantes. Al menos, en cuanto a Richard se refería. Casi no cruzaban palabra entre ellos y apenas se dirigían las miradas—. He pasado una noche horrible y no me apetece nada encerrarme de nuevo en el coche.

A Ana no le entusiasmó mucho la idea de quedarse allí, no obstante, era muy buena oportunidad para coger los libros. Se puso en pie y, enseguida, todos la imitaron. Fue como si de pronto hubiese pasado un vendaval.

Ella los miró extrañada hasta que se topó con los ojos de Drew.

—¿Ocurre algo, Ana? —preguntó preocupado.

Ella negó con la cabeza.

—Me gustaría pasar al excusado —pidió turbada. Nunca le había gustado ser el centro de atención, y se dio cuenta de que, aunque hubiera salido algunas veces a marcar reses o a por ellas, junto a su abuelo, el capataz, e incluso un par de hombres, no era lo mismo que estar rodeada por cinco caballeros bien educados que no dejaban de mirarla en distintas ocasiones.

—Saúl le mostrará el aseo y el dormitorio —dijo Edward, caminando hasta la puerta. La abrió y, tras murmurar algo con el anciano de color, se volvió a ella—. Le vendrá muy bien descansar. De ese modo nosotros podremos conversar de algunos negocios que tenemos en común y que estoy seguro de que le aburrirían enormemente.

«Será muy correcto y culto, pero me está despidiendo con todo el descarro», pensó Ana .

—Gracias, señor Hayden.

—No, por favor, nada de señor. Tío Edward o, simplemente, Edward.

—Querida, supongo que necesitarás alguna valija. —Drew le apoyó la mano en la espalda y la empujó hacia el hueco de la puerta con suavidad. Giró el rostro para mirar a sus parientes—. Voy a decirle a Mark qué es lo que tiene que subir y regreso enseguida.

Sin esperar respuesta, siguió dirigiéndola hacia el vestíbulo. De allí partía la escalera principal que ascendía a los dormitorios.

—Saúl, ¿le importa buscar a mi conductor y decirle que venga? —le ordenó Drew con amabilidad.

El hombre asintió y desapareció bajo las escaleras. Ana supuso que se dirigía a las cocinas, donde seguramente habían hecho pasar al hombre.

—Escúchame, Ana. —Apremió Drew llamándole la atención—. ¿Te sientes capaz de hacerte con esos libros? —Al oírle decir eso, se puso frenética. Su corazón empezó a cabalgar desbocado. ¿Él la estaba pidiendo que robase? Sí. Bueno, no exactamente. Ella se había ofrecido antes. ¿Iba hacerlo? ¡Sí! Desde luego, por él era capaz de hacer eso y más. Asintió con la cabeza, pues las palabras se habían quedado atascadas en su garganta—. El despacho de mi tío es la segunda puerta de la derecha según se sube la escalera. A nosotros nos dará la habitación contigua. Eso espero —murmuró con los dientes apretados—. Si sientes peligro o...

—No te preocupes, Drew —le contestó ella, respirando entrecortadamente—. Si me pescan, sabré salir del embrollo. Dime cómo son esos libros.

Ana sabía que Drew no lo tenía tan claro como ella, aun así, le explicó cómo eran y le dio una ligera pista de por dónde podrían estar.

En cuanto llegó Mark, Drew le encargó que descargase el equipaje y luego regresó con su familia a la sala, deseando suerte a la joven. Confiaba en ella y estaba seguro de que iba a conseguirlo. Pero también estaba bastante preocupado.

Ana, elevándose el bajo de la falda, ascendió junto con Saúl al primer piso. Al final de la escalera había un cuadro de marcos dorados con la imagen de una mujer, cuyos ojos azules eran idénticos a los de Jamie. La dama tenía el cabello, el rostro y los hombros naranja como las zanahorias, y posaba con un vestido de escote bajo estilo barco, mostrando la piel salpicada de pecas, también naranjas. No era ninguna belleza, sin embargo, tenía un porte muy elegante y aristocrático. Debajo del retrato había un mueble de madera robusta con doble puerta calada. Y una lámpara sobre él.

Todavía faltaban algunas horas para que anocheciese, por lo que el corredor que se abría hacia la derecha y la izquierda estaba bastante iluminado. Todo ello gracias a dos ventanas alargadas en los diferentes rincones del pasillo.

Ana echó una mirada de soslayo a la puerta que Drew le había dicho que era el despacho, y rezó porque no estuviese cerrada con llave.

—Este será su dormitorio —dijo Saúl, abriendo la puerta continua al estudio—. Y aquí —señaló la cámara que había justo enfrente— está el excusado. Si necesita cualquier cosa, no dude en pedirla.

Ana le dio las gracias y entró en el dormitorio cerrando la puerta. Paciente, esperó a que el cochero trajese el equipaje.

El dormitorio era amplio y luminoso con una cama de cuatro postes presidiendo su centro. La chimenea estaba encendida y el fuego vibraba con fuerza. Sin duda, alguien había estado preparando el dormitorio mientras charlaban abajo.

Los colores del cuarto jugaban con el tono berenjena y el castaño claro, que vestían la tapicería, cortinas, colcha y la alfombra. Si bien era una habitación elegante, también era bastante impersonal.

Mark llegó en pocos minutos y dejó las maletas sobre un arcón que estaba los pies de la cama. Despidiéndose de Ana con un buenas noches se marchó de nuevo.

La joven se apresuró a quitarse los botines para cambiarlos por unas delgadas zapatillas que apenas tenían suela. C cogió aire y lo soltó muy despacio antes de aventurarse a salir.

En el corredor no había nadie. Caminó hacia la puerta del excusado, la abrió y se detuvo a observar de nuevo. Desde abajo subía el rumor de las voces de los hombres, que seguían conversando.

En silencio, aguantando la respiración, se dirigió al estudio y tanteó el pomo de la puerta. Por suerte, esta se abrió con facilidad, y ella se coló en el interior. Suspiró con alivio al comprobar que no había nadie.

Llegó hasta el escritorio y toqueteó las pilas de papeles y documentos que pulcramente se hallaban colocados sobre la mesa. Levantó una agenda y un cuaderno con pastas de cuero sin hallar nada. Luego se dedicó a mirar en los cajones hasta llegar al de abajo, que estaba cerrado con llave. Maldijo en silencio y se sacó una de las horquillas del pelo. No era la primera vez que abría una cerradura. Tampoco es que lo hubiese hecho muchas veces. Solo cuando necesitaba algo del armario del cobertizo, que su abuelo cerraba con llave. Ese algo era su pistolera. Era el castigo al que la sometían cuando desobedecía o no se portaba en condiciones.

De pronto, la puerta se abrió y Ana se quedó inmóvil, agachada junto a la mesa. Dejó de respirar.

—¿Ana? —Era la voz de Drew.

Ella sacó la cabeza por un lado del mueble y lo miró con ojos dilatados.

—¡Me has asustado! —susurró.

Él dejó la puerta entornada y, con largas zancadas, llegó hasta ella.

—¿Lo has encontrado?

—Aún no.

Drew vio que estaba intentado abrir el cajón y la apartó con suavidad. C cogió la horquilla y se posicionó en el mismo lugar donde había estado ella.

—Vigila la puerta. Richard se ha quedado con Eric y con mi tío.

—¿Y Jamie?

—Ha salido. Ese no soporta mucho estar con su padre. —Casi de forma imperceptible se

escuchó el chasquido de la cerradura al abrirse. Ana se había acercado a la puerta y espiaba el ángulo que daba a la escalera, al tiempo que una y otra vez volvía la vista a Drew—. Los tengo. —Escuchó que decía él.

Enseguida Drew se puso en pie con los libros contra el pecho. Se acercó a ella y, a una señal de él, ambos salieron del estudio.

## Capítulo 23

A Edward le resultó extraño que Drew no le dijese nada sobre la contabilidad de la empresa de aquellos últimos años. Y cuando él le había preguntado, su sobrino se había limitado a decir que no había tenido tiempo para revisar nada, pero que confiaban tanto en él que posiblemente lo dejase todo como estaba, y que volvería a empezar con lo que estaba ya escrito.

Si Drew había hablado en serio, A Edward no le podría venir mejor. Sobre todo, cuando había pensado que su sobrino nunca más iba a regresar a Headworth. Habían sido muchos oficiales los que habían perecido en combate, y dado que Drew nunca había tenido sangre de luchador ni aventurero, le había dado, a lo sumo, un par de años con vida. Había imaginado que o moría en el frente, o regresaba inválido, huyendo de la guerra. Pero Drew les había sorprendido a todos. Y aún le seguía sorprendiendo. Había notado su cambio nada más entrar en casa. Ya no tenía aquella mirada tímida e insegura, e incluso aburrida y poco social, que le he había acompañado desde niño. Ahora era un hombre soberbio, valiente y seguro de sí mismo. El ejército lo había hecho más corpulento y fornido. Más hombre. Y también, por supuesto, mucho más agradable. Eso fue obvio durante la cena. Sus ojos verdes no podían casi despegarse de los de su esposa. Una preciosa joven de cabello color champan, dotada de una simpatía innata.

—Si tu padre estuviese vivo, muchacho, seguro que no te reconocería —había dicho Edward, presidiendo la gran mesa del salón.

—Padre, es que no debe ser lo mismo llevar una compañía que estar fregando los comedores de Forth Snelling —comentó Jamie—. Yo hubiera preferido mil veces que me hubiesen ordenado alguna campaña.

—Pero no lo iban hacer porque no eres más que un chiquillo —contestó Edward con tranquilidad.

—Y porque usted no lo habría permitido. —Jamie se limpió la boca con la servilleta y miró a Richard—. Tanto tu padre como el mío tenían sobornado al mayor Landon para que no nos obligasen a enfrentarnos al peligro.

—Perdona, primo, pero yo lo prefería así —intercaló Richard, dirigiendo una sonrisa a Ana—. Soy muy pacifista y en mi defensa diré, que alguien tenía que estar cerca de mis padres para protegerlos.

—Yo opino como tú, primo —añadió Eric—. Dígame, Ana ¿Cómo era vivir tan cerca de la

frontera con esos salvajes?

La joven se encogió de hombros.

—Al principio sentíamos miedo pero, después, muchas tropas de la Unión se trasladaron a Baltimore, y le puedo asegurar que ha sido una de las ciudades más protegidas durante la secesión. Es cierto que ha sido más peligroso cuando las guarniciones se marcharon, porque la gente que no tenía que comer, fueron asaltando las granjas y las plantaciones.

—Pero su familia falleció durante la guerra, ¿no? —preguntó Richard con interés.

—Al poco de finalizar. Unos bandidos asaltaron el rancho, asesinaron a todos, y lo redujeron a cenizas —respondió con voz temblorosa y emocionada al recordarlo.

Drew estaba sentado a su lado y le puso una mano sobre la de ella con afecto. La joven lo miró con una sonrisa triste que no alcanzó el brillo usual de sus ojos grises.

—Se trata de los mismos bandidos que os han perseguido hasta Headworth, ¿verdad? —preguntó Richard, sin dejar de observar a su hermano y a su esposa.

—¿Qué quiere decir eso de que os han perseguido? —quiso saber Edward.

Drew les contó por encima lo que les había pasado durante el viaje y, en cuanto tuvo ocasión, cambió de conversación a otra más liviana y trivial. Aunque, sin duda alguna, la guerra estaba muy presente en cada uno de ellos.

Drew y Ana se retiraron temprano con la excusa de levantarse muy pronto al día siguiente.

—¿Crees que se darán cuenta de lo que hemos hecho? —preguntó ella, una vez que ingresaron en la recámara.

—No —contestó él con seguridad—. Lo más probable sea que no saque esos libros mientras nosotros estamos aquí.

—¿Y qué va a pasar cuando tu tío se dé cuenta? —Ana hablaba al tiempo que sacaba el camisón y la bata de la maleta. Como se iban a marchar al día siguiente ni siquiera se habían molestado en deshacer el equipaje.

—Vendrá a casa a reclamar. —Drew se quitó la chaqueta que dejó colgada con esmero en un galán. Comenzó a desabotonarse el chaleco y la camisa de seda burdeos—. No pienses más en eso, vamos a dormir y mañana partiremos al amanecer.

Esa noche Drew se limitó abrazar a Ana contra su cuerpo. Se habría mentido a si mismo si hubiese dicho que no le apetecía hacerle el amor. Sin embargo, sabiendo que Jamie y Richard se encontraban en la habitación contigua, no quiso faltarles el respeto, ni mucho menos que alguno de ellos se aliviase pensando en su mujer. Por supuesto, no había tenido en cuenta el suplicio que era dormir con Ana. Oler su perfume de vainilla, sentir cómo sus curvas perfectas y sensuales se adaptaban a las suyas... Jamás en toda su vida había deseado que amaneciese pronto para escapar de aquel infierno. ¿O no podía Dios hacerle un favor y dejar sordos a Richard y a Jamie durante unas horas?

Unas risotadas y un ligero golpe en la pared lo hicieron maldecir.

¡No!

¡Por lo visto Dios no estaba dispuesto a concederle aquel milagro!

\*\*\*

Salieron hacia Duluth con las primeras luces de la aurora. El viaje se les pasó en un suspiro, pues no dejaron de hablar sobre la manera en que habían conseguido los libros. Richard presumía de que, gracias a él, tío Edward no les había pescado perpetrando el robo. Decía que el hombre se había antojado de su tabaco de pipa que guardaba en el estudio y Richard le había hecho olvidarse del tema. Ana no le creía. Se había dado cuenta de que Richard era un fanfarrón. Y Drew tampoco intentó siquiera llevarle la contraria. Pero ninguno de los dos lo dio importancia. No pasaba nada si Richard quería colgarse medallas.

El carruaje se detuvo frente a un bloque de apartamentos moderno. La fachada, de ladrillo rojo, guardaba una escalera de hierro que permitía ascender a las plantas superiores sin siquiera entrar en el edificio. Richard les contó que ahora la mayoría de los bloques altos poseían escaleras de incendio.

Drew salió el primero y se volvió a ayudar a Ana. Por último, descendió Richard y caminó con decisión al portal de la finca.

—¿Qué sitio es este? —le preguntó Drew curioso. La oficina quedaba a varias manzanas de allí.

—Tengo alquilada la segunda planta. Sale más barato que alojarse en un hotel. Ahora, cuando lleguemos, le daré aviso al portero para que vaya a buscar a la mujer que se encarga de limpiarlo. Es la que suele atenderme cuando vengo.

—¿También se aloja aquí el tío?

Richard sacudió la cabeza.

—No. Solo hace unos meses que lo alquilé porque no quería coincidir con él en el hotel. Aquí me siento como en casa. O mejor. —Guiñó un ojo a su hermano con una mueca divertida—: Aquí no esta madre.

Ana y Drew siguieron al pequeño Hayden hasta la segunda planta. Las escaleras eran bastante anchas, con suelo de madera.

La casa estaba muy bien distribuida con varias habitaciones, salón comedor, salita de estar y una cocina amplia y bien cuidada.

—Me gustaría aprovechar e ir a la oficina a revisar esos libros y a ordenar un poco todo —dijo Drew, observando meticulosamente el apartamento. Todo estaba limpio y ordenado. La decoración era bastante oscura y masculina.

—¿Yo podría recorrer la ciudad y hacer algunas compras para Navidad? —preguntó Ana con esperanza. La idea de encerrarse en el despacho con Drew y Richard no la entusiasmaba en absoluto.

Drew asintió.

—¿Necesitas que te acompañe?

—¡No! Lo mejor es que te dediques a tus cosas, para poder regresar cuanto antes. No estoy muy convencida de haber dejado a Carolina sola. Yo quiero buscar una muñeca que sea especial para poder regalársela.

—Ana, llévate el coche. Pasa a recogerme para irnos a comer juntos.

—Había pensado ir andando.

—Preferiría que estuvieses acompañada.

—Sé defenderme bien —replicó mirándole a los ojos, decidida a salirse con la suya.

Pero esa vez Drew no cedió.

—Todavía hay dos tipos que, con toda seguridad, están buscando el momento oportuno para vengarse. No voy a permitir que te pasees sola por ahí.

—Lo siento, Ana. Pero no puedo por menos que dar la razón a mi hermano.

Richard se ganó una mirada malhumorada de la joven y, haciendo una mueca de espanto hacia su hermano, se escabulló hacia la salida.

—De acuerdo, dejaré que me acompañe Mark. ¿A qué hora quieres que pasemos a recogerte?

—Cuando tengas hambre.

Ana asintió con desgana y recorrió la casa, fisgándolo todo. Ingresó en el salón en el momento que Richard llegaba.

—Ya he mandado llamar a la señora Follet. Cuando estés listo nos podemos marchar a la oficina, Drew.

—Pues si el conductor ya ha descargado el equipaje, yo también me marchó —avisó Ana.

—De acuerdo. —Richard se acercó a ella y la entregó una llave—. La señora Follet es un poco sorda, y es posible que no te quiera abrir la puerta.

—¿Por ser sorda?

Él se encogió de hombros con una sonrisa ladina.

—No es por eso. Se trata de que pueda pensar que eres alguna amiga mía y tiene prohibido dejar pasar a nadie si no estoy en casa. Si es así, le explicas, pero no le tengas en cuenta su error.

—Por supuesto que no lo haré. Ella no tiene la culpa de que trabaje para un libertino.

Richard miró a Drew frunciendo el ceño. Este se encogió de hombros.

—Ana es muy sincera. Debes acostumbrarte. —Se acercó hasta ella y le ofreció el brazo. Juntos bajaron hasta la calle—. Prométeme que tendrás cuidado, Ana.

Ella asintió. Se sorprendió cuando Drew se inclinó sobre ella y le dio un tierno beso en la mejilla. Eran fascinantes las cosas que le hacía sentir con un simple roce. Se metió en el vehículo antes de soltar un suspiro extasiado.

## Capítulo 24

Drew observó el lago a través de la ventana de la oficina. Estaban en el primer y último piso del edificio, mientras que en la planta baja se situaba el almacén. Habían dado salida a mucha mercancía y, en ese momento, estaban preparando otra carga.

—Falta personal —había dicho Drew tras inspeccionar primero el cargamento antes de subir a la oficina.

—Muchos se marcharon y no volvieron —explicó Richard.

—Tenías que haber suplido la mano de obra.

—Pensaba hacerlo. No he visto el momento hasta ahora.

—Pues contrata más gente. Al menos una cuadrilla de veinte o treinta personas.

Richard tomó nota en una libreta, sin valerse de ninguna replica. Aunque trataba de estar pendiente de todo, su mente no dejaba de pensar en diferentes aspectos de su vida que estaba deseando cambiar.

—¿Cómo la conociste? —Drew se volvió a su hermano que se había sentado en una silla, cerca de un viejo escritorio, cuya base estaba llena de grietas—. A tu esposa. ¿Cómo fue? —le preguntó Richard.

—Durante un baile.

—¡Es que aún no puedo creer que te hayas casado! Yo voy a tener que salir de aquí para encontrar otra belleza igual.

Drew sonrió con presunción y se acomodó en otra silla. Cogió los dos libros que había dejado sobre el escritorio y echó una ojeada al que tenía más arriba.

—Te aseguro que no vas a encontrar a nadie igual que Ana. No te culpo si quieres intentarlo.

Los ojos de Richard lo estudiaron con atención durante largos segundos. Drew era un desconocido para él.

—Hermano ¿qué te pasó durante la guerra? No eres la misma persona que se fue de aquí.

Drew lo miró pensativo y sacudió la cabeza.

—No, no lo soy. He visto demasiadas tragedias. Amigos que murieron a mi lado y que no tenían mucha más edad que tú. —Cerró los ojos cuando una oleada de dolor y angustia le golpeó como una bofetada en la cara. Esos recuerdos escocían como la sal en las heridas. Richard respetó su silencio sin quitarle la vista de encima. Drew se recuperó, volvió a abrir los ojos, pero esa vez no

quiso mirar a su hermano—. Fueron meses de incertidumbre, de aprender a sobrevivir. Hubo momentos en que no sabía si perecería yo también. Descubrí que la vida es efímera y que había que vivirla lo mejor posible, disfrutando de las pequeñas cosas. —Dejó el libro superior sobre el escritorio. Al hacerlo, cayó un grueso sobre de una de sus páginas—. ¿Qué es esto?

Richard se encogió de hombros, afectado por lo que Drew acababa de confesarle. Él no había corrido peligro en Forth Snelling. Su padre y su tío se habían encargado de ello. De hecho, solo había pasado cortos periodos en el fortín, que combinaba con otros en Headworth. Esos años habían estado en conflicto, sí. Pero en aquella zona, habían intentado sobrellevarlo todo con tranquilidad. Algunos, incluso, llegando a olvidar que los confederados estaban luchando por poder seguir poseyendo sus esclavos, que eran su mano de obra en las plantaciones. Se sobresaltó cuando Drew soltó una fuerte maldición y entonces le prestó atención.

—¿Qué ocurre? —preguntó observando que su hermano mayor tenía desplegados los papeles que había sacado del sobre.

—¡Es el testamento de padre!

Richard se puso en pie con ojos desorbitados.

—¿Cómo puede ser eso?! Estos documentos debían estar en manos del abogado.

—Pero no lo están. —Drew agitó los papeles tras reconocer que la firma de su padre era la que portaba el documento—. ¿Cuándo dijisteis que se leería?

—Después de las fiestas. —Buscó preocupado los ojos de su hermano—. No entiendo que está pasando.

—Yo tampoco —afirmó Drew. Si resultaba que Richard y Ana llevaban razón sobre la honorabilidad de Edward, significaba que el hombre quería engañarlos en la lectura del testamento—. Es posible que lo haya cambiado. Pero eso solo lo sabremos el día que nos reunamos para tal ocasión.

—¿Y por qué demorarlo, Drew? —le preguntó Richard, furioso.

El capitán se puso en pie y empezó a guardar los papeles de nuevo en el sobre. Debía informar a Charles Breint y entregarle el testamento. Quería que él estuviese presente como testigo, y muy posiblemente como mediador.

—Siento curiosidad por saber qué cambios hay en el que nos quiere leer. Puede que nos estemos adelantando y este... —Lanzó el sobre encima de la mesa— se trate de alguno antiguo. No creo que el tío sea tan estúpido de no haberse deshecho de él, si es así.

—Yo ya no sé qué pensar, Drew. Desde que lo acusé de haberse llevado los libros y de que las cuentas no me daban, me está decepcionando cada día más.

Drew se cruzó los brazos sobre el pecho.

—Richard, ¿piensas que Eric conoce lo que el tío está haciendo?

El hombre ladeó la cabeza, no muy convencido.

—Antes Eric no mostraba mucho interés por el negocio. Claro, que yo tampoco —admitió apenado—. Siempre hemos contado contigo para eso. Sin embargo, no sabría decirte. Ya no

mantenemos tanto contacto como antes. —Se encogió de hombros—. Jamie seguro que no tiene nada que ver, eso lo tengo bastante claro.

—Entonces, lo veremos cuando se realice la lectura. Mientras tanto, voy a estudiar los libros a ver qué encuentro.

Drew pasó a la silla que presidía el escritorio, se despojó de la chaqueta, se arremangó y se sentó dispuesto a desenmarañar aquel misterio. Richard acercó su silla, preparado para ayudarle en cualquier cosa que necesitase.

Así los encontró Ana, sumergidos en un mar de papeles y cuentas, cuando llegó varias horas más tarde.

—¿Vengo en mal momento? —les preguntó, observándolos a ambos. Por sus gestos no parecían estar nada tranquilos.

—En absoluto —respondió Drew apilando facturas y documentos—. Mañana continuaremos con esto. ¿Te parece bien, Richard?

—Sí. Es un follón y estoy cansado.

—Ana ¿qué tal han ido tus compras? —le preguntó Drew observándola con atención.

Ella frunció los labios con desagrado. La ciudad portuaria todavía no ofrecía gran variedad de artículos. Lo que más abundaban eran las fábricas e industrias. Pero, en cuanto a comercio, nada tenía que ver con Minneapolis o St Louis. En poco más de hora y media se había recorrido todo.

—He hecho lo que he podido. —Se giró a la ventana, maravillada con las vistas. Sobre una de las orillas se veía a una gigantesca grúa colocando mercancía sobre una de las barcas—. Lo que más me gusta de este sitio es el lago. Es hermoso.

Drew se situó tras ella, que había dejado vagar la vista sobre la magnitud de las aguas.

—Hermoso, sí —susurró junto a su oído, con un tono suave y confortante.

El aliento del capitán rozó su cuello provocándole un sinfín de sensaciones. Se estremeció con fuerza.

—No está del todo helado, aunque hay trechos donde se puede caminar sobre él —adujo Richard, uniéndose a ellos para observar también lo que ellos. Y romper así el mágico efecto que, por unos segundos, había embargado a la pareja.

Ana se dio cuenta del momento exacto en el que Drew se apartó ligeramente de ella. Una corriente de aire frío y desangelado cubrió su espalda.

Estaba confusa con él, y reconoció que también preocupada. La noche anterior había esperado, o mejor, había deseado, que la volviese a poseer como en Headworth. En cambio, no lo había hecho, aunque se había mostrado muy respetuoso. Si después de aquello no hubiese visto el deseo pintado en sus hermosos ojos verdes, habría pensado que al conseguir de ella lo que le importaba, había perdido todo el interés.

—Vamos a comer —dijo Drew poniéndose la chaqueta—. ¿Vienes, no, Richard?

—Sí, os acompaño. Esta tarde quiero salir y es posible que no acuda a dormir al apartamento.

Ni Drew ni Ana le preguntaron sus motivos. Richard era mayorcito para saber lo que se traía

entre manos.

Entraron en una casa de comida que había cerca. La fachada era bastante ruda, con tablones de madera barnizados y ventanales de hierro. Sin embargo, el interior, un lugar amplio y muy luminoso, se veía nuevo, con suelos brillantes y paredes pintadas en colores claros. La luz de día se derramaba sobre la estancia bañando las mesas, cubiertas por manteles de cuadros azules y blancos.

—¡Drew! ¡Richard! —La voz de un hombre se alzó sobre todas las demás.

El trío miró enseguida en su dirección. Un señor se había puesto en pie y les hacía gestos para que fuesen a su mesa. Junto a él, había una joven muy bonita, de cabello oscuro, con una cinta en la cabeza, y enormes ojos almendrados. Llevaba un vestido azul de falda acampanada.

—No me lo puedo creer —musitó Richard con los dientes apretados, fingiendo una sonrisa que dirigía a los ocupantes de la mesa.

Fue el primero en caminar hacia ellos, seguidos de Drew, que había tensado todo su cuerpo de repente. Ana, cogida de su brazo, anduvo a su lado.

—¿Ocurre algo? —le susurró ella, incomoda.

Drew la miró con un leve asentimiento. Parecía nervioso.

—¡Señor y señorita Ranstrom! —saludó Richard dedicándoles una escueta reverencia a ambos—. No esperaba que estuviesen en Duluth.

Ana, de forma inconsciente, apretó con más fuerza el brazo de Drew. Y él le palmeó la mano tratando de infundirle tranquilidad.

—Los negocios, muchacho, que nunca descansan —respondió el caballero con un tono de voz fuerte, pero al tiempo afable—. Y vosotros, ¿qué hacéis aquí? —preguntó tendiendo la mano a Drew.

—Lo mismo —respondió él. Con educación, se volvió hacia la muchacha—. Andrea, ¿cómo estás?

—Bien, gracias —contestó ella, con una sonrisa sensual—. ¿Y tú, Drew? Hace poco escuché decir que habías regresado. Estábamos esperando que pasaras a visitarnos.

Ana la estudió con descaro. No conocía a la mujer y no debía considerarla rival, sin embargo, era difícil no verla de ese modo, cuando la otra no hacía más que comerse a Drew con los ojos.

—Apenas he tenido tiempo —dijo él, agarrando la mano de Ana para obligarla dar un paso adelante—. Me gustaría presentaros a mi esposa, Ana.

—¿Entonces era verdad que te habías casado? —se apresuró a preguntar Andrea, entre sorprendida y enfadada. Era obvio que se esforzaba por dominar sus emociones—. Lo escuchamos, pero creímos que eran solo comentarios mal intencionados.

—¡Mal intencionados! —repitió Richard entre risas—. Es todo muy legal. A mi hermano mayor lo ha cazado una hermosa beldad y ya no tiene salvación. —Guiñó un ojo a Andrea—. Pero yo sigo estando libre, por si sirve la información.

El señor Ranstrom se echó a reír y palmeó la espalda del joven con chanza.

—Ay, muchacho. Ya va siendo hora de que sientes la cabeza. —Tendió una mano a Ana—. Mi más sincera felicitación.

—Gracias —respondió ella. El hombre le gustaba. Parecía muy campechano y honesto.

—Es un placer conocerla, señora Hayden —la saludó Andrea con una sonrisa tensa. Ana se limitó a inclinar la cabeza con cortesía, aunque cuando la mujer volvió a devorar a Drew con sus ojos oscuros, sintió deseos de patearle el culo—. Te deseo que seas muy feliz, Drew. ¿O debería llamarte capitán?

—Es posible que para la primavera vuelva a ser un civil. Te agradezco tus deseos.

—Acompañadnos en la comida, por favor —sugirió el señor Ranstrom.

Drew apartó la silla para que Ana tomase asiento, y cuando lo hizo, se sentaron los hombres.

—Andrea —Drew se dirigió a la morena—, es posible que ahora no sea el mejor momento, pero necesito hablar contigo de algunos rumores que han llegado a Headworth.

—Ah, ¿sí? ¿De qué se trata? —preguntó ella, con un tono seductor que no se correspondía a esa conversación.

Ana la observó fijamente. Estaba segura de que Andrea, con sus coqueteos, era capaz de lograr que los hombres se pusieran a sus pies. Con Drew lo intentaba, aunque el tiro parecía que le estaba saliendo por la culata.

—Sabes bien de lo que se trata, Andrea —dijo el señor Ranstrom. El hombre miró a Drew con expresión de desconcierto y resignación—. Debes perdonarla, Drew. Yo le dije que hasta que no llegases no hiciese ningún plan, pero ella me contó que... le habías hecho una proposición de matrimonio.

Drew sacudió la cabeza.

—Yo nunca le propuse nada, Thomas, debes creerme.

—¡Pero yo creía que sí lo estabas haciendo! —exclamó Andrea contrariada.

—En ningún momento hablamos de eso —insistió Drew—. Me marchaba a la guerra. Incluso era probable que muriese. ¿Por qué te daría esas esperanzas?

Ana se sonrojó. Si la hubiesen preguntado, ella no habría querido estar allí, escuchando aquella conversación. ¿Cuántas posibilidades habían de tener que encontrarse con ellos en un restaurante en Duluth?

Andrea suspiró y terminó por asentir.

—Quizá yo lo imaginé, Drew, y te pido perdón por ello. ¿Olvidamos el tema?

Drew asintió y Ana se sintió satisfecha. Aunque una cosa era olvidar esa nimiedad, y otra muy diferente, dejar que esa descocada intentase seducir a su marido.

Más tarde, un camarero les sirvió la comida. Ana no sentía nada de hambre y se pasó la mayor parte del tiempo con los ojos clavados en su plato. Lo único que deseaba era marcharse de allí. Estaba tensa y nerviosa y escuchar las risas de la señorita Ranstrom la enfurecía una barbaridad.

\*\*\*

Ana recostó la cabeza en el borde de la bañera y cerró los ojos con un agradable sopor. Aspiró profundo. Olía a la leña que ardía en la estufa de hierro, mezclado con el aromático jabón de lavanda. El cuarto era bastante oscuro y, aparte de la luz que entraba por una de las ventanas, había tenido que encender una lámpara.

El suelo lo conformaba enormes losetas de mármol blanco que aportaban un aire muy elegante y lujoso al aseo.

Ana no se dio cuenta de que la puerta se abría y se cerraba.

—¿Sabías que muchos han muerto ahogados por dormirse en la bañera?

Ella ahogó una exclamación y se hundió más en la tina, rogando que la espuma ocultase su cuerpo de la vista de su esposo.

—Drew, no deberías entrar así. Me has asustado.

—Es un alivio saber que no tienes el arma cerca —respondió él, sonriendo con burla. Se acercó a ella subiéndose las mangas de la camisa.

Ana, al darse cuenta de su intención, agitó las manos provocando que el agua formase más espuma todavía.

—¿Dónde vas, Drew? —le preguntó con voz estrangulada.

—Voy a ayudarte con el baño. —Ella frunció el ceño—. ¿No te parece bien?

—Sé hacerlo yo sola.

—Lo sé, pero es mucho más divertido si lo hago yo.

—¿Más divertido para quién? —preguntó abochornada.

El capitán soltó una carcajada.

—Podemos hacer otra cosa. —Él empezó a desnudarse bajos los atentos ojos grises—. La bañera es grande. ¿Qué tal si nos ayudamos mutuamente?

Ana apartó la mirada de su cuerpo con prisa, aunque no dejó de observar todos sus movimientos por el rabillo del ojo.

—Tú eres demasiado grande para meterte conmigo.

—No creas. —En poco tiempo estaba plantado frente a ella, con las piernas ligeramente entreabiertas y los pies metidos en la tina—. Claro que tendrás que hacerme un poco de sitio.

—¿Yo? —Ana alzó la cabeza hacia él, recorriéndolo desde las pantorrillas hacia arriba. Un fuerte color se apoderó de sus mejillas al descubrir a Drew en todo su esplendor, y retuvo el aliento—. Decididamente, no entras —le dijo con un jadeo entrecortado.

—Y si continúas haciendo espuma, menos. —Se inclinó a ella e hizo que echase el cuerpo hacia adelante. Después, él se sentó detrás instalando las caderas de Ana entre sus piernas y la delgada espalda femenina apoyada en su torso—. Parece que, después de todo, sí que cabemos los dos.

Ella soltó una carcajada, excitada. ¿Cómo podía ser Drew tan cabezón? Sentía el vello sedoso y rizado del pecho masculino acariciándole la espada. Al cabo de unos minutos, preguntó:

—¿Cómo son tus vecinos, Drew?

—¿De verdad quieres que te hable de ellos mientras estamos bañándonos? —preguntó risueño.

Recogió el pelo de Ana con mucho cuidado de no hacerle daño y se lo retiró a un lado, sobre el hombro. Adrede, recorrió con las yemas de los dedos el hombro femenino deslizándolos con suavidad por su cuello.

Ella contuvo la respiración cuando él comenzó a acariciarle el seno con movimientos lentos, centrándose en la protuberancia rosa que parecía desafiar la palma de su mano. Se estremeció. Las puntas de aquellos dedos le provocaban un sinfín de corrientes eléctricas que vagaban sin control por todo su cuerpo, y aquella palma abrasaba como el mismo fuego. Dejó caer la cabeza hacia atrás, justo en el cuello de Drew, donde la nuez de Adán subía y bajaba nerviosa.

—Entonces ¿habías pensado hablar de otra cosa, capitán? —le preguntó con voz temblorosa.

Él soltó una agradable risilla antes de hundir los labios en el cuello de Ana.

—Una conversación sin palabras que llevo añorando desde anoche —murmuró contra su piel, mordisqueando su carne con suavidad.

Ella suspiró y, sin saber qué hacer con sus propias manos, las colocó sobre los muslos de Drew. Sintió la suavidad de la piel pero, al tiempo, la dureza de sus músculos.

## Capítulo 25

Quedaban pocos días para celebrar la Navidad y Betsy tenía casi todo organizado. Ana se alegró por ello, porque no tenía ninguna intención de inmiscuirse en sus asuntos. Entre ellas todavía existía recelo y tirantez, aunque Ana reconocía que, quien más desconfiaba la una de la otra, era ella. Betsy, no es que se hubiese vuelto la mujer más agradable, simpática y cariñosa del mundo, sin embargo, no parecía la misma señora estirada que había conocido al poco de llegar. De hecho, Carolina adoraba a la mujer, y parecía que el sentimiento era recíproco. Cosa que Ana no terminaba de entender.

Leonor también parecía distinta y, aunque ella no servía directamente a Ana, se preocupaba de que hubiese siempre alguien atento a ella.

Esa mañana, como las cuatro últimas, Drew y Ana desayunaban en el comedor. Era una especie de rutina que ambos habían adquirido, ya que Drew luego pasaba un par de horas en el despacho, y, a veces, Richard se les unía. Después se iban juntos a cabalgar por las praderas. Drew todavía estaba algo atareado por los libros de cuentas. Había descubierto un desfallo bastante importante y Richard y él esperaban con ansias las explicaciones que Edward podía darles.

Leonor fue a buscar a Ana por mandato de Betsy. Esa tarde la mujer quería ir a la ciudad a recoger varias prendas de la modista y hacer algunas otras compras y deseaba que Ana le acompañase. Ella estuvo a punto de no acceder, sin embargo, sentía mucha curiosidad por saber qué era lo que en verdad quería.

Salieron después del almuerzo. Leonor y otra de las doncellas les acompañaron, por lo que no tuvieron mucha conversación durante el viaje. Ana iba mirando el paisaje por la ventanilla. Hacía varios días que había cesado de nevar y poco quedaba del panorama blanco. Los campos lucían embarrados, llenos de charcos y hojarasca.

Cuando el vehículo se detuvo delante de la tienda de la modista, entraron las cuatro en el local. Betsy presentó a Ana a la dueña del establecimiento; una mujer que rondaba los sesenta años, con rostro severo y ojos fríos.

Tanto Leonor como la otra doncella se quedaron en el vestíbulo de la tienda, mientras que a Betsy y a Ana las hicieron pasar a otra sala. Una muchacha les recogió los abrigos y les ofreció algo de beber. Betsy aceptó un té. Ana no quiso tomar nada.

—Estoy segura de que te estarás preguntando por qué te he pedido que me acompañes, ¿verdad?

—preguntó la viuda Hayden cuando se quedaron solas. La modista y su ayudante habían ido a la trastienda a coger varias cosas.

—Intrigada, sí —admitió.

—Empezamos muy mal y me culpo de ello —comenzó a decir la mujer. Ana la miró con sorpresa. Se había esperado muchas cosas, pero no eso, precisamente—. No me sentó nada bien que Drew se hubiese casado sin tener a ninguno de sus familiares cerca. Yo le habría organizado una boda como se merece.

—¿Él le ha contado la clase de boda que tuvimos? —le preguntó, extrañada.

—No.

—Pero usted imagina que fue horrible.

Betsy sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—¡No! Supongo que no es lo que había pensado para ninguno de mis hijos, pero soy consciente de que no puedo reprocharle nada. Y a ti tampoco.

—Bien. ¿Y qué es lo que quiere? ¿Que nos volvamos a casar para celebrarlo...? —inquirió insolente.

—¡No, por favor, Ana! ¡No te pongas tan a la defensiva! No pretendo nada de eso. Solo quiero que tú y yo cambiemos nuestra relación.

Ana frunció el ceño. No podía creerla. Quería hacerlo, pero... era imposible.

—Me temo que no la estoy entendiendo.

—Es obvio que Drew te ama y que le haces feliz. —Ana cerró los ojos durante unas décimas de segundo. ¡Que Drew la amaba! Qué ilusa la pobre Betsy, pensó—. Me gusta verlo así y necesito que olvides lo que te dije de no acudir a la fiesta. Estaba celosa, enfadada, no podía creer que os hubieseis casado sin decir nada, y yo reconozco que soy muy orgullosa. Sé que no voy a ser una buena suegra. —Se encogió de hombros con indiferencia. Ni siquiera en aquel momento podía dejar apartado el orgullo—. Es posible que, incluso, discutamos más de una vez, pero bueno, tendremos que saber afrontar las cosas e intentar llevarnos bien por el bien de todos, y sobre todo por Carolina.

—Usted dijo que ella....

—Lo sé, y me arrepiento. Esa niña me está dando la vida, Ana. Déjame quererla como si fuese mi nieta.

Ana supo que aquella conversación era lo más parecido a una disculpa que iba a sacar de Betsy y se dio por satisfecha. Se levantó de la silla en la que había estado sentada y puso el pie en la base, levantándose ligeramente la falda. La mujer observó el revólver que ella guardaba en la bota, con los ojos a punto de salirse de las orbitas.

—Y me respetará —murmuró Ana, desafiándola.

—Lo haré. Por favor. —Tiró de la falda de la joven en el momento que llegaba la modista y la ayudante, para ocultar el arma. Dijo entre dientes—: Si no me da un infarto antes.

Ana sonrió apiadándose de ella y se volvió a sentar con recato en la silla. Desde luego, discutir

iban hacerlo. Estaba en la naturaleza de Ana ser tan impulsiva y terca. Pero también sabía perdonar.

\*\*\*

El día de Navidad, Betsy, acompañada por Richard y Drew, fueron recibiendo a los invitados de Headworth en la amplia galería.

El capitán se había puesto esa noche el uniforme de gala de la Unión. Algo que él no habría elegido para la ocasión, sin embargo, iban acudir varios superiores con sus familiares, al igual que diferentes oficiales, y se sentía en la obligación de llevarlo.

No tenía la seguridad de que Edward fuese a acudir. Aunque tampoco había llegado ninguna carta que lo excusase. A Drew le daba tanta rabia como pena esa situación y pensaba que, de no haber fallecido su padre, nunca habría pasado eso. Su tío Edward era un hombre orgulloso y un fanfarrón, pero no un embustero ni un ladrón.

Fiel a su tradición, Edward llegó acompañado de sus hijos.

Jamie los saludó con abrazos. Y a Betsy la plantó varios besos en las mejillas hasta que ella le apartó riendo, con el rubor cubriendo su cara.

—¡Ay, pequeño truhan! Tan lisonjero como siempre —dijo ella.

—Y tú sigues siendo la mujer más bella de América, tía Betsy. —La miró de arriba abajo haciendo que la mujer se ruborizase más—. Te noto más joven.

—¡Anda, cretino! —Betsy hizo el amago de darle un sopapo en la cabeza, pero Jamie soltó una carcajada y esquivó el golpe con facilidad. Se dirigió a Drew dejando que su hermano y su padre saludaran a la mujer.

—¿Dónde has dejado a tu bonita esposa? —le preguntó, fingiendo que la buscaba con la vista.

Drew lo estrechó con afecto.

—Dentro de un rato se reunirá con nosotros. Me alegro de verte de nuevo. Pasa y disfruta y, si necesitas algo, Leonor te ha preparado el dormitorio de siempre.

El joven asintió susurrándole.

—Ten cuidado con mi padre, no sé qué le habéis hecho Richard y tú, pero está que muerde.

—¿No te ha contado nada? —le preguntó Drew, saludando con la cabeza a otros invitados que acababan de llegar.

Jamie negó.

—Imposible sacarle algo. —Se encogió de hombros—. Voy a tomarme algo mientras espero a que baje mi prima. Me prometió un baile. Tengo que comprobar si es verdad que baila tan mal como dice.

Drew rio en silencio. Recordó los pisotones que él se llevó la noche en que la conoció. En vez de decir nada, palmeó el hombro de su primo.

—Hola, Drew. ¿Cómo estás?

Se tensó al escuchar la voz de su tío. Lo observó con frialdad.

—Bien. Para ser te sincero, no pensé que vendrías.

—Yo tampoco —afirmó—, aunque supongo que debemos hablar de lo ocurrido.

—Pero eso no va a ser ahora mismo. Esta noche vamos a celebrar la Navidad y Drew le ha prometido a Ana que no se iba a encerrar en ningún despacho —interrumpió Betsy, agarrando el brazo de su hijo. Enfrentó la mirada de su cuñado con una pose altiva. Edward ni siquiera se avergonzó. Con un seco gesto de cabeza se abrió paso al salón.

Después de estar un tiempo pertinente en la galería de Headworth, Drew y Betsy se unieron a los invitados, mientras Richard se quedaba un poco más recibiendo a los rezagados.

En la sala que se abría al salón de baile, se habían formado varias hileras de sillas para que los invitados pudiesen descansar y, si alguno tenía frío, calentarse junto a la chimenea, ya que la del salón no la habían encendido para no sofocar a nadie mientras danzaba.

Los ojos de Drew no hacían más que subir a lo alto de la escalera en espera de que Ana apareciese. Mataba el tiempo hablando con unos y con otros, y no podía evitar que le viniesen a la memoria otras tantas fiestas como esa, con las mismas caras y los mismos comentarios. Ese año cambiaba que acompañando al «feliz Navidad», iba un «lamento lo de su padre», o un «de acompañe en el sentimiento».

Cada vez estaba más convencido de que Betsy no tenía que haberlo celebrado, y daba lo mismo si era una tradición o algo que los vecinos esperaban con ansia.

Se hizo un silencio en la sala, solo interrumpido por el suave murmullo de las voces que procedían de la pista de baile y las agradables notas musicales que llegaban hasta allí.

La mayoría de los ojos se fueron a la escalera. Drew vio a Ana descendiendo junto a Carolina. Sarah iba unos pasos por detrás, pues Carolina sería presentada a unas cuantas personas, saludaría a Betsy, y después se marcharía a sus dependencias con la doncella.

Ana estaba arrebatadora, vestida de satén verde musgo y el cabello recogido en una profusión de bucles. Llevaba los hombros al descubierto, aunque sobre los brazos se había colocado una mantilla de encaje bordado con perlas pequeñas. Drew se acercó a ella antes de que terminase de bajar y le tendió la mano. Incluso a través de los guantes sintió el calor de la palma de ella, y la tensión en su cuello.

Drew la presentó a diferentes vecinos, a sus socios y sus familias, manteniendo conversaciones superficiales, sin darles tiempo a que les preguntasen nada que fuese comprometido.

El sonido de una campanilla comenzó a repiquetear desde el atril donde estaban situados los músicos. Betsy se había colocado allí con una sonrisa y miraba a los invitados esperando que todos guardasen silencio.

Drew cogió la mano de Ana, colocándosela sobre el brazo. Habían decorado los salones con muérdago y cintas rojas y doradas.

—Espero que todos estén disfrutando de la fiesta. El comedor va a abrir sus puertas ahora mismo. Supongo que todos tenemos hambre —dijo la mujer, con chanza.

Se levantó un murmullo generalizado y varias risotadas. La música, que se había detenido, comenzó a sonar de nuevo. Algunos invitados caminaron al comedor, mientras otros preferían seguir bailando.

Ana dejó que Drew la guiase al comedor. Se sorprendió cuando entraron. Habían quitado todas las sillas de alrededor de la enorme mesa y las habían colocado contra las paredes. También se habían añadido más mesas que habían provisto de bandejas de comida.

—Creí que cenaríamos todos juntos —le susurró Ana, con el ceño fruncido.

—No. La cena será tipo bufet. ¿No lo sabías?

Ella negó.

—No lo había esperado. Aunque, con toda la gente que ha venido, es bastante lógico.

—No te gusta mucho. —No era ninguna pregunta.

Ana se encogió de hombros con una sonrisa tristonosa.

—Parece frío e impersonal —respondió, recorriéndolo todo con la vista. Muchos invitados se estaban sirviendo en platos y algunos se apiñaban o guardaban cola para hacerlo—. Pero no se trata de eso.

Drew la miró con curiosidad. Los ojos grises lo observaban con lágrimas no derramadas. Se preocupó.

—¿Qué es lo que ocurre, Ana? ¿Te ha dicho alguien algo?

—No. Te prometo que no es eso. Está todo bien, de verdad.

Drew gruñó.

—No —sacudió la cabeza—. No lo está. Te conozco y sé que algo te ocurre, Ana.

—No puedo evitar acordarme de mis abuelos y de Patri —dijo con voz temblorosa—. Hace solo unos meses que... estaban, y... —Drew le alzó la barbilla con un dedo dulcemente y clavó los ojos en ella. Ana estaba haciendo lo imposible por no romper a llorar y él lo sabía—. ¡Los quiero tanto! ¡Me hacen tanta falta!

—Soy un egoísta, Ana. Todo este tiempo solo he sido capaz de pensar en la ausencia de mi padre y me había olvidado de todo lo que has perdido tú.

Ella tragó con dificultad y agitó la cabeza.

—Tengo que salir de aquí Drew, por favor —susurró. Las lágrimas habían comenzado a rodar por sus mejillas.

El corazón se le apretó en un puño al verla así. La cogió de la mano guiándola con prisa hacia las dependencias de los criados al tiempo que esquivaba a los invitados. Algunos se volvían curiosos, a mirarlos. Le importaba un ardite si lo veían bien o mal.

—Son jóvenes —decía Betsy entre risas al verlos salir de esa guisa. Agarrada a su mano estaba Carolina, que cada vez que era presentada a alguien, se doblaba en una graciosa reverencia—. Seguro que vendrán enseguida —le susurró a la niña en el oído para tranquilizarla.

Poco antes de entrar en la cocina había una pequeña galería donde la servidumbre había instalado un árbol de Navidad, más pequeño que el que lucían en el vestíbulo de Headworth, pero

igual de bonito.

—Esto ya está mucho mejor —dijo Ana, más animada, cuando se detuvieron. La carrera le había hecho olvidarse de su pena. No de toda, pero sí de mucha. Le pareció divertido, y hasta infantil, el modo en que habían escapado de la fiesta. Nunca habría imaginado a Drew corriendo por algo así.

—Totalmente de acuerdo contigo —corroboró él con un suave jadeo, apartándola del camino de un criado que llevaba una bandeja. La miró con una mueca solazada—. ¿Te apetece comer algo?

Sin dejarle contestar, la arrastró a la cocina. Allí había bastante barullo, bastante criados hablando, pues Betsy había contratado para ese día a más personal, ruidos de cacerolas y vajilla, el chop chop de los calderos que estaban en el fuego...

Alguien se dio cuenta de que ellos estaban allí y, avisándose unos a otros, guardaron silencio de repente. Sin embargo, Drew no se lo permitió, e incluso les pidió permiso para poder quedarse allí, sin que nadie los delatara.

Consiguieron unas bandejas y comenzaron a servirse platos. Luego escogieron un par de sillas y se situaron en un rincón de la cocina. Al poco, Mark, con ayuda de Martha, empujaron la mesa central hasta donde estaban ellos y algunos de los criados se atrevieron a sentarse al lado.

## Capítulo 26

Ana se estiró lánguidamente en la cama y extendió el brazo buscando el cuerpo de Drew. No lo encontró. El dormitorio estaba frío y fuera llovía con fuerza.

—¿Es eso cierto? ¡Respóndeme!

Se asustó al escuchar el grito de un hombre que provenía desde el pasillo. Se levantó con prisa y buscó la bata. ¿Qué estaba pasando?

Abrió la puerta despacio y sacó la cabeza. Los hombres que estaban fuera, en el corredor, guardaron silencio de repente. La puerta del estudio se hallaba abierta y en el hueco se encontraba Edward.

Jamie, con los puños junto a los costados, lo miraba furioso.

Richard capturó la atención de Ana, haciéndole señas para que se metiese de nuevo en el dormitorio. Nadie excepto él pareció advertir su presencia. Ella así lo hizo y cerró con suavidad. Aunque se quedó con la oreja bien pegada a la puerta. Le preocupaba no haber visto a Drew.

—Entra mejor en el despacho y hablamos tranquilamente. —Era la voz de Edward.

—¡No puedo creer que hayas hecho eso, padre! —recriminaba Jamie—. ¡No te bastaba con robarles que fuiste capaz de cambiar el testamento!

—¡El testamento todavía no se ha leído!

—¡Porque ellos se dieron cuenta! —Jamie soltó una risotada fuerte, carente de gracia—. ¿Qué es lo que ocurre? ¿Acaso estamos en la ruina?

—Te digo que entres, por favor, en el despacho —insistió Edward.

«No lo hagas», susurró Ana, intrigada por saber lo que estaba ocurriendo. Si lo hacía no iba a poder seguir la conversación, a menos que saliese del cuarto.

Si el tío de Drew había admitido ya que había robado, ¿por qué no lo echaban a la calle?

—No, padre. —Ana se tuvo que apretar más contra el panel para escuchar mejor. El joven había bajado la voz—. Me voy a marchar y será la última vez que me veas.

Se escucharon varios portazos y, luego, el silencio total.

Ana se vistió con prisa sus ropas de hombre, sombrero, trenza y pistoleras incluidas. Imaginaba que Jamie estaba en su dormitorio haciendo su equipaje. El único modo de poder hablar con él era en las caballerizas. No quería que se fuese tan enfadado. Por supuesto que Edward era el único culpable de todo, pero no por ello debía apartarse Jamie de sus primos.

Bajó sin ser vista, escondiéndose a cada poco entre las sombras y agudizando los oídos. Era consciente de que, aunque la mayoría de los invitados se habían ido a sus casas, había otros que se habían quedado y no deseaba que la descubriesen vestida así. ¿Qué explicación iba a dar?

Por suerte, Andrea era de las que se habían marchado, pensó satisfecha y aliviada. Aunque Drew no le prestaba atención, a Ana seguía sin gustarle que ella le sonriese y le hablase como si quisiese comérselo. Su presencia le provocaba unos celos horribles.

—¿Ha sucedido algo, señora? ¿Qué hace aquí?

Ana se paró nada más atravesar las dobles puertas de las caballerizas al escuchar la voz. Pero, al girarse y ver que se trataba de Jhon, respiró con tranquilidad.

—No ha ocurrido nada.

—¿Va a montar hoy? El señor no dijo nada.

Ana negó con la cabeza. Miró en derredor. Casi todas las cuadras estaban ocupadas con los caballos de Edward y algunos más. Los carruajes se habían quedado bajo un techado.

—Estoy esperando a Jamie Hayden. No ha bajado todavía, ¿verdad?

—No, señora. Pero por ahí viene —contestó el chico señalando al hombre que entraba con paso furioso y firme en el establo.

Jamie se detuvo en seco cuando Ana le salió al paso. La recorrió varias veces con la vista antes de reconocerla.

—¿Podemos hablar?

—¿Ana? —preguntó, atónito.

Ella asintió. Le señaló unos fardos que estaban junto a una de las paredes, de donde colgaba un candil.

—Me gustaría hablar contigo.

—¿Qué haces vestida así? —preguntó, estupefacto.

Ana caminó hasta los bultos de heno y esperó hasta que él se acercó. Luego se sentó.

—Por favor —le insistió ella—. Sé que estás muy enfadado, y yo lo comprendo.

A la sorpresa inicial de verla así, se unió la desazón de lo que acababa de ocurrir en el despacho de su primo.

—¿Tú también lo sabes? —Ella asintió. Jamie dejó en el suelo el poco equipaje que había traído, se pasó la mano por la cabeza y se sentó también—. Me hubiera gustado que, cuando estuvisteis en casa, me contarais vuestras sospechas.

La joven lo miró con angustia.

—No podíamos hacer eso. Además, como tú dices, eran solo sospechas. No estábamos capacitados para acusar a nadie sin tener pruebas.

—Lo que me da más rabia de todo, es saber lo bajo que han caído mi padre y mi hermano.

—Pero si te vas sin que te den explicaciones, nunca sabrás sus motivos.

—¿Los estás defendiendo? —la preguntó, extrañado.

—¡No, claro que no! Robar no está bien, y mucho menos lo que pretendía hacer con el

testamento. Que imagino que querría leer otro. —Se encogió de hombros—. No sé en qué demonios pensaba para hacer algo tan terrible.

—¿Demonios? —Las cejas de Jamie se alzaron divertidas a pesar de su enfado y de la confusión que sentía en ese momento—. Perdóname, prima, ¿tu esposo sabe que... —Señaló con un dedo toda su indumentaria.

—Lo sé —dijo Drew acercándose a ellos, dejando escapar un suspiro por entre los dientes. Se acercó a Ana y se sentó en el mismo fardo que ella, por lo que la joven se tuvo que echar hacia un lado. Lo miró de reojo. Él estaba muy serio—. Jamie, tienes que saber que ni mi madre, ni Richard te culpan de nada.

—¡Me siento avergonzado! ¡Claro que no he tenido nada que ver, porque me hubiese negado! Pero ¿Por qué, Drew? Nuestras familias siempre se han llevado muy bien.

—Tendrás que hablarlo con ellos, porque a mí tampoco me ha quedado muy claro —respondió Drew.

—Me digan lo que me digan, voy a marcharme —dijo categórico—. Lo tengo muy decidido. Tenía que haberlo hecho mucho antes. Cuando tú.

—Pero no puedes marcharte así. ¿Por qué no te quedas unos días aquí y te lo piensas bien?

Jamie lo recapacitó durante un buen rato. No podía apartar los ojos de Ana, y aunque Drew no dijo nada, empezó a molestarle.

—¿Qué van a hacer tu tío y tu primo? —le preguntó Ana a Drew, curiosa.

—Nos ceden el negocio. No creo que cubra todo lo que se han llevado, pero mi madre lo quiere así —contestó, sin despegar los ojos de su primo.

Ana asintió. Para no tener mayores problemas aquello era una buena solución. También imaginaba que el trato entre ellos iba a enfriarse bastante. Incluso a helarse.

—¿Le dejas que dispare? —le preguntó Jamie a Drew, con burla.

Drew rodeó con un brazo el talle de Ana y la apretó contra su costado. Ella se ruborizó con esa muestra de dominio. Miró su fuerte perfil, arrobada con su perfecto atractivo. Tenía que quererla un poco, ¿no? Por las noches en el lecho parecía que sí, pero después, por el día, le solía encontrar como siempre, atento, caballeroso, y... lejano.

—Hasta el momento, no tengo conocimiento de que haya hecho mal a nadie —respondió.

Jamie sacudió la cabeza con una sonrisa y cogió el equipaje de nuevo, al tiempo que se levantaba.

—Me quedaré unos días en Headworth, y pensaré bien en lo que voy a hacer.

Cuando el joven salió de las caballerizas, Drew se volvió a ella con gesto hosco.

—¿Qué haces aquí?

—Hablar con tu primo.

—Lo he visto, pero ¿por qué?

—Me cae bien y no quería que se marchase así. ¿Por qué me estás preguntando? —inquirió nerviosa.

Drew tomó aire con fuerza.

—¿Tenías que salir así vestida y venir a escondidas para encontrarte con él aquí?

Su pregunta la dejó congelada. Se puso de pie para poder mirarlo de frente. Drew estaba enojado, y ella sabía que realmente no era con su persona con quien lo estaba.

—¿Qué me estás queriendo decir, Drew? —Se puso las manos en las caderas. Una de ellas, sin darse cuenta, muy cerca de su revólver—. ¿Crees que me veo con Jamie de alguna manera en especial?

Él paseó sus ojos fríos como el hielo por el establo, para terminar posándolos sobre ella de forma penetrante y desagradable.

—Eso es lo que parece.

Ana lo miró con resentimiento.

—Me duele que me acuses de algo así. —Si le hubiese dado un bofetón no le habría afectado tanto—. Solo pretendía ser útil.

—¿Flirteando con mi primo?

El desprecio que había en el tono de su voz le llegó a lo más hondo del alma. Se llevó la mano a la boca por no gritar o no decir ninguna de las sandeces que le venían en ese momento a la cabeza. Él estaba pagando la frustración de la discusión de su tío con ella. Respiró hondo varias veces seguidas. Drew seguía sentado en el fardo, mirándola fijamente.

—¡Ya veo que jamás confiarás en mí! ¡Pero escúchame bien, capitán Hayden! —pronunció su rango y su apellido con enfado—. ¡Nunca volveré a meterme en problemas tuyos o de tu familia! ¡Y nunca más vuelvas acercarte a mí! —repuso indignada.

Si Ana escuchó a Drew llamándola, lo ignoró deliberadamente y salió corriendo hacia la casa.

\*\*\*

Edward y Eric se marcharon sin despedirse de nadie, aunque era obvio que todos sabían que era posible que, si volvían a verse, sería en las calles de Duluth, o alrededores. Pero nunca más serían invitados a Headworth.

Ana, ese mismo día, se trasladó a otro dormitorio como si con ello pudiese expulsar su rabia. En más de una ocasión desde que había firmado los votos matrimoniales se había preguntado por la posibilidad de ganarse la confianza de Drew. Pero estaba claro que no lo iba a lograr nunca, y ella no quería seguir tragándose su orgullo.

Ese día no bajó a comer ni a cenar, con la excusa de no encontrarse bien. Ni siquiera se había cambiado de ropa y solo se había limitado a echarse sobre la colcha azul y llorar desconsolada. No quería ver a nadie, ni a Jamie, ni a Richard, ni a Betsy. Solo a Carolina le permitió la entrada cuando ya había anochecido. La niña quería quedarse con ella para cuidarla, pero Ana la convenció de que necesitaba estar sola y descansar.

Sin embargo, con el paso de las horas, su estómago optó por hacer ruidos extraños. Estaba

revuelta, pero sentía que tenía que comer algo. Era bastante tarde y no era seguro que hubiese alguien despierto. Con cuidado de no hacer ruido bajó a la cocina. Encontró pan y embutido, y tras envolverlo en uno de los paños que Martha doblaba sobre la encimera, regresó al dormitorio.

La puerta del despacho de Drew estaba entreabierta y del interior flotaron susurros masculinos. Ana no pudo controlar la incertidumbre de saber quién estaba con él, porque reconoció su voz enseguida. Se acercó con sigilo y descubrió que eran Richard y Jamie.

Prestó atención y se dio cuenta que hablaban de mujeres. Era un tema que a ella no le interesaba en absoluto y, cuando se disponía a regresar al dormitorio, escuchó que Richard decía:

—En el momento que me enamore de alguien, pienso pedirle matrimonio lo antes posible.

—¿Por qué tanta prisa? —respondió Jamie con una risa.

—No tengo prisa, solo ganas.

—Para eso no hace falta que te enamores, Richard —oyó ella que decía Drew. Ana frunció el ceño.

—¿No? ¿Cómo es eso? —preguntó el otro.

—Hay personas que contraen matrimonio por dinero, por acuerdos o por intereses.

—Tienes razón, Drew, pero yo creo que cada vez menos —dijo la inconfundible voz de Richard.

—La situación que atraviesa el país es lo que obliga. ¿Quién va a heredar las tierras, si no? Si vas a esperar primero a enamorarte, te acompaño en el sentimiento.

—Por eso me alegro de no ser el hijo mayor —se burló Richard.

—Y yo —añadió el primo—, pero, Drew, tú te has casado por amor. Eso quiere decir que aún queda esperanza. ¿Verdad?

El corazón de Ana latió tan fuerte que pensó que se le iba a salir por la garganta. Drew guardaba silencio. ¿Por qué no contestaba?

—No nos casamos por amor —dijo al fin. A la joven se le detuvo el corazón de golpe—. Lo hicimos por interés. Tal vez algún día lleguemos a amarnos, no lo sé. Por favor, Jamie, ¿te importaría cerrar la puerta?

Ana salió disparada a su cuarto y, una vez dentro, no supo reaccionar. Aquello no la cogía de sorpresa, pero no le gustó escucharlo. Ella lo amaba. Estaba enamorada de él y no le había hecho falta tanto tiempo para darse cuenta. Drew, claro, por supuesto, era un caballero y se le daba fenomenal fingir ante los demás que existía afecto entre ellos. Tanto Jamie como Richard se lo habían creído. Ella se lo estaba creyendo. Pero no era así. Él no estaba enamorado.

Pensó que ya no la quedaban lágrimas después del día que había pasado, pero se equivocó. Aún estuvo llorando algún tiempo más. Después vomitó, y entonces recordó que todavía no había comido nada.

\*\*\*

Drew pasó al cuarto donde dormía ahora Carolina, pues esos días habían estado arreglando el mirador y este aún no estaba preparado para acoger a nadie. La niña estaba recostada plácidamente en la cama y, sobre sus pies, por encima de la colcha, se encontraba el perro. Drew estuvo a punto de bajarlo de la cama y devolverlo a su caja, pero no lo hizo. Calcetines, como llamaban ellas al cachorro, pronto iba a crecer, y a lo sumo ocuparía el espacio que había entre la cama y la chimenea.

Salió del dormitorio y se frotó la nuca. De camino a su alcoba se paró ante la puerta de Ana, con indecisión. Se arrepentía de haberles dicho a su hermano y a su primo que no se había casado por amor. Lo había hecho sabiendo que Ana estaba escuchándolos desde el corredor. La había visto a través del espejo que colgaba en una de las paredes de su estudio.

Ese día se había comportado como un imbécil. Había acusado a la joven de serle infiel. Le había dado tanta rabia verla tan tranquila charlando con Jamie, que había sentido una ira infinita y, sobre todo, celos. Muchos celos. No le gustaba sentirse celoso.

Con un suspiro abatido siguió hasta su dormitorio. Sentado en la cama se llevó las manos a la cabeza con los codos sobre las rodillas. Clavó los ojos en las ascuas doradas que refulgían en la chimenea. Tenía que hablar con ella. Había recibido una notificación del señor Barney Rohad.

En realidad, la carta estaba a nombre de Ana y él la había abierto por error al encontrarla entre su correspondencia. Le ofrecía el rancho de la señora Hasford, con bastantes acres de tierra, situado cerca del lago al norte de allí, a un precio muy bueno. ¿Y si se lo regalaba él? ¿Sería Ana capaz de aceptar su perdón?

## Capítulo 27

—**M**e ha dicho Leonor que esta mañana Drew ha salido muy temprano.

Betsy, sentada a la derecha de la cabecera de la mesa, observó a Ana, situada enfrente. Carolina había almorzado antes y Sarah se la había llevado a dar un paseo por los alrededores de la mansión. El día acompañaba. Había dejado de llover y el sol lucía templado, bañando los bosques y las praderas.

—Sí —contestó Ana—, pero no sé dónde iba. No me lo dijo.

—No soy tonta, Ana. Todos nos hemos dado cuenta de que ha sucedido algo entre vosotros. Lleváis alrededor de una semana que os evitáis deliberadamente. Y es obvio que lo de cambiarte de dormitorio no nos ha pasado por alto a nadie. —La joven bajó la vista sobre el plato. Apenas había probado bocado—. Yo también discutía mucho con Harry. —Hizo una mueca alegre al recordarlo—. Pero yo siempre me quedaba en el dormitorio y a él lo obligaba a dormir en otro lado.

Ana la miró fingiendo una sonrisa que no alcanzó al brillo de sus ojos.

—Drew es muy terco. No creo que pudiese echarlo de su habitación.

Betsy apartó la servilleta a un lado y entrelazó los dedos frente a su barbilla, con los codos apoyados sobre la mesa.

—¿Se lo has dicho ya?

Ana frunció el ceño.

—¿Decirle el qué?

—¿Que estás esperando su primer hijo?

Ana apartó la vista de ella y tragó con dificultad. Agitó la cabeza y volvió a bajar la vista.

—No.

—¿Necesitas hablar de ello?

—No —susurró con voz entrecortada y temblorosa. Ella no podía hacerse a la idea todavía y no quería ni siquiera imaginar lo que Drew diría de eso. Sobre todo, cuando le había dicho que no deseaba tener hijos.

Betsy respiró hondo y la estudió fijamente.

—Ana, levanta los ojos, quiero verte. —La joven obedeció, pasándose la mano por ellos para retirar la humedad—. ¿No deseas a tu bebé?

—No lo sé. —Se llevó la mano a la boca y mordisqueó la uña del dedo índice, preocupada, con la mirada llena de angustia—. Creo que sí, pero... tengo miedo y...

—No estás sola, Ana.

Pero la persona que ella quería que estuviese a su lado no había hecho el intento de acercarse en todo ese tiempo. Jamie se había marchado el día anterior, y Ana ni siquiera había coincidido con Drew en la despedida.

—Cuando me quedé encinta la primera vez, Harry se puso muy feliz. Me obligó a estar durante todo el embarazo entre algodones. Me puse tremenda, y muy fea, pero él me veía la mujer más bonita del mundo. Estoy segura de que cuando Drew se entere...

Un fuerte y penetrante alarido de mujer interrumpió la conversación. Ambas volvieron la cabeza a las puertas. Por unos segundos, Ana revivió el asalto sufrido en Baltimore, se quedó inmóvil sin poder respirar apenas, y se le erizó todo el vello del cuerpo.

—¿Qué ocurrirá? —Betsy se levantó y, titubeante, caminó hacia el hueco de las dobles puertas.

Desde algún lugar de la casa llegaba el ruido de golpes y gritos, puertas que se abrían y se cerraban...

—¡No, espere! —llamó Ana, haciendo el esfuerzo de ponerse en pie. Adelantó a la mujer maldiciendo no llevar el arma encima. Con el corazón atronando en su pecho salió despacio tratando de averiguar.

Betsy le puso la mano en el hombro, sobresaltándola.

—No me dejes aquí sola.

Ana la miró con el ceño fruncido. La piel de la mujer, ya de por sí pálida, se había tornado tan blanca como la cera de una vela. El miedo se pintaba en sus ojos verdes y en el agarre de su mano sobre su hombro.

—De acuerdo, pero no diga nada.

—Pero...

—¡Ni me hable! —susurró con los dientes apretados.

Betsy guardó silencio y Ana sacó la cabeza por el hueco de la puerta. No se veía a nadie y eso era preocupante. Si le había pasado algo a cualquiera de los criados, Leonor ya debía estar allí para avisar. Sintió un escalofrío recorriendo su columna vertebral. Intuía, más que sabía, que estaban siendo atacados.

—Tengo que subir a por mi arma —susurró cogiendo a la mujer de la muñeca. Echó un vistazo al comedor y arrastró a Betsy hasta una de las ventanas situadas junto a la cómoda que soportaba las bandejas—. Hay que salir de la casa.

—¿Salir de la casa? ¿Qué está pasando, Ana? —Escuchaban el enorme alboroto que llegaba desde las dependencias de los criados.

—No se detenga, Betsy. —Sin pensárselo dos veces, abrió con rapidez la ventana.

En el exterior todo era quietud y calma. Una ligera brisa bailaba entre las copas de los árboles haciendo girar hojas que parecían entonar una dulce melodía. En el suelo aún se podía advertir la

tierra húmeda de los charcos que había dejado la lluvia de los días de atrás. Los mozos de las cuadras habían recogido las ramas sueltas que habían caído por las tormentas y las agujas de los pinos que cubrían los suelos, y habían dejado los montones alrededor de la casa.

—¡No pienso salir por ahí! Esta es mi casa y no voy a permitir que venga nadie a echarme de ella —diciendo eso, la mujer se alisó la brillante falda negra de su vestido y, aspirando con fuerza, comenzó a andar hacia la puerta.

La joven la miró con incredulidad y agitó la cabeza.

—¡No! —la detuvo—. ¡Óigame bien! ¡Hay que salir de aquí y pedir ayuda! Esos tipos seguramente son los mismos que nos asaltaron en el camino y asesinaron a mi familia.

Betsy arrugó el entrecejo, preocupada. Asintió agitando con suavidad el moño que coronaba su cabeza. Desde el poyete hasta el suelo no había mucha distancia.

—¿Estás segura, Ana? —preguntaba al tiempo que se tumbaba sobre el quicio y giraba el cuerpo sobre él para quedar con la mitad inferior colgando en el aire.

La joven tuvo que soltar los dedos de la mujer del alfeizar para dejarla caer al suelo.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó en un susurro al tiempo que no dejaba de mirar sobre su hombro para no ser sorprendida.

—No —respondió la otra, frotándose las manos y la falda.

—Escóndase en el bosque y, si encuentra a Sarah y a Carolina, avíselas. No les puede dejar que se acerquen.

Betsy la miró aterrada, con ojos dilatados, observando a su vez en todas las direcciones.

—¡Ven conmigo, Ana! —ordenó.

La joven negó con la cabeza y cerró la ventana. Tenía que llegar al dormitorio y coger su revólver.

Voló hasta la galería y logró subir las escaleras sin ser vista. Una vez arriba miró el vestíbulo desde la baranda en el mismo momento que aparecía uno de los asaltantes. En sus labios sombreaba una sonrisa cruel y portaba en su mano una pistola grande. ¡El hombre que llevaba la cadena de Patricia al cuello!

El sujeto alzó la vista hacia ella por inercia.

Ana soltó una exclamación y corrió a su cuarto. Buscó el colt en el cajón de la cómoda y, después, de comprobar que estaba cargada, caminó en silencio hacia la puerta. Sentía que el corazón estaba a punto de estallarle.

Echó la cabeza atrás contra la pared y cerró los ojos respirando fuerte. No podía dejar de temblar. El terror le invadía todo el cuerpo.

Aguantó la respiración al escuchar que el tipo entraba en una de las primeras habitaciones junto a la escalera, buscándola. Ana se decidió a salir e iba por la mitad del pasillo, cuando otro hombre habló desde la galería.

—¿Reverendo? Tom, Reverendo ¿Dónde estás?

Ana se escondió rápidamente detrás un mueble, agachada, con la espalda pegada a la pared y la

respiración contenida.

—¡Estoy aquí! ¡La zorra se ha escondido en alguna de las habitaciones de arriba! —Ana escuchó cómo el otro subía la escalera con fuertes pisotones. Llevaba espuelas y tintineaban con cada movimiento.

—¿Cómo está todo abajo?

—Controlado. Los criados están encerrados en un cuarto de la cocina y al chico de las cuadras le he atado bien fuerte, aunque con el mamporro que le he dado, dudo que pueda levantarse en todo el día.

—¿Y el otro muchacho?

—Solo había uno.

Tom gruñó y soltó un fuerte improperio. Después pareció calmarse:

—De acuerdo, vamos a hacer esto rápido. Busca por aquel lado de la casa. —señaló a los dormitorios que estaban en la otra parte de la escalera—. Yo seguiré por aquí.

—Este lugar es muy grande, Reverendo. No sé si la vamos a encontrar.

—No te preocupes, si no aparece en cinco minutos, amenazaremos con empezar a matar criados.

—¿Vamos a matarlos? —preguntó el hombre con tono engreído.

Ana reprimió una oleada de pánico. Si tan solo supiese cuántos eran los asaltantes...

—En cinco minutos, Jared, aprisa. No quiero que nos encuentre el capitán por sorpresa. Debemos estar preparados para enfrentarle.

—¿Y la viuda?

—Quizá también esté por aquí escondida. ¡Vamos!

Ana se cubrió la boca para silenciar la respiración agitada. Esperó hasta que ambos entraron en la habitación y entonces salió ella. De pronto se oyó un golpazo que provenía del cuarto de Carolina.

«¡Calcetines! ¡Por favor que no le pasé nada a Calcetines!», pensó con un nudo en el pecho. Gimió y se agachó refugiándose tras del mueble de nuevo.

Sintió las carreras en el pasillo y cerró los ojos en el momento en el que cuatro piernas cruzaban a su lado. Pensaba que la iban a descubrir pero, por suerte, pasaron de largo.

En cuanto salieron de su vista se incorporó con rapidez e, intentando no hacer ruido, corrió hacia las escaleras. Por suerte la alfombra del pasillo amortiguaba sus pisadas.

Rezó para que Betsy pudiera advertir a Carolina y a Sarah e interceptar a... Cayó en la cuenta de que los bandidos no habían hablado de la niña y de que sabían que Drew no estaba en casa. ¡Lo habían planeado a conciencia!

Bajó la escalera y, sin perder un solo momento, apresuró el paso hacia la cocina. Nada más entrar vio un charco de sangre en el suelo, junto a la mesa. Con temor de ponerse a vomitar apartó la mirada, lo esquivó y se fue directa a la despensa. La puerta estaba cerrada con llave, pero la cerradura estaba vacía. La buscó con desesperación sobre las encimeras levantando paños y

cacerolas. No la encontró.

Con una maldición caminó hacia la despensa y llamó con suavidad.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó en un susurro con los labios pegados en la puerta.

—¡Señora! —exclamó la voz de una mujer. Ana reconoció a Martha, la cocinera—. Estamos encerrados aquí dentro y Leonor pierde mucha sangre.

—¿Han herido a Leonor?

—Sí. Le han clavado un cuchillo en el abdomen.

Ana sopló lentamente, como si con eso consiguiese darse más aplomo y valentía. Se pasó la mano por la frente.

—No encuentro la llave. ¿Sabe si hay alguna copia?

—No la hay.

Era posible que uno de los bandidos la tuviera en su poder. Seguramente el que se llamaba Jared.

—Esperen, voy a tratar de abrirla con algo. —Cogió el primer objeto que vio. Resultaba ser un cuchillo que se partió por la mitad en cuanto lo introdujo en la cerradura.

—¿Buscas esto? —Ana llevó los ojos a la puerta y dio un pequeño salto, asustada. El tal Jared agitaba un llavero mientras sonreía con insolencia—. ¡Reverendo, en la cocina! —gritó hacia la galería.

Ana gimió. No lo había oído llegar, a pesar del tintineo de las espuelas. Había estado tan preocupada de abrir la puerta que se había olvidado de que pudiesen encontrarla. El miedo le puso la carne de gallina. Sabía que no podía dejarse coger o era mujer muerta. Sin pensarlo, le apuntó con el revólver. Él llevaba la pistolera por fuera del abrigo, pero aún no había desenfundado su arma. Levantó las cejas con sorpresa.

—¡Tírame el llavero! —exigió Ana en tono glacial.

—Venga, no vas a poder salir de aquí —respondió él con burla, dando un paso hacia ella. No le tenía miedo. Ni siquiera parecía preocupado de que pudiese dispararle—. Dame eso antes de que te hagas daño.

—La última vez que lo use herí a tu amigo, el indio. —La frase detuvo el avance del tipo—. El llavero —volvió a pedir. Esta vez con mucha más autoridad que antes.

Jared se negaba hacerlo y ella creyó escuchar los pasos del otro hombre bajando la escalera principal. Descendió el brazo apuntándolo sobre una pierna y apretó el gatillo. El proyectil dio en el blanco haciendo que Jared gritase como un cochino en una matanza. Se llevó la mano a la pistolera, pero el chasquido del percusor del revólver de la joven le hizo desistir.

Ella se acercó a él con prisa, lo desarmó y cerró la puerta de la cocina.

—¡Apártate! —le dijo, pasando a su lado de nuevo para empujar la mesa contra la puerta. Era bastante más pesada de lo que había creído, pero lo consiguió. Se volvió a él dirigiendo el cañón de la pistola a su cabeza—. ¡De rodillas!

Al ver que no tenía intención de obedecerla, le apuntó en la otra pierna. Jared se encrespó

durante un instante y después se arrodilló.

—¡Vas a morir, bruja! —siseó tragando saliva. A pesar de sus palabras, la miraba con cierto resquemor.

Ana le arrebató las llaves y, sin quitarle los ojos de encima, abrió la puerta de la despensa. Salieron dos criadas y les siguieron Martha y Mark. Ambos sosteniendo la desmadejada figura de Leonor.

—¡Gracias al cielo, señora! —exclamó una de las doncellas.

Reverendo aporreó la puerta con violencia desde fuera.

—¿Cuántos sois? —le preguntó Ana al que seguía arrodillado.

Jared no quiso contestarla.

—Solo dos, señora —se apresuró a decir Mark—. Salgamos por el patio trasero.

Ana asintió. Jared comenzó a gritar a su compinche lo que estaban planeando. Mark dejó con cuidado en el suelo a Leonor y, con largas zancadas, llegó hasta el bandido. Le propinó un puñetazo en plena cara que le hizo perder el sentido.

—Bien hecho, Mark —felicitó Ana entregándole el arma que le había quitado al bandido. Las mejillas del cochero se cubrieron de rubor.

Atravesaron el patio. Leonor, otra vez, en brazos de Mark. La mujer lucía una piel demacrada, casi cenicienta y sus labios estaban adquiriendo un peligroso tono morado.

Martha se detuvo ante la puerta de hierro que directamente daba acceso al exterior. Miró a Ana.

—Las llaves, señora—pidió tendiéndole la mano.

La joven negó. Las había dejado en la cerradura de la despensa. Recogiéndose el bajo del vestido corrió de nuevo a la cocina. Nada más entrar sintió un golpe fuerte en la cabeza y oscuridad, mucha oscuridad.

## Capítulo 28

Drew cabalgaba como si el mismo demonio lo persiguiese.

Jhon había conseguido huir al darse cuenta de que estaban asaltando la casa. Sin dudar, había cogido uno de los caballos y se había lanzado hacia la ciudad en busca de ayuda. Por suerte, los hermanos Hayden viajaban en un coche de alquiler que, al verlo, se había detenido.

—¿Dónde vas tan rápido, Jhon? ¿Ha sucedido algo? —había preguntado Drew.

—Unos bandidos están atacando la casa, capitán. Me dirigía a buscar ayuda.

Drew sintió como si le hubiesen dado una patada en el estómago. Dejó que Jhon siguiese su camino a la ciudad y desenganchó un caballo del coche.

Richard lo imitó, aunque cuando se lanzaron a la carrera, Drew lo dejó atrás sacándole una ventaja considerable.

Ciego de ira, Drew guiaba al animal a Headworth rezando por llegar a tiempo. Atravesó la plaza de la entrada y saltó de la montura antes de detenerla. Se abalanzó hacia la puerta principal en el momento en que salía un grupo de personas.

—¡Mark! —Un jadeante Drew echó un vistazo a Leonor y miró al hombre que cargaba con ella —. ¿Dónde está Ana? —preguntó, entrecerrando los ojos al advertir que la joven no salía con ellos.

Martha rompió a llorar estrujándose el delantal con las manos.

—Ese malhechor tiene a la señora —gimoteó otra.

—¿Dónde están?

—En el piso de arriba, pero no sé dónde, capitán —respondió Mark.

Drew asintió.

—Lleva a Leonor al establo y mira que Bart se encuentre bien. Mi hermano viene de camino y Jhon va a la ciudad a pedir ayuda. ¿Dónde están mi madre y Carolina?

—No las hemos visto. Creo que Sarah y la niña no estaban en casa cuando empezó todo.

Drew paseó la vista por los alrededores, rogando que estuviesen a salvo. Volvió a dirigirse al cochero:

—¿Cuántos son? ¿Los has podido ver?

—Dos, capitán —respondió—, pero a uno lo hirió la señora de un balazo y yo lo tumbé de un golpe. Ese sigue en la cocina. Lo he atado como he podido.

Drew deseaba preguntarle si sabía cómo se encontraba Ana, sin embargo, sentía miedo de hacerlo. Respiró hondo.

«Es muy valiente», se dijo. «Está bien, seguro». Caminó con decisión hacia la puerta flanqueada por las columnas. Tenía el corazón encogido en un puño. ¡Mierda! ¡No tenía que haber bajado la guardia tan pronto! ¿Pero cómo iba a imaginar que esa panda de desalmados no había huido todavía lejos de allí? Cualquiera otro ya hubiese puesto tierra de por medio.

El interior de la casa se hallaba en completo silencio. Había jarrones y muebles hechos añicos, desparramados por el suelo.

—¡Ana!— gritó desde el vestíbulo.

La respuesta llegó enseguida.

—Aquí, capitán.

Drew llevó sus ojos verdes a lo alto de la escalera. Un hombre sostenía a la joven por la cintura con la espalda de ella pegada al torso y le apuntaba a la cabeza con una pistola. Ana parecía aturdida.

—¿Qué le has hecho?

—No estás en condiciones de hacer preguntas —respondió el hombre con voz calmada.

—Déjala en paz. No es a ella a quien quieres. Es a mí —dijo Drew al tiempo que se le tensaban los músculos de los brazos. Si no usara a Ana como escudo podía arriesgarse a meterle un tiro.

El hombre agitó la cabeza y su mirada brilló con un chispazo de presumido deleite.

—No, te confundes, la quiero a ella.

Drew sacudió la cabeza.

—Si fuera así, ya te la hubieras llevado.

—También es verdad. —Soltó una carcajada agria—. Tienes razón, capitán. Los quiero a los dos. Suelta el arma.

Drew aspiró profundo. Arrojó la pistola al suelo y abrió los brazos mostrando que estaba desarmado.

—Ya nos tienes. ¿Y ahora?

El hombre lo miró con fijeza. El capitán no era un hombre al que podía subestimar fácilmente. Pero, mientras tuviese a la mujer con él, tendría todas las posibilidades de salir airoso.

—Ve a buscar a Jared.

—No sé dónde está.

—En la cocina.

Drew caminó de espaldas, observando a Ana. No tenía buena cara y apenas mantenía los ojos abiertos. Juró por Dios que iba a matar a ese hombre.

Sacó a Jared arrastras. El tipo pesaba lo suyo. Mark lo había atado las manos tras la espalda con cuerda de tender ropa. Lo dejó caer al piso del vestíbulo con un golpe seco.

—Aquí esta.

—¡Ten cuidado, hombre!

—Está sin sentido. No se va a enterar mucho. ¿Qué quieres que hagamos? ¿Un intercambio?

El hombre se echó a reír.

—¿Crees que soy imbécil? ¡Desátale!

Drew se acuclilló al lado del hombre. Cogió un puñado de cabello oscuro entre los dedos y le levantó la cabeza a varios centímetros del suelo. Lo dejó caer con un golpe seco.

—¿Qué haces? —gritó el otro.

—Soy muy torpe —respondió Drew.

El brazo que rodeaba el talle de Ana apretó con fuerza. Ella pareció despejarse de repente y, con desesperación, luchó por soltarse entre gritos de dolor y miedo.

—¡Estate quieta! —le vociferó el hombre en el oído.

—¡No! —chilló ella, atormentada—. ¡Drew, no le dejes! ¡Por favor! ¡Drew! ¡Me hace daño!

Con rapidez, asustado, Drew comenzó a desatar al hombre que yacía en el suelo. La urgencia en la voz de Ana le estaba poniendo nervioso.

—¡Suéltala! ¡Ya he desatado a tu hombre! Podemos llegar a un acuerdo. Puedo ofrecerte una fortuna y ayudarte a salir de aquí. Podrás viajar por Europa sin nadie que te persiga, pero debes soltar a mi mujer.

No alcanzaba a estar muy seguro de que el hombre le estuviese escuchando con claridad. Ana seguía luchando por escapar del fuerte brazo que la oprimía y la atención del sujeto se dividía entre él y la joven. Aquello era una ventaja para Drew, que aprovechó la oportunidad para sacar su puñal de la cinturilla del pantalón.

Al poco de unirse al ejército, conoció a Billy el Dientes. El anciano había sido cazador toda su vida y era uno de los mejores rastreadores de la Unión. Drew había hecho muy buenas migas con él y Billy le enseñó a manejar la navaja. Casi se le daba mejor que el revólver, además, le gustaba mucho más por lo silencioso y efectivo que era. Billy era uno de los amigos que habían caído en la batalla de Nueva Orleans.

Drew acercó su mano a la pierna y, con descuido, acarició el mango de nácar con el dedo pulgar.

Podía darle.

Sabía que podía hacerlo. ¿Pero y si Ana se interponía en su camino?

Ella soltó un alarido tan desgarrador que los muros de Headworth fueron incapaces de absorberlo entero. Mark y Richard se detuvieron aterrados unas décimas de segundo antes de entrar en la casa y se lanzaron al interior del vestíbulo. En ese mismo momento, Drew lanzaba su cuchillo impactando en la frente de su enemigo.

El hombre cayó al suelo por las escaleras, arrastrando a Ana con él.

Drew corrió con la velocidad de un rayo para detener el impacto de la joven. La tomó en brazos y bajó con ella hasta el vestíbulo, donde la dejó con cuidado sobre el suelo. Se arrodilló a su lado buscando posibles heridas en su cuerpo, empero, excepto el golpe que tenía en la cabeza,

no parecía tener más.

—Está sangrando —musitó Richard llegando a su lado.

Los ojos verdes siguieron la dirección de los de su hermano. La sangre roja y oscura manchaba la falda de Ana. Drew estrechó la cabeza femenina contra su pecho y regó su cabellera de besos.

—Busca a madre —le dijo a Richard, sin despegar los labios de la coronilla de Ana.

—Está perfecta, está fuera con Carolina y Sarah. Bart también se encuentra bien.

Drew asintió y cogió con ternura a Ana entre sus brazos. Ella abrió los ojos. Lloraba afligida.

—Se ha acabado todo. Estamos bien —le susurró. Le dolía verla llorar de esa manera. Ella agitó la cabeza y buscó su mirada.

—Nuestro hijo no lo está.

Drew dejó de respirar. Se mordió el labio inferior con tanta fuerza que le salieron dos gotas de sangre. Ana lloró más fuerte y él tuvo que parpadear para retirar la humedad de sus propios ojos. No sabía cómo reaccionar. Tragó con dificultad y, apretándola junto a su corazón, caminó con ella hasta el dormitorio. La colocó sobre la cama.

—Lo siento tanto, Drew. ¡Yo... lo quería!

Él se apartó y dio varios pasos de espalda a ella. Se pasó una mano por la cabeza. Sin poderlo evitar se le escaparon las lágrimas y se giró para que Ana no lo pudiese ver.

—No me odies, por favor —suplicó la joven en un hilo de voz.

Drew volvió la cara hacia ella con rapidez. Ana se había sentado sobre la cama y sollozaba angustiada.

—¡Claro que no voy a odiarte! —En dos pasos llegó a su lado y se arrodilló junto a la cama—. ¿Cómo voy a hacer eso si te amo más que a mi vida? —Ana no se atrevía a mirarlo, pero él la obligó a hacerlo. Podía ver la vergüenza reflejada en los amados ojos grises. Agarró la cara de Ana con las dos manos, cada palma en una mejilla—. Te amo, Ana. Jamás vuelvas a decir eso. Nunca.

—No merezco que me quieras —susurró ella.

—Lo mereces. Y yo lograré que me ames de igual modo que...

Ana le cubrió la boca con la mano. Lo miró con adoración.

—Hace mucho tiempo que lo lograste.

La joven se desmayó en sus brazos y entonces Drew lloró.

\*\*\*

El doctor le confirmó a Ana lo que ella ya sabía desde el principio. Había perdido a su bebé.

La abuela siempre le contaba que las cosas sucedían por algún motivo y la imaginaba diciendo que Dios se lo había llevado porque quizá no habría llegado bien a este mundo. Pero, aunque la abuela hubiese tenido razón, Ana no podía dejar de sentirse culpable. No era por no haber tenido suficiente cuidado, porque sí lo había tenido. Sin embargo, cuando supo días atrás que estaba

esperando, por una fracción de segundo había deseado que no naciese. Su mente había rechazado la idea y se oponía terminantemente a dejarlo crecer. En cambio, después su corazón impuso cordura y entonces ansió poder estrechar a su hijo entre los brazos. Un hijo que ya no iba a nacer.

—¿Te molesto, Ana?

No había escuchado a Drew entrar. Se quedó paralizada, recostada en la cama.

Él caminó hacia ella despacio, con la gracia que lo caracterizaba desde que ella lo conociese. Con esa imponente figura de rostro hermoso y ojos verdes. Unos ojos que la miraban con tanta intensidad que, avergonzada, terminó por cubrirse la cara con las sábanas para poder volver a llorar. Antes de darse cuenta, Drew estaba a su lado, acunándole la cabeza al tiempo que le deslizaba los cobertores para ver su rostro.

—Lo siento muchísimo —le susurró ella.

Él le pasó sus grandotas manos por las mejillas.

—Lo sé, y no debes sentirte culpable. Lo importante es que todos estamos bien.

—¿Leonor?

—Ella y Bart se van a recuperar.

Ana alzó la mano para tomar la de él y se la apretó con cariño.

—Yo pude escapar con tu madre, Drew, pero no podía dejar a Martha y a los demás atrás.

—Lo sé y lo comprendo —le dijo él con una mueca apenada—. Te conozco, cariño. Yo también habría actuado como tú, y quiero que sepas que me siento muy orgulloso de tenerte a mi lado.

La joven parpadeó las lágrimas que pendían en sus largas pestañas para poder mirarlo con claridad.

—¿De verdad te sientes orgulloso?

Drew la besó con ternura en los labios agarrándola con firmeza de la nuca y asintió. Se había sentado en la cama a su lado.

—Sí, Ana. Eres una de las mujeres más valientes que conozco.

—No soy valiente, Drew. —Recordó las palabras de David—. Soy temeraria, cabezona...

—Me gusta cómo eres.

Se puso colorada. Los ojos verdes la miraban con devoción y sinceridad.

—¿De verdad me amas, Drew? Antes me lo dijiste.

—Y no mentía. Te amo más que a mi vida.

—Pero te oí que le decías a tu primo y a Richard...

Drew asintió y de nuevo volvió a besarla. Sus labios eran suaves y cálidos.

—Sabía que estabas escuchando. Como estabas enfadada conmigo y te habías cambiado de dormitorio, quería que supieses que no me afectaba nada que no me amases, y fingí que yo tampoco lo hacía. Pero era mentira. —Soltó una risa áspera que Ana apreció nerviosa—. ¡Me puse celoso por una tontería!

—Pues sí —murmuró ella—. A mí no me atrae Jamie. —Drew todavía le sujetaba la cabeza y, con los pulgares, había comenzado a acariciarle las mejillas y los labios—. A mí me gustabas tú.

No sé cuándo me enamoré de ti. Creo que fue poco después de que soportaras todos mis pisotones en Baltimore, solo que yo no lo sabía. Luego... —Le tembló la voz—. Cuando recogiste a Carolina descubrí el gran corazón que tienes y ya no quise separarme de ti. Es verdad que deseaba que fueras mi amigo —se encogió de hombros— porque para mí tu amistad era lo más importante. No sabía que, lo que en realidad sentía por ti, era amor. —Levantó el mentón con orgullo—. Me molestó mucho que te casaras conmigo como si fuese una obligación, y que encima no acudieses personalmente a hacerlo.

Drew sonrió y la besó de nuevo, esa vez con tanta pasión que le robó el aliento y la voluntad.

—Yo también tengo mi orgullo, cariño. ¿Quieres saber dónde estaba esta mañana? —preguntó apartándose de ella unos centímetros. Ana hubiese seguido besándolo toda la vida. Por más que veía sus ojos verdes no encontraba ninguna muestra de resentimiento contra ella—. Comprando el rancho de la señora Hasford. Quería darte una sorpresa y llevarte yo mismo a verlo. Pero el médico ha dicho que debemos esperar al menos dos días para que puedas levantarte.

Le contó que había abierto la carta de Barney por error y que pensó en regalarle las tierras y el rancho como una ofrenda de paz, sabiendo que a ella le iba a gustar poder dirigir su propia casa sin poner restricciones ni a Carolina ni a Calcetines.

Escuchar el nombre del San Bernardo en los labios del capitán le provocaba gracia.

—Ana, debo entregarte esto. —Le puso sobre el regazo la cadena con la medalla de Patricia. La joya brilló fugazmente cuando la luz del sol que entraba por la ventana se reflejó en ella.

—¡Oh, Dios! —Jadeó al verlo. Sus ojos se inundaron de lágrimas. Casi sin darse cuenta, se encontró arropada entre los brazos de su marido, llorando contra su pecho.

Al cabo de un rato, más calmada, se apartó de él y, por un momento, pensó en cómo hubiese sido todo si aún llevase el bebé en su vientre. Se pasó la mano por el estómago, inducida por una extraña necesidad. Drew colocó su palma sobre los dedos de ella y los apretó con ternura.

—El médico dice que eres joven y fuerte. Tendremos otros hijos, Ana.

Ella asintió. Sabía que, aunque él no había tenido tiempo de asimilarlo, sufría por ella. Eso significaba que la quería mucho, ¿no?

Sí.

Significaba eso exactamente. Ana lo supo cuando la abrazó de nuevo y sintió el corazón de su esposo latiendo junto al suyo. Cuando sus labios tomaron su boca asaltando todos sus sentidos.

## Epilogo

El azul del cielo de aquella mañana brillante de julio se reflejaba en las aguas del lago. La brisa mandaba suaves ondulaciones a la orilla empapando los pies de Carolina y Ana, que paseaban unos metros arriba y abajo en busca de ranas o pececillos. También aquel ligero soplo de aire llevaba hasta allí el suave perfume de la hierba y las flores que cubrían la pradera.

Betsy se había sentado en una cómoda mecedora en el porche de la casa, desde donde las observaba. Todos los domingos iba a pasar el día al rancho.

La mujer escuchó los cascos de los caballos y volteó la cabeza en dirección al sendero. El sombrero de ala ancha y baja cubría el rostro del hombre ocultando el brillo de sus ojos, pero ella reconoció a su hijo enseguida y se puso en pie haciendo señales a Ana.

—¡Ya está papá aquí! —le dijo a Carolina.

La niña echó a correr, descalza, en su busca. Ana se paró solo unos segundos para colocarse las zapatillas de satén, apretarse las cintas de la pamelita de paja bajo la barbilla y, cogiéndose el ruedo de la falda, partió al encuentro de Drew.

Sus ojos se abrieron maravillados.

Su marido cabalgaba en un precioso y gigantesco caballo negro como el azabache. Los ojos del animal, duros como pedernales, la observaron con fijeza. Tras Drew había dos sementales y un grupo de yeguas. Mark cabalgaba atrás del todo para cerrar el paso.

—¡Son magníficos! —exclamó Ana, inspeccionando el caballo de su esposo. Él acababa de desmontar y había cogido a Carolina en brazos para recibir su beso—. ¿Tienen nombre? —le preguntó.

Drew sonrió, dejó a la niña en el suelo y caminó hacia Ana con un brillo travieso en los ojos. Le rodeó el talle con un brazo y la apretó contra su torso.

—Aún no, eso lo dejo para ti. Eso sí, por favor, no seas empalagosa con el de este —le dijo señalando su caballo—. No me gustaría tener que decirle «Quieto Negrito» —dijo poniendo una voz fina y chillona.

Ana se echó a reír. A parte del San Bernardo, tenían otros dos perros más, Melocotón y Fresita. Amén de la vaca Picaflor y la cabra Blanquita.

—Negro es un nombre bonito —susurró ella, acercando sus labios a los de él. Se besaron apasionados aunque, por respeto a los mirones, cortaron el beso para estudiar a los caballos.

Se detuvieron ante una de las yeguas. Era hermosa, de piel brillante y satinada, de melena dorada.

—¿Te apetece una carrera? —propuso Drew acariciando el flanco de la bestia.

Ana se pasó la lengua sobre el labio inferior y negó con la cabeza. Observó a Drew con las mejillas teñidas de color.

—Prefiero esperar.

Drew frunció el ceño. Ana adoraba montar. Se extrañó.

—¿Esperar a qué?

Ella le cogió la mano y se la plantó en el vientre. Alzó la mirada a él con ojos chispeantes.

—A que nazca nuestro nuevo miembro de la familia. —Drew soló una risilla que terminó siendo un carcajada potente y divertida. Sin previo aviso, cogió a Ana en brazos y echó a caminar hacia la casa. Ella lo miró con sorpresa—. ¿Dónde demonios me llevas?

—Tengo que aprovecharme de ti, ahora que puedo. —Levantó la mirada hacia su madre y la saludó con la cabeza. Por el rabillo del ojo vio que su hermano venía, bajo el porche, desde el otro lado de la vivienda. Mela, la prima de Ana, que había dejado al marido y ahora trabajaba como cocinera en el rancho, estaba secándose las manos con un trapo, al tiempo que los miraba a través de una de las ventanas—. Como siga llegando gente a casa tendré que buscarte entre la multitud —respondió sin dejar de reírse.

Ana alzó su mano y le acarició la mejilla, también con una sonrisa.

Feliz.

—Jamás tendrás que buscarme, capitán, porque siempre estaré contigo, a tu lado.

Fin

## Nota de autora

Me he permitido el lujo de tomarme algunas licencias por el bien de la historia de los personajes y de su entorno. Solo espero que os guste, y sobre todo que os haga pasar un buen rato, porque eso es lo único que pretendo.

Sandra Bree.

## Agradecimientos

En primer lugar, a mi editora Lola Gude, porque trabajar con ella es una delicia, un placer y nunca me cansaré de darle las gracias por hacer mi sueño realidad.

A Laura Socías, por no perder detalles de los posibles errores que pueda haber en la novela y por estar siempre atenta.

A Penguin Random House, por la magnífica labor y eficacia con la que lleva la editorial y, en especial, el sello de Selecta.

A mis compis de letras e historias.

Y no me puedo olvidar de todos aquellos lectores que me siguen desde mis inicios y nunca fallan. Es cierto que alguna novela os puede gustar más o menos, pero siempre estáis allí, disfrutando de ellas, y por eso os quiero.

Si te ha gustado  
*El capitán Hayden y la tramposa*  
te recomendamos comenzar a leer  
*Una esposa para el heredero*  
de *Mile Bluett*



Prefacio

Amor:

Antes que el sol vuelva a nacer necesito su atención; si usted se rehúsa a regalarme una mirada, mi corazón se negará a seguir latiendo. No puedo sacarla de mi cabeza; mis pensamientos giran alrededor de sus ojos, su sonrisa, sus cabellos... Soy un tonto enamorado, feliz de un modo masoquista. Respirar duele. La esperanza es lo único que me mantiene vivo porque sé que usted me ama con la misma intensidad.

Amor

# 1

*La Habana, Cuba. Abril de 1856*

*¿Se puede morir de amor? El amor todo lo soporta, el sacrificio innumerable, el paso del tiempo, aunque el dolor se apelmace en el pecho y los ojos se llenen de lágrimas.*

Hugo Buenaventura Morell y Sequeira había dejado de jugar, justo cuando su tutor, el marqués de Morell de Santa Ana, le puso un alto a sus correrías de señorito de cuna noble, que no usaba el tiempo para algo de provecho. Su benefactor le hizo la pregunta a la que temía el joven desde su adolescencia, cuando sellaron ese trato para el que a sus doce años no estaba preparado. Ya con veinticuatro sentía nuevamente la presión del marqués.

—No podemos seguir esperando por tu decisión, mis hijas deben tomar esposos o se quedarán para vestir santos. ¿Cuánto más tendré que esperar? ¡Llevamos años en esto! Eliges o escojo por ti. ¿Te has retractado de tu palabra? ¿Acaso no tienes honor?

Al interpelado se le apretó el pecho, no quería enfrentarse a esa decisión, se había convertido en su mayor tormento cuando entendió el significado de la palabra casamiento. Bajó los ojos para que la oscuridad que se acentuaba en ellos no lo delatara, la coacción lo inquietaba. Se acomodó el oscuro cabello, ganó tiempo al alejar unos mechones revoltosos que se acercaban a sus mejillas; puestos en su sitio y manteniendo intacta su compostura, como acostumbraba, recordó cada una de las condiciones que toleró al aceptar convertirse en el heredero del primo de su padre, su excelencia Rómulo Morell y Ramírez de Aguilar, el actual marqués de Morell de Santa Ana, quien además gozaba de la Grandeza de España. El marqués lo aceptaba como su heredero siempre que después de su mayoría de edad desposara a una de sus hijas. Siendo casi un niño, huérfano de padre, con su madre enferma y una hermana pequeña por quien velar, Hugo Buenaventura firmó con mano temblorosa aquel documento que el noble le había extendido; aceptó tomar el barco con él y su familia desde España a la isla de Cuba donde había pasado la mitad de

su vida.

Su firma la ratificó más tarde al alcanzar la mayoría de edad. El señor marqués había cumplido, se había ocupado de todo. La madre de Hugo, gracias a las medicinas, una cama caliente y una buena alimentación se había fortalecido, y su hermana menor había crecido rodeada del lujo y la comodidad a la que estaban acostumbradas las hijas de su protector. El joven había sido formado en los más costosos colegios de La Habana y de España. Justo al regresar, concluida su educación, su excelencia le exigió trabajar por el patrimonio que heredaría y cumplir con una de las obligaciones de los hombres virtuosos: el santo matrimonio. Lo primero lo hizo con ahínco; el marqués estaba orgulloso de su habilidad para los negocios, de su ojo crítico para elegir los mejores proyectos, de su discurso convincente para cerrar un trato, de su responsabilidad. Lo segundo lo pospuso.

Aunque el marqués estaba urgido por casar a una de sus hijas con el heredero, terminaba por ceder, y la mano dura que siempre había tenido para exigirles a todos, frente a ese joven impetuoso, se volvía mansa. Le recordaba a sí mismo en su juventud, revivía sus años mozos al contemplarlo, pleno, seguro, irguiéndose poderoso sobre el destino que le había trazado, como si fuera el hijo varón que la vida le había negado. Pero también estaban sus hijas y su esposa; Hugo heredaría la fortuna familiar, tenía que asegurarse en vida de que el joven no las dejaría desamparadas más adelante. Usó su poder para doblegarlo:

—Vamos, Hugo. Solo tienes que decir un nombre, ¿con cuál te casarás? Te doy hasta mañana, muchacho —le dijo con esa palabra que usaba para dirigirse a él desde que lo había conocido como un chico mal vestido y pobre, al que le dio la oportunidad de su vida.

Un día más y la decisión que le robaba la soltería a Hugo, de la que no quería desprenderse, estaría tomada, sabía que no podía rebelarse. Durante la cena se las quedó mirando con disimulo a las señoritas, no era la primera vez que lo hacía, pero en ese momento su intención era sopesar con quién se desposaría.

—¿Así que pronto habrá boda? —preguntó su excelencia Lucrecia de la Concordia García de Lisón de Morell, la marquesa de Morell de Santa Ana—. Ya era hora. El señorito se ha tomado su tiempo y nos ha hecho esperar; con lo que nos gustan las fiestas.

La madre de Hugo, doña Alma Sequeira, viuda de Morell, la miró displicente; sabía que la celebración era lo último que le preocupaba, pero, como la mayoría de las veces, no dijo nada; a ella no le importaba romper con esa familia y regresar a España. La reticencia de Hugo no venía dada porque sintiera repulsión por unirse a una de las candidatas, al contrario, las hijas del marqués eran bellas. La decisión sería muy difícil y Hugo temía fallar, iba a elegir a la compañera para toda su vida y, aunque esta, en los últimos años había dado un giro hacia la diversión y la banalidad, tomaba muy en serio el matrimonio. Su difunto padre, don Héctor, siempre le había inculcado casarse por amor. A diferencia de su excelencia, que había aceptado un casamiento arreglado, según las costumbres, y lo incitaba a seguir sus pasos.

Altagracia era la mayor, tres años menor que Hugo; su hermosura era exquisita, su cabello

castaño rojizo cual cascada crecida no pasaba desapercibido, su rostro parecía haber sido labrado con el cincel de la perfección, una piel tan blanca que dejaba traslucir sus venas azules y que contrastaba con sus ojos oscuros, como la noche y el día. Con un efecto embriagador en los caballeros, pero con el mismo carácter impetuoso de su madre, lo que volvía cualquier propuesta de matrimonio temeraria. Era la más dominante de las tres. Hugo sabía que podría encontrar placer entre sus sábanas, pero no estaba dispuesto a soportarla más allá; ya había probado cuan asfixiante podía ser durante doce años, así que decidió resistirse a sus encantos; era una fruta muy tentadora pero peligrosa. Le gustaba contrariarla, ver el mohín de desagrado que hacía con la boca cuando no se salía con la suya, pero no estaba dispuesto a dejarse atrapar por una mujer que sería una perfecta domadora de hombres. Cuando intentó girarse a la siguiente hermana, Altagracia bebió un sorbo de agua con tal premura que cautivó su mirada; Hugo se perdió en ella tan indiscretamente que doña Alma, a su lado, le dio un ligero codazo para rescatarlo del embrujo de los grandes ojos de la primogénita.

La segunda, apenas de veinte años, era Úrsula, también preciosa; sus ojos verdes y angelicales eran custodiados por frondosas pestañas que siempre bajaban hasta rozar sus mejillas cuando él osaba hacerle algún cumplido. Poseía una personalidad opuesta a la de su hermana mayor. De las tres, era su mejor amiga, con quien podía conversar con verdadero gozo y la que tenía el corazón más noble. Su piel cetrina y su cabello castaño también rojizo, pero aún más rebelde que el de su hermana, la hacían lucir como el fruto prohibido; solía elegir los conjuntos más cubrientes y los peinados más recatados para no revelar la sensualidad que poseía. En alguna ocasión, le había suplicado a Hugo que no la eligiera como futura esposa porque su vocación era la religiosa y, aunque sus padres, a pesar de ser muy creyentes, no estaban de acuerdo, ella quería luchar por su fervor. Él le había asegurado que no interferiría en sus planes.

Las había podido conocer bastante. Cuando la familia estaba a solas, les daban suficientes libertades para que interactuaran. Algún día él tendría que casarse con una y querían propiciar su inclinación hacia las señoritas. Eso sí, siempre tenían la supervisión de la marquesa, que no se les despegaba a sus hijas ni a sol ni a sombra, y señalaba cuando el tono o la familiaridad sobrepasaban las buenas maneras.

En cuanto a la tercera, María Teresa, hacía años que no la veía; sus problemas de salud hacían que el clima húmedo de la isla le desfavoreciera, así que el marqués resolvió el conflicto mandándola a estudiar a España. La hermana de Hugo, Margarita, la había acompañado y estaban bajo el control estricto de la abuela materna de la señorita. Él emitió un suspiro al evocarla. La recordaba como una chiquilla alegre, flacucha, sobreprotegida, que sacaba lo peor de la madre tras el estado de nervios en el que la ponía cada vez que se enfermaba. No pudo profundizar en sus rasgos, Altagracia le robó la atención una vez más con una pregunta:

—¿Es cierto lo que dicen, que el señor Carlos Enrique del Alba se ha casado con una dama de dudosa reputación y que su boda fue en el extranjero, de una forma peculiar, para esquivar lo que opinaría la alta sociedad habanera?

—Excúseme de hablar de ese tema, señorita Altagracia —pidió Hugo y volvió a despegar sus encarnados labios, que contrastaban de manera pecaminosa con su piel nívea, para agregar—: Sabe que el señor del Alba es un gran amigo y no acostumbro a discutir sobre quienes aprecio.

—Valioso, amigo —espetó la señora marquesa entornando sus hermosos ojos—. Mira cómo ha terminado; su padre ha de estar revolcándose en su tumba. Nunca estuve de acuerdo con que te llevara a los sitios que frecuentaba, pero, claro, son temas de hombres en los que no me concierne opinar.

—Entonces no te sientas obligada a hacerlo, querida —le sugirió el marqués para silenciarla. Había consentido la amistad entre su protegido y el señor Carlos Enrique del Alba, había sido muy unido al padre de este y le pareció adecuado que guiara a Hugo para que terminara de convertirse en hombre, luego le pesó cuando el libertinaje de los dos se fue a los extremos, pero él mismo no había sido diferente en su juventud, pensaba que su muchacho se asentaría cuando contrajera matrimonio; solo esperaba que lo hiciera de una buena vez.

La cena concluyó y, a duras penas, Hugo logró zafarse de los sugestivos y hechiceros ojos de Altagracia y de sus preguntas sobre este o aquel tema, que terminaban involucrando a todos los comensales. Antes de escabullirse, le dedicó un lánguido pensamiento a María Teresa, la tercera opción, que recién había cumplido sus dieciocho años y, sin reparar en detalles de la más joven de las hermanas, subió a refugiarse en su alcoba. Aunque la prisa lo acompañaba, su madre llegó hasta él y logró sorprenderlo; lo miró como solía hacer, con esa fuerza que amenazaba con desnudarle el alma. Era la única a la que no le podía mentir.

—Hugo, hijo mío —dijo preocupada.

—Madre, ¿qué la atormenta?

—Te acercas a los veinticinco años y, aunque tienes tres señoritas a tus pies, continúas resistiéndote. Sabes que me daría dicha verte casado, con hijos, pero nada de eso vale la pena si no eres feliz. No lo hagas por tu hermana ni por mí, ya has entregado doce años de tu vida por nosotras. Si el futuro que su excelencia te ha trazado está lejos de lo que clama tu corazón, no tienes que conformarte. ¿Acaso estás enamorado de otra joven? ¿O temes renunciar a tu libertad? Tu padre jamás consentiría tu matrimonio sin amor, no luchamos tanto para sacrificarte al final.

Hugo tomó las manos de su madre, esas que tantas caricias le habían prodigado, y las besó, luego intentó calmarla:

—Jamás pisotearía mi propio honor. Le he dado mi palabra a su excelencia y no pienso defraudarlo. Nos ha cobijado y nos ha procurado las mismas atenciones que a los de su familia.

—Pero su protección tiene un precio.

—¿Le llamas sacrificio a tener un techo, comida, educación? Y sin remilgos, el marqués nunca nos ha hecho sentir que vivimos de su caridad. Mi hermana goza de igual trato que sus hijas, es toda una señorita.

—Incluso una jaula de oro por lujosa que sea es una cárcel para un ave que lo único que desea es volar. Vives con lujos, heredarás su fortuna, pero solo tienes tres opciones para elegir esposa.

¿Podrás vivir toda la vida con una de ellas?

## El capitán Hayden y la tramposa



Año 1865.

La preciosa señorita Ana Peterson necesita escapar de los horrores que la Guerra de Independencia está ocasionando. Toda su familia ha muerto a excepción de una prima suya que se encuentra al otro lado del país. Recorrer ese camino sola es muy peligroso, pero contratar a alguien que la lleve tampoco es tan fácil.

Sin embargo, aunque no sea el modo más honrado de hacerlo, miente a Drew Hayden, un apuesto y gallardo capitán de la Unión que regresa a su casa en Minnesota, para que le acompañe. Para eso le hace creer que es la prometida de un colega suyo del ejército.

Drew intenta ser fiel a sus principios. Es un hombre hecho y derecho, un caballero por naturaleza y educación y no va a sucumbir a los encantos de una mujer que lo desconcierta cada vez más a medida que la va conociendo.

Este viaje solo puede acabar de dos maneras para el capitán y la señorita: o acaban siendo buenos amigos, o terminan odiándose a muerte cuando se descubra el engaño.

Si llega a descubrirse...

**Sandra Bree** (Sandra Palacios) es una ávida lectora desde que era muy jovencita. Sus novelas preferidas son las románticas, ya sean históricas, contemporáneas, paranormales y juveniles. Aunque en su biblioteca personal tiene una amplia gama de géneros, suspense, policíacas... Nació en la primavera de 1971 en Madrid capital y vivió sus primeros años en el castizo barrio de Lavapiés. Luego se trasladó al sur de la comunidad, donde realizó sus estudios. Ahora reside allí con su marido y sus tres hijos. Ama la naturaleza, es adicta a la coca-cola y ha publicado varios libros hasta la fecha.

Edición en formato digital: octubre de 2019

© 2019, Sandra Bree

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-63-3

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](https://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

El capitán Hayden y la tramposa

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Epilogo

Nota de autora

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro  
Sobre Sandra Bree  
Créditos